

INSTRUCCION

De un Padre à su Hija.

TOMO I.

INSTRUCION

De un padre a su hijo

TOMO I

INSTRUCCION

DE

UN PADRE A SU HIJA,

SOBRE

LAS MATERIAS MAS IMPORTANTES

DE LA RELIGION, COSTUMBRES Y MODO DE PORTARSE
EN EL MUNDO.

SACADA PRINCIPALMENTE DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Por Du-Puy.

TRADUCIDA

POR UNA MADRE DE FAMILIA.

TOMO I.

BARCELONA,

IMPR. DE A. BERGNES Y C.^ª, CALLE DE ESCUDELLERS, 13.

(CON LICENCIA DE 1830.)

—
1831.

INSTRUCCION

DE

UN PADRE A SU HIJA

NOVA

Y LAS MATERIAS MAS IMPORTANTES

DE LA BELLEZA, COSTUMBRAS Y MORAL DE FORTALEZA

EN EL MUNDO

TRADUCCION DE LA OBRA ORIGINAL

Por D. Juan

TRANSLADA

POR UNA MADRE DE FAMILIA

TOMO I.

BARCELONA,

EN LA IMPRESA DE D. J. VALLS Y CA. (EN LA CALLE DE LA PLAZA)

(EN LA CALLE DE LA PLAZA)

1841

DEDICATORIA

A Los Padres de familia.

A la clase mas digna de la sociedad me apresuro á ofrecer una de aquellas pocas producciones, que llevando impreso el sello de la verdad, propagan la virtud entre cuantos participan de su doctrina. Ya que mis jóvenes compatriotas, siguiendo el impulso de la ilustracion del siglo, corren solícitas tras el placer de la lectura, parece muy á propósito poner en sus manos la *Instruccion de un padre á su hija*, cuyos incontestables principios, al paso que ilustren su espíritu, no podrán menos de convencer su razon, inspirándoles

los mas sólidos principios de virtud y moralidad, capaces de ponerlas al abrigo de ciertos sofismas que la inesperienza les hiciera considerar como verdades en algunos libros, que sin ser escritos para sus luces ni para su secso, pudieran hallarse entre sus manos inespertas. Aquella que se imbuya de la presente obra, no podrá menos de ser hija obediente, esposa fiel y digna madre; hallando en la sabiduría de sus consejos el mayor apoyo en las adversidades que pudieren afligirla en los diferentes estados de su carrera. Tal es la produccion que no temo recomendar á cuantas personas tengan á su cargo la educacion del bello secso. Ojalá corresponda á mis votos su general aceptacion, y se creará dichosa la que cifra toda su gloria en ser

Una buena madre de Familia.



Prefacio Del autor.



LAS producciones del entendimiento humano raras veces tienen un écsito que crezca y se consolide con la serie de los años; un écsito que no proceda de la intriga ó del espíritu de partido; un écsito que no deba su origen y duracion á las pasiones y á la depravacion de las costumbres; un écsito en fin , fundado en la verdad, y por consiguiente tan inalterable como la verdad misma.

La Grecia , aquella region feliz, donde parece que las ciencias y las bellas artes habian fijado su morada, solo tuvo un Homero para el poema épico, y un Demóstenes para la elocuencia.

Roma en su mayor esplendor , cuando en ella los talentos y la sabiduría allanaban el camino

para las mas altas dignidades , no estimó dignos de ser comparados con Homero y Demóstenes , sino á Virgilio y á Ciceron.

La Francia , bajo el largo y glorioso reinado de Luis el Grande , produjo poetas , que solo se distinguieron en la poesía dramática ; un Corneille , un Moliere , un Racine , que en este género fueron imitadores de los griegos Aristófanes , Sófocles y Eurípides , y de los latinos Terencio y Séneca.

Tenemos , decia Ciceron , grandes capitanes , pero orador , ninguno. ¿No podemos decir que siempre estamos aguardando un orador perfecto?

En órden al poema ¿cuál de nuestros poetas ha remontado tanto su vuelo , y se ha sostenido con tanta gloria como Homero y Virgilio ? Pero las obras de estos poetas ¿han hecho acaso mejores á los hombres ? Con todo , este es el principal fin del poema épico.

Si estas obras maestras del ingenio humano no han tenido un écsito completo ¿qué deben esperar los que escriben únicamente sobre las costumbres , y procuran mas bien instruir que agradar ? El solo sufragio de un cierto número

de personas , por corto que sea este número , deben contentarse con él , y dar por bien recompensado su trabajo.

Jamas he pretendido yo otro premio. Si , resuelto á dedicarme únicamente á materias importantes y serias , he deseado alguna vez mayores talentos que los que tengo , ha sido solo para poder conformar mis reflexiones al gusto de ciertas gentes , cuya estremada delicadeza les hace menospreciar todo lo que no lleva impreso un cierto cuño en órden al modo y estilo.

En efecto , el solo uso razonable que puede hacerse de toda superioridad de ingenio , es el de consagrarla á la pública utilidad. ¿Qué importa á la sociedad que un hombre tenga luces superiores , si , ó no se digna comunicarlas , ó las emplea en cosas inútiles y aun tal vez perniciosas , ó nos induce al error en vez de preservarnos de él ?

El que solo tiene una pequeña luz , y la hace servir para enseñarme el buen camino , merece todo mi reconocimiento. Pero ¿qué le debo al que , teniendo una luz mayor y mas brillante , me deja en las tinieblas , ó si me alumbra , me

empeña en lugares escarpados y difíciles? Deslumbrado por su gran resplandor, y asustado por los peligros á que conozco que me espone, temo casi igualmente seguirla que dejarla, y me veo entónces reducido á desear otra menos resplandeciente, pero mejor empleada.

En esta obra procuro por medio de los sentimientos indemnizar al lector de lo que hallará menos en mis luces; mi corazon se ha esmerado á suplir por ellas. Me atrevo á decir que lo ha logrado; de lo que tengo un buen fiador en el Público, único juez y árbitro del destino de toda obra. Él ha recibido con gusto la primera y la segunda edicion de la *Instruccion de un Padre á su Hija*, cuyo suceso no le hace menos honor que á mí; pues esta aprobacion manifiesta que el disgusto por las obras morales no es totalmente general; que los hombres no son aun tan corrompidos como se pretende, y que hay todavía algunos que tienen sentimientos y se alegran de hallarlos en los demas.

Por esta consideracion, sin duda, el Público me ha hecho gracia, y no me ha tratado con todo rigor por la parte que falta á mi estilo. Mas

atento á las cosas que á las palabras, solo me he aplicado en hacerlo claro.

En esta obra no se hallan ni pensamientos brillantes y sublimes, ni adornos esquisitos, ni frases ingeniosas: las verdades que contiene no necesitan de tales apoyos. El Público será tambien en esto mi caucion, por medio del agrado con que espero recibirá esta tercera edicion, mas correcta, mas aumentada, pero tan poco adornada como las dos precedentes.

El principal aumento se hallará al fin de la obra. Los puntos de que alli se trata me han parecido muy interesantes, y dignos de la mas seria atencion.

El mundo está lleno de escollos, cuyo peligro raras veces se conoce del todo: este peligro es el que yo procuro descubrir, al mismo tiempo que enseño los medios de evitarlo. En el discurso de mi vida lo he encontrado con frecuencia donde menos pensaba que estuviese. Quisiera que mis caidas sirviesen de preservativo á los que pudiesen darlas semejantes, por no haber sido advertidos á tiempo. Siempre preferiré el mérito obscuro y secreto de contribuir á que no se estra-

ve un solo hombre, sea quien fuere, á la gloria brillante y lisongera de procurar la vana diversion de una multitud de gentes ociosas, que solo buscan distraerse para no atender á sus obligaciones mas esenciales. ¡Cuanto les cuesta el vivir bajo el yugo de sus pasiones! Estas les venden á muy subido precio la vivacidad de los placeres que les procuran; pero ellos se imaginan que les costaria aun mucho mas el sacudir este mismo yugo. Tan cierto es, que es mas fácil prevenir los males que remediarlos. Los menores estravíos dejan en el alma, por decirlo así, una cicatriz, que la hace mas débil y defectuosa.

Un piloto que ha hecho largos viages, y conoce por su propia esperiencia todos los peligros del mar, sus abismos, sus corrientes, sus bajíos, sus peñañcos, halla placer en instruir á los que emprenden semejantes viages, y les hace observar, que no siempre los mayores escollos son los mas temibles.

Asi como este piloto, hago yo consistir mi placer, y aun mi obligacion, en advertir á las jóvenes de poca edad, los riesgos y escollos á que

dentro de poco se verán espuestas. Procuro inspirarles una virtud sólida, pero tierna, y por consiguiente muy circunspecta y aun medrosa.

Mi celo no se limita á querer preservarlas de aquellos peligros mayores, acompañados ó seguidos del escándalo, que indignan aun á las almas mas viles. No temo tanto para ellas estos riesgos, como los que muchas veces se presentan disfrazados con las mas bellas apariencias ó los que parecen mucho menores de lo que realmente son.

Cuando el hombre anda con demasiada seguridad por un camino que no conoce bien, aunque llano y hermoso á la vista, se espone á dar un tropiezo ó un desliz; y entónces, hallándose desprevenido y sorprendido, es raro que haga uso de todas sus fuerzas para no caer.

.....

INSTRUCCION

DE UN PADRE A SU HIJA.

—————

BIENAVENTURADO EL HOMBRE A QUIEN TU INSTRUYERES, SEÑOR, Y LE ENSEÑARES TU LEY.

Psalmos 93, v. XII.

❖❖❖

Introduccion.

YA has llegado, hija mia, á los diez años de tu edad. Hasta ahora he cuidado mucho de tu salud, y debes tenerlo presente para mostrarte reconocida. Nada he perdonado para tu educacion; y en esto he atendido menos á mis facultades que á mi afectuosa ternura. Si no has adelantado tanto como yo hubiera querido en los ligeros ejercicios á que se te ha aplicado de algunos años acá, espero que tu entendimiento, en extremo vivo y distraído, será ahora mas capaz de atencion para las cosas mas esenciales.

Continua esos mismos ejercicios ; haz nuevos esfuerzos para perfeccionarte en ellos. Has pasado ya por todo lo mas espinoso y dificil de los principios , y te hallas en el tiempo en que , siendo cada dia mayores y mas sensibles tus progresos , te darán mayor gusto y aficion. Lo que has mirado hasta aquí como un estudio árido y fastidioso , no tardará en ser para tí un juego y una agradable diversion.

Tal vez te sorprenderá que yo trate de juego y divertimento , unas cosas por las que he exigido de tí una aplicacion tan seria. Te lo repito : la música , el arte de tañer algun instrumento y otras cosas semejantes , no son mas que un juego. No conviene ni á la religion que profesas ni á tu nacimiento , el mirarlas bajo otro aspecto. Sin embargo , deseo que te dediques á aprenderlas. Voy á darte la razon.

Hemos nacido para la sociedad, es decir, para vivir los unos con los otros. Esta sociedad es un comercio al que cada uno debe contribuir á proporcion de sus talentos , asi naturales como adquiridos. Hay diferentes especies de sociedad , segun la diversidad de caractéres de aquellas personas que la componen. Casi no podemos dispensarnos de entrar en alguna, y por lo general nuestros talentos son los que deciden de la eleccion.

Lo que ahora te hago aprender , te dará en-

trada en las sociedades de las gentes de mas estimacion. Estos son los medios inocentes de agradar y de contribuir al placer honesto de las personas con quienes se trata.

Sobre este punto es útil que te persuadas de que en la mayor parte de estas cosas se ha de aspirar á la perfeccion , y que vale mas ignorarlas enteramente , que saberlas mal.

Por lo que acabo de decirte, podrás comprender fácilmente el motivo porque he ecsigido de tí tan grande atencion. Esta es necesaria , por mas que se haga , para llegar á la perfeccion. Por otra parte , es de mucha consecuencia el acostumbrarse temprano á hacer todas las cosas con órden y con gusto.

Debo advertirte, que en el uso que harás en todo el curso de tu vida de lo que te he hecho aprender hasta aquí , nunca has de apartarte de la modestia que tanto conviene á las personas de tu sexo , ni tampoco de las máximas que voy á enseñarte. Si no tienes en esto toda la delicadeza y ecsactitud posible, no te grangearás la estimacion del público , de la cual intento hacerte merecedora ; y entónces , en vez de las alegrías y gozos que espero de tí , me abismarias en el dolor mas amargo , y lo que sin comparacion fuera mas temible , es que llegarías á ser el objeto de la indignacion divina.

Las mismas precauciones que se toman para el cuerpo , deben tomarse para el alma. No ignoras que hasta cierta edad las criaturas solo se alimentan con leche , que á medida que van adquiriendo fuerzas se les da un alimento mas sólido y se tiene mucho cuidado en escoger el mas conveniente , hasta que habiendo llegado el estómago á un cierto grado de vigor , permite que se deje sin riesgo toda esta atencion. Esta es la que se ha tenido contigo y se tiene aun todos los dias , porque como se lee en el Eclesiástico, *es mejor el cuerpo robusto que riquezas inmensas* (1).

Asimismo hay un tiempo en que el espíritu solo se alimenta , digámoslo asi , con leche , esto es , con cosas fáciles de comprender , sujetas á los sentidos y que no dependen de la experiencia de las cosas de este mundo : tales son las que se te han enseñado hasta ahora.

Cuando la razon empieza á formarse , luego que llega á ser capaz de vislumbrar objetos mas importantes , se le deben estos proponer del modo mas fácil y mas metódico. Todos los instantes son entónces preciosos y es preciso aprovecharlos , porque las primeras impresiones , las preocupaciones de la infancia , duran por lo co-

1) Libro del Eclesiástico , cap. xxx , v. 15.

mun hasta la edad mas avanzada. Esta es la conducta que me he propuesto guardar contigo.

Hasta ahora solo he ecsigido de tí algunos progresos en la lectura, en la música, en el baile y en el dibujo. Estas cosas son buenas en sí; pero son relativamente al espíritu lo que es la leche en órden al cuerpo. Deseo que no descuides ninguna de estas cosas; pero me pesaria mucho habértelas hecho aprender, si fundases en ellas solas todo el caudal de tu instruccion, ó creyeses que bastan para formar tu espíritu. Tus miras han de ser mas elevadas y tus ocupaciones mucho mas nobles.

Mi designio en esta obra es el de enseñarte el camino que has de seguir para agradar á Dios, para formar tus costumbres, y para portarte bien en el mundo.

He sacado de la Sagrada Escritura las instrucciones que voy á darte. La Escritura Santa es un libro compuesto por hombres llenos del espíritu de Dios, ó por mejor decir, es la obra de Dios mismo, su voluntad, su palabra anunciada por el ministerio de los hombres. El apóstol San Pedro dice en su segunda carta, que debemos atender á ella, *como á una antorcha que luce en un lugar tenebroso* (1). El profeta David, hablando

1) Cap. I, v. 19.

al Señor le dice : *Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis sentidos* (1). De aqui es que nunca debemos perder de vista esta luz, que nos dirige y nos alumbra en esta vida llena de tinieblas.

De este Libro Divino, de este libro que tantos siglos hace es el fundamento de la piedad de los fieles, he sacado la mayor parte de lo que comprende esta obra.

He tenido especial cuidado en recoger lo mas enérgico que contienen los escritos de Salomon relativamente á las costumbres. Salomon ha sido el rey mas sabio que se ha visto sobre la tierra. San Basilio aconseja que se hagan aprender á los niños sus Proverbios, que son otras tantas máximas para la conducta de la vida, á fin de que llenándose de ellas su memoria, se arraiguen fácilmente desde los primeros años en su espíritu y corazon.

Como en muchos parages de esta obra hallarás citado el Génesis, los Psalmos de David, el Eclesiastes, la Sabiduria, el Profeta Isaías, el Libro de Job y los Macabeos, que son todos libros del Antiguo Testamento, esto es, que han precedido á la venida del Salvador, quiero hablarte en pocas palabras de cada uno de ellos en particular.

1) Salmo CXVIIII, v. 105.

En orden á los libros del Nuevo Testamento, á medida que los vaya citando, añadiré algunas breves esplicaciones en los parages en que las juzgue necesarias.

El Génesis es la historia de la creacion del mundo y de los hechos mas considerables que sucedieron hasta la muerte de José, que segun el cálculo ordinario, aconteció por los años del mundo 2369. El autor de este libro es Moyses, que precedió casi 500 años á los historiadores profanos mas antiguos. En el libro de los Actos de los Apóstoles, (1) se dice de él: *Y Moyses era poderoso en palabras y en sus obras.*

Los Psalmos de David son una obra en que se ven las mas tiernas efusiones de un alma penitente, los rasgos mas sublimes de la grandeza y de la magestad del Omnipotente, un amor ardiente por la ley del Señor, y un santo temor de sus juicios.

Los libros de la Sabiduría y del Eclesiastes contienen preceptos para la direccion y arreglo de las costumbres. Salomon es su autor.

El Eclesiástico fue escrito por Jesus, hijo de Sirach, de la ciudad de Jerusalem. Este libro fué llamado Eclesiástico, como quien dice, libro que predica, que instruye por medio de los pre-

1) Cap. vii. v. 22.

ceptos admirables de que está lleno. Instrucciones, sentencias, exhortaciones, ruegos, ejemplos,..... todo lo emplea este autor sagrado para inclinar el corazon al amor de la virtud.

El profeta Isaías era un príncipe de la sangre real de la casa de David. Entre todos los escritores sagrados, este es el que ha hablado con mas elevacion y elocuencia de la grandeza, del poder y de la misericordia de Dios. Los pecadores encuentran en este libro exhortaciones y reprensiones llenas de union y de amor. Tambien se ven en él las circunstancias del nacimiento, de la vida, de la muerte y de la resurreccion del Salvador, espresadas de un modo tan sensible, como si este Santo Profeta hubiese escrito la historia de cosas ya sucedidas, siendo asi que vivió unos 800 años antes del nacimiento de Jesucristo.

Job era un príncipe, en cuya persona y por cuyas palabras el Señor nos enseña la paciencia que debemos tener en las mayores aflicciones.

El libro de los Macabeos contiene la historia de las persecuciones y de las guerras, que para defender la ley del Señor sostuvieron Matatias y sus cinco hijos contra los reyes idólatras. Judas, uno de los hijos de Matatias, fué apellidado Macabeo, por haber hecho escribir en sus estandartes, como una empresa militar, estas

bellas palabras del cántico de Moyses, que se leen en el Éxodo: (1) *¿Quién semejante á tí entre los fuertes, Señor?* (*)

No dudo que en mi obra encontrarás algunos pasages, cuya entera fuerza creo no comprenderás; pero yo procuraré explicártelos de palabra, y todo aquello que no pueda al pronto hacerte entender, se te hará inteligible despues. Mi intencion es, que la *instruccion* que ahora te doy sirva para dirigirte en todo el curso de tu vida. A su tiempo advertirás la utilidad de cada cosa que en ella se contiene; y no debe retraerme de mi propósito el temor de que no puedas desde ahora penetrar el sentido y la estension de algunas de sus máximas. Lo que en una estacion no produce fruto alguno puede producirlo en otra, como se siembre en buena tierra. En esto me conformo con la regla que prescribe el apóstol San Pablo, en su carta segunda á Timoteo (2): *Predica la palabra*, le dice, *insta á tiempo y fuera de tiempo* (3).

1) Cap. xv, v. 11.

*) Véase la Advertencia del R. P. Felipe Scio, sobre los libros de los Macabeos.

2) Cap. iv, v. 2.

3) San Pablo escribió dos cartas á Timoteo, que era su discípulo, y á quien en su ausencia habia encargado el gobierno de la iglesia de Efeso, capital del Asia Menor. La primera la escribió desde Macedonia, hácia el año 64 de la era cristiana, y

Este mismo Timoteo, segun dice el citado apóstol, habia aprendido desde niño la Sagrada Escritura. Sin duda que en aquella edad encontraria en los divinos libros muchas cosas superiores á su inteligencia; pero llegó poco á poco á entenderlas, porque quedando grabadas en su memoria, se acordaba de ellas y las tenia presentes en la ocasion.

En órden á los pasages dificiles de la Escritura Santa, confórmate con los sentimientos de San Dionisio de Alejandria por respeto al Apocalipsis. *Yo no me constituyo juez de estas verdades, dice el Santo, ni las mido con la pequenez de mi espíritu, sino que cediendo mas á la fe que á la razon, las creo tan elevadas sobre mí, que no me es posible alcanzar hasta su altura. Ni por eso las estimo menos, aun cuando no puedo comprenderlas; antes al contrario, las respeto tanto mas, cuanto menos las alcanzo (1).*

Tenemos ejemplos de los prodigiosos adelantamientos que han hecho varios niños en las ciencias humanas. ¿Porque no puede suceder lo

la segunda desde Roma, donde estaba preso por segunda vez, hácia el año 66. Se hallan en estas cartas escelentes preceptos para los ministros del Evangelio, y en las mismas el Apóstol exhorta á Timoteo á que no desfallezca en vista de la persecucion.

1) Euseb. en su Hist. Lib. VII, cap. 25.

mismo en la ciencia de la salvacion? ¿No se complace el Señor en manifestarse á los pequeñuelos? Puede dejar de agradarle el sacrificio de aquellos primeros años de la vida en que reinan la inocencia y el candor?

Tu eres aun como un tierno arbolito, que toma fácilmente la inclinacion que se le quiere dar, ó como una vasija nueva, que no ha contraído todavía ningun mal olor. Quisiera yo preservarte del contagio del siglo, y llenarte de buenos sentimientos, á fin de que cuando intente el mundo con sus perniciosas máximas apoderarse de tu corazon, no encuentre en él lugar alguno.

Quiero que conozcas lo que has de desear y lo que has de temer. Cuando reina la calma es muy útil prevenirse para la tempestad. Antes de engolfarse en el mar, es conveniente instruirse del lugar de los escollos y del derrotero que debe seguirse para llegar al término del viage.

Nosotros somos en este mundo como las tierras situadas cerca de un caudaloso rio, cuyas aguas, á menos que sean contenidas por medio de robustos diques, van ganando poco á poco aquellas tierras, hasta dejarlas del todo inundadas. Asi el mundo, por su continuo cuidado en inspirarnos sus máximas, llega por fin á viciar y perder nuestro corazon, á menos que muy de antemano nos háyamos prevenido, persua-

diéndonos firmemente de que cuanto nos enseña es vanidad.

Hallarás pruebas convincentes de lo que te digo, en las verdades importantes que vas á leer. Grábalas profundamente en tu memoria y en tu corazon, de suerte que se te hagan familiares. Esto es lo que yo mas deseo de tí, y lo que tu misma debes desear con mas ardor que todas las riquezas y toda la gloria del mundo; porque estas riquezas y esta gloria son como una flor que brilla por la mañana, y por la tarde ya no existe; pero estas verdades son eternas.

Estas importantes verdades, las instrucciones que te doy en este libro, son, hija mia, el patrimonio que puedes esperar de mí. La Providencia no ha puesto en mi mano otros bienes. Si sabes aprovecharlos tu suerte será feliz.

Si no hubieses de corresponder en esto á mis fervorosos deseos, ruego al Señor que, aun vi-
viendo yo, te saque de este mundo, antes que la malicia y la corrupcion te hayan infectado con su pestifero aliento; porque *mas vale morir sin hijos, que dejar hijos impíos* (1).

Date pues mucha prisa en armarte para rechazar los ataques de aquel enemigo mortal, de quien el apóstol san Pedro, en su primera car-

1) En el Libro del Eclesiástico, cap. XVI, v. 4.

ta (1), dice: *el diablo, vuestro adversario, anda como leon rugiendo al rededor de vosotros, buscando á quien tragar* (2).

Los mayores santos han combatido con las armas que voy á poner en tu mano, y con ellas han reportado gloriosas victorias sobre el dominio, sobre el mundo, y sobre la carne.

Te daré primeramente una idea de Dios, valiéndome de las mismas palabras de que se ha servido el Señor, para darse á conocer á los hombres. Te instruiré despues en las verdades mas esenciales, con toda la claridad y brevedad que me sea posible.

Pero antes de empezar, es preciso que te diga para la observancia de las máximas contenidas en este libro, lo que á todos nos dice Salomon, dándonos en el Libro de los Proverbios como un prontuario de todas las reglas propias para la práctica de la virtud... (*). *Guarda, hijo*

1) Las Cartas ó Epístolas de San Pedro hacen parte de las *Epístolas Católicas*, que son siete, es á saber, una de San Jaime, dos de San Pedro, tres de San Juan y una de San Judas. Se llaman *católicas* para significar que no han sido escritas á una iglesia particular, como las de San Pablo, sino á toda la Iglesia en general.

2) Cap. 7, v. 8.

*) Véase para mayor inteligencia de este pasage lo que nota el R. P. Scio, en su traduccion de la Santa Biblia al idioma español.

mio, los mandamientos de tu padre::: Atalos en tu corazon perpetuamente, y rodéalos á tu garganta: cuando anduvieres, vayan contigo: cuando durmieres, y al despertar habla con ellos (1).

(1) Cap. VI, v. 20, 21, 22.



CAPITULO PRIMERO.



DEL CONOCIMIENTO DE DIOS.

La mayor parte de las gentes no conocen mas á Dios en la edad de treinta años , que en la de su infancia. Desde sus mas tiernos años se les enseña que hay un Dios , y ya no se pasa de aquí. No se procura despues hacerles conocer su grandeza , su poder , los beneficios de que nos colma , los males que aguardan á los pecadores , y los decretos irrevocables de su justicia. Mientras que se descuida instruirles en las verdades mas esenciales para la salvacion , el demonio nada perdona para empeñarles á seguir aquel camino ancho y espacioso , que guia á la perdicion. El mundo y las pasiones obran de concierto con este enemigo del género humano. ¿Admirarémos aun que sea tan corto el número de los que siguen los caminos del Señor?

Sin duda que el profeta David contemplaba este desvío universal , cuando penetrado de un santo celo , dirigió al Señor esta fervorosa oracion : *Sálvame Señor , porque faltó Santo ; porque han venido á menos las verdades entre los*

hijos de los hombres. Cada uno de ellos ha hablado cosas vanas á su prójimo: labios engañosos han hablado con corazon doble (1). Perfecciona mis pasos en tus senderos, para que no sean movidas mis pisadas, para que no salgan de tus caminos (2). De los que resisten á tu derecha guárdame, como á la niña del ojo (3).

Hija mia, dirige al Señor la misma oracion todos los dias de tu vida; pero sea con sinceridad de corazon, y con profunda humildad. Camina sobre las huellas de este piadoso Rey: no ha habido hombre alguno mas penetrado que él, de la grandeza inmensa de Dios, de su omnipotencia, de su infinita bondad, y de su amor para con nosotros. Voy á presentarte las vivas pinturas que sobre esto nos ha dejado este Santo Profeta, y los otros escritores sagrados.

1) Salmo **xi**, v. 2 y 3.

2) Salmo **xvi**, v. 5, con la esposicion del P. Scio.

3) En el mismo Salmo, v. 8.



CAPITULO II.



DE LA GRANDEZA Y DEL PODER DE DIOS.

Si quieres conocer la grandeza y el poder de Dios, haz lo que dice el profeta Isaias (1). *Alzad á lo alto vuestros ojos, y ved quien crió estas cosas: él que hace marchar con orden la milicia de ellas (las estrellas) y á todas las llama por sus nombres: por la muchedumbre de su fortaleza y fuerza, y poder, no faltó ni una sola cosa. Brilla en tanto grado su poder, sabiduría y grandeza en su gobierno, que ni una sola de todas ellas deja de estar siempre pronta á obedecer sus menores insinuaciones (*)*.

¿ Quién midió las aguas con su puño y pesó los cielos con su palmo? ¿ Quién pesó con tres dedos la masa de la tierra, y puso en peso los montes, y los collados en romana? (2) ¿ Quién sino el Señor Dios? Él es el que ata las aguas en sus nubes, para que todas á una no se precipiten abajo. (3) ¿ Quién sino él, dió curso á un

1) Cap. XL, v. 26.

*) Esposicion del P. Scio sobre el lugar citado.

2) En el mismo cap., v. 12.

3) Libro de Job, cap. XXVI, v. 8.

aguacero impetuosisimo y camino al trueno ruidoso? (1) ¿Quién encerró con puertas el mar cuando fué formado? Dios es quien le dijo: hasta aqui llegarás, y no pasarás mas allá, y aquí quebrantarás tus ondas hinchadas (2). Él dijo y fueron hechas las cosas, él mandó y fueron criadas (3). El Señor disipa los designios de las naciones, y reprueba los pensamientos de los pueblos, y reprueba los designios de los príncipes. (4) ¿Quién como el Señor Dios nuestro, que habita en las alturas, y atiende á las cosas humildes en el cielo y en la tierra? Él levanta de la tierra al desvalido, y alza del estiércol al pobre (5). ¡Cuán magníficas son, Señor, tus obras! estremadamente profundos son tus pensamientos (6). Él domina por su poder para siempre; los ojos de él estan mirando sobre las naciones (7). Él vé los términos del mundo: y mira todo lo que hay debajo del cielo (8). Todas las naciones como sino fueran, así son en su presencia, y

1) Job. cap. xxxviii, v. 25.

2) En el mismo cap., v. 8 y 11.

3) Psalmo cxlvi, v. 5.

4) Psalmo xxxii, v. 10.

5) Psalmo, cxii, v. 5, 6 y 7.

6) Psalmo xci, v. 6.

7) Psalmo lxv, v. 7.

8) Job, cap. xxviii, v. 24.

él las considera como nada y cosa vana (1). Él es el dominador Señor de los ejércitos (2): él valiente y fuerte como pedrisco impetuoso; torbellino quebrantador, como impetu de muchas aguas que inundan y se derraman sobre terreno espacioso (3). Señor de los ejércitos, Dios de Israel que estais sentado sobre Querubines: tu solo eres el Dios de todos los reinos de la tierra (4). He aquí, hija mia, de que modo estos santos escritores hablan de la grandeza y del poder de Dios. Comparada con su magestad ¿qué grandeza humana puede ser digna de la menor de tus miradas? ¿Quién es semejante al Señor que habita en los cielos, y ha establecido en ellos su solio altísimo? Lee, medita estos rasgos sublimes del poder de Dios.

El rey David, abismado en la contemplacion de la grandeza infinita de Dios, que las criaturas sensibles anuncian á todos aquellos que quieren conocerla, esclama: *Bendice alma mia al Señor: Señor Dios mio, te has engrandecido poderosamente* (5). ¡O cuan grande sois, Señor y Dios mio, y cuantas pruebas de vuestra gran-

1) Isaías, cap. XL, v. 17.

2) El mismo, cap. X, v. 33.

3) El mismo, cap. XXVIII, v. 2.

4) El mismo, cap. XXXVII, v. 16.

5) Salmo CIII, v. 1, con la esposicion del P. Scio

deza nos habeis dado en vuestras obras ! ¡ Cuan terribles son estas , Señor ! *Por la muchedumbre de tu poder mentirán á tí tus enemigos.* (1).

Pídele á Dios la gracia de que tu corazon tenga los mismos sentimientos que tenia aquel Santo Rey , cuando pronunció estas palabras. Si el corazon no queda movido, es inútil la lectura y oracion : todo es entónces ilusion y vanidad.

Oye ahora de que modo habla Salomon del conocimiento de Dios, de su grandeza y de su hermosura.

Tu solo , le dice al Señor , tienes siempre á la mano el sumo poder : ¿ y quién podrá resistir á la fuerza de tu brazo ? Pues todo el mundo es delante de tí como un pequeño grano de balanza, y como una gota del rocío de la mañana, que descende á la tierra (2).

Vanos son ciertamente todos los hombres , en quienes no se halla la ciencia de Dios ; y que por las cosas buenas que se ven , no pudieron conocer á aquel que es , ni considerando las obras, reconocieron quien era el artífice : sino que tuvieron por dioses gobernadores del universo , ó al fuego , ó al espíritu , ó al aire conmovido , ó

1) Salmo LXV, v. 3, con la esposicion del P. Scio

2) Libro de la Sabiduría, cap. XI, v. 22 y 23.

al giro de las estrellas, ó á la mucha agua, ó al sol y la luna. De cuya hermosura, si encantados los creyeron por dioses, reconozcan cuanto es mas hermoso que ellos el que es su Señor; pues el autor de la hermosura crió todas estas cosas. O si se maravillaron de su virtud é influencias, entiendan por ellas, que el que las hizo es mas fuerte que ellas (1).

Ves, hija mia, que la ceguera de los hombres ha llegado hasta reconocer por dioses, unos seres que son ellos mismos obra del poder divino. Nunca podemos desconfiar demasiado de las ilusiones y engaños á que nos conducen nuestras pasiones. Cuando estas han prendido fuego en nuestro corazon, se eleva hasta el alma un humo tan denso, que nos impide discernir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto; y así tributamos á las criaturas los homenajes que solo se deben al Criador. Lee con mucha atencion este último pasage de la Sabiduría, porque él solo equivale á las demostraciones mas es-
tensas.

Al ver los objetos que en este mundo se presentan á tus ojos, acostúmbrate á hacer esta reflexion: si tanta sensacion me causa la belleza de las criaturas, ¿que será cuando vea cara

1) En el mismo libro, cap. XIII, v. 1 7 sig.

á cara al autor de toda hermosura? No debo, pues, á semejanza de aquellos ciegos, de que habla Salomon, ofrecer mis adoraciones á criaturas mortales y perecederas como yo, ni tener para ellas la misma inclinacion y amor que debo á Dios solo.

En el libro del Eclesiástico (1) se dice, que son pocas las obras de Dios que hemos visto, y que son muchas y mayores las que no conocemos. Mas no solamente esto es así, sino que ni tampoco conocemos toda la grandeza, toda la hermosura y todas las propiedades de las que vemos. Ignoramos la verdadera estension de los cielos y la magnitud de los astros. No tenemos aun una idea bien clara y distinta del modo con que se hacen las producciones de la naturaleza. ¿La vicisitud de las estaciones, las vastas campiñas áridas y despojadas de sus adornos, y luego despues engalanadas con los mas bellos colores, y cubiertas de frutos deliciosos á la vista y al paladar, no son verdaderos misterios desconocidos á los mas sabios?

El que vive eternamente, crió todas las cosas.... ¿Quién es bastante para contar menudamente sus obras?..... ¿Quién investigará sus maravillas?..... No hay que quitar, ni que añadir, ni es

1) Cap. XLIII, v. 36.

posible hallar las maravillas de Dios. Cuando el hombre habrá hecho mayores progresos, entonces comenzará ; y cuando cesdre quedará perplejo (1).

Nosotros ignoramos aun lo que pasa dentro de nosotros mismos. La sangre circula en nuestras venas : ¿pero sabemos el grado de movimiento y de calor que tiene? Cuando caminamos, nuestros espíritus obran en los músculos : ¿pero lo disponemos nosotros, y sabemos de qué modo esto se hace? Paso en silencio una infinidad de otros efectos admirables, de los que no es conveniente hablarte ahora.

Estamos rodeados de tinieblas : el espíritu del hombre es muy limitado, y Dios es incomprendible en sus obras. Todo es maravilla para nosotros, y todo es un justo motivo para humillarnos. Somos simples espectadores, mientras que todo se hace por la mano omnipotente de Dios : él es quien lo hace todo dentro y fuera de nosotros. Todo lo que el mundo tiene de magestad y de grandeza, proviene de él. Dios es quien hace retumbar el trueno sobre nuestras cabezas, y volar el rayo desde oriente á occidente. Dios es quien sumergió toda la tierra con un di-

1) Libro del Eclesiástico, cap. XVIII, v. 1, 2, 3, 5, y 6, con la esposicion del P. Scio.

ludio de aguas para castigar los pecados de los hombres. Dios es quien hizo perecer con fuego aquellas cinco ciudades, cuyas execrables abominaciones habian atraído su indignacion. Dios es finalmente quien en el fin de los siglos abrasará el cielo, la tierra, todo el universo, *cuan-*
do, como dice el apóstol San Pablo, *apareciere el Señor Jesus del cielo, con los ángeles de su virtud, en llama de fuego, para dar el pago á aquellos que no conocieron á Dios, y que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesu-*
cristo (1).

Aunque eres todavía muy jóven, me parece no obstante que veo tu espíritu arrebatado por la admiracion, y tu alma penetrada de un religioso temor, al oir las espresiones grandes y sublimes de que se han servido aquellos ilustres escritores para esprimir la imágen de la Magestad Divina.

Graba en tu corazon esta imágen, y ténla siempre presente en tu espíritu. Ella te servirá para arredrar al demonio y á todos los enemigos de tu alma. Ella te hará mirar los honores,

1) Carta segunda de San Pablo á los Tesalonicenses, cap. 1, v. 7 y 8. Los Tesalonicenses eran los Fieles, habitantes en la ciudad de Tesalónica en Macedonia, á quienes escribió el Apóstol dos cartas. Ambas fueron escritas desde Corinto, bácia el año de J. C. 52.

las riquezas y los placeres , como una sombra , como un fantasma que no tiene consistencia , ó como un vapor ligero que se disipa y desvanece con los rayos del sol. Ella por fin te hará un día convenir con Salomon , el rey mas sabio , mas ilustrado y mas rico que ha tenido el mundo , *en que hay toda suerte de males debajo del sol, y que todas las cosas son vanidad y afliccion de espíritu (1).*

Ya quedas instruida, hija mia, de la grandeza y del poder de Dios ; es preciso ahora manifestarte su infinita bondad y el entrañable amor que nos tiene ; es preciso hacerte ver que su bondad y su amor igualan á su grandeza y poder , á fin de que quedes persuadida de que no es menos amable que terrible.

1) Libro del Eclesiastes, cap. II, v. 17.



CAPITULO III.



DE LA BONDAD Y DEL AMOR DE DIOS HACIA LOS HOMBRES.

La primera muestra que Dios nos da de su bondad, es la de sacarnos de la nada. *Sabed*, dice el rey David, *que el Señor, él es el Dios, él nos hizo, y no nosotros á nosotros* (1).

La segunda prueba de su bondad, es la de *que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro uso* (2). Por la eficacia de su voluntad, la tierra no cesa de abrirnos su seno y de darnos una prodigiosa abundancia de toda especie de cosas para nuestra subsistencia. Todos los elementos concurren á servirnos, sea para nuestro placer, sea para nuestras necesidades.

¿Qué reconocimiento tenemos por todos estos beneficios? Apenas pensamos en la mano liberal de donde provienen: vivimos en una especie de olvido de nuestro bienhechor. Aun mas:

1) Salmo xcix, v. 3.

2) Carta primera de San Pablo á Timoteo, cap. vi, v. 17.

como si quisiésemos que nuestra malicia igualase á su bondad , cada instante él nos favorece , y cada instante nosotros le ofendemos quebrantando su ley.

Bendice , alma mia al Señor , decia el rey David , y no te olvides de todos sus galardones. Él perdona todas tus maldades , él sana todas tus enfermedades. Él redime tu vida de la muerte : él te corona de misericordia y de piedades (1) : Y en otra ocasion dijo el mismo Santo Rey : Nos has coronado , Señor , de tu buena voluntad , como con escudo (2).

Dios nos da un tercer testimonio de su amor, del cual no hacemos mejor uso que de los dos precedentes. Este consiste en perdonarnos las ofensas que le hacemos, y esperar con una paciencia infinita , que nos arrepintamos de nuestros desvíos.

¡ Oh , cuan bueno y suave es , Señor , tu espíritu en todas las cosas ! esclamaba Salomon. *Por esto corriges por partes á los que yerran , y los amonestas de las cosas en que pecan , les hablas ; para que dejada la malicia , crean en tí , Señor :: Y tu , dominador poderoso , juzgas con tranquilidad , y nos gobiernas con grande com-*

1) *Psalmo cxi , v. 2 , 3 y 4.*

2) *Psalmo v , v. 13.*

dimiento; porque tienes el poder en la mano, cuando quisieres (1).

Este Divino Pastor quiere salvarnos á todos, y nosotros huimos de él para correr entre precipicios: quiere preservarnos de la boca del lobo, y nosotros nos entregamos voluntariamente á este enemigo.

Aguarda el Señor para tener misericordia de vosotros; nos dice á todos el profeta Isaías, y por esto será ensalzado perdonándoos; porque el Señor es Dios justo: bienaventurados todos los que le esperan con paciencia (2). *Lavaos, purificaos::: con lágrimas de un corazón contrito: cesad de obrar perversamente.::: Y venid, y acusadme, dice el Señor, si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos; y si fueren rojos como el carmesí, como lana blanca serán.* Después que hubiereis hecho lo que os digo, venid y querellaos de mí, si yo falto á mis promesas, si no os admito á mi gracia, si no os lavo de todos vuestros pecados por muchos y abominables que sean, y si no os vuelvo tan blancos como la nieve y como la lana muy limpia (3). El mismo profeta nos dice también, que Dios deshace como á nube nuestras

1) Libro de la Sabiduría, cap. XII, v. 1, 2 y 18.

2) Isaías, cap. XXX, v. 18.

3) Isaías, cap. 1, v. 16 y 18, con la esposición del P. Scio.

iniquidades, y como á niebla nuestros pecados (1).

La cuarta prueba que Dios nos da de su bondad, y la que debería escitar nuestra gratitud, y encender en nosotros el fuego de su amor, consiste en el modo con que galardona la menor de nuestras obras, hechas segun el espíritu de su ley. *Porque, dice el apóstol S. Pablo, lo que aquí es para nosotros de una tribulacion momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria* (2).

Todos los bienes de la tierra le pertenecen. *Del Señor es la tierra y su plenitud; la redondez de la tierra y todos sus habitantes; porque él la fundó sobre las mares, y la estableció sobre los rios* (3). Asi nos habla el rey David, y hablando en otra ocasion á Dios, le dice: *Tu dominas sobre el poder del mar, y tu amansas el movimiento de sus ondas.::: Tuyos son los cielos y tuya es la tierra::: y cuanto contiene tu lo cimentaste* (4).

1) El mismo Isaías, cap. XLIV, v. 22.

2) Carta segunda á los Corintios, cap. IV., v. 17. San Pablo escribió dos cartas á los cristianos de la ciudad de Corinto, la una desde Efeso, hacia el año de J. C. 57, y la segunda desde Macedonia, en el mismo año.

3) Salmo XXXIII, v. 1 y 2.

4) Salmo LXXXVIII, v. 10. y 12.

Dios en efecto es el dueño de todos los bienes de la tierra ; él es su único y verdadero propietario ; nosotros gozamos solamente del usufruto. Con todo , admira hija mia , los abismos impenetrables de su bondad ; él promete recompensar á los que por amor suyo renunciaren á una parte de estos mismos bienes.

Haz bien al justo , y hallarás una grande recompensa ; y si de él no , ciertamente del Señor (1). Y para que todos , aun los mas pobres , puedan resentir los efectos de su divina liberalidad , promete una recompensa hasta por un simple vaso de agua dado por un motivo de caridad. El mismo Jesucristo es quien nos lo asegura diciendo : *Todo el que diere á beber á uno de aquellos pe- queñitos un vaso de agua fria tan solamente , en nombre de discípulo , por la consideracion y respeto de ser discípulo mio , en verdad os digo , que no perderá su galardón (2).*

¿ Porque el hombre , hechura de un Dios tan lleno de bondad , y formado á su imágen y semejanza , ha de determinarse al mal antes que al

1) Libro del Eclesiástico , cap. xxi , v. 2.

2) Evangelio de San Mateo , cap. x , v. 42. San Mateo es uno de los cuatro Evangelistas. Segun la opinion comun escribió su Evangelio en hebreo , en el año de J. C. 39. Los otros Evangelistas , á saber : San Marcos , San Lucas y San Juan , escribieron su Evangelio en griego.

bien? ¿Porque enterneciéndonos á vista de las menores señales de amistad que nos manifiestan los hombres, ha de ser tan poca nuestra sensibilidad al ver los inefables beneficios que recibimos de Dios? Sino conocemos ahora toda la perversidad de nuestra ingratitud, vendrá un tiempo en que la veremos con temblor y espanto. Hija mia, nada es tan importante para tí, como el procurar prevenir este temor. Te será inútil despues, sino le abrigas en tu alma mientras vives. Por eso el profeta Isaías nos dice : *Buscad al Señor, mientras puede ser hallado : llamadle mientras está cerca (1) : y antes que mueras, obra justicia*, añade el autor del Eclesiástico (2).

Considera amenudo las vivas pinturas que acabas de ver de la grandeza y bondad de Dios : ellas escitarán en tí un temor saludable y un amor fervoroso, y no caerás en la peligrosa insensibilidad de que acabo de hablarte. Paso ahora á manifestarte las ventajas del temor de Dios, por el modo con que han hablado de él los escritores sagrados.

1) Cap. LV, v. 6.

2) Cap. XIV, v. 17.

CAPITULO IV.



DEL TEMOR DE DIOS.

¿Quieres no temer cosa alguna en este mundo? Teme al Señor. *El temor de Dios se sobrepone á todas las cosas* (1).

Si temes á Dios, no vendrá sobre tí la indigencia, no te verás sin consuelo en tus aflicciones, y lograrás que tus hijos y toda tu familia vivan en el seno de la paz y de la alegría. *Al que tiene el temor del Señor nada le falta, y con él no hay para que buscar socorro* (2). No se necesita de otro apoyo. *El temor del Señor añadirá dias; y los años de los impíos serán acortados* (3). *En el temor del Señor hay confianza firme; porque el hombre que le tiene, espera vencer con el auxilio divino todo lo que se le oponga en el camino de la virtud, y sus hijos tendrán esperanza* (4).

1) Libro del Eclesiástico, cap. xxv, v. 14.

2) El mismo libro, cap. xl v. 27.

3) Libro de los Proverbios, cap. x, v. 27.

4) El mismo libro, cap. xiv, v. 26, con la esposicion del P. Scio.

Observa, hija mia, que Salomon habla en este último pasage de la bendicion que Dios derrama sobre los hijos de los justos. Esta verdad nos la enseña el Señor de un modo todavía mas expresivo en el Exodo, donde dice: *Yo soy el Señor tu Dios fuerte, zeloso, que visito, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y quarta generacion, de aquellos que me aborrecen: y que hago misericordia sobre millares de generaciones con los que me aman y guardan mis preceptos* (1).

Lo que acabas de leer en órden al temor de Dios, debe hacerte admirar tambien la bondad de este Señor para con los hombres. Hace conocer su poder por las obras maravillosas de sus manos; elige despues santos personajes á quienes anima para hacer las mas fuertes pinturas de este poder; y con todo, promete recompensar á los que le temen, con premios temporales y eternos. Por medio de esta conducta tan suave quiere escitar en nosotros, no un temor bajo y servil, sino un temor filial acompañado de amor.

El temor de Dios es tan necesario al hombre para que se contenga en los límites de su deber, que cuando este Señor quiso dar su ley al pueblo que habia elegido entre todas las naciones,

1) Libro del Exodo, cap. xx, v. 5 y 6.

le llenó primero de terror por medio de los prodigios que obró al tiempo de anunciarla. En aquel momento, dice Moyses, *todo el pueblo veia, entendia las voces y los resplandores, y el sonido de la bocina, y el monte humeando; y atemorizados y agitados de pavor, se estuvieron á lo lejos*. Moyses entónces para darles ánimo, les dijo: *No temais; porque Dios ha venido á hacer prueba de vosotros, y para que su terror esté en vosotros y no pequeis* (1).

Cuando Dios quiso hacer el elogio de Job, he aquí como habló: *Él era hombre sencillo y recto y temeroso de Dios* (2).

El evangelista san Lucas nos enseña que este temor agradó á Dios en la persona del Centurion Cornelio, aun antes que hubiese sido ilustrado con la luz de la fe, diciendo, que era *religioso y temeroso de Dios con toda su casa* (3).

El autor del Eclesiástico dice espresamente, que *el temor del Señor espela el pecado* (4).

1) Libro del Exodo, cap. xv, v. 18 y 20.

2) Libro de Job, cap. 1, v. 1.

3) Libro de los actos de los Apóstoles, cap. x, v. 2. Este libro fué escrito por San Lucas, en el tiempo en que estuvo en Roma, hácia el año de J. C. 63. Contiene lo que hicieron los Apostoles, ó la historia de la Iglesia de J. C., desde el año 33 hasta el 63.

4) Libro del Eclesiástico, cap. 1, v. 27.

Una hija que teme á su padre, ejecuta religiosamente todas sus órdenes, y atiende á no hacer cosa alguna que pueda disgustarle. Pues si el temor de los hombres nos impide ofenderles, ¿crees que el temor de Dios no tenga la fuerza de impedirnos que ofendamos á su Divina Magestad? No dudes que si tienes temor de Dios, un temor filial, cual debe tenerlo una hija por sus padres, evitarás caer en el pecado. ¡Dichoso temor? Para hacer que nazca en tu alma, pasa, hija mia, de la consideracion del poder de Dios á la de tu propia nada.

Poleo eres, y en polvo te convertirás, le dijo Dios á Adán (1). A esto se reduce la suerte de todos los hombres: en esto para la vida mas gloriosa y afortunada. Los reyes y las reinas, los pastores y las pastoras, polvo son y en polvo se convertirán.

En el libro primero de los Macabeos, despues de haberse descrito pomposamente la gloria de Alejandro, despues de haberse dicho de él que ganó muchas batallas, que se hizo dueño de las mayores y mas fuertes plazas de todas las naciones, que se enriqueció con sus despojos, que juntó un ejército numerosísimo, que pasó hasta los extremos de la tierra, que se apoderó de las

1) Libro del Génesis, cap., III, v. 19.

provincias, y de los reyes de las gentes, que se le hicieron tributarios, se añade: *Y despues de esto cayó en cama, y entendió que se iba á morir* (1).

De este modo pasa la gloria de los conquistadores de la tierra: de este modo acaba todo el brillo de la hermosura. Esas gracias, esos atractivos, esos adornos que tanto aman, y de que hacen tanto aprecio las personas de tu secso, no son mas que un poco de polvo manufacturado por el Artífice del universo, y todas estas cosas estan destinadas á convertirse en polvo.

Si alguno estima ser algo, dice el apóstol San Pablo, *no siendo nada, él mismo se engaña* (2). Todo lo bueno que hay en tí, hija mia, proviene de Dios. *Toda dádiva excelente*, dice el apóstol Santiago, *y todo don perfecto es de lo alto, que descende del Padre de las lumbres, en el cual no hay mudanza ni sombra de variacion* (3).

Al contemplar David la grandeza de las obras de Dios, los cielos que ha formado, la luna y las estrellas, y todo lo demas que ha criado para beneficio del hombre, esclama con asombro, hablando al Señor: *¿Qué es el hombre que te acuer-*

1) Cap., i, v. 6.

2) Carta á los Galatas, cap. vi, v. 3. Los Galatas eran un pueblo del Asia Menor, que San Pablo habia convertido á la fe. Esta carta fué escrita hácia el año de J. C. 56.

3) Carta Católica de San Jaime, cap. i, v. 17.

das de él ó el hijo del hombre que lo visitas? (1)

¡Cuán dichosa serás, hija mia, si á imitacion de este piadoso Rey, te postras y te humillas á la vista de la grandeza de Dios, y si miras como una cosa incomprensible que se digne acordarse de tí! Tendré ocasion de hablarte otra vez de la nada del hombre; por eso nada mas te diré sobre ello al presente.

Despues de haberte instruido sobre el temor de Dios, parece que no puedo dispensarme de hablarte en seguida de la sabiduría, porque como lo dice Salomon en sus Proverbios (2). *El temor del Señor es el principio de la sabiduría. Y en el Eclesiástico añade, que ese temor con los fieles fué criado en la matriz, anda con las mugeres escogidas, y se reconoce en los justos y fieles* (3).

1) Psalmo viii, v. 5.

2) Cap. i, v. 7.

3) Cap. i, v. 16.

omitir los medios humanos, la esperanza de la victoria se ha de poner en el Señor, de quien solo depende el suceso (1).

Los consejos de la sabiduría humana tienen siempre un mal éxito cuando son contrarios á los designios eternos del Omnipotente: porque, ¿qué hay en el mundo que resista á su voluntad? ¿Quién hay mas fuerte que él? *Como los repartimientos de las aguas, que la mano del hombre encamina donde quiere, asi el corazon del Rey en mano del Señor: á cualquiera parte que quisiere lo inclinará* (2).

Aunque fuere alguno consumado, dice también Salomon hablando al Señor, entre los hijos de los hombres, si estuviere ausente de él tu sabiduría, por nada será contado (3).

Los esfuerzos de los hombres mas poderosos y mejor instruidos en las mas sólidas máximas de la sabiduría humana, son á corta diferencia, como los que parecen hacer los vientos contra aquellos altos montes tan estables como la tierra, ó como los que hiciese un niño para detener un navío, que surcase el mar á toda vela, impelido

1) Libro de los Proverbios, cap. xxi, v. 30 y 31, con la exposición del P. Scio.

2) En el mismo libre y capítulo, v. 1, con la misma exposición.

3) Libro de la Sabiduría, cap. ix, v. 6.

por un viento poderoso. No debemos, pues, esperar sino de Dios solo la verdadera sabiduría.

Si alguno de vosotros, dice el apóstol San Jaime, tiene falta de sabiduría, demándela á Dios, que la da á todos copiosamente::: ; y le será concedida. Pero pídala con fe, sin dudar en nada ; porque el que duda, es semejante á la ola del mar, cuando la mueve el viento y la trae acá y allá (1).

¿Cómo podríamos adquirir la sabiduría por nosotros mismos, no siendo, como dice el apóstol san Pablo, *suficientes de nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros, mas nuestra suficiencia viene de Dios?* (2)

Hija mia, si quieres que Dios te enriquezca con este don precioso de la sabiduría, sigue los consejos que te da el mismo Señor en los pasages siguientes: *Si inclinares tu oreja, recibirás doctrina; y si amares oír, serás sabio (3).* Sé manso para oír la palabra, escucha con mansedumbre y agrado, de modo que la entiendas ; y que con sabiduría des una respuesta verdadera (4).

Me queda todavía que hablarte de un aviso importante que da el autor de los Proverbios. No

1) Carta Católica, cap. 1, v. 5 y 6.

2) Carta segunda á los Corintios, cap. m, v. 5.

3) Libro del Eclesiástico, cap. vi, v. 34.

4) En el mismo libro, cap. v, v. 13.

seas, dice, sabio en tu opinion: teme á Dios, y apártate de lo malo (1).

Repasa amenudo esta mácsima. Por nada cuentes tu sabiduría, si ella está solo en tu opinion, y si los que cuidan de tu educacion piensan de otro modo que tu. Jamas debes apoyarte en tus solas luces, porque *el camino del necio es derecho en los ojos de él; mas el que es sabio escucha los consejos (2).* Contra los que creyéndose entendidos siguen solo su propio parecer, esclama el profeta Isaís: *¡Ay de los que sois sábios en vuestros ojos, y delante de vosotros mismos prudentes! (3)*

La verdadera sabiduría consiste en temer á Dios, y la verdadera inteligencia en apartarse del mal. Acuérdate, pues, de que la sabiduría es un don de Dios; pero un don difícil de conservar, y que se puede perder de un momento á otro. La salud del alma es aun mas frágil que la del cuerpo. Del estado mas perfecto y tranquilo, se pasa en poco tiempo bajo el tumultuoso imperio de las pasiones. Camina humildemente por las sendas del Señor, y ruégale sin cesar, que confirme en ellas tus pasos, y que sea tu fuerza y tu apoyo.

1) Libro de los Proverbios, cap. iii, v. 7.

2) En el mismo libro, cap. xii, v. 15.

3) Cap. v, v. 21.

Te he dicho , que asi como el poder de Dios debia hacer nacer en tu corazon un temor filial, la consideracion de su bondad debia llevarte á amarle. Voy á emplear toda mi atencion para convencerte mas y mas de que debes corresponder con un amor fervoroso , al grande amor que Dios tiene para contigo.

CAPITULO VI.

DEL AMOR QUE SE DEBE A DIOS.

Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento (1).

Hija mia, si me amas porque soy tu padre, sabe que Dios lo es con mas justo título que yo. Él lo es tuyo, lo es mio, lo es de todos los hombres. Si me amas porque soy tu bienhechor, no ignoras que Dios lo es mas que yo: pues que nada puedo darte que no lo haya recibido de él. Si me amas porque crees que reside en mí algun mérito, debes por esta razon amar á Dios infinitamente mas que á mí; pues que en su comparacion soy menos que un gusano de la tierra, menos que un sueño que se desvanece al despertar. Si me amas, en fin, porque yo te amo, verás que todo mi cariño, por grande y vivo que sea, es nada en comparacion del amor de Dios para contigo.

Voy á convencerte de esta última verdad, cuanto me lo permita mi corta inteligencia en un

1) Jesucristo en el Evangelio de San Mateo, cap. xxii. v. 37.

asunto que ecsige mas bien nuestras adoraciones que nuestros discursos.

Lo que llevo dicho de la bondad de Dios hácia los hombres, deberá bastar para encender en los corazones las llamas de un amor perfecto; pero lo que voy á añadir; es tanto mas superior á lo dicho, cuanto lo mas elevado de los cielos hasta del centro de la tierra.

Es mas fácil concebir como ha salido el mundo de la nada por la fuerza de la palabra de Dios, y se ha conservado desde tantos siglos tan hermoso como lo ves, que el comprender toda la estension del amor que Dios nos ha manifestado en la persona de Jesucristo.

Hace tiempo que se te habrá enseñado un misterio, en el que no se te habrá hecho poner toda la atencion necesaria. Hablándote de las tres personas que hay en Dios, te han enseñado que la segunda que es el hijo, el verbo eterno del padre, se hizo hombre para obtenernos la remision de nuestros pecados. Esta es la prueba incomprensible del amor de Dios hácia los hombres, de la que me queda que hablarte, para acabar de convencerte de que debes amar al Señor con todo el fervor de tu corazon.

Sírvete de toda la atencion de que eres capaz para considerar lo que se contiene en este misterio de un Dios hecho hombre para salvar á

los hombres. Te pido que hagas sobre esto dos reflexiones.

La primera es relativa á Dios. Aunque solo tengamos una idea débil de su poder, de su gloria y magestad, la imágen que de ella ha trazado el mismo Señor, sea por los divinos oráculos que has leído, sea por medio de las obras sensibles del universo, no deja de darnos algun vislumbre del resplandor de su gloria inefable; y de hacernos comprender, que si no vemos mas distintamente la gloria que le rodea, debemos atribuirlo mas bien á la debilidad de nuestro espíritu, que al defecto de su grandeza y magestad.

Este Dios poderoso y terrible, este Dios fuerte y zeloso, este Dios infinitamente feliz por sí mismo, este dueño del universo, *de tal manera amó al mundo, que dió á su hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino, que tenga la vida eterna.*

Este hijo único tomó nuestra carne mortal en las entrañas de una Virgen purísima, se revistió de las enfermedades de la naturaleza humana, y siendo el dueño de todos los tesoros de la tierra, se hizo pobre para que nosotros fuésemos ricos por su pobreza, y cargó con todas nuestras iniquidades, para abrirnos las puertas del cielo que nos habia cerrado la culpa del primer hombre.

La segunda reflexión que debes hacer, es relativa á los hombres. Considera, que estos hombres á quienes el Señor dió una prueba tan tierna y sensible de su amor, estaban desde muchos siglos sumergidos en las tinieblas de la idolatría y en los desórdenes que el mismo Señor mas detesta y abomina; y que en mil ocasiones habian saltado á manifestarle la gratitud por sus beneficios, la sumision á sus órdenes y el respeto á su ley.

El Señor habia mandado á las aguas del mar Rojo, que se dividiesen y se elevasen á uno y otro lado en forma de muro; y las aguas obedecieron al Señor (1). Su divina palabra hizo brotar de la piedra de Horeb una fuente de agua pura, para apagar la sed del pueblo Hebreo (2). Dios lo mandó, y el cielo por espacio de cuarenta años, y contra el curso ordinario de la naturaleza, proveyó al mismo pueblo de alimento en los desiertos de Arabia por medio de un maná abundante y delicioso (3). Mandó que el sol se detuviese, y el sol obediente para su rápido curso por espacio de un dia (4). La luna misma habia obedecido y desaparecido á

1) Libro del Exodo, cap. xiv, v. 21 y 22.

2) En el mismo libro, cap. xvii, v. 6.

3) En el mismo libro, cap. xvi, v. 13.

4) Libro de Josué, cap. x, v. 13.

la voz omnipotente del Señor (1). Los hombres solos habian siempre permanecido rebeldes ; y no obstante , solo por el amor que les tenia, quiso Dios que su hijo viniese sobre la tierra con un cuerpo mortal, y que despues de haber padecido su inocencia ultrages y tormentos, que hasta entónces no se habian practicado ni con los mayores delincuentes , acabase con la muerte mas ignominiosa , en medio de un pueblo escogido entre todas las naciones.

Para sentir bien toda la malignidad de la ingratitud , es conveniente no tener un gran uso de las cosas de esta vida. Todos somos naturalmente inclinados al reconocimiento, y esta virtud antes se debilita que se fortifica con el trato del mundo. Por eso , aunque muy jóven, mirarás sin duda con asombro , que Dios haya manifestado tanto amor á los hombres , casi siempre ingratos y rebeldes. Pero , hija mia , no te contentes con admirar este amor : procura tambien que toda tu vida esté penetrado de él tu corazon , y que sea este grande amor el asunto mas ordinario de tus meditaciones.

Este es otro de los misterios incomprensibles de nuestra Religion , y al mismo tiempo el mas terrible. Es incomprensible , porque el espíritu

1) Libro del Génesis, cap. 1, etc.

humano no penetrará jamás toda su profundidad. Es terrible, porque cuanto mas resplandece en él el amor de nuestro Dios, tanto mas, si no le correspondemos, será temible su cólera.

¡Cuán dichosa te creeria, hija mia, si con el tiempo, haciéndote capaz de una atencion mas viva que la que ahora ecsijo de tí, merecieses por la pureza de tus costumbres, por la inocencia de tu vida, y por tus frecuentes meditaciones sobre este infinito amor de Dios para con los hombres, entrar en los mismos sentimientos que animaban al apóstol San Pablo, escribiendo á los Romanos! *¿Quién, decia el Santo, quién nos separará del amor de Cristo? tribulacion ó angustia? ó hambre? ó desnudez? ó peligro ó persecucion? ó espada? (Asi como está escrito: Porque por tí somos entregados á la muerte cada dia; somos reputados como ovejas para el matadero.) Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó (1).*

Es verosímil que el Señor no te espondrá á tan fuertes pruebas como son las de que habla aquí el Apóstol. Podrás, sin embargo, en el curso de tu vida hallarte en otros lances, que aunque no tan públicos, no por eso serán menos

1) Carta de San Pablo á los Romanos, cap. viii, v. 35, 36 y 37. Esta carta fué escrita desde Corinto, hácia el año de J. C. 57.

peligrosos para tu salud. Nunca, pues, pierdas de vista este amor, que fué el apoyo de aquel grande Apóstol en los mas trabajosos obstáculos, y en los tormentos mas crueles: antes bien haz de modo que ninguna criatura sea capaz de separarte del amor de Jesucristo.

Quiero añadir un pasage del mismo Santo apóstol, cuyas palabras respiran llamas de aquel fuego, que la meditacion continua del amor de Jesucristo por los hombres fomentaba en su corazon. Verás en este pasage como se ha de andar por el camino de la salvacion, no mirando hácia atras, no volviendo los ojos sobre los objetos de que nos hemos desprendido, ni fijándolos sobre los deleites y la pompa de este mundo.

Habla el Apóstol del tiempo que habia precedido á su conversion, y de las prerogativas que le distinguian entónces, y añade: *Pero las cosas que me fueron ganancias, las he reputado como perdidas por Cristo. Y en verdad todo lo tengo por pérdida por el eminente conocimiento de Jesucristo mi Señor; por el cual todo lo he perdido, y lo tengo por vasa, con tal que gane á Cristo. :: Mas esto solo es lo que hago ahora; que olvidando lo que queda atras, y estendiéndome hácia lo que está delante, prosigo segun el fin propuesto, al premio de la soberana vocacion de Dios en Jesucristo: esto es, aspiro*

hacia el término de la carrera, hacia el premio de la vida eterna que dará Dios á los que ha llamado y escogido por los méritos de Jesucristo (1).

Debes saber que San Pablo habia sido enemigo declarado de la religion que tienes la dicha de profesar. Él, como se lee en los hechos de los apóstoles, *asolaba la Iglesia*. (2) Respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, pidió una órden al Príncipe de los Sacerdotes, que le autorizase para todas las persecuciones que meditaba contra los Cristianos de la ciudad de Damasco. Corria con este objeto, cuando estando ya cerca de aquella ciudad, Dios le convirtió de un modo prodigioso. (3) De enemigo que era del Evangelio, pasó á ser su mas firme apoyo, su mas intrépido y fervoroso ministro. Despues de su conversion habia mortificado en sí propio los miembros del hombre terreno y las máximas del mundo; se habia hecho en él una transformacion por medio de la renovacion de su espíritu.

Para que no podamos dudar de que Dios quiere que correspondamos con todo el nuestro al

1) Carta de San Pablo á los Filipenses, cap. iii, v. 7, 8 y 13, con la exposicion del P. Scio.

2) Cap. viii, v. 3.

3) Cap. ix, v. 1 y siguientes.

grande amor que nos ha testificado dándonos à su Hijo Unigénito, que es el objeto de sus complacencias; este Hijo mismo nos lo enseña diciéndonos en el Evangelio de san Mateo: *El que ama á padre ó á madre mas que á mí, no es digno de mí. Y el que ama á hijo ó á hija mas que á mí, no es digno de mí* (1).

Debes pues, hija mia, amar à Dios mas que à todo lo que amas en este mundo. Si no amas à Dios de este modo, eres indigna de llevar el nombre de cristiana; y por mas felicidades que tengas en la apariencia, has de temer que llevarás una vida desgraciada; porque Dios, que es veraz en todas sus palabras, nos dice por boca de David: *Guarda el Señor á todos los que le aman, y destruirá á todos los pecadores* (2).

Como Dios nos ha dado pruebas de un amor mas grande que el que habia manifestado à los Judíos antes de haber enviado al mundo à su Hijo, ecsige tambien mayor perfeccion en nosotros que en ellos: esto se deja ver en muchos lugares del Evangelio, pero principalmente en el que mira al perdon y amor de los enemigos.

En el sermon que hizo Jesus en el monte, explicando las partes principales de la ley que ha-

1) Cap. x, v. 37.

2) Psalmo CXLIV, v. 20.

bia venido no à destruir, sino à perfeccionar: dice: *Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen: y rogad por los que os persiguen y calumnian* (1).

No ignoro que el amor propio se levanta contra un precepto que parece combatirle directamente: pero, hija mia, reflexiona que nada exige de nosotros Jesucristo, que él mismo no lo haya antes practicado.

Él amó à sus enemigos hasta morir; porque todos éramos enemigos de Dios, y Jesucristo murió solo para reconciliarnos con él. Quiso ser nuestro Mediador; y mientras vivió sobre la tierra hasta su último suspiro rogó por los que le perseguían y calumniaban. ¿Qué derecho pueden tener los discípulos para no hacer lo que hace el maestro?

Este pretendido daño que cree recibir nuestro amor propio, queda muy largamente compensado con el premio de una gloria y felicidad eterna que Dios promete à los que observan sus mandamientos. *Si amais á los que os aman, dice Jesucristo ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen tambien lo mismo los Publicanos?* (2)

1) Evangelio de San Mateo, cap. v, v. 43 y 44.

2) En el mismo Evangelio y cap., v. 46.

Con estas palabras el Salvador nos propone dos motivos que nos obligan à hacer lo que nos manda. El primero es el deseo de la recompensa: esta no la hemos de esperar del amor que tenemos à nuestros amigos; pero no asi del que nos manda tener por nuestros enemigos. Como este no puede tener otro fin que Dios, y Dios remunera siempre todo lo que hacemos por él, podemos estar seguros de que nos pagará con usura el sacrificio que le hiciéremos de nuestro resentimiento.

El segundo motivo que nos propone Jesucristo, es el de la emulacion. Es preciso que hagamos mas que los Publicanos, si queremos distinguarnos de ellos. Es preciso, pues, que no limitemos como ellos nuestro amor à solos los propios y amigos, sino que le estendamos tambien à nuestros enemigos. Entonces nos distinguiremos de los Publicanos y pecadores, con el glorioso título de Hijos de Dios. *Haced bien à los que os aborrecen :::*, dice Jesucristo en el lugar citado, *paraque seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos; y llueve sobre justos y pecadores.*

Si consideramos el amor de los enemigos, aun segun las máximas del mundo, nada es mas glorioso. El gozar de una paz y tranquilidad à la que no alteran ni las persecuciones ni las calumnias.

es la gloria mas sólida á que pueden aspirar los hombres sobre la tierra. Una alma de tal modo inaccesible al odio y al resentimiento; siempre dueña de sí misma, sin duda que disfruta siempre de un torrente de delicias. Esto es triunfar á un tiempo de la carne enferma, del espíritu de la ira, del demonio del orgullo, y de la malicia de los hombres que solo respiran venganza, y á quienes confunde esta profunda paz.

Pero ¡cuan distantes estamos de esta gloriosa firmeza! Cuan poco se necesita para que se turbe y agite el espíritu de los hombres al parecer mas tranquilos! No tener á punto fijo todo lo que queremos, el menor obstáculo que se oponga á nuestros designios, mil otras frivolidades de que nos avergonzamos cuando ha cesado la turbacion, nos inquietan, nos sacan fuera de nosotros mismos, y dejan nuestro corazon lleno de agrura y resentimiento.

¿Quieres, hija mia, saber si amas verdaderamente á Dios? Ecsamina si observas sus mandamientos. *Si me amais, dice Jesucristo, guardad mis mandamientos:: Quien tiene mis mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama* (1).

Aun cuando pudieses no amar á un Dios que te ama tiernamente, ó tu amor para con él fue-

1 / Evangelio de San Juan, cap. xiv, v. 15 y 21.

se demasiado tibio para obligarte á la observancia de su ley, jamas deberias apartarte un punto de ella. Esto es lo que voy á manifestarte por tres poderosos motivos, que son el temor de los juicios de Dios, las recompensas prometidas á los que guardan su ley, y la justicia y dulzura de esta ley misma.

CAPITULO VII.



DE LA OBSERVANCIA DE LA LEY DE DIOS, Y MOTIVOS QUE NOS OBLIGAN A ELLA.

Deberíamos servir á Dios por puro amor, ninguna criatura debería partir con él nuestro corazón: Dios nos lo pide todo entero: ni en la tierra, ni en el cielo hay cosa alguna digna de serle preferida. Hasta de nosotros mismos deberíamos olvidarnos por amor de aquel Señor, que por amor nuestro parece haber olvidado su grandeza y nuestra bajeza. Servir á Dios de este modo, es el colmo de la perfeccion cristiana, al que no se llega sino por grados. Los tres motivos que te he indicado son el camino que conduce à esta perfeccion.

El temor de los juicios de Dios, es el primero que debe llevarnos à la observancia de su ley. Has visto ya cuan poderoso y terrible es este Señor. ¿Te atreverías à despreciar los preceptos, à quebrantar la ley del Señor soberano de todos los hombres, que puede en un momento separarte de lo que mas amas, que puede prolongar ó abreviar la duracion de tu vida, y que tiene en

su mano tu felicidad ó infelicidad eterna? Tiemblas al menor ruido; ¿y no temerías à este Dios formidable; que manda al trueno, à los vientos impetuosos, y à las mas horrorosas tormentas? Es un Dios, dice Job, *d cuya ira nadie puede resistir, y debajo del cual se encorvan los que llevan sobre sí el orbe*; los ángeles ó los príncipes que gobiernan el mundo (1). *Las columnas del cielo se estremecen, y tiemblan d una insinuacion de él* (2).

Estas columnas son los ángeles, que con todo de ser tan puros, tan santos, y tan fervorosos en el amor de Dios, quedan sobrecogidos de un santo temor à la vista de su Magestad Divina, y de los juicios terribles que ejerce sobre los pecadores, sobre aquellos que han violado sus preceptos.

No creas, hija mia, poder ocultarte à los ojos de este Juez inflexible. *No se le escapa ningun pensamiento, ni se le esconde ninguna palabra* (3).

El pecador que cree estar oculto à los ojos de Dios porque lo está à los de los hombres, el que confia en las tinieblas que le rodean, y en las paredes, que le encubren, y solo teme ser visto de

1) Libro de Job, cap. ix, v. 13, con la esposicion del P. Scio.

2) En el mismo libro, cap. xxvi, v. 11.

3) Libro del Ecclesiastico, cap. xliii, v. 20.

los hombres, y no de Dios, *no entiende que todas las cosas ve su ojo, porque semejante temor humano echa de sí al temor de Dios::: y no conoció que los ojos de Dios son mucho mas claros que el sol, que registran todos los caminos de los hombres, y lo profundo del abismo, y que ven los corazones de los hombres hasta los senos mas ocultos* (1).

Esta luz es la que formará el mayor tormento de los pecadores en el infierno, y la que aun en esta vida les impide gozar de sus placeres con la satisfaccion que ellos quisieran; porque hace que se eleve el remordimiento de la conciencia, el que segun la espresion de un pagano, *á la manera de una úlcera en el cuerpo, deja en el alma un arrepentimiento, que sin cesar se escarbera, y se ensangrienta á sí propio* (2).

Pon tu confianza en la misericordia del Señor; pero no presumas demasiado de ella. Si te sucede la desgracia de ofenderle, no te lisonjees con que tendrás tiempo para la penitencia: toda nuestra vida por dilatada que fuese, no lo seria bastante para espiar un solo pecado mortal. A mas de esto, el Señor tiene misericordia de quien quiere, y la tiene por todo el tiempo

1) En el mismo libro, cap. XIII, v. 27 y 28.

2) Plutarco en sus Morales, p. 75

que es de su divino beneplácito; por cuyo motivo no hay que perder un solo momento. *No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día: porque su ira vendrá de improviso, y en el tiempo de la venganza te perderá* (1).

El temor de los juicios de Dios aterra á los pecadores ya en esta vida; pero esto es cuando se hallan en el término de su carrera, cuando está para disolverse la union de su alma con el cuerpo. *El rico cuando durmiere, el sueño de la muerte, nada llevará consigo: abrirá sus ojos y nada hallará* (2). Abrirá los ojos del alma y le sucederá lo que á un pobre que ha soñado tener muchas riquezas, y se halla al despertar con las manos vacías: la felicidad del pecador, con relacion á la eternidad, no dura mas que la de este pobre.

Se puede decir tambien, que el rico cuando muriere, es decir poco antes de separarse su alma, abrirá los ojos, aun los del cuerpo, y que nada encontrará: verá sus riquezas, sus amigos, su autoridad; pero nada hallará, porque nada de todo esto le seguirá al otro mundo; y como habia colocado en estas cosas toda su confianza, se verá desnudo de todo.

1) Libro del Eclesiástico, cap. v, v. 8 y 9.

2) Libro de Job, cap. áxvii, v. 19.

En aquella hora, todas las criaturas desaparecerán á nuestros ojos : los reinos, los principados, las delicias, los bienes y los males de este mundo, solo nos parecerán ligeros átomos, indignos de nuestra atencion. En aquel dia, Dios solo nos parecerá grande; y esta grandeza será la alegría de los justos y la desesperacion de los pecadores.

Las recompensas y felicidades que Dios ha prometido á los que guardan su ley, son el segundo motivo que nos obliga á nunca quebrantarla. *Dichoso y bienaventurado aquel hombre que no siguió el mal ejemplo y persuasion de los impíos; que no se acostumbró, ni estuvo de asiento en el hábito de pecar, y no pervirtió á los otros con doctrinas y máximas falsas y perversas, burlándose y despreciando toda correccion y temor de los justos juicios de Dios. Antes bien poniendo todo su conato y voluntad en la puntual observancia de los divinos mandamientos, halla solamente su placer en meditarlos dia y noche. Este tal será semejante á un árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, y dará sus frutos á su tiempo: y así como este conservará siempre verdes sus hojas, así á él se le convertirá en bien todo aquello en que pusiese la mano (1).*

1) Psalmo 1, v. 1, 2, 3, y 4, segun la version y perifrasis de San Gerónimo.

En este pasage nos dice David , que el hombre cuya voluntad se dedicare al cumplimiento de la ley , dará su fruto à su tiempo , para enseñarnos que Dios no premia siempre á los justos con bienes temporales y sensibles : antes bien los prueba algunas veces con aflicciones y trabajos muy difíciles de soportar : pero estos trabajos y aflicciones tienen un feliz suceso para los justos, aun en esta vida, por el gusto y satisfaccion que encuentran sometiéndose en todo á la voluntad de Dios.

Desde el siglo, dice hablando al Señor el profeta Isaías , desde que el mundo es mundo, *no oyeron los hombres, ni con los oídos percibieron: ojo no vió, salvo tu, ó Dios, lo que has preparado para aquellos que te esperan; para tus fieles que te aman* (1).

Bienaventurados todos los que temen al Señor, los que andan en sus caminos (2). Andar en los caminos de Dios , es hacer su voluntad ; y hacer su voluntad , es guardar sus mandamientos.

En verdad , en verdad os digo ; que el que guardare mi palabra , no verá muerte para siempre : no verá la muerte eterna de su alma (3).

1) Profecía de Isaías , cap, LXIV , v. 4 , con la esposicion del P. Scio.

2) Salmo CXXVII , v. I.

3) Evangelio de San Juan , cap. viii , v. 51.

Jesucristo es el que ha dicho estas palabras, hija mía. ¿Y qué mayor galardón puede prometer á los que observan su ley, que una inmortalidad feliz? ¿De quién puedes esperar sino de él esta inmortalidad? ¿Quién podrá quejarse de que el Señor ecsige demasiado de nosotros por una felicidad que nunca ha de acabarse? *Entiendo*, dice el apóstol San Pablo, *que no son de comparar los trabajos de este tiempo, con la gloria verdadera que se manifestará en nosotros* (1).

Tu misma no puedes hacer tu propio felicidad. Este privilegio es propio y peculiar de Dios, que lo ha gozado desde toda la eternidad, sin que la creacion de los seres visibles haya añadido un solo grado á su felicidad eterna. No puedes dejar de conocer por esto la ecsistencia de un Ser superior á tí, y del cual depende tu dicha y bien estar. No hay criatura alguna en el universo, á quien puedes mirar como este Ser superior; porque solo Dios, y no alguna de aquellas, es capaz de llenar el vacío del corazón humano; aquel vacío que hace nos creamos pobres aun en medio de la abundancia, que estemos tristes y fastidiados aun en el centro de las delicias, y ansiosos de gloria y de honor, aun cuando hemos llegado al mayor auge de las digni-

1) Carta á los Romanos, cap. viii, v. 18.

dades y gloria mundana. El rey David nos enseña cuan vana es la confianza en todas estas cosas. *Bienaventurado*, dice, *el varon, cuya esperanza es el nombre del Señor; y no volvió los ojos á vanidades y necesidades engañosas* (1). *No queráis confiar en los príncipes; en los hijos de los hombres en quienes no hay salud*. Si ninguno de los poderosos y grandes de la tierra tiene poder para salvarse á sí mismo, menos lo tendrán para salvar á los otros. *Saldrá su espíritu del cuerpo, y este se volverá á su tierra de que fué formado: en aquel día perecerán todos los pensamientos de ellos* (2): se desvanecerán todos sus proyectos.

Segun esto que nos asegura David, ya ves, hija mia, que todo lo que hay debajo del cielo no es mas que vanidad: que los príncipes y reyes de la tierra son un débil apoyo, pues que son mortales como nosotros; y que por consiguiente es esperar en vano el poner en estas cosas nuestra confianza. Por eso San Pablo, á todos aquellos que no se proponen por objeto los bienes venideros y la gloria de la inmortalidad, les llama *gentes que no tienen esperanza* (3).

Pon, hija mia, una seria atencion sobre estas

1) Psalmo xxxix, v. 5.

2) Psalmo cxlv, v. 2, 3 y 4.

3) Carta á los Tesalonicenses, cap. iv, v. 12.

importantes verdades, y guárdalas con tanto cuidado como la niña de tus ojos. Asi como se arrancan las malas yerbas del rededor de una tierna planta cuya conservacion interesa, desarraiga tu tambien de tu corazon todas las máximas del mundo que podrian sofocar estos sentimientos tan necesarios para tu salvacion, y tan eficaces aun para la felicidad de la vida presente: porque el vivir sin esperanza de otra vida, y aguardar recaer en la nada para siempre; ó bien vivir con la esperanza de la inmortalidad, y portarse de modo que esta inmortalidad haya de ser peor para nosotros que la misma nada, son dos estremos, cuya idea sola hace estremecer, y derrama el disgusto y la amargura sobre todos los placeres.

Me queda que hablarte del tercer motivo que nos obliga á la observancia de los mandamientos de Dios. Este consiste en la justicia y suavidad de la misma ley.

La idea que tienes de Dios, ciertamente no te permitirá dudar de la justicia de sus preceptos. Él es la sabiduría, la justicia, la luz, la bondad misma: sus entrañas son entrañas de amor y de misericordia para los hombres: por esto no puede dejar de ser justa y suave su ley.

En efecto, ¿qué hay mas justo que el amar á un Dios que nos ama? Este es el principal

precepto que nos impone. ¿Qué hay mas justo que el amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos? En estos dos preceptos se encierra toda la ley del Señor. Los demas son consecuencias de estos dos.

Tal vez creerás que esta ley, aunque justa, está llena de espinas y dificultades para su observancia. Oye, hija mia, lo que sobre esto dicen los oráculos divinos. *Gustad y ved que el Señor es suave*, dice David: *bienaventurado el hombre que espera en él* (1). *Sus caminos*, dice Salomon, *son caminos hermosos y todas sus sendas son de paz* (2). *Venid á mí*, dice el mismo Jesucristo, *todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviare. Traed mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que manso soy y humilde de corazon; y hallareis reposo para vuestras almas; porque mi yugo suave es, y mi carga ligera* (3). ¿Qué mejores pruebas puedes desear de la verdad que he espuesto, de que la justicia y suavidad de la ley del Señor debe llevarte á conformar con ella tu voluntad?

Te he dado ya cuatro motivos que deben animarte á la observancia de los preceptos divinos. El primero, como has visto en el capítu-

1) Psalmo xxxiii, v. 9.

2) Libro de los Proverbios, v. 9. cap. iii, v. 17.

3) Evangelio de San Mateo, cap. xi, v. 28, 29 y 30.

lo anterior, es el amor que has de tener á Dios. Todo lo amable y perfecto que ves en el mundo, no es mas que un débil bosquejo de su belleza y de sus perfecciones: y esto es lo que ecsige de nosotros aquel amor puro y desinteresado de que te he hablado anteriormente. Él es tu criador, y no hay momento en que no derrame sobre tí sus bendiciones: te ha amado hasta dar por tí á su Hijo Unigénito. ¿Qué mas podia hacer para obligarte á amarle, y empeñarte á la observancia de sus mandamientos? ¿Crees acaso que Dios que ha sacado todas las cosas de la nada, y que nos ha criado á todos, necesite de nuestras adoraciones? No es así ciertamente. Dios ha sido eternamente dichoso sin nosotros. Su ley es una ley de amor y de misericordia, que él nos ha dado con el fin de que arreglándonos á ella, nos hagamos dignos de sus gracias y de sus recompensas.

El otro motivo que te he dado es el temor de sus juicios. Habla David de los pecadores, y dice, que *Dios desmenuzará los dientes de ellos en la boca de ellos mismos* (1). Enumera el mismo profeta las prosperidades que Dios enviará sobre los justos que meditan dia y noche su ley para observarla, y añade: *No así los impíos,*

1) *Salmo LVII, v. 4.*

no así: sino que antes bien serán como el tamo que arroja el viento de la superficie de la tierra. Por eso no se levantarán los impíos en el juicio, ni los pecadores en el concilio de los justos (1). Es decir, que los malvados, condenados sin recurso y sin apelacion, ni podrán levantar cabeza, ni tendrán lugar en la compañía de los predestinados.

Otro motivo es el de la recompensa y felicidad aneja á la observancia de la ley de Dios. Este Señor tiene preparados para este fin tesoros de gloria y torrentes de placer, cuya posesion será pacífica y eterna.

La justicia y la suavidad de la ley divina es tambien otro motivo que nos empeña á observarla. La desobediencia á ella ha subido al mas alto grado, siendo así que solo prescribe cosas justas, fáciles y agradables.

Mas entre todos estos motivos, el mas fuerte el mas digno de Dios y de los hombres es el amor. Él es un bálsamo que endulza lo mas amargo de las aflicciones, y mitiga los trabajos de esta vida. Cuanto mas perfectamente amarás á Dios, tanto mas experimentarás que su yugo es suave y su carga ligera. Entónces ni el tumulto del mundo, ni los malos ejemplos, ni los ataques del demonio, ni el fuego de la con-

1) *Psalmos 1, v. 4.*

cupisencia podrán cosa alguna para desviarte del ejercicio de la virtud. Entónces no te avergonzarás del Evangelio de Jesucristo. En fin, cuanto mas ames á Dios, tantos mas pecados te serán perdonados. Jesucristo, hablando de la Magdalena, le dijo á Simon el Fariseo: *perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho* (1).

Te exhorto por último, hija mia, á que con frecuencia le dirijas á Dios esta oracion: Vos, Dios mio, quereis y teneis mandado que se cumplan con el mayor escrúpulo vuestros mandamientos. Mas para esto es necesario que seais vos mismo el que encamineis mis pasos, para que no ponga el pie en donde resbalando me precipite. Dadme inteligencia para que llegue á penetrar los arcanos de vuestra ley; y que la practique y guarde con todo mi corazon. Guiadme por el camino de vuestros preceptos porque este es el que abrazo y el que quiero seguir constantemente. Inclínad mi corazon á que ame vuestra ley; y no le arrebathe el amor ó deseo de las cosas caducas y perecederas de este mundo. Guiad todos mis pasos para que los dé segun vos lo teneis ordenado; de manera que la iniquidad no me arrastre fuera del camino que conduce á vos.

1) Evangelio de San Lucas, cap. vii, v. 47.

CAPITULO VIII.



DEL AMOR DEL PRÓJIMO.

DESPUES de haberte dado los motivos que deben llevarte al amor de Dios, el orden ecsige que te hable del amor del prójimo.

El Señor te manda amar á tu prójimo como á ti misma. No hace distincion de personas, y así tu tampoco has de hacerla. Hija mia, ama igualmente á todos tus semejantes. Dios *hizo al pequeño y al grande, é igualmente tiene el cuidado de todos* (1). El fuego de tu caridad ha de arder por todos, así como para todos luce el sol. No consideres para ello, ni las ventajas del nacimiento, ni los bienes de fortuna, ni las perfecciones del cuerpo, ni las gracias del entendimiento ó de un humor festivo; de otro modo no amarias á tu prójimo, sino á ti misma, y no cumplirías con el mandamiento del Señor.

Las diferencias de condicion entre los hombres han sido arregladas sabiamente por el go-

1) Libro de la Sabiduria, cap. vi, v. 8.

bierno político. Era necesario que hubiese superiores é inferiores ; personas para mandar y personas para obedecer.

Sin esta subordinacion, el mundo hubiera sido un lugar de confusion y de desórden. En medio de la abundancia se hubieran padecido las incomodidades de la carestía : nadie hubiera querido cultivar la tierra, recoger las mieses, trabajar en las cosas mas necesarias à la vida.

Verdaderamente somos todos iguales, pues *que una misma es para todos la entrada à la vida, y semejante la salida*, como dice Salomon (1). Todos procedemos del mismo origen, y al mismo volvemos todos. Por eso debes mirar como hermanos y hermanas, á todos los hombres y mujeres. A todos se nos propone igual premio para el fin de la carrera. Todos caminamos para él con los mismos peligros para nuestra salvacion, con la misma incertitud de la hora de la muerte, con las mismas enfermedades, las mismas pasiones, las mismas flaquezas. Desde el momento mismo en que empezamos à vivir, caminamos todos à la muerte.

Arregla tu estimacion sobre el mérito personal de cada uno. Busca para tu sociedad à las personas cuyo espíritu, humor y modales te con-

1) En el mismo libro, cap. vii, v. 6.

vengan mas. En estas distinciones, en estas preferencias, en esta eleccion, nada hay de reprehensible: pero tu caridad sea igual, sea una misma para con todos.

El apóstol San Pablo nos instruye sobre la naturaleza de esta caridad, sobre su necesidad y sobre las obligaciones que nos impone. De su naturaleza habla en su primera carta á los Corintios, diciendo: *La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve d ira, no piensa mal, no se goza de la iniquidad: mas se goza de la verdad: todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta* (1).

Si eres paciente en tus males y adversidades; apacible aun con las personas que son menos de tu gusto: si te complaces en hacer bien á tu prójimo; si le socorres en sus necesidades, y le consuelas cuando está su alma llena de amargura: si no miras con ojos envidiosos los bienes, el mérito, la virtud y la exaltacion de los otros; si evitas toda curiosidad vana y culpable; si eres humilde; si no aspiras á los primeros puestos, ni ambicionas las divisas de honor y de distincion; si en todas tus acciones buscas primeramente á

1) Cap. xm, v. 4, 5, 6 y 7.

Dios; si proteges á la inocencia; si amas la verdad; si las calumnias no ecesasperan tu ánimo; si no juzgas mal de tu prójimo; si vive en tu corazón una fe perfecta, y una esperanza firme; si se reúnen en tí todas estas cosas; entónces, hija mia, vive en tí la caridad: pero si te falta alguna de ellas, la caridad no es en tí perfecta. La caridad es un don de Dios, y de Dios solo hemos de esperarla.

Oye ahora como habla el mismo Apóstol de la necesidad de esta virtud. *Si yo tuviere profecía, dice, y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber, y si tuviese toda la fe de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha (1).*

Estas palabras te enseñan, hija mia, que las acciones mas brillantes á los ojos de los hombres, son inútiles cuando no se hacen por espíritu de caridad. Dios promete una recompensa por un solo vaso de agua fresca dado por su amor (2); pero no atenderá para premiarte en el cielo á crecidos bienes dados para alimentar á

1) En la misma carta y capítulo, v. 2 y 3.

2) En el Evangelio de San Mateo, cap. 1, v. 42.

los pobres, si el motivo de estos socorros que reciben de nosotros es una vana ostentacion, ó una secreta y orgullosa complacencia, ó la pura compasion natural. Dios solo es quien debe premiarnos, y por consiguiente Dios solo debe ser el primer motivo de todas nuestras acciones. Debemos hacer con relacion á él todo lo que hacemos para nosotros y para nuestro prójimo.

Aprende tambien del mismo San Pablo las obligaciones á que nos empeña el amor de nuestros semejantes. Hermanos, dice en su carta á los Galatas, *si alguno como hombre fuere sorprendido en algun delito, vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre* (1). Y luego les ecsorta á que haciendo cada uno reflexion sobre sí mismo, tema ser tentado igualmente que su hermano.

Sucedirá raras veces que te halles en la obligacion de alargar la mano á los que habrán caído en algun pecado, para ayudarles á levantarse. Se presentan muy pocas ocasiones en que semejante funcion convenga á las personas de tu sexo. Pero si te hallares jamas en alguna, sea en orden á tus criados, cuyos escesos no debes tolerar, sea en orden á tus hijos, amonéstales siempre con aquel espíritu de caridad que San Pablo nos encarga en semejantes ocasiones.

1.) Cap. vi, v. 1.

Llevad los unos las cargas de los otros, continua el Apóstol, y de esta manera cumpliréis la ley de Cristo (1). El amor sea sin fingimiento:: Amándoos recíprocamente con amor fraternal: adelantándoos para honraros los unos á los otros:: No pagando á nadie mal por mal:: si ser puede cuanto esté de vuestra parte, es decir, si podeis hacerlo sin faltar á la justicia, á la piedad y á la verdad, teniendo paz con todos los hombres (2).

No debais nada á nadie; sino que os améis los unos á los otros: porque el que ama á su prójimo, cumplió la ley (3). Se cumple con todos los deberes exteriores de caridad para con el prójimo, cuando se hace por él todo lo que se puede. Mas cumplido esto, le somos aun deudores de los sentimientos interiores de amor; y esta es una idea que subsiste siempre aun cuando se hayan pagado todas las otras.

Sed prudentes, dice el Príncipe de los Apóstoles, y velad en oraciones; y ante todas cosas teniendo entre vosotros mismos constante caridad; porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados. Ejercitan la hospitalidad los unos con los

1) En el mismo cap., v. 2.

2) Carta á los Romanos, cap. xii, v. 9, 10, 17 y 18

3) En la misma carta, cap. xiii, v. 8, con la esposicion del P. Scio.

otros sin murmuracion (1). ¡Qué moral! ¡Qué principios! Un pueblo que arreglase su conducta con ellos, seria el pueblo mas dichoso de la tierra. No habria entre ellos ni ódio, ni contiendas, ni pleitos, ni guerras, ni disensiones, ni envidia, ni celos, ni ambicion, sino que reinaria una paz eterna. Sin necesidad de las leyes, estarian todos à cubierto de la injusticia y de la opresion. Cada uno gozaria tranquilamente de los bienes que hubiera recibido de la Providencia. Los ricos no despreciarian à los pobres; y estos bendecirian continuamente à los ricos como à sus bienhechores y consoladores.

Desempeña, pues, religiosamente tus obligaciones en órden al prójimo. De este modo atraerás sobre tí la bendicion del Señor, y conservarás con todo el mundo aquella paz que San Pablo nos recomienda en muchos pasages de sus cartas.

1) Carta primera de San Pedro, cap. iv, v. 7, 8 y 9.



CAPITULO IX.



DE LA LIMOSNA.

En vano, hija mia, creerias tener caridad con el prójimo, si no aprovechases todas las ocasiones, y todos los medios de socorrer y aliviar à los pobres. Has visto que la caridad es benéfica, ¿y para quién lo será, si no lo es para los que sufren mayor necesidad?

Te he dicho, que el amor del prójimo debe estenderse à todos los hombres. Si se hubiese de hacer alguna distincion, seria sin duda en favor de los pobres.

Socorrer à los pobres, es socorrer à Jesucristo. Él mismo nos lo enseña con palabras capaces de reanimar la esperanza y la caridad de los justos, y de infundir terror en el alma de los pecadores mas endurecidos.

Venid, dirá à los justos en el dia tremendo de su justicia, *venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber: era huésped, y me hospedasteis; desnudo,*

ricordia con el pobre (1): y ciertamente que las ganancias no pueden dejar de ser correspondientes á la liberalidad divina.

Pon tu tesoro en los mandamientos del Altísimo, es decir, espéndele segun lo que te se manda por el Señor en el precepto de la limosna, *y te aprovechará mas que el oro. Encierra la limosna en el corazon del pobre, y ella rogará por tí para librarte de todo mal. Mas que escudo de poderoso, y mas que lanza peleará contra tu enemigo* (2). Atiende particularmente á estas palabras: *Encierra la limosna en el corazon del pobre*. Ellas te enseñan, hija mia, que debes evitar la ostentacion en todo lo que haces para alivio del prójimo. Jesucristo la reprueba en todas las cosas, y nos asegura que los que hacen de este modo las mejores obras segun el juicio de los hombres, han recibido ya su recompensa, y no tienen que esperarla en el otro mundo.

Puedes esperar de Dios el premio de tus buenas acciones: puedes tambien recibirlo de los hombres: de estos por medio de una estimacion pasagera, que en realidad no te hará mas feliz: de Dios por medio de una felicidad eterna. En

1) En el mismo Libro, cap. XIX, v. 17.

2) Libro del Eclesiástico, cap. XXIX, v. 14, 15 y 16.

tu mano está el escoger. Si dependiese solo de tí el conciliarte con unos mismos medios el favor de una gran reina , ó el de otras personas que en nada pudiesen contribuir á tu felicidad ; ¿ buscarías solamente la aprobacion de estas personas , menospreciando el afecto y la estimacion de aquella reina capaz de colmarte de beneficios ?

Cuando , pues , con tu limosna socorras á los pobres , *no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha* (1). Esta es una espresion de que se vale Jesucristo, para hacernos comprender cuanto se complace en ser el único testigo de los oficios de caridad que hacemos á nuestro prójimo , y el único de quien esperemos la recompensa. En las limosnas que hicieres , hija mia , sirvete solo de tus manos , no te sirvas de tus ojos para discernir si tales pobres son mas dignos que otros , de los efectos de tu caridad. Míralos á todos como hermanos tuyos.

En todo se debe obrar segun las reglas de la prudencia. La caridad no ecsige de tí que des mas de lo que puedas. *Alivia á tu prójimo, segun tu poder , mas guárdate no sea que caigas ; no sea que por querer librar á otros caigas tu*

1) Evangelio de San Mateo. , cap. vi , v. 3.

en los mismos daños (1). Asi habla el Espíritu Santo por boca de Salomon.

El apóstol San Pablo, exhortando á la limosna á los de Corinto, les enseña tambien este modo prudente, diciendo: *No que los otros hayan de tener alivio y vosotros quedeis en estrechez, sino que haya igualdad. Al presente, vuestra abundancia supla la indigencia de aquellos, para que la abundancia de aquellos sea tambien suplemento á vuestra indigencia, de manera que haya igualdad* (2). Por estas palabras: *para que la abundancia de aquellos sea tambien suplemento á vuestra indigencia*, este Santo Apóstol entiende, que la abundancia que habrémos procurado á los indigentes, suplirá despues de esta vida á lo que nos falte de penitencia; lo que en realidad es una especie de pobreza á los ojos de Dios: de manera que, si aliviarnos en esta vida á los pobres, ellos nos aliviarán en la otra; en aquel dia tremendo en que el Señor, que registra nuestros mas ocultos pensamientos, nos juzgará segun las reglas de la mas severa justicia, y en el que daremos cuenta hasta de toda palabra ociosa que hubiéremos hablado (3). Por esta razon Jesucristo nos exhorta

1) Libro del Eclesiástico, cap. xxix, v. 27.

2) Carta segunda á los Corintios, cap. viii, v. 13 y 14.

3) Evangelio de San Mateo, cap. xii, v. 36.

ta à formarnos en el Cielo por medio de la limosna un tesoro que jamas perezca (1).

Manda á los ricos de este siglo:: le decia San Pablo á su discípulo Timoteo, que hagan bien, que se hagan ricos en buenas obras, que den y que repartan francamente ; que se hagan un tesoro, y un fundamento sólido para lo venidero, á fin de alcanzar la vida verdadera (2). Redime tus pecados con limosnas, le decia el profeta Daniel al rey Nabucodonosor, y tus maldades, egercitando la misericordia con los pobres (3).

Si el Señor nos recomienda tanto el amor de los pobres, si promete tan grandes recompensas por los socorros que se les dan, si amenaza con tan grandes males à los que cierran el oido à sus clamores, qué venganza no egercerá contra aquellos que los oprimen? *El que calumnia al pobre, zahiere á su Hacedor ; mas le honra aquel que se compadece del pobre (4). No haréis daño á la viuda ni al huérfano. Si los ofendiereis vocearán á mi y yo oiré su clamor ; y mi seña se indignará y os heriré á cuchillo, y serán vuestras mugeres viudas, y vuestros hijos huérfanos (5).*

1) Evangelio de San Lucas, cap. xii, v. 33.

2) Carta primera á Timoteo, cap. vi, v. 17, 18 y 19.

3) Profecía de Daniel, cap. iv, v. 24.

4) Libro de los Proverbios, cap. xiv, v. 31.

5) Libro del Exodo, cap. xxii, v. 22, 23 y 24.

Aun cuando el Señor no nos mandase amar à los pobres y socorrerlos en sus necesidades, no nos incitase à hacerlo con sus promesas y exhortaciones, y no se valiese para el mismo fin aun de las amenazas; ¿no deberíamos inclinarnos à hacer con todo corazon una obra tan justa en sí misma? Los pobres estan destinados à la misma bienaventuranza que nosotros, y aun tienen mejor derecho para ella que los ricos; entiendo hablar de los ricos que tienen apegado su corazon à las riquezas: ¿porqué, pues, no hemos de mirar como una obligacion indispensable el alargarles la mano? No deberíamos por el contrario tenernos por muy felices de que Dios nos haya destinado à tan alta y noble funcion? Nosotros somos como los tutores de los pobres: sus bienes estan en nuestras manos, y de ellos solo tenemos la administracion: todo lo que no nos es absolutamente necesario les pertenece. Dios, que es un juez sabio, justo incesorable, nos pedirá una cuenta exacta de estos bienes. El profeta David nos enseña en varios pasages de sus Psalmos, que el Señor, cuyo trono es el Cielo, mira con atencion à los pobres, que oye sus deseos, y la preparacion de su corazon, y que es su protector contra la injusticia que se les haga.

Un sabio del siglo pasado decia, que el servir à los pobres era la vocacion general de los cris-

tianos, y que el frecuentar à los pobres era estremamente útil, porque viendo continuamente las miserias que les oprimen, seria preciso tener un corazon muy duro para no privarse por ellos de las comodidades inútiles, y de los adornos superfluos. Amo à la pobreza, decia el mismo, porque Jesucristo la amó: amo los bienes temporales, porque proporcionan medios de asistir à los necesitados.

Tales son, hija mia, los sentimientos que debes tener. Sacrifica al amor de los pobres, tus vestidos superfluos, tus galas, y ciertos divertimientos que cuestan el dinero, y algunas veces la pérdida de la inocencia y de las buenas costumbres. Procura ahorrar alguna cosa de tu necesario, para acudir à los que no lo tienen. Acuérdate por fin de lo que dice San Pablo: *Quien escasamente siembra, tambien segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, de bendiciones tambien segará* (1). De aquí es que cuanto mas darás à los pobres por espíritu de caridad, tanto mayores serán tus tesoros para la otra vida.

Antes de concluir este capítulo, voy à proponerte dos motivos para estimularte mas al socorro de los pobres.

El primero es, que muchas veces son mas gra-

1) Carta segunda a los Corintios, cap. ix, 6.

tos à Dios, que los que viven en la abundancia. *Mejor es, dice Salomon, el pobre que anda en su sencillez, que el rico en caminos perversos* (1).

El segundo es, que los pobres estan en un abandono general. No solamente se hallan privados de las cosas necesarias à la vida, sino que tambien carecen del consuelo de sus mas prójimos parientes y de sus mejores amigos, cuyos baldones y desprecios hacen muchas veces mas amarga su desgracia: verificándose asi lo que dice Salomon: *Aun à su deudo será enojoso el pobre* (2). Y en otro lugar dice: *Los hermanos del hombre pobre le aborrecen; asimismo los amigos se retiraron lejos de él* (3).

Si es tener entrañas crueles el no sentir la muerte de las bestias que nos pertenecen, ó el negarles el alimento necesario à su vida, ¿qué nombre se dará à aquellos que ven perecer à su prójimo à manos de la mas cruel necesidad, y sin darle el menor consuelo, *pasan de largo, segun dice Job, como un torrente que pasa rápidamente por los valles?* (4).

Tenemos tal fondo de sensibilidad natural por las desgracias ajenas, que hasta el infortunio de

1) Libro de los Proverbios, cap. xxviii, v. 6.

2) Libro de los Proverbios, cap. xiv, v. 20.

3) En el mismo Libro, cap. xix, v. 7.

4) Libro de Job, cap. vi, v. 15.

nuestros mayores enemigos, cuando llega à un cierto punto, nos hace olvidar muchas veces el mas vivo resentimiento; de manera que el ódio cede à la compasion el lugar que ocupaba en nuestra alma. ¿Porqué pues los preceptos del Señor, de cuya mano hemos recibido cuanto tenemos, las grandes recompensas que nos promete, sus terribles amenazas, sus tiernas exhortaciones, la vista de la extrema indigencia de nuestro prójimo, tantos motivos llenos de justicia, no han de hacer nacer en nosotros este amor por los pobres que nos pide?

Cuando abrieres tus entrañas al hambriento, socorriéndole liberalmente, y llenares el alma afligida, nacerá tu luz en las tinieblas, y tus tinieblas serán como el mediodía: y te dará reposo el Señor siempre, y llenará tu alma de resplandores, de su gracia y consuelos, y librárá tus huesos, y serás como huerto de regadío, y como fuente de aguas cuyas aguas nunca faltarán. Gozarás la abundancia de todos los bienes (1).

No solo debes, hija mia, amar à los pobres, y socorrerlos con tus bienes à proporecion de tus facultades, sino que tambien debes protegerles todas las veces que los veas amenazados de una in-

1) Profecia de Isaias, cap. LVIII, v. 10, con la esposicion de P. Scio.

justa opresion, si el Señor ha puesto en tu mano medios para preservarlos de ella. No perdonés entónces ni à cuidados ni à fatigas, ni à súplicas: obra con diligencia, con vigor y con ardor: esta es la acción mas noble, y la mas digna de una alma cristiana.

Si en el último dia puedes comparecer ante el Juez de toda la tierra, en la asamblea de todas las naciones del mundo, escoltada de pobres, vestidos, alimentados, alojados, protegidos, consolados, animados à la paciencia por tus cuidados y desvelos: ¡qué felicidad será entónces la tuya! ¡qué gloria! Será mas brillante que todas las coronas de la tierra reunidas. Guárdate de que la compasion por las necesidades del prójimo disminuya en tí; à proporcion que se aumente el poder de aliviarlas: esto sería una señal de reprobacion. Si el Señor te concede riquezas, no olvides que te manda hacer participantes de ellas à los pobres. La soberbia es el mayor escollo de la caridad. El orgulloso desprecia à su prójimo, y no piensa, no mira, no atiende mas que à sí mismo. Por esta razon voy à hablarte de este vicio, de su naturaleza, y de sus consecuencias, y hacerte ver que es un manantial fecundo de los mayores desórdenes en la religion y en la sociedad humana.

CAPITULO X.



DE LA SOBERBIA.

La soberbia es aborrecible á Dios y á los hombres, dice Salomon (1). Es aborrecible á Dios porque él es la verdad y la justicia misma: y la soberbia no es mas que error é injusticia. Es aborrecible á los hombre, porque el poseido de ella quiere elevarse sobre todos los demas á quienes menosprecia, y nada nos concilia tan pronto y fácilmente el ódio de los otros, como el desprecio que se hace de ellos.

El profeta Isaías, hablando del último de los dias, dice: *Los ojos altivos del hombre han sido abatidos, y enervada será la altivez de los varones: y solo el Señor será ensalzado en aquel dia* (2).

El orgullo es el desprecio del prójimo y la hinchazon de corazon que nos da la buena opinion que tenemos de nosotros mismos, sin referir á Dios la gloria de nuestro mérito. Por eso se dice

1) Libro del Eclesiástico, cap. X, v. 7.

2) Cap. II, v. II.

en el Eclesiástico, que *el principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios ; por cuanto su corazon se apartó de aquel que le hizo* (1)

Para la inteligencia de este pasage, es preciso que sepas que la apostasia consiste en renunciar à una verdad fundamental y santa, ya reconocida como tal por el mismo que la abandona. Así es que se llama apóstata, un cristiano que abandona su religion para abrazar otra. La soberbia por consiguiente es una verdadera apostasia, pues que el hombre soberbio deja de conocer à Dios por su criador.

Puedes, hija mia, sin caer en este vicio tener una idea ventajosa de tu mérito, mientras que tengas presente al mismo tiempo que Dios es el autor de todo lo bueno que hay en tí, que sin el socorro de Dios nada puedes hacer, y que por ti sola no eres mas que debilidad, miseria y corrupcion. Acuérdate con frecuencia de estas palabras de San Pablo: *¿Quién te distingue? ¿Quién te ha hecho sobresalir por esos dones, talentos y dignidad que te tienen tan soberbio? ¿Qué tienes tu que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿porqué te glorias como si no lo hubieras recibido?* Si nada hay tuyo, sino que todo es de Dios, ¿qué mérito tienes para engreirte, como si à ti

1) Cap. x, v. 14.

solo debieras esas gracias y prerogativas? (1) Esta razon es convincente, y aun tan natural, por poco que se piense de la Divinidad lo que de ella se debe pensar, que el mas antiguo de los poetas gentiles se valió tambien del mismo argumento para probar á uno de sus héroes que no debia envanecerse por su valor. He aquí como hace que hable Agamenon à Aquiles: *¿Si eres valiente y esforzado, de donde proviene tu valor? ¿No es Dios el que te lo ha dado?* (2) Pero si tu, hija mia, te miras como el primer principio de todo lo bueno que tienes, si no reconoces que te viene de Dios, y que por mediocre que sea tu bien, todo el honor que de él te resulta debe referirse á Dios, cesas entónces de rendir à Dios el homenaje que le debes, y caes en la apostasía.

El principio de todo pecado es la soberbia, dice el autor del Eclesiástico (3). Para que quedés plenamente convencida de esta verdad, voy à hacerte ver todas sus consecuencias, y todos los desórdenes à que arrastra este vicio. Se le dan diferentes nombres, segun los varios efectos que produce.

1) Carta primera á los Corintios, cap. iv, v. 7, con la exposicion del P. Scio.

2) Homero.

3) Libro del Eclesiástico, cap. i, v. 15.

La soberbia se llama vanidad en aquellas personas que hablan siempre ventajosamente de sí propias, que se creen dignas de los mayores elogios, que los mendigan y tienen de ellos una ansia insaciable, y no conocen la ridiculez de las mas groseras adulaciones.

La soberbia es ambicion en aquellos que estan en un continuo movimiento para elevarse à los primeros puestos, y llenos de proyectos con que aspiran à lo que no tienen derecho de pretender, ni por su nacimiento, ni por su fortuna, ni por su mérito personal.

La soberbia se llama presuncion en aquellas gentes que llenos de la idea de sus propias perfecciones y talentos, se creen capaces de todo, aun de lo que es superior à sus fuerzas e inteligencia.

La soberbia se llama fausto y pompa vana cuando nos induce à ostentar à los ojos de los hombres nuestro pretendido mérito, nuestras riquezas, las insignias de nuestra elevacion; cuando para esto nada se perdona, y se aprovechan las menores ocasiones, no esperando à veces que estas se presenten, sino haciéndolas venir como tiradas por los cabellos.

La soberbia en fin se llama altanería ó arrogancia, cuando nos ocupa de tal modo con la idea de nuestros talentos, que no nos dignamos hacer la menor atencion à los de nuestro próji-

mo, y cuando imaginamos que el respeto y consideracion que tenemos por los demas, es humillarnos, envilecernos y olvidarnos de nuestra dignidad. Esta es la prueba menos equívoca de la soberbia.

En lo que acabo de decirte de los efectos del orgullo, puedes notar, hija mia, aquel desprecio del prójimo, y aquel entumecimiento de corazon que produce en nuestro espíritu la buena opinion que tenemos de nosotros mismos, cuando no referimos á Dios la gloria de todo.

En efecto, hija mia, no tendrás vanidad, hablarás modestamente de tí, no solicitarás los elogios humanos, si estás firmemente persuadida de que á Dios solo pertenece el honor y la gloria.

No te agitará el fuego devorador de la ambicion, si te limitas respetuosamente al estado en que te ha colocado la Providencia divina, y si reflexionas que hay un gran número de gentes que te sobrepujan en mérito, aunque inferiores à tí en calidad y distincion.

No serás presuntuosa, si consideras que muchas personas te son superiores aun en aquellas cosas en que piensas brillar mas; si te acuerdas que tu mérito, sea el que fuere, es un don de Dios que puede quitártelo en un momento; y que si tienes algunas buenas calidades, tienes al mismo tiempo varios defectos.

No amarás el fausto y la ostentacion, si formas una idea verdadera de la gloria de este mundo: si la miras como una sombra que pasa y de la que nada queda despues que ha pasado: si meditas sobre la grandeza de Dios y tu propia nada: si vives en fin persuadida de que de todos aquellos à cuyos ojos quieres ostentar tu pompa, los unos no ponen en ella la menor atencion, los otros sacarán burla de tu flaqueza, y si algunos te consideran con aquella admiracion que apeteces, serán seguramente gentes sin discernimiento, á quienes su propia ignorancia hace admirar à veces lo que menos lo merece.

Evitarás en fin la arrogancia, si te haces cargo de que los modales altivos y desdeñosos hacen nacer el ódio y la indignacion, disminuyen el valor de los mayores servicios, del mérito mas sólido y de las mejores acciones, y si consideras que la altanería ó engreimiento es un olvido de la grandeza de Dios y de nuestra propia miseria.

No es esto solo lo que tenia que decirte de la soberbia; quiero hablarte tambien de los desórdenes à que conduce. *No permitas*, decia el anciano Tobías à su hijo, *no permitas jamas que reine la soberbia en tus sentimientos, ó en tus palabras; porque en ella tomó principio toda la perdicion* (1). Nabucodonosor fué depuesto del trono

1) Libro de Tobías, cap. iv, v. 14.

de su reino, echado de entre los hijos de los hombres, y reducido à morar entre las bestias y pastar como una de ellas la yerba de los campos, luego que, como lo dice el profeta Daniel, *su corazon se levantó, y su ánimo se obstinó en la soberbia* (1):

Si tu, hija mia, no procuras guardarte de este vicio te dejarás llevar fácilmente de los peligrosos y feos trasportes de la ira, à la menor falta que se te haga, ó á la mas ligera sospecha de desprecio; porque como el orgullo eleva mucho la buena opinion que tenemos de nuestro mérito, le es insoportable todo aquello que contribuye à nuestra humillacion.

Si eres orgullosa, te faltará docilidad para atender à los que te instruyan, porque imaginarás luego saber mas que ellos: faltarás à la obediencia y sumision que debes à tus superiores, porque nada encontrarás justo, nada te parecerá puesto en razon, sino lo que tu misma pienses ó hagas. El soberbio se inclina siempre à la independencia.

Si no combates sin cesar contra lo que puede llevarte à un estado tan contrario à la ley de Dios, y opuesto à la sociedad humana, ni sentirás el placer del goce de tus bienes, ni podrás mirar

1) Profecia de Daniel, cap. v, v. 20.

sin disgusto los que faltan, porque estos los mirarás como un hurto que se te ha hecho, ó como un desmembramiento de la fortuna imaginaria que tu orgullo se habrá formado. Te devorará entónces con sus venenosos dientes la envidia, esta pasion vergonzosa que no nos atrevemos jamas à manifestar, y à la que llama Salomon *podredumbre de los huesos* (1), para hacernos entender así, cuan sutil, activo y peligroso es su veneno.

Si la soberbia se apodera de tu corazon, no podrás sufrir que se rinda el honor à quien le es debido. Pondrás toda tu atencion en humillar à los que su mérito eleva en el concepto de los demas, en oponerte à los mas justos aplausos y en valerte para este efecto de las saetas mas envenenadas que presta la murmuracion de la ocultacion de la verdad, de los chismes y aun algunas veces hasta de la calumnia.

En fin, si no miras con horror à la soberbia, te quedarás abismada en la mas vergonzosa ignorancia: tus vicios y tus defectos durarán tanto como tu vida: porque el hombre altivo con dificultad conoce su error, y aun cuando llegue a conocerlo, su soberbia misma te impide confesarlo y variar de conducta. De aquí nace la obs-

1) Libro de los Proverbios, cap. xiv, v. 30.

tinacion que es el mas peligroso obstáculo para la vida perfecta, el único apoyo de las empresas injustas ó temerariamente aventuradas, sustentáculo de las opiniones mas absurdas y escollo para la razon y aun con frecuencia para la fortuna.

La soberbia esparce en el alma unas tinieblas tan densas, que muy lejos de dejarle ver aquellas irregularidades que solo son perceptibles á los espíritus finos, delicados y dotados de una idea pura de la verdadera perfeccion, ni aun le permite reparar los defectos mas groseros y ridículos.

Observa, hija mia, que el orgullo, en vez de la elevacion á que aspira, guía comunmente á la humillacion: que el medio de elevarse es el de humillarse voluntariamente: que en el mundo los hombres gustan de oponerse y trastornar á los que suben á los puestos á que no tienen derecho, ó pretenden una estimacion que no merecen. El desprecio se rechaza con el desprecio, y los modales de una odiosa arrogancia con indignacion y desden. *En donde hubiere soberbia, allí habrá tambien deshonra*, dice Salomon: *mas en donde hay humildad, allí tambien sabiduría* (1). Cuando la soberbia va delante, decia

1) Libro de los Proverbios, cap. 21, v. 2.

un sabio Ministro, la vergüenza y el menoscabo la siguen de muy cerca.

Es una verdad constante, segun el mundo, que el que se humillare será ensalzado; pero lo es aun mas segun la Religion: *cualquiera que se humillare como este niño*, decia Jesucristo, *este es el mayor en el reino de los Cielos* (1). Dios resiste á los soberbios, y da gracia á los humildes. Pues humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que os ensalze en el tiempo de su visita. Asi habla el apóstol San Pedro (2). El Señor, dice David, *ampara á los mansos y abate á los pecadores hasta la tierra* (3). Es protector declarado de los que se humillan, y abate hasta el suelo el orgullo de los impíos (4).

Para ahogar desde su nacimiento todos los pensamientos de la soberbia, hija mia, ten siempre presente la grandeza de Dios, la nada del hombre, y los males á que continuamente está espuesto. Nada añadiré á lo que ya llevo dicho sobre la grandeza de Dios; pero sí, dire algo mas sobre la nada del hombre, de que te he ha-

1) Evangelio de San Mateo, cap. xviii, v. 4.

2) En su carta primera, cap. v, v. 6.

3) Psalmo cxlvi, v. 6.

4) El mismo versículo, segun la version y parafrasis de San Gerónimo.

blado tambien en otra ocasion. Oye estas sentencias.

¿Porqué se ensoberbece la tierra y ceniza::? Breve es la vida de todo potentado::: El Rey hoy es, y mañana morirá. Cuando morirá el hombre, herederá serpientes y bestias, y gusanos (1). Una grande molestia fué destinada para los hombres todos, y un yugo pesado sobre los hijos de Adan, desde el dia que salen del vientre de su Madre hasta el dia de su entierro en la Madre de todos (2). Por eso se han visto pueblos (3) que lloraban al nacer sus hijos, por la infeliz suerte que les cabia entrando en esta vida tan llena de trabajos; en vez de que cuando moria alguno de ellos le sepultaban con alegría, recordando todos los males de que quedaba libre por su muerte.

Verdaderamente todas las cosas de este mundo no son sino un conjunto de vanidad: pero entre estas lo es principalmente el hombre, que tiene una vida tan instable. Pasa esta como sueño ó sombra velozmente; y esto no obstante se le ve mientras vive en un continuo afán, inquietud y agitacion (4). El hombre, cuyos dias son como

1) Libro del Eclesiástico, cap., x, v. 9 y sig.

2) En el mismo Libro, cap. xli, v. 1.

3) Los de Teasá segun Herodoto, lib. v.

4) Psalmo xcvi, v. 5, segun la version de San Gerónimo y paráfrasis del P. Scio.

el heno, así florecerá como la flor del campo: porque el espíritu estará en él de paso (1): significando así, que el espíritu que da vida al cuerpo, pasa por él con la velocidad que pasa la luz y frescura del heno ó de una flor (2). Esto no obsta á la resurreccion venidera, que será obra sobrenatural y milagrosa. ¿Qué cosa es nuestra vida? dice el apóstol San Jaime: es un vapor que aparece por un poco y luego desaparecerá (3).

Lo mismo puedes decir, hija mia, de todo lo que atrae nuestros mas tiernos afectos en esta vida. ¿Qué son los honores, las riquezas, la reputacion, la salud, los atractivos del cuerpo, las gracias del espíritu; sino un vapor que aparece por pocos instantes, y desaparece despues? Los nacidos pasamos nuestra vida en un entorpecimiento deplorable. Olvidamos á cada paso la grandeza de Dios, y estamos continuamente rodeados de ella: la muerte, y caminamos hácia ella aceleradamente: nuestras flaquezas y malas inclinaciones, y estas jamas nos desamparan: la incertitud de la vida, y todo lo que ven nuestros ojos nos la advierte sin cesar: la vanidad de las

1) *Psalm. cii, v. 15.*

2) *Exposicion del P. Soto, sobre el mismo versículo.*

3) *Carta Católica, cap. xv, v. 15.*

cosas del mundo, y todo desaparece como una sombra. Dejamos de hacer muy amenudo lo que quisiéramos, y hacemos lo que interiormente reprobamos. ¡ Cuantas miserias se encierran en el hombre! ¡ A cuantas irresoluciones está sujeto! Esta consideracion debe bastar para confundir al alma mas altiva.

Acostúmbrate temprano á mirar con un justo discernimiento todo lo que hay en tí y fuera de tí. No te engañes sobre el verdadero valor de estas cosas, no menos que sobre el principio á que debes referirlas. Si hay alguna cosa buena en tí, da gracias al Señor, y usa de ella como de un talento que te ha confiado para gananciar con él. Cuanto mas habrás recibido, tanto mas difícil será la cuenta que habrás de rendir.

No confies ni en tu ingenio, ni en tus prendas corporales; estas cosas son buenas, pero no las estimes en mas de lo que son en sí: y pues que son pasajeras, no las mires en el uso que hagas de ellas, como si hubiesen de ser interminables.

Los que han vivido antes de nosotros, se han extraviado y perdido en el laberinto de los vanos pensamientos, ó de su suficiencia, ó de su salud, ó de su grandeza, ó de su hermosura y demas gracias: han tenido pasiones vivas; han formado vastos proyectos; pero todo esto ha pasado con ellos, todo se ha desvanecido. Apro-

véchate, hija mia, del ejemplo de su suerte y evítala. No te desprendas jamas de la idea de tu nada, y ten siempre presente la de la grandeza de Dios, viviendo persuadida, de que aun las obras de los mas famosos héroes, cuando no son dirigidas por el espíritu de Dios, solo sirven ordinariamente para que mientras viven se ceben en ellos los venenosos dientes de la envidia, y se les tributen inútiles elogios despues de su muerte.

CAPITULO XI.



DE LA CÓLERA.

CUANDO la soberbia no te causase mas daño que el de hacerte mas fácilmente colérica, deberías, hija mia, mirarla como el mayor de todos los males.

Si atiendes seriamente á lo que te he dicho de tu nada, á lo que Jesucristo ha padecido por nosotros, á las calumnias que sufren todos los dias personas mas estimables que tu por su virtud, al corto número de gentes penetradas de los verdaderos sentimientos de justicia, á la precipitacion con que todas juzgan segun las apariencias mas engañosas, y á la ridiculez y bajeza de un trasporte de ira, por lo comun mas dañoso para el que se deja llevar de él que para el que le presenta ocasion, no dudo que el Señor conservará tu alma en una feliz y dulce tranquilidad, y en una perfecta union con todos tus semejantes.

La cólera es para el alma lo que la calentura para el cuerpo. Asi como esta desarregla toda la economía del cuerpo, la cólera turba y tras-

torna toda la paz del alma. Un ímpetu de ira es una locura pasagera, que si durase mas tiempo se acercaría á la rabia. Es un movimiento violento del alma, cuyas primeras sacudidas desquician de ella la cordura y la caridad. Es un olvido de sí mismo y un desprecio del prójimo, de las leyes divinas y humanas, de las reglas de la decencia y recato, de la amistad y del cariño. Es un viento, por decirlo así, que hace correr la sangre en las venas con impetuosa precipitacion. Es una tempestad en la que, ardiendo los ojos con el fuego de la venganza, arrojan de sí miradas tan terribles como los rayos que preceden al trueno. Es un movimiento convulsivo, que hace horrible á la vista al rostro mas bello y gracioso. Parece que toda la máquina va á disolverse, y que el alma se agita y se atormenta para salirse de su lugar. Es el estado mas indigno del hombre racional, y mucho mas de una jóven cristiana, que debe guardar la moderacion y paciencia en medio de las persecuciones mas injustas, y de la mas negra calunnia.

No hay precaucion que no debas tomar para preservarte de esta pasion : ella, igualmente que todas las demas, se fortifica de tal modo con el hábito, que llega á ser un mal casi incurable. El saber conservar la paz interior debe mirarse como una gran ciencia.

La doctrina del hombre por la paciència se conoce ; y su gloria es pasar por encima de las cosas injustas , dice Salomon , disimulándolas , olvidándolas y perdonándolas (1).

Tratando del perdon de nuestros enemigos, te he hablado ya de esta gloria. Ella es verdaderamente grande, y mucho mas sólida que aquella á que continuamente sacrifican los hombres todo lo que mas aman y aprecian. El apóstol San Jaime ecsorta á todo hombre á que sea tarde para airarse (2) : sigue, hija mia , esta sabia máxima. Inclínate á creer que tal vez no se habrá tenido intencion de ofenderte, y ecsamina si has dado lugar al procedimiento que condenas. Acuérdate tambien de que en otros lances, se te han sufrido á tí cosas mas vivas y ofensivas, que aquellas de que crees poder quejarte con razon. Sé ingeniosa en escusar las faltas ajenas y en reprobar las tuyas. Por este medio evitarás la sorpresa y la violencia de los primeros movimientos de la ira. Para apaciguarla enteramente cuando empiezen á levantarse en tu alma y á entumecerse las olas de esta pasion, trae luego á la memoria la idea que de ella acabo de darte. Solo por falta de conocer á este mónstruo y todo

1) Libro de los Proverbios, cap. xix, v. 11.

2) Carta Católica, cap. 1, v. 19.

lo que tiene de horrible, nos familiarizamos tanto con él y le tememos tan poco.

Es preciso, hija mia, que te acostumbres á ser paciente en las menores ocasiones, para que puedas asegurarte poco á poco y aprender á resistir en lances mas difíciles. Una persona que á la mas ligera falta que se cometa contra ella, se inmuta, pierde el color, se agita, vocea, amenaza, suelta su lengua en invectivas, y pasa los límites de la buena crianza y del decoro, es en medio de la sociedad humana una especie de bestia feroz. Se evita su trato, se huye de ella, se teme su encuentro: sus criados estan en su presencia, como los forzados á la vista de su comitre. Observa al contrario, hija mia, cuan amables se hacen á la vista de todos aquellas personas indulgentes, que en todas partes y ocasiones se manifiestan dulces y pacíficas, que nada toman por mal fin, que en los lances en que es evidente el designio de ofenderlas, se vengan con un noble y generoso desprecio, y que en fin, cualquiera que sea la injuria que se les hace, no pierden jamas el mérito de la moderacion.

El hombre airado dice amenudo cosas que no quisiera haber dicho en su vida. *El soberbio y arrogante es llamado necio*, dice Salomon, *porque en la cólera obra con soberbia* (1): es decir,

1) Libro de los Proverbios, cap. XXI, v. 24.

que arrebatado fácilmente de la ira cuando se cree ofendido, obra con modo fiero é insolente. Con todo, el arrepentimiento de una accion violenta, producida por la ira, dura casi toda la vida, y cuanto se hace para cerrar la llaga, sirve pocas veces para impedir que quede la cicatriz. ¿No seria mejor hacer todos los esfuerzos imaginables para contenerse? Es mayor la gloria de conservarse siempre en una situacion pacífica y racional, que la que merecen los conquistadores que sujetan y avasallan naciones enteras, y que reinando de este modo sobre millones de hombres, no pueden asegurarse el imperio sobre sí mismos.

Es muy comun á las personas de tu sexo el dejarse arrebatarse de la ira por la mas pequeña friolera que falte á su atavío. Un cabello mal arreglado, una cinta que no hace el juego ni produce el efecto que se esperaba, un tocado mal montado, una escofleta no bien lavada y aplanchada, un vestido que no se tiene concluido para el dia ó funcion en que se habia proyectado estrenarlo, mil cosas aun de menor consecuencia que estas, les causan un enojo y producen en ellas unos escesos, que no se creerian posibles sino se viesen todos los dias. Este es ciertamente un notable defecto, y es tener mucha debilidad de espíritu el encolerizarse por cosas tan frívo-

las. Estas personas no advierten que la misma delicadeza que tienen por todo lo que puede hacerlas mas amables, deberia empeñarlas en estos y otros lances á valerse de toda su razon para conservar la moderacion y tranquilidad: pues que la cólera las afea mas y causa mas desórden en las gracias de su rostro, que todas aquellas pequeñas irregularidades á que se muestran tan sensibles.

No hay ira sobre la ira de una muger; dice el Eclesiástico. Mejor seria morar con un leon y con un dragon, que habitar con una muger mala. La malignidad de la muger inmuta su cara, volviéndola de humana en fiera y sañuda; y oscurece su rostro como un oso, torciéndolo, mostrándolo ceñudo, y respirando iras; y la muestra tal como un cilicio; tomando su tez un color negruzco semejante al de una arpillera, de que se hacian antiguamente los sacos de duelo ó cilicios (1).

Las gentes que se dejan llevar tan fácilmente de la cólera; deberian considerar tambien lo que daña á su salud. Es imposible que esta no sufra algun quebranto, con una agitacion tan violenta de los espíritus y con un trastorno tal de las principales partes del cuerpo. Por eso sin duda se lee en el Eclesiástico (2), que *la ira dis-*

1) Cap. xxv, v. 23 y 24, con la interpretacion del P. Sene.

2) Cap. xxx, v. 26.

minuye los dias , y antes de tiempo traerá la vejez.

No solamente debes , hija mia , poner todo tu conato en preservarte de esta pasion , si que tambien , como lo ecsigen la religion y el mundo , debes evitar todo aquello que pueda escitarla en tu prójimo. Para este fin , ten siempre presente lo que dice Salomon : *la respuesta suave quebranta la ira : la palabra dura aviva la saña* (1).

Lo que con mas frecuencia da lugar á esta pasion , son las conversaciones que tan comunmente se tienen sobre el prójimo. En ellas reinan generalmente la murmuracion , el chisme , la mentira y la calumnia. Como todas estas cosas tienen relacion á la intemperancia de la lengua , voy á hablarte de ella en seguida.

1) Libro de los Proverbios , cap. xv , v. 1.



CAPITULO XII.



DE LA INTEMPERANCIA DE LA LENGUA.

LA intemperancia de la lengua es hija de la soberbia. Se habla poco cuando la vanidad no hace hablar. El hombre humilde no es murmurador, no es chismoso, no abre su boca para la mentira, ni se aparta jamas de las sendas de la verdad.

Juzga, hija mia, cuan dificultoso sea el hacer un buen uso de la lengua, por lo que dice el apóstol San Jaime sobre este punto. *El que no tropieza en palabra, dice, este es varon perfecto; porque puede tener del freno á todo el cuerpo. Si ponemos frenos en las bocas de los caballos para que nos obedezcan, gobernamos todo el cuerpo de ellos. Mirad tambien las naves, aunque sean grandes, y las traigan y lleven impetuosos vientos, con un pequeño timon se vuelven á donde quisiere el que las gobierna. Asi tambien la lengua, pequeño miembro es en verdad, mas de grandes cosas se gloria. ¡He aquí un pequeño fuego, cuan grande selva incendia! (1)*

1) Carta Católica, cap. iii, v. 2 y sig.

Estas comparaciones son sensibles. Porque así como el que no sabe manejar las riendas de un caballo, cae á veces en un precipicio, y à la manera que un piloto que ignora el arte de dirigir el timon como conviene, da à veces contra los escollos mas fáciles de evitar; así el hombre que no sabe gobernar su lengua comete tantas faltas, cuantas son las palabras que profiere.

Una pequeña chispa de fuego puede incendiar todo un bosque: del mismo modo una palabra indiscreta, que quizás se habrá dicho sin ningún mal fin, puede encender las enemistades mas implacables, y producir la confusion y el desórden donde reinaba una profunda paz.

Debes pues, hija mia, poner mucha atencion en tus palabras, y guardarte de no dar ocasion à aquellas horribles tormentas que apagan el fuego de la caridad. El mismo Apóstol en el lugar citado dice que *la lengua fuego es*, y la llama tambien *un mundo de maldad* (1); como si dijera la congregacion ó el mundo de todos los males, porque los encierra en sí todos. *La lengua*, prosigue el santo Apóstol, *se cuenta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo, é inflama la rueda de nuestro nacimiento, inflamada ella del fuego infernal::: Toda natura-*

1) En el mismo cap., v. 6.

leza de bestias:::, se doma, y la naturaleza del hombre las ha domado todas; pero ningun hombre puede domar la lengua, si Dios particularmente no le asiste; ella es un mal que no cesa, y está llena de veneno mortal que acaba con la fama del prójimo, mata el alma del que habla mal, y escucha, y mueve y siembra entre los hombres un sin número de males (1).

El mundo está muy lejos de mirar à la lengua bajo el punto de vista que la miraba este Santo Apóstol. ¿Se tiene siquiera el pensamiento de velar sobre ella? ¿No se le deja una entera libertad de arrojar su fuego y de derramar su veneno? ¿Quién ruega à Dios para poder domar este mal inquieto é intratable? ¿Quién es el que gime por no poder sacudir prontamente su yugo?

A fin de que tu, hija mia, conozcas la necesidad que tienes de librarte de este yugo, es preciso que consideres los vicios à que conduce la intemperancia de la lengua. Estos son la murmuracion, los chismes, el hablar demasiado, la mentira, los juramentos, la calumnia. Te instruiré en seguida sobre cada una de estas cosas en particular.

1) En el mismo versículo y siguientes hasta el 8, con la posición del P. Scio.

CAPITULO XIII.



DE LA MURMURACION.

La murmuracion es una sed insaciable de hablar de los vicios y defectos del prójimo, y de minorar la idea que se tiene de su mérito. Por estas palabras puedes juzgar, hija mia, si una persona razonable debe huir de un vicio, cuyo único apoyo es la injusticia, y que choca tan directamente con la caridad que debemos tenernos mutuamente los hombres. Estamos obligados por la caridad à ocultar las faltas de nuestro prójimo; y la murmuracion se esmera à levantar el velo que las cubre. La caridad apenas nos permite creer el mal aun cuando le vemos; y la murmuracion hace todos sus esfuerzos ó para hacernosle ver donde no ecsiste, ó para presentárnoslo mayor de lo que es. La caridad destierra de nuestros corazones las sospechas del mal; y la murmuracion no cesa de formarlas en las menores ocasiones, y sobre los mas débiles fundamentos.

El que quiere amar la vida, dice el apóstol San Pedro, y ver los dias buenos, refrene su len-

gua de mal, y sus labios no hablen engaño (1): como si dijera: el que desea tener paz en esta vida y gloria en la otra, no ofenda à su prójimo con maledicencias ni con engaños, en cuyos dos vicios se cifran todos los que nacen de la lengua. *El pensamiento del necio*, dice Salomon, *es pecado; y el detractor es abominacion de los hombres. Teme al Señor y al Rey; y no te mezeles con los detractores; porque de repente se levantará la perdicion de ellos, e y el quebranto de ambos quien lo sabe?* (2) El apóstol San Pablo (3) en su carta primera à los Corintios, habla de la murmuracion del mismo modo, la mira como uno de los mayores crímenes, y aun prohíbe el sentarse à la mesa con un maldiciente. *El que de otro dice mal en secreto, no es menos que una sierpe que muerde sin ruido.* Asi habla Salomon en el Libro del Ecclesiastes, (4) y en el del Ecclesiástico (5) se lee: *el chismoso y el de dos lenguas maldito es; porque perturbará à muchos que tienen paz.*

Ya ves, hija mia, que si quieres lograr dias felices, debes abstenerte de la murmuracion. Ella es abominable à los ojos de los hombres. El mal-

1) Carta primera, cap. iii, v. 10.

2) Libro de los Proverbios, v. 9, 21 y 22 del cap. 24.

3) Cap. x, v. 10.

4) Cap. x, 11.

5) Cap. xxviii, v. 15.

diciente es indigno de la sociedad humana, y no quedará impune ni la mas secreta de sus palabras. Repite con frecuencia estas del Eclesiástico: *¿Quién pondrá una guarda á mi boca y un sello seguro sobre mis labios, para no caer por ellos, y que no me pierda mi lengua? Señor, padre y dueño de mi vida, no me abandones al consejo de ellos, ni permitas que yo caiga por ellos* (1). Esta caída es tanto mas temible cuanto no hace relacion al cuerpo, sino al alma. Por eso decia Jesucristo: *no temais á los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma, temed antes echar el alma y el cuerpo en el infierno* (2).

Sobre todo, hija mia, ten cuidado que cuando hables de los reyes, de los príncipes y de los ministros, lo hagas con todo el respeto que les es debido. En el Exodo se lee: *No hablarás mal de los Dioses*, que así se llaman en varios pasages de la Santa Escritura los príncipes, magistrados y sacerdotes, *ni maldecirás al príncipe de tu pueblo* (3). El apóstol San Pablo en su carta á Tito (4) le dice, hablándole de los cristianos:

1) Cap. xxxi, v. 33; cap. xxiii, v. 1.

2) Evangelio de San Mateo, cap. x, v. 28.

3) Cap. xii, v. 28.

4) Cap. iii, v. 1 y 2, San Pablo habia enviado á Tito para gobernar la Iglesia de la isla de Creta, hoy Candia. Esta carta fué escrita hacia el año de J. C. 64.

Amonéstaos que esten sujetos á los príncipes y á las Potestades : que les obedezcan : que esten prevenidos para toda obra buena : que no digan mal de nadie , que no sean pendencieros , sino modestos , mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres. Entre los preceptos que en nombre de Dios propuso Moyses á su pueblo se contiene tambien este : No serás calumniador ni chismoso en el pueblo (1) : es decir : no serás calumniador que á cara descubierta desacredita á su prójimo , ni chismoso que trae y lleva cuentos de unos á otros , y que bajo de secreto y confianza cuenta á uno lo que otro dijo ó hizo contra él , sea verdadero ó falso lo que refiera (2).

No solamente, hija mia, debes abstenerte de murmurar de persona alguna por cualquier motivo que sea, si que tambien estás obligada á huir de la compañía de los murmuradores, segun el parecer que has oido de Salomon y de S. Pablo: porque, segun la espresion de aquel sabio Rey, el que presta sus oidos á una lengua maligna, *no tendrá descanso, ni amigo en quien repose* (3). El mismo rey, despues de haber enumerado las funestas desgracias que causa una lengua maldi-

1) Libro del Levítico, cap. xix, v. 16.

2) Anotacion del P. Scio sobre el lugar citado.

3) Libro del Eclesiástico, cap. xxviii, v. 20.

ciente, reúne ambas obligaciones de no murmurar y de no escuchar la murmuración, en este documento: *cerca tus orejas con espinas, no des oídos á la mala lengua, y haz puertas y cerrojos á tu boca* (1).

Es ocasión de desavenencia con nuestros mejores amigos el escuchar á los que murmuran de ellos. Las espinas con que debes cerrar tus oídos á las menores saetas de la maledicencia, son un rostro severo con tus inferiores, desazonado con tus iguales, y en orden á tus superiores será prudente partido el de callar ó retirarte. Pórtate de modo que una pusilánime y baja complacencia en ningun caso te obligue á faltar á la verdad y á las leyes sagradas de la caridad. Mas vale obedecer á Dios que á los hombres. Se ha de advertir, que puede el hombre dejar de murmurar, y gustar con todo de oír la murmuración: á los ojos del mundo hay alguna diferencia entre estos dos defectos; pero á los de Dios, ambos son igualmente criminales y dignos de castigo.

No basta, hija mia, el haberte esortado á huir de toda murmuración, sea saliendo de tu boca ó bien escuchándola; es preciso te diga también lo que debes hacer para que no se mur-

1) En el mismo capítulo, v. 28.

mure de tí, y la conducta que debes tener en caso se verifique que con todo seas murmurada. Si quieres evitar que se murmure de tí, sé buena y benéfica: escusa las faltas ajenas, ó no hables de ellas: no digas ni hagas cosa alguna contraria á la caridad ó amor del prójimo; se regular y circumspecta en toda tu conducta. Los maldicientes buscan siempre algun pretesto, si tu no se lo prestas, será lo mismo que cerrarles la boca.

Pero si á pesar de todas estas precauciones hubiere todavía quien murmure de tí, y tuviera la maña de dar á su maledicencia todas las apariencias para hacerla creible, aun cuando te vieres reducida á ser único testigo de tu propia inocencia, no emplees jamas para rechazar los tiros de la malignidad, ni un áspero resentimiento, ni los trasportes de la ira. La virtud ofendida nunca se irrita: solo el vicio llama en su socorro á la cólera.

CAPITULO XIV.



DE LOS CHISMES.

Si la caridad y las leyes de la vida civil, exigen de tí, hija mia, que de nadie murmures, ellas mismas te mandan aun mas estrechamente que no traigas ni lleves cuentos de unos á otros, que no se dirijan á la conservacion de la paz.

Seis cosas, dice Salomon, son las que aborrece el Señor, y la séptima la detesta su alma: ojos altivos, lengua mentirosa, manos que derraman sangre inocente, corazon que maquina designios pésimos, pies ligeros para correr al mal, testigo falso que profiere mentiras; y aquel que siembra discordias entre los hermanos (1). Segun la frase usitada en la Santa Escritura, el que siembra disensiones entre los hermanos, es el mas aborrecible á los ojos de Dios: y como por los chismes se produce la division, no puede dudarse que Dios mira con horror este vicio y detesta á los chismosos que rompen los lazos de la caridad.

1) Libro de los Proverbios, cap. iv, v. 16 y sig

No repitas la conversacion que oyeres para descubrir palabra de secreto, y no tendrás de que avergonzarte, y hallarás gracia ante todos los hombres. Tal es el documento que se lee en el libro del Eclesiástico (1). En efecto, nada te conciliará mas la estimacion y afectos de todos, que la reputacion de no divulgar jamas lo que habrás oido; este es el carácter de un espíritu sólido y de un buen corazon; y lleva consigo mismo su recompensa. Una conducta tan prudente y tan arreglada á las leyes de la caridad te grangeará una confianza general, y hará que deseen y procuren todos tu amistad. *El que encubre el delito, dice Salomon, busca amistades: el que lo cuenta y repite, separa á los que estan unidos* (2): y realmente nos enseña la experiencia, que el que interpreta en bien, y oculta las faltas ajenas, se gana amigos y estrecha mas á los que lo son; pero el chismoso que va á contar lo que ha oido, y aun muchas veces añade ó quita, ó lo interpreta en mal sentido, introduce la division donde reina la concordia.

Si pones una seria atencion en los desórdenes que nacen de los chismes, jamas, hija mia, olvidarás tu obligacion hasta el punto de sem-

1) Cap. XLII, v. 1.

2) Libro de los Proverbios, cap. XVII, v. 9.

brarlos entre tus semejantes. Los chismes escitan la cólera, y tu no ignoras á que escesos precipita esta pasion aun á los mas cuerdos, y que á veces basta una sola palabra para producir este pernicioso efecto. ¿Quisieras tu en vez de procurar la paz por todos los medios posibles, producir la confusion y el desórden, solo por algunas palabras que no podrás ya retirar despues que las hayas soltado? Mas vale perder las mayores ventajas de este mundo, que el lograr alguna de ellas con detrimento de tu prójimo y de tu alma. Ni la envidia, ni los zelos, ni el resentimiento te lleven jamas á hablar mal de persona alguna; inclínate siempre á la indulgencia; mitiga las cosas; pero házlo todo de un modo sencillo y natural.

No solamente, hija mia, está prohibido el dar noticias falsas de alguno, si que tambien debes abstenerte de contar las verdaderas, á menos que sean ventajosas á la persona de quien hablas. Aun en este caso, te encargo mucho el explicarte de tal manera, que no pueda asestarte sus tiros la malignidad, que ha llegado á ser el tirano de todas las conversaciones. En ellas se procura siempre dar á todo una siniestra interpretacion. Se pesarán todas tus palabras, se observarán tus gestos y ademanes, se notará el tono de tu voz, y se creerá haber percibido una

sonrisa en tus labios, ó un modo irónico en tus palabras. De ellas nacerá siempre alguna alteracion favorable ó contraria, segun la buena ó mala disposicion de los concurrentes; y nunca se repetirá fielmente lo que habrás dicho. Asi que, hija mia, lo mas seguro es no hablar de persona alguna ausente, á no ser que lo exija una indispensable necesidad.

No quieras parecerte á aquellos insensatos, de quienes se lee en el Eclesiástico: *Por una palabra está el necio en dolores, como muger que gime al parir el niño* (1). En efecto, semejantes hombres luego que oyen una palabra de secreto entran en una especie de angustia, que no les deja parar ni descansar hasta que la depositan en el pecho de otros; del mismo modo que una muger cuando va de parto, no se aquieta hasta que se ve libre del peso que la oprime (2). Tu, hija mia, obra al contrario de tales hombres, atendiendo á lo que se lee tambien en el citado libro. *¿Oiste alguna cosa contra tu prójimo? muera en tí, confiando que no te hará reventar* (3). Escucha á todo el mundo con dulzura, procurando discernir lo bueno y conveniente para conservarlo en tu pecho y hacerlo servir

1) Cap. xix, v. 11.

2) Anotacion del P. Scio sobre el mismo versículo.

3) En el mismo cap., v. 10.

en provecho tuyo. Si se dice algo contra el prójimo, no lo escuches. Imita à las abejas, que no chupan los jugos amargos.

Los chismes son como las bolas de nieve, que crecen en poco tiempo à medida que se las hace rodar sobre ella. Algunas palabras que habrás soltado inconsideradamente, circulando de boca en boca, se multiplicarán de tal modo, que te pasmará su alteracion cuando vuelvan à tus oídos; y en vano protestarás que no es eso lo que tu habias dicho. Los hombres son otros tantos ecos, aunque muy diferentes de los que forma la naturaleza. Estos no repiten mas que una parte de lo que decimos; y cuando hay muchos, los mas distantes repiten menos palabras que los mas cercanos: pero los hombres repiten por lo comun mas de lo que se dice, y los últimos sobrepujan siempre à los primeros. Mi propia experiencia me lo ha enseñado así. He visto familias antes muy unidas, animadas mutuamente del odio y de la ira por bagatelas que el espíritu de maledicencia habia envenenado. Cuando el fuego de aquellas dos pasiones está encendido, se necesita mucho tiempo para apagarle. La paz y la union se conservan con trabajo, y la discordia no se destruye fácilmente.

No creas tu secreto seguro porque lo hayas confiado á una persona que juzgas muy discreta;

ni te persuadas que una confianza mal colocada te dispense de observar con la mas escrupulosa exactitud las leyes de la caridad, y de aborrecer los chismes como te lo recomiendo. Basta que aquella persona, que crees dotada de mucha discrecion y cordura, se encuentre con una amiga de su entera confianza, para que quede violado tu secreto. Tenemos ejemplos de personas, por otra parte recomendables por el mérito mas distinguido, que han hecho dar al traves grandes empresas, por haber confiado sobradamente en la discrecion de sus amigos ó amigas.

Si con todo esto te sucediere por desgracia referir alguna noticia del prójimo, y esta relacion te dejase espuesta á esplicaciones, no pierdas tiempo para justificarte. Sube á la fuente, y no remitas à persona alguna el cuidado de tu justificacion. Si eres culpable, confíesalo de buena fe, y haz todo lo que esté en tu mano para que se te perdone tu falta; omitiendo toda expresion de queja y sentimiento sobre la injusticia que se te hace, para que con ellas no aumente la tormenta que solo el silencio podrá calmar.

CAPITULO XV.



DE LA MENTIRA Y DE LA HIPOCRESIA.

CUANDO la mentira no perjudica al prójimo, no causa tan grandes desórdenes en la sociedad como la maledicencia y los chismes; pero atrae à los mentirosos un desprecio que se les da à conocer à cada paso por la poca fe que se les presta, aun cuando dicen la verdad. ¿Y qué de mas vergonzoso, que el vivir asi en un descrédito universal, à corta diferencia como la moneda falsa que no tiene curso en el comercio?

En el libro del Eclesiástico (1), se nos advierte que de ningun modo mintamos, para no caer en la costumbre de mentir que es muy mala. Esto nos enseña que no hemos de mentir, ni aun en las cosas de menor consecuencia: y de este modo debe entenderse esta advertencia del Eclesiástico; porque cuando en otros parages de la Santa Escritura se habla del hábito de mentir, son mucho mas fuertes las expresiones que se emplean.

1) Cap. vii., v. 14.

Oye con que energía habla sobre este particular el autor del mismo Eclesiástico: *La mentira en el hombre es oprobio pésimo, y será continua en la boca de gente sin crianza* (1). Y en efecto es infame á los ojos del mundo la costumbre de mentir. *Mejor es el ladron que el hombre habituado á mentir*; porque el ladron roba la hacienda, y perjudica á una ú otra persona; pero el mentiroso con sus detracciones y calumnias, quita la fama, y trastorna y revuelve familias, ciudades, y aun todo un reino: *mas ambos, prosigue el Eclesiástico, heredarán la perdicion. Las costumbres de los hombres mentirosos son sin honra; y su confusion estará con ellos sin intermision* (2). Por mas precauciones que guarde un embustero, es efectivamente conocido luego. La verdad penetra al traves de todos los velos que la cubren, alzándose al fin con la victoria; y esta envilece al embustero, le cubre de confusion, y le hace digno del mayor desprecio.

Al contrario, los que nunca faltan á la verdad, los que la conservan en su corazon y en sus palabras, logran la estimacion de los hombres y el cumplimiento de las promesas del Se-

1) Cap. xx, v. 26.

2) En el mismo cap., v. 27 y 28, con la expresion del P. Sc.

ñor. Esto es lo que asegura Salomon cuando dice : *Hijo mio, ::: no se aparten de tí la misericordia y la verdad ; ::: y hallarás gracia y buen proceder delante de Dios y de los hombres* (1). Pero si Dios ofrece su proteccion à los amantes de la verdad, tambien amenaza por boca de David que *perderá á todos los que hablan mentira* (2).

Esta amenaza y otras que hace el Señor en los libros santos contra los mentirosos, los tesoros de misericordia que reserva para los rectos de corazon, el amor de la verdad, la aversion que debes tener à la ignominia y al deshonor, son hija mia, otros tantos motivos poderosos, para que siempre te contengas muy escrupulosamente dentro de los limites de la mas exacta sinceridad. Esta es la herencia de las almas grandes. En el caso de que tus intereses ó los del prójimo te prescriban otras leyes, desprécialos, si no puedes valerte entónces del silencio. En estas ocasiones, es preciso emplees la prudencia para que te ayude á salvar la verdad juntamente con tus intereses. Pero si te hallas en la precisa necesidad de sacrificar uno de los dos, hija mia, no vaciles un solo momento ; salva la verdad, y

1) Libro de los Proverbios, cap. m, v. 3 y 4.

2) Salmo v, v. 7

abandona tus intereses á la divina Providencia.

Los antiguos reyes de Persia, cuando sus hijos habian llegado á la edad de catorce años, les daban un Grande de su corte que asistiese continuamente á su lado, con la única funcion de enseñarles á decir la verdad en todos lances, aunque fuese en perjuicio propio. Los mas ilustrados doctores de la iglesia convienen en que, ni aun para evitar los mayores males, es lícito el mentir.

Como la hipocresía es una verdadera mentira, he creido conveniente hablarte de ella en este capítulo, para inspirarte la aversion que se merece. Guárdate mucho, hija mia, de querer parecer mas virtuosa de lo que eres; en esto consiste la hipocresía. Nada hay mas contrario á las máximas fundamentales de la religion cristiana. Has visto ya la conducta que el Señor quiere que tengamos en orden á los socorros que damos al prójimo. Has visto que lo que hace nuestra mano derecha, no ha de saberlo la izquierda.

El Salvador, hablando á los Escribas y á los Fariseos, que eran los doctores entre los Judíos, manifiesta con la vehemencia de sus palabras hasta que punto detesta la hipocresía. *¡Ay de vosotros*, les dice, *Escribas y Fariseos hipócritas, que sois semejantes á los sepulcros blanquea-*

dos, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro estan llenos de huesos de muertos y de toda suciedad! Asi tambien vosotros, de fuera os mostrais en verdad justos á los hombres: mas de dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad (1). ¿Podia Jesucristo esplicarse de un modo mas enérgico contra la hipocresía?

De que te serviria, hija mia, el conciliarte por sorpresa la estimacion de los hombres con apariencias de virtud, si á los ojos de Dios que descubren los mas secretos pensamientos y penetran los entresijos de tu corazon, fueses como aquellos sepulcros enjalbejados, hermosos en lo exterior, pero en el interior llenos de inmundicia y podredumbre? Sea tu conducta contraria á la de los hipócritas. Ellos se esmeran en hacer ver en sí una virtud que no tienen. Tu procura que solo Dios sea testigo de la tuya, y si alguna vez dejas que la vean los hombres, sea mas bien para su edificacion, que por un espíritu de vanidad. Jesucristo te instruye sobre este punto de un modo que debe animarte á buscar á Dios tan solamente, en todas tus obras. *Cuando ayunais, dice, no os pongais tristes como los hipócritas: porque desfiguran sus rostros para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad*

1 / En el Evangelho de San Mateo, cap. xxiii, v. 27 y sig.

os digo, que recibieron su galardón. Pero tu cuando ayunas, unge tu cabeza, y lava tu cara (1): para no parecer á los hombres que ayunas, sino solamente á tu Padre que está en lo escondido: y tu Padre que ve en lo escondido te galardonará (2).

El apóstol San Pablo, escribiendo á los fieles de Tesalónica con arreglo á este principio, les dice: *Estad siempre gozosos (3).* El gozo y la alegría solo se encuentran en la práctica de la virtud, y en una conducta llena de candor y de sencillez.

1) El sentido de estas palabras no es literal; sino que así como los antiguos se perfumaban y lavaban la cara en los días de alegría y de festejo, así debemos nosotros hacer brillar en nuestro rostro una santa alegría el día que ayunamos, para ocultar nuestra virtud, y estorbar que la vanidad no nos arrebatase su mérito. *Advertencia del P. Scio en dicho lugar.*

2) Evangelio de San Mateo, cap. vi, v. 16, 17 y 18.

3) Carta primera á los Tesalonicenses, cap. v, v. 16.

CAPITULO XVI.



DE LA DEMASIA EN EL HABLAR.

LA murmuracion, los chismes y la mentira serian menos comunes, sin aquella gran comezon de hablar que sienten todas las personas llenas de amor propio y satisfechas de sí mismas.

Has visto ya, hija mia, cuan importante es el irse à la mano en las conversaciones. Voy à dejarte aun mas persuadida de esta verdad. *Si alguno, dice el apóstol San Jaime, se tiene por religioso, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazon, la religion de este es vana* (1). El rey Salomon nos instruye sobre este punto, diciendonos en sus Proverbios. *¿Has visto aun un hombre precipitado para hablar? Se ha de esperar de él necedad antes que enmienda* (2). David nos enseña que *el hombre de mucha lengua, el hablador, y que tiene comezon de murmurar, no será prosperado en la tierra* (3). Co-

1) Carta Católica, cap. 1, v. 26

2) Libro de los Proverbios, cap. XXIX, v. 20

3) Psalmc CXXXIX, v. 12.

mo ciudad abierta y sin cerca de muros, así el hombre que no puede refrenar su espíritu en el hablar (1).

Nadie ignora, que una ciudad abierta y desmantelada está á la merced de sus enemigos, y espuesta continuamente á su prócsima destrucción. Tal es el hombre que, olvidado del consejo del Eclesiástico (2), no pone puertas y cerrojos á su boca. El silencio, hija mia, debe ser como la puerta de tu boca; la prudencia la cerradura, y la caridad la llave. Ella sola ha de servirte de regla y de estrella que te guie en todas tus conversaciones.

Cualquiera cosa que hagais, sea de palabra ó de obra: hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por él á Dios Padre. Así lo decia el apóstol San Pablo en su carta á los Colosenses (3). ¿Y qué es hablar y obrar en nombre del Señor? Es hablar y obrar por un principio de amor y de caridad, como Jesucristo lo hizo por nosotros. Es no hablar sin necesidad: es no hablar para murmurar ó para mentir.

Todo hombre sca pronto para oir; pero tarde

1) Libro de los Proverbios, cap. xvi, v. 28

2) Cap. xxviii, v. 28.

3) Cap. iii, v. 17.

para hablar (1). Hija mia, no pierdas jamas de vista este consejo del apóstol San Jaime, y particularmente en tu juventud. Este es el medio de instruirte en lo que no debes ignorar, y de hacerte capaz de hablar à propósito. Ama el silencio, porque son muchas sus ventajas. Rara vez se arrepiente el hombre de haberlo guardado, y à menudo redimiria á mucha costa, si le fuese dable, la falta de haberle quebrantado. El silencio nos concilia la estimacion de los hombres. Por lo comun se forma una buena opinion de una persona que no habla demasiado. *Aun el necio*, dice Salomon en sus Proverbios, *si callare, será tenido por cuerdo; y por inteligente si cerrare sus labios* (2).

Aun digo mas: el silencio nos grangea el afecto de los demas en muchas ocasiones. La mayor parte de las gentes gustan que se les escuche, que se les deje todo el tiempo y libertad de hablar; y la menor sospecha de quererles interrumpir, aprovechando todas las ocasiones de tomar la palabra, los agría y escita su aversion. Te diré tambien, hija mia, que el silencio tiene mayor fuerza que las palabras mas vehementes contra las injurias y los malos procederes. No se sabe lo que piensa una persona que calla en todas

1) Carta Católica, cap. 1, v. 19.

2) Cap. xvii, v. 28.

las ocasiones en que otros se desahogan en invectivas, y es casi imposible no mirarla con respeto, con cierto temor, y aun con una cierta confusion. Un silencio respetuoso contiene y amortigua los ímpetus mas vivos de la cólera, y sirve mas que todas nuestras razones para probar nuestra inocencia y hacer patente la injusticia de nuestros agresores. Si alguna vez te vieres ofendida, imita el ejemplo del rey David, que dice de sí mismo: *Puse guarda á mi boca cuando el pecador estaba puesto contra mí* (1).

El hablar demasiado es un defecto ordinario en las mugeres de todas edades y estados. Menos instruidas por lo comun que los hombres, así en los negocios como en las ciencias, raramente sufren que tengan ellos mas parte en la conversacion. Ovidio en sus fastos hace mencion de una vieja que no podia abstenerse de hablar, ni aun en el tiempo en que sacrificaba à la Diosa del silencio; porque tal era la ceguera de los Paganos que deificaban todas las cosas; de suerte que el número de sus dioses y diosas era casi infinito: por cuyo motivo dijo uno de sus autores, que seguramente tendria poca fe en todas estas divinidades, que su pais estaba lleno de ellas, y que con mas facilidad se encontraba un dios que un hombre.

1) Psalmo xxxviii, v. 1.

CAPÍTULO XVII.



DE LOS JURAMENTOS Y DE LA CALUMNIA.

NADA te diré, hija mía, en orden á la calumnia, porque supongo en tí todos aquellos buenos sentimientos que no te permitirían caer jamas en un vicio tan infame y tan indigno de una persona que tenga la menor idea del honor y de la probidad.

No será mucho tampoco lo que diga en orden á los juramentos, porque las personas de tu sexo no estan comunmente muy sujetas á usarlos. Aun los hombres bien educados, y que no frecuentan malas compañías ni gentes de bajo nacimiento, miran los juramentos con el horror que se merecen. Pero sucede muchas veces, que aun absteniendonos de aquellos juramentos que chocan con la decencia y la urbanidad, no dejamos de traspasar los limites que Jesucristo nos ha prescrito en orden al modo de asegurar ó negar alguna cosa.

Hija mía, aprende de las palabras de este Señor la regla que debes seguir sobre este punto. *De ningún modo juréis, dice, ni por el Cielo,*

porque es el trono de Dios ; ni por la tierra , porque es la peana de sus pies ; ni por Jerusalem , porque es la ciudad del grande Rey ; ni jures por tu cabeza , porque no puedes hacer un cabello blanco ó negro. Mas vuestro hablar sea , sí , sí , no , no , porque lo que escede de esto de mal procede (1). En efecto lo que pasa de estos límites, proviene casi siempre de un mal principio.

Esta es la ley que Jesucristo quiere que observes en todas ocasiones y sin distincion. De su observancia sacarás grandes ventajas aun con respecto al mundo mismo. Evitarás mil lances ruidosos que se originan del demasiado calor en querer sostener cada uno su opinion. Pasarás por persona prudente y moderada, y por este medio harás que triunfe la verdad, mucho mejor que por los grandes juramentos, los cuales muy lejos de probarla, la hacen dudosa muchas veces.

Despues de esto, seria inútil decirte lo que te toca hacer cuando hayas adelantado alguna posicion que no sea verdadera. Jamas debe sucederte eso sino por sorpresa; pero si llegare este caso, luego que conozcas tu error, confiesalo de buena fé. Tu misma puedes conocer muy bien, que si no te es licito defender la verdad por medio de los juramentos, seria una cosa abo-

1) Evangelio de San Mateo, cap. v, v. 34 y sig.

minable el servirse de ellos para hacer triunfar la mentira ; siendo preferible en este caso, la misma muerte á semejante abominacion.

—

CAPITULO XVIII.



DE LA DOCILIDAD CON QUE HAN DE RECIBIRSE LA ENSEÑANZA Y LAS AMONESTACIONES.

Si quieres, hija mia, adelantar en el camino de la virtud, si deseas que los cuidados que se emplean en tu educacion produzcan un dia frutos sazonados que te llenen de gozo y satisfaccion, y te hagan agradable á los ojos de Dios que ve lo interior de nuestras almas, y á las de los hombres que solo ven la corteza y superficie de las cosas, atiende con cuidado á la instruccion, y recibe con agrado las amonestaciones que se te den.

El principio de la sabiduría es el deseo de la instruccion; este deseo supone el amor de ella, y este amor supone la observancia de los preceptos divinos, que es por sí misma la felicidad á que pueden aspirar los mortales. *Mas, al hombre que desprecia con dura cerviz al que le corrige, repentina destruccion le sobrevendrá; y no le seguirá sanidad* (1). El obstinado en no que-

1) Libro de los Proverbios, cap. XXIX, v. 1.

rer escuchar la correccion, nunca curará de sus vicios, precipitándose así en una ruina eterna.

Si mientras eres jóven cierras tus oídos á las advertencias que se te dan, si por tu indocilidad impides que se arraiguen en tu corazon las máximas mas saludables, si solo eres sensible al placer y á las vanas diversiones; cuando quieras separarte de ellas, no podrás conseguirlo; gemirás bajo el yugo vergonzoso de las pasiones, y harás inútiles esfuerzos para librarte de su tiranía: porque los hábitos que se contraen en los primeros años de la vida, de ordinario no acaban sino con ella.

El ardor de la juventud y el defecto de la experiencia, causan comunmente en las personas de tu edad una ligereza y una precipitacion, que con dificultad puede templarse sino por medio de los avisos y correcciones mas ó menos ágrias, segun que lo ecsige la naturaleza de las circunstancias. Este es un remedio necesario que debes apreciar y desear, puesto que sin él no llegarás jamas á la sabiduría; antes bien serás como una insensata, ignorando todo lo que debes á Dios y á los hombres. ¿Hay necesidad alguna mas deplorable que esta?

Ya te hallas, hija mia, con bastante discernimiento para conocer que cuando yo reuso prescribirte á tu voluntad, obro por un principio de

verdadera ternura, y no por un efecto de mal humor; que las cosas que yo te mando, son justas y ventajosas para tí; que me seria menos engorroso abandonarte al impulso de tus caprichos, que el estar continuamente atento á combatirlos; y que en fin yo no soy tan enemigo de mi reposo y del tuyo, que no abrazase el primer partido, si le juzgase útil y conveniente para tí.

En muchas ocasiones he observado que no gustas de ser reprendida. Tal vez proviene esto de que has sido acostumbrada á las caricias desde tus primeros años; tal vez de la indulgencia que se ha usado contigo en las ocasiones en que se necesitaba la severidad; tal vez en fin de la buena opinion que tienes de tí misma, producida por los frecuentes aplausos que con demasía se te han dado por los mas ligeros motivos. Si tu aversion y repugnancia por las reprensiones proceden de alguno de estos principios, debo confesar que es por mi culpa; y que esta es tanto mayor, cuanto en alguna manera he previsto el daño con bastante anticipacion para precaverle, y no lo he precavido.

Las primeras palabras que empiezan á articular los niños, son mucho mas elocuentes á los oidos de los padres, que los discursos mas persuasivos. Todo cuanto dicen las tiernas criaturas, todo cuanto hacen es gracioso á los ojos de

aquellos padres que no se van muy á mano, y no reflexionan cuanto deben prevenirse contra la vivacidad de los sentimientos de la naturaleza. El mismo amor propio que nos impide ver nuestros defectos, puede tambien no permitirnos que veamos las irregularidades de nuestros hijos en una edad en que los creemos incapaces de malicia. Los miramos como una parte de nuestro ser, y aun no sé si el amor que sentimos por ellos no es mas bien el amor de nosotros mismos.

La razon y la experiencia me han abierto los ojos que casi me habia cerrado la ternura. Conozco al presente que si los niños tienen poca malicia en una cierta edad, con todo se planta entónces la semilla de la que tendrán despues. Veo que no tienen fuerza para obrar, ni espresiones para darse á entender; pero que no les falta apego á su voluntad, que los hábitos empiezan á formarse desde la cuna, y que es una extrema imprudencia el no observar el daño que puede seguirse y no precaverlo muy de antemano.

La atencion de los padres y madres no debe limitarse á las acciones de sus hijos; es preciso que se estienda tambien á sus pensamientos mas secretos. Se han de estudiar todos los movimientos de su corazon, se ha de cercenar absolutamente todo lo que con el tiempo pudiera perju-

dicar ó estas tiernas plantas, y enderezar con la dulzura posible todo lo que se desvia de la rectitud. Todos los padres deben estos cuidados á sus hijos. Ninguno tiene derecho á eximirse de ellos, sin faltar á lo que le prescriben Dios, la naturaleza y las leyes de la sociedad civil. Ni aun los Reyes se eximen de estos cuidados, á los que estan tanto mas obligados, quanto trabajan por su propia gloria, por la de sus hijos y por la felicidad de sus pueblos.

Aquellos padres, que, contentos con haber dado la vida corporal á sus hijos, olvidan enteramente el cuidado de su educacion, poca ternura pueden esperar de ellos. Apenas llega á alumbrarles la razon, reparan que la vida que les han dado sus padres es mucho menos preciosa que la que han descuidado darles; que solo han recibido de ellos una vida animal, y que en esto su suerte no aventaja mucho á la de las bestias. Estas reflexiones que se presentan al alma, aun en medio de los excesos á que las pasiones arrastran á los que no estan acostumbrados desde niños á temer á Dios y á guardar su ley, destruyen la ternura de los hijos por sus padres, cambian en desprecio su estimacion y respeto, y les sirven muchas veces de pretesto para excusar sus desarreglos. Tales son las funestas consecuencias de la negligencia de los padres

y madres en orden á la instruccion de sus hijos.

No te alegres con los hijos impíos , dice el autor del Eclesiástico , si se multiplican : ni te complazcas sobre ellos , si en ellos no hay temor de Dios :: porque mejor es uno que teme á Dios que mil hijos impíos (1). No puede en efecto alegrar á los padres un crecido número de hijos , si estos son malos ; y realmente , para dejar en el mundo hombres de esta condicion , *mas vale morir sin hijos , como lo advierte el mismo autor (2).*

No solamente es una obligacion esencial de los padres el corregir á sus hijos , si que tambien deben poner toda la atencion posible en las caricias que les hacen. *Alaga á tu hijo , y te causará espanto : críalo con mimo y te llenará de pesadumbres : juega con él y te contristará. No te rias con él no sea que te pese , y á la postre tus dientes sientan la dentera ; como acontece cuando se come alguna cosa ágría. Así nos lo enseña el mismo autor del Eclesiástico (3) : y en otro parage nos dice tambien : ¿ Tienes tu hijos ? adóctrínalos , y dóblalos desde su niñez.*

1) Cap. XVI, v. 1 y 3.

2) En el mismo cap., v. 4.

3) Cap. XXX, v. 9 y 10.

¿Tienes tu hijas? guarda sus cuerpos, y no les muestres á ellas placentero tu rostro (1).

Por lo que, hija mia, si alguna vez fuese mi conducta algo severa para contigo, no olvides que conformándote con mi voluntad, cumples al mismo tiempo con la del Señor: mi mayor indulgencia me haria entónces culpable. «No es ternura paterna, sino inhumanidad, el fomentar los vicios y malas inclinaciones de un niño para ahorrarle algunas lágrimas; y el que por medio de esta cruel indulgencia no le aparta del mal, no le trata como padre, sino como á enemigo.» Tal es el documento de San Agustin sobre este punto (2).

Despues de esto, hija mia, ya no puedes dudar que una de las obligaciones mas esenciales de los padres, no sea el corregir á sus hijos: aunque á la verdad deben hacerlo como padres, es decir, con moderacion. Bueno será que sepas lo que dicen sobre esto los Escritores sagrados. Es preciso instruirte, asi en lo que puede darte algun placer, como en lo que mortifica aquel espíritu de independenciam á que nos llevan la soberbia y amor propio, ya en una edad en que apenas tenemos fuerza para andar solos. *Padres,*

1) Cap. vii, v. 25 y 26.

2) En su carta á Vincencio.

dice el apóstol San Pablo , *no provoquéis á ira á vuestros hijos , para que no se hagan de ánimo apocado ; para que no desfallezcan , y les falte el espíritu necesario para adelantar en la virtud , y haciéndose serdos á la correccion caigan en la estupidez (1).*

Hijo mio , decia el rey Salomon , escúchame , y no te apartes de las palabras de mi boca : para que no gimas en las postrimerías , y digas : ¿ Por- que aborrecí la correccion , y no se aquietó mi corazon á las reprensiones , ni oí la voz de los que me enseñaban , ni incliné mi oreja á los Maestros ? (2) No se note pues en tí desde este punto aquel aire desasosegado y melancólico que dejas ver cuando se te instruye y corrige , por mas que se empleen todos los temperamentos posibles para endulzar lo que puede tener de desagradable la instruccion y correccion. Ten muy presente , que el no ser dócil y reconocida para con los que se toman el trabajo de educarte y corregirte , es un medio seguro de no llegar jamas á la perfeccion.

Mas en vano , hija mia , pondrias toda la atencion posible a las instrucciones que recibes , en

1. Carta á los Colosenses , cap. III , v. 21 , con la anotacion del P. Scio.

2. Libro de los Proverbios , cap. V , v. 7 , 11 , 12 y 13.

vano escucharias las reprensiones con la mayor sumision y humildad, si todo esto no mejorase efectivamente tu conducta. Entónces te comprenderia tambien á tí la sentencia del apóstol San Pedro, cuando habla de aquellos que convertidos á la fe de Jesucristo, se apartan de ella con las obras. *Mejor les era, dice el Santo, no haber conocido el camino de la justicia, que despues del conocimiento volver las espaldas á aquel mandamiento santo que les fué dado* (1).

No dejes pasar un dia sin pedirte á tí misma cuenta de tus progresos en la virtud, y en lo demas que te incumbe hacer. Haz este ecsámen con toda la severidad posible, sin lisonjearte ni engañarte á ti propia. Anímate con el ejemplo de las personas virtuosas, y con la memoria de la satisfaccion y alegría que disfrutas cuando has hecho tu deber. El feliz écsito de tu educacion te toca mas de cerca que á nadie, y depende de él toda la felicidad del resto de tus dias. No aflojes pues en la empresa, y coopera á mi zelo y solicitud por tu adelantamiento. ¿Qué mano mas dulce y suave podria formarte, que la de un padre que siente por tí la mas viva ternura?

Despues de haber procurado convencerte de

1) Carta segunda, cap. II, v. 21.

cuan necesaria es para tí la docilidad y una respetuosa sumision á los avisos y correcciones de tus mayores, voy á enseñarte lo que estás obligada á hacer todos los dias de tu vida con respecto á Dios, al prójimo y á ti misma. Te hablaré despues mas particularmente del objeto de tus ocupaciones y del órden que debes guardar en ellas.



CAPITULO XIX.

IDEA GENERAL DE LO QUE UNA JOVEN CRISTIANA
DEBE HACER TODOS LOS DIAS POR DIOS, POR EL
PRÓJIMO Y POR SI MISMA.

TODAS tus ocupaciones, hija mia, han de mirar ó á Dios, ó al prójimo, ó á ti misma, y á Dios solo como último fin á quien todas las cosas deben referirse. Paso á instruirte en general sobre estos tres objetos.

Todos los dias de tu vida, y muchas veces en cada uno de ellos, has de adorar á Dios en el secreto de tu corazon. Has visto ya cuan digno es el Señor de tus adoraciones. Graba muy profundamente en tu memoria los rasgos con que ha querido pintarnos él mismo su grandeza infinita y su temible magestad. Acostúmbrate cuando veas el cielo, los astros, la tierra y las demas criaturas sensibles, á pensar que todas ellas son obra de su mano omnipotente, y de este modo se formará y crecerá en tí aquel temor santo y saludable, cuya necesidad y ventajas te he manifestado.

Guarda sus mandamientos ; medita sobre

ellos; dedícate á comprender su justicia como lo hacia David, y como él mirarás con horror los caminos de la iniquidad (1). Ame á las personas temerosas de Dios: procura que las gracias y beneficios con que te colma cada dia, aviven cada dia tu amor y tu reconocimiento. Si tienes la desgracia de ofenderle, humíllate ante su divina Magestad; implora su misericordia; pon todos tus cuidados en aplacar su cólera, y en prevenir los terribles juicios de su justicia. Guárdate en extremo de familiarizarte con el pecado; pensando que en el estado de culpa mortal, entre ti y el infierno solo media la vida, que es la cosa mas frágil del mundo.

El pecado es un peso, con el cual se ha de ir con mucho cuidado; porque es un peso que cuanto mas crece, menos lo siente el pecador, y cuando este le lleva sin fatiga, es señal que Dios se ha retirado enteramente de él; porque el sentir el peso de la culpa, es un efecto de la misericordia del Señor.

Hay algunos niños inconsiderados, distraídos é indóciles, que acumulan unas sobre otras las faltas; parecen sensibles á las reprensiones y á los castigos; se arrojan á los pies de su padre y le prometen corregirse; pero pasado un mo-

1) *Salmo cxviii, v. 104.*

mento, se les ve alegres y contentos, se entregan á sus juegos y diversiones, y recaen de nuevo en las mismas faltas que se les habia acabado de reprender. Hay otros, que apenas han faltado á su deber, sin esperar á que se les reprenda, se confunden ellos mismos y se avergüenzan de su falta. Una mirada algo severa les intimida; si se les aplica algun castigo, quedan tristes y avergonzados por muchos dias; no se muestran celosos de las caricias que se hagan á otros niños mas buenos que ellos, porque creen no merecerlas: la memoria del disgusto que han causado á sus padres, los hace mas atentos y mas aplicados á su obligacion. Hija mia, no seas tu como los primeros, y procura imitar á los segundos. Ruega al Señor que te conceda la gracia de no ofenderle; mas si por desgracia llegas á hacerlo, pórtate con él como se portan con su padre aquellos hijos tímidos y dóciles sino quieres que Dios ejerza para contigo toda la severidad de su justicia, á fin de castigar tu falta de respeto á sus preceptos. *Deje el impío su camino, dice el profeta Isaías, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, y tendrá misericordia de él; y el nuestro Dios porque es abundante en perdonar (1).*

1) Cap. LV, v. 7,

Adora á Dios y bendice su santo nombre en la prosperidad y en la desgracia, en la salud y en la enfermedad, en medio de los placeres igualmente que entre las mayores aflicciones. Acuérdate al levantarte, que la luz que hiera tus ojos es un beneficio de Dios, en cuya mano está ó el apagar para siempre ese gran lumínar que la produce ó quitarte á tí la facultad de gozarla. Bastaría para esto el menor humor que derramase en tus ojos; y él es tan poderoso que hace mover con su sola voluntad la masa enorme del universo.

Resuelve no echar en todo el día una mirada que sea contraria al espíritu de su ley, y no leer cosa alguna que pueda alterar en tí la pureza de sus máximas; ruégale que guarde tus ojos, no sea que se detengan demasiado á considerar las cosas vanas de este mundo; pídele que te prive de la luz, antes de permitir que esta sea para tí ocasion de pecado: y el Señor que tiene entrañas de misericordia para los que esperan en él, y le ruegan con sencillez de corazón, te preservará de todo mal. Ofrecele tu corazón; mas no un corazón dañado con los afectos mundanos. Él es la misma pureza y santidad, y solo gusta de víctimas puras y santas.

Habiéndote dicho que debes adorar á Dios muchas veces al día, tu misma puedes mirar,

como tu primera obligacion diaria, despues de haberte levantado y vestido conforme lo exigen la modestia y decencia, el ponerte de rodillas ante su presencia, y darle afectuosas gracias por haberte preservado de tantos accidentes que pueden muy fácilmente hacernos pasar de un sueño de algunas horas al sueño eterno de la muerte. Nuestra vida es como un milagro continuo: ella depende de la armonia y concordancia de tantos resortes diversos; y de partes tan delicadas y fáciles de desordenarse, que es muy de admirar no sean mas frecuentes las muertes repentinas.

Si de un instante para otro puedes perder la vida, con mayor razon y facilidad puedes quedar privada de la salud; y si puedes contar tan poco con una y otra, seria ciertamente un grande error el poner tu confianza en la belleza que puedas tener. Ella es mucho mas frágil y perecedera que la vida y la salud. Apenas está formada que ya desaparece, y sus gracias se marchitan: tiene aun menos estabilidad que la superficie de las aguas del mar. Hija mia, apoya tu hermosura sobre la virtud, y verás que aun despues de haber pasado, la memoria del buen uso que habrás hecho de ella, te colmará de honra y de gloria.

En todo el curso del día no hagas cosa alguna

sin elevar primeramente tu alma á Dios, para ofrecerle lo que vas á hacer. Dile como San Pablo en el momento de su conversion: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* (1) Haz esta súplica con toda la sinceridad de tu corazon, y con una humilde disposicion á escuchar su voz: Dios no tardará en hacértela oír interiormente. Sé fiel, si quieres que te ilumine con sus divinas luces. No se necesita mucho tiempo para orar conforme yo deseo que ores: un momento casi basta; y puedes hacerlo aun en medio del mayor bullicio del mundo. Cuando San Pablo nos dice: *Orad sin cesar* (2), no exceptua tiempo ni lugar alguno, y sin duda entiende hablar de aquella elevacion del alma á Dios para la que se necesita poquísimo tiempo.

Nada te impida de orar siempre, dice el autor del Eclesiástico, *y no te avergüenzes de justificarte hasta la muerte*, porque el galardón de Dios permanece para siempre (3). Tu, cuando orares, dice Jesucristo, *entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará* (4).

1) Libro de los Hechos de los Apóstoles, cap. ix, v. 6.

2) Carta primera á los Tesalonicenses, cap. v, v. 17.

3) Cap. xviii, v. 22.

4) Evangelio de S. Mateo, cap. vi, v. 6.

Despues de puesto el sol, piensa que hay un gran número de gentes para quienes ya no saldrá mas; que tu no sabes si serás de este número, y que esta incertidumbre continua debe empeñarte á estar siempre dispuesta para parecer en el tribunal del Señor. Al fin de cada dia, examina lo que has hecho, y trabaja incesantemente para confirmarte en la caridad, en la humildad, en la modestia, en la abnegacion de tu propia voluntad; y en todo aquello que cesijan de ti los que cuidan de tu educacion.

Da gracias á Dios del bien que habrás hecho, y atribúyete á él la gloria de todo. Ruégale que te perdone las faltas que hayas tenido la desgracia de cometer. Examina lo que ha dado ocasion á tu caida, para evitarla en adelante. Si observas que alguna de tus compañeras te aparte del cumplimiento de tus obligaciones, presentándote con demasiada frecuencia partidas de placer y ocasiones de distraccion, haz resolucion de verla lo mas raramente que puedas, y evita en efecto su compañía tanto como la honesta política te lo permitiere.

Despues que hayas rezado tus oraciones acostumbradas con toda la atencion de que eres capaz, acuéstate; y hasta que te duermas, ocúpate en algun buen pensamiento, como el de la mucha relacion que tiene el sueño con la

muerte, el de aquel término á que corre sin cesar todo el género humano, el de la poca razón que tenemos en afeccionarnos por los diversos objetos que se encuentran en este curso, mucho mas rápido y veloz que el de un bajel, al cual los vientos hacen casi volar con su furor impetuoso. Arrebatados hácia este término inevitable, perdemos continuamente de vista nuestros bienes que se desvanecen, nuestra fortuna que cambia; nuestros amigos que se apartan, ó por ligereza ó por necesidad; nuestros parientes mas cercanos y mas queridos, que bajan al sepulcro; nuestros placeres, que pasan como el humo; y aun á nosotros mismos que sentimos á cada paso nuestra decadencia y ruina.

En todas tus obras, dice el Espíritu Santo, acuérdate de tus postrimerías, y no peccarás jamás (1). Encendido en amor divino el corazón del profeta Isaias, manifiesta su deseo de unirse á Dios y adorarle sin cesar, dirigiéndole esta afectuosa espresion: *Mi alma te descó en la noche, y con mi espíritu en mis entrañas madrugaré á ti: como si dijera; mientras yo viva madrugaré para hacerte oracion, y para contemplar tus obras, tus grandezas y perfecciones, y adorarlas (2).*

1) Libro del Eclesiástico, cap. vii, v. 40.

2) Cap. xxi, v. 9.

Si alguno te dijere que eres aun demasiado jóven para pensar en cosas tan serias, pregúntale si eres aun demasiado jóven para morir; y sino puede hacerte ver que haya edad alguna que nos ponga á cubierto de la muerte, es preciso convenir en que no hay tiempo alguno en la vida, en que no sea muy útil, y aun muy necesario, el pensar que ha de acabarse.

Aunque eres todavía muy jóven, puedes sin embargo comprender que nada eleva tanto nuestra alma, como la conviccion de que todo lo que hay debajo del cielo es vanidad; que no hay verdadera grandeza sino en Dios, verdadera gloria sino en la observancia de su ley, ni verdadera felicidad sino la que esperamos de él. He aquí el único objeto digno de la ambicion del hombre. Colocar nuestros afectos en las cosas perecederas y transitorias, es mas bien baja que grandeza de alma.

Segun el gusto y las ideas de ciertas personas, seria conveniente que en la primavera de la vida, durante aquel tiempo precioso en que se siembra lo que se ha de coger despues, se dejase à un jóven en una total ignorancia de sus obligaciones mas esenciales; y que desde por la mañana hasta la noche, no se le hablase sino de los medios de agradar, de su talle fino y delicado, de su porte noble y desembarazado, de la frescura

y bello colorido de su tez, de las modas y atavíos, de las tertulias y partidas de diversion, del ansia por los honores y las riquezas, de la firmeza en sostener su condicion y dignidad, del resentimiento por las menores ofensas, de la murmuracion, de las falsas relaciones y cuentos indiscretos, y de la gloria vana de este mundo. Pero confiésenlo de buena fe: ¿son estos los sentimientos é ideas que deben inspirarse á una criatura mortal? Esto es lo mas que pudiera hacerse, si hubiésemos de estar para siempre en este mundo, ó si despues de esta vida nada quedase que temer ó que esperar.

Se te dirá tal vez que cada cosa viene á su tiempo; que pasada cierta edad, se tienen miras mas sólidas; que despues de haber conocido el mundo, es mas fácil gustar de las verdades de la religion. Hija mia, guárdate de caer en estas redes: todo eso no es mas que una pura ilusion. Eso es como quererte persuadir, que para salvar á un pais de la inundacion de un rio caudaloso, se ha de empezar por abatir los diques que le contienen. Un hombre que en materia de negocios temporales razonase tan en falso como casi todos discurren en materia de costumbres y de religion, seria tenido en concepto de loco extravagante. Cierra tus oidos á semejantes razonamientos, y consagra al Señor tus prime-

ros y tus últimos años ; todo el curso de tu vida. Huye de aquellas personas que despues de haber dado al mundo la mejor parte de la suya , creen hacer mucho cuando dividen entre Dios y el mundo los débiles restos de ella. ¿Qué idea tienen de Dios tales personas? Semejante division ¿no es mas injuriosa para el Señor que un total olvido?

Es cierto que aquella persona , que en algun modo puede decirse haber chupado con la leche el veneno del orgullo , y á quien desde su mas tierna edad se le ha inspirado el gusto de las máximas mas perniciosas , encuentra escollos y dificultades casi insuperables en el ejercicio de la virtud , cuando habiendo llegado á conocer su error se resuelve á seguir otro camino. No es en efecto muy fácil el ir contra la corriente de las preocupaciones de la infancia , autorizadas por la muchedumbre , favorecidas por el impulso de las pasiones , y fortificadas por el hábito. Muchos han emprendido lograrlo , y son pocos los que lo han conseguido. He aquí , hija mia , lo que me he creido obligado á decirte en orden á tu conducta diaria para con Dios.

Añado á esto que debes formarte una ley inviolable de no pasar dia alguno sin leer algun libro de piedad. Conocerás tu misma que nada nos confirma mas en la resolucion de se-

guir el camino de la virtud. El tiempo mas propio para esta lectura me parece ser por la mañana, luego que hayas concluido tus devociones ordinarias. Dedícate á leer sobre todo el Santo Evangelio. *Porque la palabra de Dios, dice el apóstol San Pablo, es viva y eficaz, y mas penetrante que toda espada de dos filos: y alcanza hasta la division del alma y del espíritu, y aun de las coyunturas y de los tuétanos; y discierne los pensamientos é intenciones del corazon* (1).

La vida de Jesucristo, como lo advierte San Agustin, no ha sido mas que una instruccion continua para el arreglo de nuestras costumbres, y en tanto faltamos, en cuanto nuestra conducta no se conforma con la suya. El Evangelio nos refiere todas las circunstancias de la vida de Jesucristo; sus milagros para ser el objeto de nuestra admiracion, para fortificar nuestra fe, para sostener nuestra esperanza y para avivar nuestra caridad; sus acciones, para servir de modelo á las nuestras; y sus instrucciones, para servirnos de luz que nos ilumine, y nos haga distinguir el camino de la verdad y de la salvacion, del que guia á la perdicion y al error. Lee tambien las máximas que he reunido en este libro; apréndelas de memoria, á fin de que

1) Carta á los Hebreos, cap. iv, v. 12.

en la ocasion puedan servirte de barrera que opondrás á los ataques del mundo y de la carne.

Casi no hay dia en que no tengas ocasion de experimentar si verdaderamente tienes por el prójimo aquel amor que Dios te manda. Socórrele en sus necesidades; consuélale en sus aflicciones; sufre con semblante apacible sus defectos; ríndele los honores que se le deben; no le niegues jamas los respetos y atenciones debidas ó á su mérito ó á su debilidad; evita todo lo que pueda ser para él una ocasion de escándalo. Por este motivo y con respecto á este amor del prójimo, nos dice el apóstol San Pablo: *Guardaos de toda apariencia de mal* (1): de modo que respecto á Dios debemos abstenernos de todo lo que en realidad es malo; y respecto al prójimo de lo que tenga apariencia de serlo.

Tambien te debes á ti propia una extrema atencion en todo lo que hagas. No aflojes jamas ni en la práctica de la virtud, ni en el estudio y conato de adquirir aquellos conocimientos y talentos que convienen á tu edad y á tu estado. Entra á menudo en cuentas contigo misma, examina imparcialmente tus progresos, y no te lisonjees.

Aplicate sobre todo á conocerte; pero ve con

1) Carta primera á los Tesalonicenses, cap. v, v. 22.

cuidado en engañarte; no des toda tu atención á lo que la merece menos. Nosotros tenemos un cuerpo y un alma. El alma es la que manda al cuerpo, la que piensa, la que quiere, la que distingue la verdad de la mentira, la que nos sirve de guía en las artes y ciencias, la que conserva la memoria de lo pasado, la que goza de lo presente, la que precave y toma las medidas para lo venidero; el alma es en fin el principio y origen de todas nuestras acciones. Ella sola nos constituye propiamente en el ser que tenemos; y por consiguiente ella sola ha de ocuparte mas que el cuerpo. Adórnala con las verdades morales y cristianas, y con los mejores conocimientos; corrige sus flaquezas y viciosas inclinaciones; sosténla con los buenos ejemplos; acostúmbra-la á obrar bien y á huir del mal; impídele que se haga esclava de tu cuerpo, y manténla siempre en el imperio que le compete. Tu cuerpo te pertenece; pero no es el que verdaderamente constituye tu ser, ese ser que piensa, que se conoce, que obra y que ordena las cosas.

Segun este principio, las personas de tu sexo que creen ser amadas cuando solo se ama su hermanura, se engañan groseramente; y este error es la fuente de una infinidad de desórdenes y de desgracias. Estas mugeres no advierten, que no son ellas lo que se ama, sino solamente lo que

hay en ellas; y que esto que se ama en ellas desaparece de un instante para otro. Si son ellas mismas lo que se ama ¿porqué dejan de amarlas sus adoradores, luego que se ha marchitado la flor de su belleza? ¿No es este el modo mismo con que se ven obsequiados los ricos? Acabáronse desgraciadamente las riquezas, y acabáronse naturalmente con ellas los obsequios y respetos, y aun la compañía de aquellos falsos amigos, que lo eran solamente de su oro.

Al contrario sucede en un verdadero amigo. Este ama siempre; su cariño se aumenta á proporcion que crecemos en la virtud: todas las arrugas de la vejez no son capaces de alterar su amor, porque es casto, racional, desinteresado, y tiene por objeto el alma que es de naturaleza incorruptible é inmortal, y no al cuerpo frágil, mortal y sujeto á mil enfermedades. Pero, hija mia, los amigos de este carácter son tan difíciles de encontrar, como son comunes los otros. Estudia con cuidado lo que acabo de decirte y reflexiona mucho sobre ello, pues es punto que merece toda tu atencion.

No estés jamas ociosa; porque la ociosidad es el origen de todos los desórdenes. Si te acostumbraras temprano á estar siempre ocupada, te aficionarás al trabajo y atraerás sobre tí la bendicion del Señor. *En toda labor habrá abundancia;*

dice Salomon : *mas en donde hay muchísimas palabras, allí frecuentemente hay pobreza* (1). En efecto; esta se halla casi siempre donde se habla mucho y nada se hace : mientras que aquella sigue comunmente á la industria y al trabajo. Por eso dice el mismo Salomon, que *la pereza trae sueño, y el alma floja hambreadá* ; porque de la pereza viene el adormecimiento, del adormecimiento el ocio, y del ocio la pobreza (2).

El apóstol San Pablo, en su segunda carta á los Tesalonicenses (3), reprueba dos suertes de personas ; las que nada hacen, y las que se meten en lo que no les importa ; los holgazanes y los amigos de novedades, curiosos de saber lo que hacen los demas, y censuradores de conductas ajenas. Estos dos vicios casi siempre andan juntos ; porque ordinariamente la gente ociosa es la que se mezcla en negocios que no le tocan, lo que, aun con respecto al mundo, tiene á veces funestas consecuencias.

Si quieres que te salga bien lo que haces, es menester que tengas paciencia y atencion : este es el medio de llevar al cabo las empresas mas difíciles ; de otra suerte encallarias aun en las

1) Libro de los Proverbios, cap. xiv, v. 23.

2) En el mismo libro, cap. xix, v. 15, anotado por el P. Scio.

3) Cap. iii, v. 10, 11 y 12.

mas fáciles, y no harías cuando mas, sino tomar superficialmente las cosas. Ten un cierto orden y arreglo en todo lo que hagas. Cada cosa debe tener su hora reglada y nada ha de precisarte, á salir del orden que te hayas propuesto. La inclinacion y costumbre á que ahora te sujetes, quedará para toda tu vida. *Proverbio es: dice Salomon, El mancebo segun tomó su camino, aun cuando envejeciere no se apartará de él (1).* Es pues, sumamente importante para ti el acostumbrarte temprano al trabajo. El apóstol San Pablo declara: *Que si alguno no quiere trabajar segun su estado y condicion, sino que quiere vivir en la holgazanería, no coma (2).* Porque como dice David, *los trabajos de tus manos* es decir, todo aquello que por medios licitos y con el sudor de tu rostro hubieres hecho tuyo *bienaventurado eres y te irá bien (3).*

Es cierto que el trabajo de manos ha sido mirado en todos tiempos como la ocupacion mas inocente, cuando no hay cosa mas precisa que hacer. Aun entre las naciones idólatras ha sido siempre la ocupacion de las personas de tu sexo, reputadas por mas virtuosas. San Pablo recor-

1) Libro de los Proverbios, cap. xxii, v. 6.

2) Carta primera á los Tesalonicenses, cap. iii, v. 10.

3) Salmo cxxvii, v. 2.

mienda este trabajo á los Tesalonicenses, cuando les dice en su primera carta: *Os rogamos, hermanos, que crezcáis mas y mas, en la caridad fraterna, y que procureis vivir en sosiego, y que hagáis vuestra hacienda, y que trabajéis con vuestras manos como os lo tenemos mandado* (1). En aquellos momentos, pues, que te dejen libres los asuntos de piedad, ó de política, ó de necesidad, ocúpate, hija mia, en el trabajo de manos. El espíritu maligno y la pasiones aprovechan el tiempo en que está ociosa el alma, para inspirarle malos pensamientos, para pintarle el vicio con los mas bellos colores, y para inducirla al mal.


Asi mismo, hija mia, estudia y observa muy particularmente cual es tu pasion dominante, y procura vencerla, redoblando diariamente contra ella tus ataques. Ella es de una naturaleza, que cuando la creerás destruida, renacerá, digámoslo asi, de sus cenizas; la juzgarás muerta, y estará solamente adormecida; pensarás que ha detenido su curso, y no habrá hecho mas que desviarlo un tanto. Unas veces se resistirá con fuerza, y otras con astucia. Si es la murmuracion la que te domina, habla poco del prójimo, y piensa en tus defectos é imperfecciones. Si es la

1) Cap. IV, v. 10 y 11.

ociosidad, establécete una ley de no estar jamás sin hacer alguna cosa. Si es la ambición, piensa que no eres mas que un gusano despreciable de la tierra, que aun los mayores monarcas son nada en la presencia de Dios, y que la muerte puede á cada instante derribar tus proyectos. Si son los placeres de los sentidos, examina atentamente cuan engañosos son, cuanto amargura los acompaña, y cuanto desdicen de una jóven cristiana, siempre que esceden los límites que la religion nos prescribe. Aprovecha todas las ocasiones de mortificar tus sentidos, y huye de todo lo que los alhaga y lisongea. No permitas, en fin, que tu pasión dominante, sea la que fuere, se arraigue profundamente en tu corazón, é impida que se fortifique con la costumbre; porque, en fin, cual es la vida tal es la muerte. Todos convienen en esta verdad; mas casi no hay uno que no espere una escepcion á favor suyo. Esta máxima se aplica á los otros, pero nunca la aplica cada uno á sí propio.

Es una muy grande y lastimosa ceguedad, el esperar como cosa cierta, que despues de haber pasado toda la vida olvidados de Dios, tendremos al acercarse la muerte el valor necesario para salir del profundo abismo de las culpas en que hayamos caído; que en aquellos últimos momentos sacudiremos el yugo que hemos llevado

en vida ; que amarémos la virtud que habíamos siempre despreciado , y aborrecerémos el vicio que habíamos amado ; que el alma , hasta aquel punto toda carnal , quebrantará sus cadenas , se elevará , ansiará las cosas espirituales , y arderá en fuego de amor celestial ; y por último , espíaremos en pocos momentos por medio de un verdadero arrepentimiento las iniquidades de un gran número de años.



.....

.....

CAPITULO XX.

.....

.....

DE LAS OCUPACIONES NECESARIAS.

MI intencion, hija mia, es la de instruírte ahora en particular sobre los diferentes objetos de tus ocupaciones, las que reduzco á tres clases : las unas son necesarias, las otras útiles, y las últimas puramente agradables. Las ocupaciones necesarias de que quiero hablarte primeramente, son de dos maneras. Las unas tienen por objeto á Dios, al prójimo y nuestra salvacion. Estas han de ser preferidas á todas las demas. Te he hablado ya de ellas, y nada añadiré aquí á lo que llevo dicho.

Las ocupaciones necesarias del segundo órden miran á la estimacion del público, á la conservacion de nuestros bienes, á los medios de adquirirlos, y á la salud de nuestros cuerpos. Para vivir de un modo agradable en este mundo, es preciso gozar de una buena reputacion, tener los bienes suficientes para no haber de sufrir las duras incomodidades de la indigencia, y disfrutar de una salud robusta y constante. Todos estos puntos formarán la materia de los capítulos siguientes.

CAPITULO XXI.



DE LA ESTIMACION DEL PUBLICO Y DE LA REPUTACION.

Hija mia, no intentes conciliarte la estimacion pública con las apariencias de un mérito que no tengas : dedicate antes bien á merecerla por medio de una verdadera virtud. Un edificio levantado sobre la arena, no es mas sólido ni está menos espuesto á derribarse al menor vaiven, de lo que lo está la estimacion que no tiene á la virtud por fundamento.

¿Quién podrá negarte su aprecio, ni quién podrá dejar de amarte, si manteniendote fiel á la observancia de las máximas que te he inspirado, no juzgas á persona alguna; si toleras con paciencia y dulzura las imperfecciones de tu prójimo, los caprichos de su humor y las irregularidades de su espíritu; si procuras hacer bien, aun á tus enemigos; si eres humilde, circunspecta é irrepreensible en tu conducta; si tu lengua no profiere la mentira; si de tu boca no destila jamas el veneno de la murmuracion y de la

calumnia; si huyes las enemistades y si te esmeras en fin á vivir en paz con todos?

He aqui el camino seguro por donde llegarás á ganarte la estimacion de los hombres. No está prohibido el desearla. Este deseo es no solo permitido, sino tambien muy laudable, cuando para lograrle se emplean únicamente medios justos é inocentes, y de todo se atribuye la gloria á Dios. Los que hacen poco caso de su reputacion, no aman mucho la virtud. *Ten cuidado del buen nombre*, dice el Eclesiástico; *porque este será para ti mas permanente que mil tesoros grandes y preciosos. La buena vida tiene dias contados; mas el buen nombre permanecerá para siempre* (1).

Vuestra modestia sea manifesta á todos los hombres; decia el apóstol San Pablo á los Filipenses (2); á quienes esorta seguidamente á practicar todo aquello que puede hacerles amables, todo lo que es materia de edificacion y de buena fama, todo lo que es virtuoso y digno de alabanza. Pero ¿qué harás, hija mia, si el mundo te niega injustamente su estima? Lo que el príncipe de los apóstoles San Pedro aconsejaba á los cristianos de su tiempo. Despues de haber-

1) Cap. xli, v. 15 y 16.

2) Carta á los Filipenses, cap. iv, v. 5 y sig.

les esortado á amarse mutuamente como hermanos, á ser humildes, modestos, misericordiosos, á volver bien por mal, á abstenerse de toda murmuracion, de toda mentira y de toda culpa, á la conservacion de la paz y á la práctica de la virtud; les dice, que si no obstante todo eso padecen por la justicia, glorifiquen por ello á Dios en lo interior de su corazon, y esten siempre prontos á responder en su defensa; haciéndolo dice el Santo, *con modestia y con temor, teniendo una buena conciencia; para que en lo que dicen mal de vosotros, sean confundidos los que desacreditan vuestra santa conversacion en Cristo* (1).

Esta es la conducta que has de tener en tal caso; glorificando á Dios en todo. La injusticia de los hombres no ha de ser motivo para que alejes de ti la moderacion y la dulzura, ni para que halles menos placer en el ejercicio de la virtud, y en la observancia de la ley del Señor. Los hombres justos no te reusarán seguramente su aprecio, siempre que te hagas digna de él; pero los hombres justos forman un número muy corto; por lo que debes apoyarte particularmente sobre la paz y el consuelo de una conciencia pura.

1, Carta primera de San Pedro, cap. III, v. 16 y sig.

Esto no impide que procures siempre hacerte agradable á todos; pero si no puedes conseguirlo, no te aflijas por eso. ¿Sabes lo que es comunmente la estimacion de los hombres? ¿Conoces su duracion y firmeza? Pues atiende: los colores del iris, el brillo de las flores, la frescura del rocío y las ondas del mar estan sujetas á mutaciones todavía menos frecuentes. Los hombres no ven ordinariamente en nosotros otro mérito ni otros defectos, que los que su prevencion imagina. Su aprecio no nos hace mejores; al contrario, es de temer que sirva de fomento y de estímulo á nuestra vanidad y orgullo.

Los juicios poco favorables que los demas formen de tí, ó serán verdaderos, ó serán falsos. Si son verdaderos, ¿porque has de sentir que te vean los otros tal como eres? ¿Estan acaso más obligados á lisonjarte y disimular tus faltas, que tu á corregirte de ellas? ¿Quisieras que se tributasen al vicio los honores debidos solamente á la virtud? Tus quejas en ese caso, y tu sentimiento no te harian mas perfecta sino mas culpable. Si al contrario aquellos juicios que se forman de tí son falsos, prevenida como debes estarlo de que tal vez habrás dado alguna ocasion para ellos, y persuadida de que aun las personas de mayor mérito no estan al abrigo de las saetas de la envidia, y de los ardides y

laberintos de la injusticia, solo has de resistir á estos tiros con rasgos de dulzura y de moderacion. Aquellos á quienes no desengañe semejante proceder, no merecen mucho que hagas caso de lo que piensan de ti.

Considera tambien, que si no se observa todo lo bueno que hay en ti, tampoco se repara todo lo malo; que por ti misma no eres capaz de formar siquiera un buen pensamiento; que Dios es quien te da esa capacidad; que él es el origen y principio de toda tu virtud; que tus inclinaciones naturalmente llevadas al mal, la debilitan y hacen vacilar; que en cada instante estás espuesta á ser el juguete de tus pasiones; que por último esta vida es un combate continuo, del cual aun á los mas fuertes les cuesta mucho salir victoriosos. Si pones una seria atencion en todo esto, ni te ensoberbecerá el aprecio de los hombres, ni te afligirá su desprecio, siempre que no hayas dado lugar á él por tu culpa. Las almas dotadas de una virtud pura, siempre dispuestas á dar á Dios la gloria de todo, y animadas por el espíritu de caridad, siguen con mucha paciencia y sosiego, así los caminos de la infamia, como los de la buena fama, los de la gloria igualmente que los de la humillacion, como lo escolta á todos el apóstol San Pablo (1).

1) Carta segunda á los Corintios, cap. vi, v. 8.

CAPITULO XXII.



DEL MÉRITO PERSONAL.

EL aprecio que se hace de los otros, no es justo y laudable, sino cuando se funda en el mérito. Debes pues dispensar tu estimacion á todas las personas en quienes reconozcas algun mérito, sin hacer atencion, ni á su nacimiento, ni á su fortuna. Pero ¿será conveniente que hagas conocer tus sentimientos á todos los que estimes por razon de su mérito personal? No, hija mia, si son gentes de un cierto carácter, que puedan valerse de este conocimiento en perjuicio de tu virtud.

Observa, hija mia, que hay pocos hombres, por buenas cualidades que tengan, asi naturales como adquiridas, á quienes puedas sin peligro dar á conocer que los estimas. Muchas veces bajo bellas apariencias se ocultan perniciosos designios. El paso de la estimacion al amor es muy resbaladizo, y no se repara el camino que se ha hecho en él, hasta que ya es casi imposible volver atrás.

El espíritu de una jóven, prevenido por la es-

timacion , seduce fácilmente el corazon y no está muy dispuesta á condenar las empresas de un hombre en quien cree divisar un mérito distinguido , sobre todo cuando ha dado el peligroso paso de hacerle conocer su aprecio. Insensiblemente se acostumbra á sus modales y á su lenguaje , y sus modales y su lenguaje son cada dia mas libres. Los ojos pierden aquella modestia y aquel delicado pudor, que no pueden conservarse sino con una vigilancia continua. Las palabras algo disonantes , los equívocos y las conversaciones poco regulares , no ofenden ya como antes los oídos. Aquel hombre que al principio parecia no pretender otra cosa que hacerse apreciar, todo lo pone en obra para hacerse amar. Deja entrever con diestra finura algunos sentimientos tiernos y cariñosos ; y estos sentimientos lisonjean el amor propio de la jóven ; y escitan en ella una culpable curiosidad. Él aplaude sin cesar , y sobre todo aquella que los otros reprobaban en la persona que quiere seducir. Se muestra civil , cortes , condescendiente , atento á las menores cosas. La jóven incauta se complace, queda satisfecha de sus atenciones ; se persuade poco á poco que es amada ; y muy lejos de atemorizarse al pensarlo, se entrega tambien al amor, ó por reconocimiento, ó por inclinacion y gusto. Desde este punto la voz de la razon se debilita;

las leyes de la decencia no hacen ya la misma impresion; se disminuye el fervor por la práctica de la piedad, y no se halla casi placer en la virtud. Aquel fuego por último, despues de haber estado por mucho tiempo oculto, como bajo la ceniza, se manifiesta repentinamente, e introduce en el alma la inquietud, la turbacion y el desórden. Esta desgracia es tanto mayor, cuanto es casi irremediable y habria sido fácil precaverla.

Mas, aun cuando te limitases efectivamente á la simple estimacion, los hombres, dispuestos siempre á lisongearse á si propios, lo juzgarian de otro modo; y ciertas mugeres envidiosas de tu buena reputacion, no dejarian de aprovechar esta ocasion para menoscabarla, e imputarte sentimientos que serian agenos de ti. Entre ellas hallarias tambien algunas que tendrian la malicia de aprobar tu gusto y tu buen discernimiento, y darte una confesion que tu harias inocentemente, y que ellas convertirian en crimen, ó sea para ponerte á nivel con ellas, ó sea para tener el gusto de denigrarte, y de poder decir con alguna verosimilitud que no eres tan virtuosa como parece serlo.

A fin de que entres mejor en los consejos que mi tierno cariño y la experiencia que tengo del mundo me sugieren, quiero darte á conocer en

que consiste el mérito que se estima en el mundo; y de ahí podrás inferir tu misma, cuan pocos son los hombres estimables. Según el mundo, se dice ser hombre de mérito el que tiene modales nobles y graciosos, que sabe acomodarse al gusto y al carácter de las personas con quienes trata, que sobresale en su profesion, que se presenta con un aire desembarazado, que habla con exactitud y siempre con voces escogidas y convenientes, que tiene un genio tratable y un espíritu festivo, y que no falta jamás á la urbanidad y á la atencion que se debe á los demas. He aquí, hija mia, lo que es tener mérito, según la opinion y gusto del mundo. Muchos logran aun á menos costa la reputacion de tenerle. Muy amenudo basta ser bien cortado de talle, hablar con soltura, tener un uso fácil de ciertos cumplimientos y modos de obrar; y parecer liberal y generoso. Casi no se necesita mas, ni tener otro mérito mas sólido para ser bien quisto de las señoras.


Sin duda habrás advertido, hija mia, que entre todo lo que acabo de referirte no he hecho mencion alguna de la virtud; y es porque la virtud no entra en esta especie de mérito de que se hace caso en el mundo. Juzga, pues, si puede haber seguridad en dar el menor ascendiente sobre ti á personas que, muy lejos de respetar tu virtud, solo procurarán corromperla á la menor

ocasion que se les presente para lograrlo; é in-
fiere de lo que acabo de decirte, que pues la ma-
yor parte de los hombres no tienen mas que un
falso mérito, hay pocos de ellos que sean mere-
cedores de una verdadera estimacion.

No basta haberte pintado el falso mérito: es
preciso tambien que te dé tambien una idea del
verdadero, á fin de que no solo sepas despreciar
al primero, sino tambien dar al segundo todo
el aprecio y honor que le son debidos. El verda-
dero y sólido mérito de un hombre del mundo
consiste en cumplir con fidelidad las obligacio-
nes de su estado; en ser atento, comedido y ala-
ble para con todos, teniendo presentes las dis-
tinciones necesarias que ecsige la dignidad y con-
dicion de cada uno, la edad, el seso, las pren-
das personales y lo demas; en amar el honor y la
probidad; en venerar la virtud; en mirar con
horror el vicio; en no pervertir á persona algu-
na, ya sea con el ejemplo, ya con las palabras;
en querer á los pobres á pesar de lo que disgusta
y es en sí despreciada la pobreza, y por último
en arrostrar y vencer toda suerte de obstáculos
para dar la mano á los débiles, é impedir que
sean oprimidos.

Hija mia, cuando encuentres hombres de este
carácter, lo que es muy raro, no repares en con-
cederles todo tu aprecio; pero págalos este tri-

buto interiormente, á menos que su avanzada edad, ó una reputacion muy sólida te autoricen á guardar menos precaucion.



CAPITULO XXIII.



DE LOS BIENES TEMPORALES.

EL cuidado de los bienes temporales no es contrario al espíritu del Señor. El apóstol San Juan nos asegura esta verdad en la carta que escribió á su discípulo Cayo, deseando que este prosperase en su salud y en sus negocios temporales, como habia prosperado en los de su alma. *Carísimo*, le dice, *ruego al Señor que te prospere en todo, y que te conserve en salud, así como tu alma se halla en buen estado* (1). Debes pues, hija mia, poner una atencion particular en no malgastar tu hacienda. Evita cuanto puedas los gastos superfluos; pero nada te niegues de lo necesario. El que para sí es escaso, ¿para quién será dadivoso? *Quien para sí mismo es malo, dice el autor del Eclesiástico, ¿para qué otro será bueno?* Este tal *no se gozará en sus bienes* (2). Si tienes el especial cuidado de proporcionar tu gasto á tus réditos, no te hallarás jamas en la in-

1) Carta tercera, v. 2.

2) Cap. xiv, v. 5.

diligencia, ni en el apuro de tener que recurrir á tus amigos; lo que te exhorto á evitar cuanto puedas, porque hay pocos que lo sean bastante para sostenerse en este género de pruebas.

Ten un arreglo en el manejo de tus negocios, y no dejes pasar un solo día sin echar sobre ellos una mirada, destinando un tiempo señalado para este fin. No desperdicies las ocasiones favorables, porque estas raras veces vuelven. Hábitate á tomar tu partido en los tiempos mas difíciles. Obra con ánimo esforzado en tales lances, y no te asemejes á los perezosos de que habla Salomon cuando dice: *Los descos matan al perezoso porque no quisieron sus manos obrar cosa alguna: en todo día codicia y desca; mas el que es justo dará y no cesará* (1); porque en efecto, el diligente y laborioso abundará de todo y podrá dar á los otros, mientras que el perezoso no tendrá ni para los otros ni para sí. No caigas jamas en esta especie de letargo, y no permitas que la tristeza y el abatimiento se apoderen de tu espíritu; porque, como lo advierte el autor del Eclesiástico, *á muchos mató la tristeza, y no hay utilidad en ella* (2).

Si el Señor te da una grande abundancia,

1) Libro de los Proverbios, cap. xxi, v. 25 y 26.

2) Cap. xii, v. 25.

no olvides que solo somos los depositarios de nuestros bienes; que *los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios* (1); y que este Señor nos pedirá una cuenta exacta de estos mismos bienes que habrá puesto en nuestras manos. Guárdate, hija mía, de poner en ellos tu confianza y tu afecto. No menosprecies á los que sean menos ricos que tú. Sé dulce y afable con los mas pobres. Acuérdate que las riquezas son amenudo la herencia de los impíos, igualmente que de los justos. No idolatres en ellas ni les sacrifiques como muchos, el honor, la justicia, la religion, y todo lo que la fe nos hace esperar en la vida venidera. Las riquezas no contribuyen tanto á nuestra felicidad, como tal vez puedes creerlo; pues no serán bastantes para preservarte de aquella multitud de males corporales que continuamente nos amenaza. Los monarcas mas poderosos estan sujetos á ellos. Los cuidados mas penosos, las pesadumbres mas sensibles reinan á veces en los mas suntuosos palacios, de donde muy lejos de desterrarlos la pompa, parece que ella misma los hace nacer.

Aprende del Señor la idea que debes formar-te y el uso que has de hacer de las riquezas. *Más*

1) Libro del Eclesiástico, cap. xi, v. 14.

fácil cosa es, decia Jesucristo á sus Apóstoles, pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrár un rico en el reino de los Cielos (1). Las riquezas no son malas en sí mismas; pues que Dios en la antigua ley las propone muchas veces como galardón de su pueblo escogido: lo que Dios reprueba y de lo que es difícil librarnos es el apego á ellas. Oye como habla el Eclesiástico del que sabe hacer buen uso de sus bienes, y no pone en ellos su corazon. Bienaventurado, dice, el rico que fué hallado sin mancilla, y el que no se fué tras el oro, ni esperó en dinero ni en tesoros (2). Y el apóstol San Pablo, escribiendo á Timoteo, le dice: Manda á los ricos de este siglo que no sean altivos, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro uso (3).

Las riquezas son frecuentemente ocasion de caída y de perdición. Ellas nos hacen mas sensibles al hechizo de los deleites sensuales, y nos facilitan su goce. Ellas son para muchos hermosas cadenas que los tienen inclinados hácia la tierra y les impiden elevar su espíritu á las cosas del

1) Evangelio de San Mateo, cap. xix, v. 24.

2) Cap. xxxi, v. 8.

3) Carta primera á Timoteo, cap. vi, v. 17.

cielo. Ellas nos rodean de aduladores que disfrazan nuestros vicios en virtudes, aplauden nuestras mas vergonzosas flaquezas. Ellas, por fin, alejan de nosotros el candor y la sinceridad.

Considera atentamente lo que del fin funesto de los malos ricos nos dice el rey David. *Los enemigos del Señor, luego que fueren honrados y ensalzados, serán deshechos enteramente como el humo. Vi al impío sumamente ensalzado y elevado como los cedros del Libano; y pasé, y he aquí que no existía, y lo busqué y no fué hallado el lugar de él* (1).

He aquí al pecador reducido á la nada en medio de su gloria y de sus riquezas. Ni la gloria ni las riquezas constituyen nuestra felicidad sobre la tierra. Todo es en ella vanidad, todo es ilusion, todo camina aceleradamente á su fin. ¿Quiéres, hija mia, ser feliz? Teme á Dios y guarda su ley.

Si el Señor te quiere probar con la pobreza, sopórtala con paciencia. Él ha dicho que son bienaventurados los pobres; pero lo entiende de los que lo son de espíritu y de corazon, con tranquilidad y sin murmurar. La pobreza es poco menos temible que la riqueza para la salud del alma. *Muchos pecaron por causa de la po-*

1) Salmo xxxvi, v. 20, 35, y 36.

breza; y el que anhela á enriquecerse aparta su ojo de aquello que manda la ley y esige la justicia (1). Buena es la riqueza para el que no tiene pecado en su conciencia, y muy mala la pobreza en boca del impío; porque la detesta, y murmura siempre contra la Providencia divina (2). Todo lo que te fuere aplicado recíbelo, con resignacion y de buena gana, como que viene de Dios; y en el dolor aguanta; y en tu humildad, en las calamidades y trabajos, ten paciencia; porque en el fuego es probado el oro y la plata; mas los hombres aceptables, los hombres dignos de que Dios los reciba y reconozca por suyos, son probados en el honor de la humillacion (3).

El apóstol san Pablo nos pone á la vista un motivo muy poderoso para animarnos á sufrir con valor y constancia las penas y las inquietudes de este mundo: Porque, dice, lo que aquí es para nosotros de una tribulacion momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo maravilloso un peso eterno de gloria (4). El hombre se

1. Libro del Eclesiástico, cap. xxvii, v. 1., con la esposicion P. Scio.

2. En el mismo Libro, cap. xiii, v. 3o, con la misma esposicion.

3. En el mismo libro, cap. ii, v. 4 y 5, anotados por el P. Scio.

4. Carta segunda á los Corintios, cap. iv, v. 17.

fatiga por espacio de veinte, treinta y cuarenta años para llegar á unos honores que muchas veces no puede obtener, y que cuando por fin ha llegado á ellos, apenas le queda tiempo para gozarlos. Dios que es la verdad y el principio de toda gloria, promete un premio eterno á los que sufren la pobreza por su amor, y con una humilde resignacion á su voluntad; y con todo, son muy pocos los que se muestran sensibles á la grandeza de sus promesas. Este profundo entorpecimiento, esta horrorosa incredulidad relativa á los bienes eternos, no puede provenir sino de un total olvido y abandono de Dios.

He aprendido, decía San Pablo, á contentarme con lo que tengo. Sé vivir humillado y sé vivir en abundancia; de todos modos estoy hecho á todo, á tener hartura y á sufrir hambre; á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puedo en aquel que me conforta (1). Este Santo conservaba una profunda tranquilidad en medio de las mayores aflicciones; y exhortaba á los demás á que como miembros de Jesucristo, manifestasen mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias y otros trabajos, y que en todos ellos estuviesen como tristes, mas siempre alegres (2).

1) Carta á los Filipenses, cap. iv, v. 11, 12 y 13.

2) Carta segunda á los Corintios, cap. vi, v. 10.

El mismo Apóstol nos enseña, que *es grande ganancia la piedad, con lo que basta para vivir; porque nada metimos en este mundo, y es cierto que tampoco podremos sacar nada. Teniendo pues con que sustentarnos y con que cubrirnos, contentémonos con esto* (1). La sola razon natural debería poner á nuestra vista lo que San Pablo dice en este lugar. ¿Quién ignora que nada traemos con nosotros al nacer, y que cuando morimos, los honores y las riquezas solo sirven para hacer mas brillante nuestra pompa fúnebre, y satisfacer de este modo la vanidad y el orgullo de los que quedan? Y siendo esto así ¿sobre qué se fundan aquellas grandes agitaciones á que se entregan los hombres, aquellos vastos proyectos que forman en su imaginacion? Mientras tengamos con que alimentarnos, no como los que hacen un dios de su vientre, sino con templanza y frugalidad; mientras tengamos con que cubrirnos y guardarnos de las injurias del aire, cada uno del modo conveniente á su condicion, ¿porqué no hemos de estar contentos con esto? La felicidad estriba en el gusto y satisfaccion, y no en las cosas. De aquí proviene que unos estan alegres y contentos con poco, y otros no lo estan con mucho. Dedicate á hacer tu felicidad in-

1) Carta primera a Timoteo, cap. vi, v. 6.

dependiente de la imaginacion de los otros.

En fin, aun cuando dispusiese el Señor dejar-te abismada en la mas terrible indigencia, somé-tete respetuosamente á su providencia, y acuérdete de aquellas piadosas palabras de Job: *El Señor lo dió, el Señor lo quitó; como agradó al Señor así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor* (1). *¿Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, porqué no recibiremos los males* (2).

Recibe pues, hija mia, los azotes del Señor con una humilde sumision; y verás que cesará luego de agravar su mano sobre ti, y desaparecerán las señales de su indignacion.

Supuesto pues, que es tan dificultoso el no olvidar á Dios cuando se gozan grandes riquezas, y el evitar las murmuraciones y lamentos en medio de la pobreza, si el Señor te concede una medianía, ríndele gracias por esta bondad todos los dias de tu vida. Esto era lo que le pedia á Dios el sabio Salomon. *Mendiguez, le decia, ni riquezas no me des á mí: dame solo lo necesario para mi sustento* (3). El mismo rey decia tambien, que *mas vale poco con temor de*

1) Libro de Job, cap. 1, v. 21.

2) En el mismo, libro, cap. 11, v. 10.

3) Libro de los Proverbios, cap. 31 v. 8.

Dios, que tesoros grandes que nunca sacian (1).

Te he dicho, hija mia, que debes tener cuidado de la conservacion de tu hacienda. Esta atencion es principalmente necesaria á los que solo poseen bienes mediocres; pero guárdate de permitir que se avive en tu corazon una sobrada ansia por las riquezas. *Sean las costumbres sin avaricia*, decia el apóstol San Pablo á los Hebreos, *contentándose con las cosas presentes; porque Dios dijo: No te dejaré ni desampararé. Porque no tenemos aquí ciudad permanente; mas buscamos la que está por venir* (2). Nosotros somos verdaderamente viajeros, distantes de nuestra patria, á la cual caminamos por la fe. Mas en vez de que los que van de un lugar á otro de la tierra, se detienen donde quieren y todo el tiempo que quieren, y saben á corta diferencia cuando llegarán al parage que se han propuesto; en el viage de esta vida no podemos hacer alto; caminamos sin cesar hácia el fin de nuestra carrera que nada es capaz de retardar, é ignoramos absolutamente el momento en que llegaremos á él. ¿Porqué, pues, habria de afligirte la privacion de unas cosas que estás espuesta á haber de dejar á cada instante? Si has de dejar

1) En el mismo libro, cap. xv, v. 16.

2) Carta a los Hebreos, cap. xiii, v. 5 y 14.

oprimir tu corazon por la tristeza, sea, hija mia, por aquella de que habla San Pablo cuando dice. *La tristeza que es segun Dios, engendra penitencia estable para salud; mas la tristeza del siglo engendra muerte* (1).

Te lo repito todavia; aun cuando te faltase lo necesario, no te desalientes, y confia en el Señor. *Él se ha hecho refugio para el pobre, ayudador al tiempo oportuno en la tribulacion* (2), que es cuando mas le necesitamos. *Él es el padre de los huérfanos* (3). *Él dice á cada uno de nosotros. Invócame en el dia de la tribulacion: te libraré y me honrarás* (4). *Él nos advierte que inútilmente esperaríamos en nuestros semejantes, porque vana es la salud del hombre* (5). *Él levanta de la tierra al descalido* (6). *Confortad las manos flojas, nos dice el profeta Isaías, y enrobusteced las rodillas débiles: decid á los apocados de corazon. Alentaos y no temais, el mismo Dios vendrá y os salvará* (7). *Mirad las aves del cielo, dice Jesucristo, que no siembran ni*

1) Carta Segunda á los Corintios, cap. vii, v. 10.

2) Salmo ix, v. 10.

3) Salmo lxxvii, v. 6.

4) Salmo xlix, v. 15.

5) Salmo cvii, v. 13.

6) Salmo cxii, v. 7.

7) Profecia de Isaías, cap. xxxv, v. 3 y 4.

siegan, ni allegan en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta (1). El mismo Señor habla así á sus apóstoles: *En verdad os digo que si tuviereis fe, y no dudáreis; ::: todas las cosas que pidieréis en la oracion, creyendo, las tendréis* 2). Esperemos pues, hija mia, en la bondad de Dios, creamos firmemente en la infalibilidad de sus divinas palabras; oremos sin cesar y como nos lo encarga San Pablo, *corramos con paciencia á la batalla que nos está propuesta* (3). Sigamos tambien el consejo del apóstol San Pedro cuando nos dice: *Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, ::: echando sobre él toda vuestra solicitud, porque él tiene cuidado de vosotros* (4). Hija mia, Dios sabe mejor que tu lo que te conviene; y nada te acontecerá sin su disposicion y voluntad. Ni debes admirarte de que no sean oidas tus oraciones. Algunas veces se hace sordo á nuestros ruegos, porque pedimos lo que no deberíamos. *Pedis y no recibis*: dice el apóstol San Jaime: *y esto es porque pedis mal: porque pedis para satisfacer vuestras pasiones* (5).

1) Evangelio de San Mateo, cap. vi, v. 26.

2) En el mismo Evangelio, cap. xxi, v. 21 y 22.

3) Carta a los Hebreos, cap. xii, v. 1.

4) Carta primera de San Pedro, cap. v, v. 6 y 7.

5) Carta Católica, cap. iv, v. 3.

Dos cosas me quedan todavía que advertirte. La primera es, que seas paciente en la adquisicion de la hacienda, procurándola por medios justos, y no queriéndola hacer con demasiada rapidez: porque dice el Espíritu Santo que *la riqueza hecha de prisa se menoscabará: más que la que se recoge poco á poco con la mano*, es decir, por medios justos y con un trabajo paciente y constante, *se aumentará* (1). La segunda es el reservarte siempre los bienes necesarios para tu subsistencia; teniendo presente el consejo del Eclesiástico: *No des á otro tu herencia, no sea que te arrepientas y les ruegues á ellos. Mientras vives y respiras, no te haga mudar persona alguna, ni te apartes del consejo que te doy. Porque mejor es que tus hijos te rueguen, que no estar tu mirando á las manos de tus hijos, como quien espera que le den* (2). Por último, hija mia, te encargo encarecidamente, que vivas con honor en la pobreza y con moderacion en la abundancia; y que mires con igual horror, así los medios injustos de amontonar riquezas, como el mal uso de las que Dios te haya dado.

1) Libro de los Proverbios, cap. xiii, v. 11, con la esposicion del P. Scio.

2) Cap. xxxiii, v. 20, 21 y 22, con la esposicion del P. Scio.

CAPITULO XXIV.



DE LOS ACCIDENTES DE LA VIDA.

¡ Dichosos los que apoyándose solamente en vuestra divina proteccion y socorro , tienen resuelto en su corazon pasar por el valle de lágrimas para subir al monte de Sion , y adoraros en el lugar santo que vos allí habeis consagrado ! Asi hablaba á Dios el santo rey David (1). Si tu, hija mia, no esperas de Dios todo tu socorro, te encontrarás muchas veces sin apoyo, sin consuelo, sin fuerza, sin valor en tus aflicciones. Esta vida, como lo dice aquel Santo Rey, es un valle de lágrimas, y lo es para todos los hombres: es decir, que todos estan continuamente sujetos á un número infinito de males. David entiende hablar principalmente de las penas del espíritu; y estas son las mas difíciles de soportar, y las que mas frecuentemente nos asaltan en este mundo. Cualesquiera que ellas sean, no esperes otro socorro que el del Señor, y sométete humildemente á su voluntad,

1) Psalmo LXXXIII, v. 6, segun la version de San Geronimo y la paráfrasis de él.

Considera atentamente lo que todos los días acontece á tu vista. Se cierran los campos con fuertes vallas y cercados, para preservarlos de los estragos que podrian hacer en ellos los animales; pero no hay setos, no hay muros no hay defensa contra las inquietudes de esta vida. Las estaciones en sus vicisitudes tienen un curso reglado sobre el cual se puede contar. En los mas bellos dias del verano no tememos nos sorprendan repentinamente los hielos y escarchas que reinan en el invierno; pero en medio de la fortuna mas propicia y risueña, nos sobrevienen con frecuencia accidentes aciagos, que nos hacen olvidar desde luego nuestras pasadas prosperidades, ó solo nos dejan una memoria de ellas, que acrecienta todavía nuestro dolor; porque como lo dice un filósofo (1), en el hombre desgraciado, el colmo del infortunio es el haber sido antes dichoso. De la mayor y mas plácida calma, nos vemos de repente arrojados en medio de la mas deshecha borrasca; en un momento nuestra alegría se cambia en tristeza; y á los cánticos de gozo se siguen inmediatamente las lamentaciones y gemidos.

Hija mia, siempre que le hayas previsto, ó nos por tristes que sean las circunstancias que le

1) Boccio en el libro xi de la Consolacion.

acompañen; aunque trastorne todo el órden de tus proyectos; por mas que disuelva los vínculos de tus afectos mas tiernos y justos, ten mucho cuidado de que no se abandone tu alma á las quejas y á la murmuracion. Creen algunos que todo les es permitido en tales lances. Pien-san erradamente que por el esceso de su dolor se justifica el esceso de su sentimiento, la violencia de sus clamores, la impiedad de sus palabras, y su atrevida resistencia á la voluntad de Dios. ¿Porqué, dicen algunos, no me ha ahor-rado la muerte este dolor? ¿Porqué no viene ahora mismo á librarme de él? ¡Que no pueda dármele con mis propias manos! ¡Oh! Mi satis-faccion seria el poder sobrevivir pocos momen-tos á esta pérdida tan fatal, á esta pesadumbre tan amarga. Podria consolarme en cualquier otra desgracia; nadie ha sufrido jamas otra igual á la mia. Tal es, ó semejante á este, el language de aquellos cuyas esperanzas se limitan á los bienes terrenos; mas no es difícil convencerles, de que sus quejas y lamentos son opuestos no solo á la Religion, sino tambien á la razon. Por-que en fin nada de todo esto impide que se cum-plan y ejecuten hasta el menor ápice los decretos de la divina Providencia. Ni los muertos que amábamos resucitan, por mas que nos lamen-temos, ni nuestras quejas y murmuraciones pue-

den detener el curso de nuestras desdichas.

Si un hombre espuesto al sol en la estacion en que este vibra sus rayos con mas fuerza, quisiere con sus clamores y lamentos impedir que este astro le hiciese sentir toda la violencia de su ardor, en vez de buscar todos los medios naturales de ponerse á cubierto, ¿no mirarias á este hombre como digno de lástima por su falta de razon? Nosotros estamos igualmente faltos de ella, cuando en nuestras aflicciones nos quejamos de la Providencia, y no nos conformamos á la divina voluntad. Nuestro único recurso y abrigo es una perfecta sumision á las órdenes del Señor. En ella encontrarás, hija mia, el único medio de embotar las agudas y penetrantes saetas del dolor. En el tiempo de la tribulacion y angustia, *espera al Señor, pórtate varonilmente, confórtese tu corazon y aguarda al Señor* (1). Acuérdate de que no es menos magnánimo y digno de gloria el que tolera grandes males, que el que hace cosas grandes y heroicas.

No emprenderé, hija mia, el recorrer todos los accidentes que pueden sobrevenirte; porque su número es casi infinito. No te lisonjees de que estarás enteramente esenta de ellos. Esto seria no conocer á fondo la condicion de la na-

1) *Psalmo xxvi, v. 14.*

turalaleza humana. Pero no turbes tu quietud y sosiego con sobrada solícitud de lo venidero. Conserva tu tranquilidad, aun cuando no veas medio alguno para preservarte de ciertas desgracias. El Señor puede desviar el rayo pronto á herir nuestras cabezas; él es el árbitro soberano de todos los acontecimientos. Entrégate del todo á su providencia, porque este es un recurso mucho mas seguro que los consejos de la prudencia humana. Sin embargo, cuando estos consejos son justos, harás bien en seguirlos; pero procurando evitar que no te hagan sentir de antemano el dolor de un accidente que tal vez nunca llegará á verificarse.

Nuestras desgracias son mas ó menos tolerables, segun las circunstancias que las acompañan. Estas son á veces tan dolorosas y pesadas, que derriban en poco tiempo todos los apoyos de nuestra tranquilidad. El abatimiento y la desesperacion se apoderan de nosotros, cuando para defendernos no tenemos mas que el debil socorro de nuestra razon. Solo la Religion, con los poderosos motivos que nos presenta, puede mantenerlos tranquilos en tales lances. Sirvete, hija mia, de estos motivos para sufrir con valor las adversidades con que el Señor quiera visitarte. A sus ojos todos somos delincuentes; y no nos ha dejado á nosotros la eleccion del cas-

tigo, sino que lo ha reservado para sí. Cuando nos castiga, es solo para volvernos á la senda de la virtud de que nos habíamos desviado. El Santo rey David le decia por eso : *Bueno para mí el haberme tu humillado ; para que aprenda tus justificaciones* (1).

Sea que tus desgracias provengan de la justicia de Dios, ó de la malicia de los hombres, ó de tu propia imprudencia, ó de la de otro, respeta la justicia divina, perdona la malicia de los hombres, escusa su imprudencia, procura corregir la tuya, recibe en fin todos los males que te sucedan, ó como ordenados, ó como permitidos por el Señor. Es un delito el rebelarse contra sus órdenes, ó el declamar contra lo que permite su infinita sabiduría.

No pretendo despojar de sus derechos á la naturaleza y prohibirte el dolor y las lágrimas por la muerte de un padre, ó de una madre, ó de otra persona que merezca tu afecto. La intencion del Criador no ha sido sin duda, que mirásemos con ojos enjutos estos y otros desgraciados acontecimientos de la vida, puesto que nos ha dado receptáculos del agua que forma las lágrimas; pero quiere que nuestro dolor en tales casos sea tranquilo, paciente y sujeto á ciertos

1) Salmo cxviii, v. 71.

límites. Por eso vemos que el llanto moderado alivia los ojos y mitiga el dolor; y que las lágrimas excesivas dañan á la vista y dejan al alma en mayor abatimiento.

Sucede á veces que pensamos llorar por otro, cuando en la realidad solo lloramos por nosotros mismos. Una hija riega con sus lágrimas el sepulcro de su padre, no solo porque recibió de él la vida, los bienes y una buena educacion, sino tambien porque necesitaba todavía de sus consejos y de su crédito; porque habituada á su compañía le parece quedar en soledad; y porque cree le ha de hacer notable falta en adelante. Lloramos la muerte de un amigo, porque nos era útil, ó podia serlo con el tiempo. Lloramos la pérdida de un hijo, porque quedan desvanecidas las grandes esperanzas que sobre él habíamos fundado. Creemos honrarnos con nuestras lágrimas; y si escudriñásemos á fondo su verdadero principio, nos avergonzaríamos de derramarlas. Si es cierto, pues, que casi siempre buscamos nuestro propio interes, aun cuando parece que no pensamos en nosotros, no hagamos cosa alguna que pueda perjudicarnos; y si realmente lloramos por nuestro propio amor, este amor mismo debe poner coto á nuestras lágrimas, no sea que llorando con demasía una desgracia, caigamos en otra mayor, por el exceso y la duracion de la pena que sentimos.

«Permitamos á nuestras lágrimas que corran; pero no se lo mandemos nosotros. Nada añadamos á nuestra verdadera tristeza, ni la aumentemos para hacerla servir de ejemplo á los otros. La ostentacion del dolor se estiende á mas que el dolor mismo. ¡Cuan pocos sienten una verdadera tristeza! Lamentan altamente su desgracia cuando hay quien los escuche: quedan tranquilos á sus solas, y derraman nuevamente torrentes de lágrimas luego que llega compañía. El dolor cesa muy pronto, cuando no tiene espectadores ni testigos. Ni el contener sus lágrimas, ni el dejarlas correr libremente, es tan vergonzoso como el fingirlas.» Asi se esplica el filósofo Séneca en una de sus cartas (1).

Hay algunos efectivamente, que se esmeran en parecer inconsolables. ¡Cuántos esfuerzos no hacen para este fin! Estos no advierten que les es imposible lograrlo, y que el tiempo les va quitando todos los dias una parte de esta pretendida gloria. No pasa mucho tiempo, que para parecer afligidos se ven precisados á fingir la afliccion; y nadie ignora, que lo imitado jamas causa la misma impresion que lo natural y verdadero. Nuestro amor propio trabaja continuamente en disminuir nuestra pesadumbre: esto se

1) Carta 99.

hace imperceptiblemente. El mismo amor propio es quien al principio nos hace llorar, gemir, suspirar y aun dar alaridos; porque hallamos en esto algun placer, algun alivio y desahogo en nuestro quebranto. Esto es útil para los primeros ímpetus del sentimiento; mas luego se acude á otros ausilios, y cuando no se halla un pronto remedio por la razon ó por la Religion, se halla indefectiblemente en el hábito, que por fin nos hace igualmente insensibles al dolor que al placer. Alguna vez es útil al hombre el ser probado con la adversidad, porque se habitua á ella, la teme menos, y la tolera con mayor firmeza. La adversidad le hace mas sabio, mas prudente, mas modesto, y menos vano y orgulloso en la prosperidad. Por esta razon sin duda decia Séneca (1), que nadie es mas desgraciado, que aquel á quien no ha sucedido desgracia alguna. No es flaqueza de espíritu el ceder á la voluntad de quien ha criado el universo y puede destruirlo; pero es gran prudencia el saberse consolar en los males irremediables; y es prueba de una perfecta humildad, el creer que cuando ha llegado á su colmo nuestro infortunio, todavía no nos trata el Señor con todo el rigor de su justicia.

(1) En el libro de la Providencia

Cuando se pasa rápidamente la mano por la llama, por activa que esta sea, solo se percibe un ligero dolor. Hija mia, acostúmbrate á mirar esta vida como un tránsito veloz, y verás cuanto perderán de su fuerza las aflicciones. Un edificio levantado sobre apoyos muy debiles en una campiña abierta, y espuesto á los vientos mas impetuosos, estaria en una agitacion continua y necesaria de reparacion á cada instante. Tal es nuestra felicidad sobre la tierra. Nosotros la hacemos consistir en cosas tan fáciles de alterarse, que no es de admirar sea tan poco duradera. Es difícil no se nos quite con frecuencia alguna de aquellas cosas en que fundamos nuestra felicidad. Para que esto no sucediese, seria preciso que el espíritu de equidad fuese tan comun como es raro; que no se conociese la infidelidad entre los amigos; que hubiese reglas ciertas en la prudencia humana para el buen écsito de todas nuestras empresas; que jamas se nos pusiese obstáculo en la posesion de nuestra hacienda y de nuestra buena fama; que los hijos nunca faltasen al amor y respeto que deben á sus padres; que los proyectos que se forman para su adelantamiento, no fuesen desbaratados, ó por los concurrentes que tienen mas favor ó mas mérito, ó por los designios impene- trables de la divina Providencia: en una pala-

bra, seria preciso que no hallásemos jamas oposicion alguna á nuestra voluntad. Pero como esto es imposible, si tu, hija mia, quieres gozar de toda la felicidad que cabe en este mundo vive siempre sumisa á la voluntad de Dios, como te lo llevo dicho; y como no hay hombre alguno sobre la tierra que pueda todo lo que quiere, limitate tu á no desear ni querer mas que aquello que puedas.

Observa á las gentes del campo: Tu los creerás tal vez muy infelices, y no lo son tanto como nosotros. Sus deseos son limitados, y por lo comun no quieren mas que lo que pueden. Sus temores y sus esperanzas son menores que los nuestros. En cuanto al temor, estoy persuadido que le reconoces como un mal; pero no sé si piensas lo mismo en orden á la esperanza. Aprende la idea que debes formar de ella, por lo que dice un sabio moderno con estas palabras: «Aunque la esperanza sea la mas agradable de todas las pasiones, sin embargo llega con el tiempo á ser la mas triste é inquieta; y puede decirse de ella, que se parece á la leche, que es dulce y sabrosa cuando reciente, pero que se aceda cuando se guarda mucho» (1). Ya ves con eso, que si la esperaza no es en su principio un mal, llega

1) El señor de la Chambre, en el Tratado de las pasiones.

despues á serlo, y no solamente se convierte en un mal, sino tambien en una fuente y origen de otros muchos. La gente del campo nos lleva, pues, mucha ventaja. Lo que ellos temen mas, es el mal tiempo; y sus esperanzas se limitan casi siempre á sus cosechas, que aguardan mas ó menos abundantes, segun el mayor ó menor cultivo que han dado á la tierra, y segun que el tiempo ha favorecido mas ó menos su trabajo. ¡ Que diferencia de ellos á nosotros! ¡ Y cuan cierto es que nos aventajan en el espíritu de equidad, en la cordura y en la dicha!

Si recorres todos los estados de la vida, no encontrarás uno que no tenga sus pesares y disgustos; y notarás que estos abundan principalmente en aquellas condiciones á que aspiran con mas ardor las almas ambiciosas, y cuyas apariencias son mas brillantes. Por lo que te repito: hija mia, que cualesquiera que sean los accidentes siniestros de tu vida, no murmures ni te quejes de la Providencia, sino que te humilles bajo la omnipotente mano del Señor. Él es un padre lleno de ternura: ámale, aun cuando te castigue con la mayor severidad.

No hables de tus sentimientos é infortunios, sino con las personas sobre cuya amistad puedas contar seguramente; aunque hallarás pocas de este carácter. Con las demas guarda un profun-

do silencio sobre tales materias. No te quejes de tus superiores, y en todas ocasiones manifiesta tu respeto por ellos. El resentimiento nos hace olvidar muchas veces las medidas y precauciones que debemos guardar; y es difícil que se contenga el hombre en los límites de la prudencia y justicia, cuando ha entrado en la relación de los motivos que tiene de queja.



CAPITULO XXV.

DE LA SALUD.

No solamente es permitido el cuidado de la salud, sino tambien muy justo; y Dios lo ecsige de nosotros, como este cuidado no llegue al exceso, sobradamente comun, y que casi se acerca á la idolatría entre las personas de tu secso; desagradable á los ojos de Dios, ridiculo á los de los hombres, y dañoso á la salud misma que se pretende conservar. El conservar la salud por medio de un régimen sobradamente ecsacto, es por si solo una molesta enfermedad.

Hija mia, ninguno de los bienes terrenos debe serle mas precioso que la salud: cuando ella falta, todo lo demas en algun modo nos es inútil. *Mas vale el pobre sano y recio de fuerzas, que el rico débil y plagado de miserias. No hay renta que valga mas que la salud del cuerpo; ni hay mayor contentamiento que el gozo del corazon* ¹⁾. Procura tu conservar ambas cosas, porque ellas se ayudan reciprocamente. Para conservar el

1) Libro del Ecclesiastico, cap. xii, v. 14 y 16.

gozo del corazon, teme á Dios, guarda su ley, y apártate del mal. Para conservar tu salud, evita la intemperancia en el comer y en el beber: no comas cosa alguna que sepas ser contraria á tu temperamento, y haz un moderado ejercicio. Lleva una vida sobria; porque nada es mas contrario á la salud, que lo que es opuesto á la sobriedad. Por eso nos dice el Espíritu Santo: *Desvelo, cólera, y retortijones tendrá el hombre insaciable: sueño saludable en el hombre templado: dormirá hasta la mañana, y su alma se deleitará con él* (1). Y en otro parage añade: *Por el mucho comer murieron muchos: mas el que es sobrio prolongará la vida* (2).

Las enfermedades y achaques que afligen á los hombres en una edad avanzada, provienen comunmente del poco cuidado que han tenido de su salud quando jóvenes. Creen los mozos que en su edad nada es capaz de alterar la economía de su cuerpo; porque sienten en él todo el vigor de la salud. Basta que halle un jóven alguna cosa que le pique el gusto, para que coma de ella sin discrecion: no escucha entónces mas que la voz de la naturaleza animal, y se hace sordo á la de la razon y á las mas juiciosas advertencias. ¡A

1) En el mismo libro, xxxi, v. 23 y 24.

2) En el mismo libro, cap. xxxvii, v. 34.

cuantos esta conducta ha llevado al sepulcro en la flor de su edad! Resisten algunos por la robustez de su temperamento, y prolongan algo mas sus dias; pero sujetos á muchos males é incomodidades que les hacen molesta la vida. Se zapan los cimientos de la salud, cuando tienen apenas alguna solidez; por lo que no es de extrañar caiga despues, y se destruya tan fácilmente.

La intemperancia no solo perjudica al cuerpo, sino que tambien causa la muerte del alma. *Muchos andan, de quienes otras veces os decia, y ahora tambien lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdicion; cuyo Dios es el vientre; y su gloria es para confusion de ellos que gustan solo de lo terreno.* Así se explica el apóstol San Pablo en su carta á los Fillipenses (1). El mismo Santo le encarga á Tito que cuide de que las mugeres no sean *dadas á mucho vino.* (2). En efecto los vapores del vino y de las viandas, cuando se come y bebe sin medida, hacen que se pierda aquella agradable compostura, que gusta tanto á los ojos delicados como la belleza misma. En semejantes excesos, la razon se extravía, las pasiones se rebelan, el

1) Cap. iii, v. 18 y 19.

2) Carta á Tito, cap. ii, v. 3.

descaro reina en los ojos, la disolucion en las palabras y el desórden en toda la conducta. Los mas cuerdos son en tales ocasiones, para decirlo con las palabras de Salomon, *como quien duerme en medio del mar, y como piloto adormecido perdido el timon* (1).

Para no caer en un estado tan vergonzoso y tan indigno de una persona racional, en un estado que hace al hombre inferior á las bestias, huye, hija mia, de toda compañía en que no se mire con singular veneracion la virtud. No te sientes jamas á la mesa de aquellas gentes cuya única satisfaccion es la de comer y beber mucho, y se hacen una regla de su propio desareglo. Pero si por una desgracia imprevista, te hallases alguna vez en tales festines, procura que la vista misma del exceso aumente en ti el horror con que debes mirarle. El Espíritu Santo habla con estas personas viciosas, cuando dice por boca del profeta Isaías: *¡Ay de los que os levantaís de mañana para seguir la embriaguez y beber hasta la noche, hasta aborchonaros el vino!* (2)

¿Porqué los cristianos alentados y sostenidos por los motivos mas grandes y poderosos, no

1) Libro de los Proverbios, cap. xxiii, v. 34.

2) Profecía de Isaías, cap. v, v. 11.

hemos de mirar la intemperancia con la misma aversion que la han mirado los pueblos idólatras? Leemos en Plutarco, que Pitaco estableció una ley, por la cual si alguno cometia un delito estando tomado del vino, debia ser castigado con doble severidad, que si le hubiese cometido no estándolo. El mismo autor nos refiere, que Numa, rey de los Romanos, prohibió el uso del vino á las mugeres, y que en el templo de la ciudad de Tebas habia una columna cuadrada en la cual estaban grabadas ciertas maldiciones contra el rey Menes por haber sido el primero que apartó á los Egipcios de una vida sobria y frugal.

San Agustin nos enseña que la intemperancia no consiste precisamente en la cualidad ni en la cantidad de los manjares, sino en la glotonería inmoderada (1). Esta glotonería fue causa de que Esaú vendiese á su hermano Jacob, por un plato de lentejas, su derecho de primogenitura, que tenia tan grandes privilegios entre los judios (2).

Pon, hija mia, un grandísimo cuidado en reprimir esta glotonería. Nunca te entregues con demasiado ardor á comer una cosa con prefe-

1) En el Libro xvi de la ciudad de Dios, cap. 37.

2) Libro del Génesis, cap. xxv, v. 33.

rencia á otra. Acostúmbrate á poner un freno á tu paladar dándole alguna vez lo contrario de lo que te apetece. En esto consiste la temperancia, ó por mejor decir la sobriedad: porque en la templanza se comprenden dos virtudes; la sobriedad, de la que acabo de hablarte, y la continencia, que hace en orden á los deleites carnales, lo que la sobriedad relativamente al gusto. Nunca será demasiado tu amor á estas dos virtudes. Ellas forman la principal gloria de tu sexo. Has visto por que medios se logra la sobriedad. Alcanzarás tambien la continencia, si evitas toda delicadeza, así en la cama como en el vestir; si no amas mucho tu comodidad y lo que lisonjea blandamente los sentidos; si estás siempre alerta contra las sorpresas que estos puedan darte; si te das á la lectura de buenos libros; si tratas solo con personas prudentes y modestas; y en fin, si vives bien persuadida de que á los placeres de este mundo les acompaña casi siempre mucha amargura, y de que no hay felicidad sólida y duradera, sino en amar y servir á Dios.

Algunos reprueban la pluralidad de los manjares como una cosa perniciosa á la salud, porque dicen escita al apetito á comer con exceso, y causa desórden en el estómago, haciéndose la digestion de los unos mas fácil y prontamente que la de los otros; y aun hay quien pretendo

que este es el único principio de todas nuestras enfermedades. Apoyan su opinion con el ejemplo de la gente del campo, que son mas sanos y robustos, y viven mas largo tiempo que los moradores de las ciudades, por razon de que su alimento es mas simple. Pero como nuestro cuerpo está compuesto de partes diferentes, parece que la variedad de los alimentos podria serle favorable; sirviendo los unos para la nutricion de las partes sólidas, otros para las carnosas, otros para los espíritus, y asi de los demas. Así como las abejas, de los jugos de muchas flores de diversas cualidades confeccionan la miel tan sabrosa, así el disolvente del estómago, de muchos manjares diferentes puede estraer un jugo ó una sustancia muy propia para el alimento del cuerpo. Vemos igualmente, que los animales comen de diversas especies de yerbas, unas dulces, otras amargas, otras frias y otras calientes; y con todo estan sujetos á menos enfermedades que nosotros.

Es verdad que la gente del campo por lo comun no usa mas que de una sola vianda en sus comidas, y que sin embargo gozan de una salud muy robusta y mejor que la nuestra; pero esto no es precisamente porque se abstengan de la variedad en los manjares, sino porque comen con moderacion y hacen mucho ejercicio; su-

dan mucho, y por medio de una traspiracion mas frecuente y abundante, espelen de su cuerpo una infinidad de humores, que son el origen de muchas y peligrosas enfermedades en los cuerpos que comen mucho y hacen poco ejercicio.

No es pues la pluralidad de los manjares lo que daña, sino su cantidad. Lo mas seguro es escoger entre ellos los de mas fácil digestion. Con esta precaucion, la diversidad de los alimentos, como sea acompañada de la moderacion, muy lejos de perjudicar á tu salud, podrá hacerle mucho bien. Esta diversidad escita el apetito, y parece que lo que se come con gusto se digiere mas fácilmente. Puedes pues usar de la diversidad de viandas, mientras que no comas demasiado, y elijas las de fácil digestion. Harás tambien todos los dias un poco de ejercicio; pero porque este es menos necesario á tu sexo, te encargo lo hagas moderado, y no te abandones el fuego de tu juventud, á fin de que no esperimentes los malos efectos que de ello podrian resultar.

Quiero que sepas el régimen de vida que se habia impuesto Galeno, uno de los médicos mas sabios de la antigüedad, para que te conformes con él, en cuanto te sea dable. Dice el mismo (1),

1) En el libro v de la Conservacion de la salud, cap. 1.

que se habia prohibido el uso de toda fruta, á escepcion de los higos y de las uvas muy maduras; y que aun de estas comia con mucha parsimonia. Procuraba sobre todo hacer diariamente algun ejercicio, y evitaba con cuidado todo lo que podia causarle crudezas é indigestiones. Cuando jóven, comia lechugas para templar el gran calor del estómago; y en una edad mas adelantada, las comia tambien para dormir mejor. Con este método se conservó en buena salud por espacio de muchos años, á pesar de que era de un temperamento débil, de que la mayor parte del tiempo pasaba las noches á la cabecera de sus enfermos, y de que su aficion al estudio le empeñaba en muy frecuentes vigiliass. Desde que se fijó en un género de vida sobria y arreglada, no sufrió enfermedad alguna, á escepcion de pocas efimeras, que dice el mismo haber provenido de demasiada fatiga y aplicacion al trabajo que le daban sus enfermos.

En cuanto á la bebida, opino que la mejor de que puedes usar, es el vino templado con una suficiente cantidad de agua. De esta, la mas ligera y la mas sana es la de algibe, como no se haya recogido de la que llueve en tiempo de tempestad. El vino tinto es el mejor para uso ordinario; pero se ha de beber con moderacion. Abstenete de beber cuando ha pasado poco tiem-

po despues de la comida, y tambien cuando tengas mucho calor; porque lo primero interrumpe la digestion, y lo segundo causa enfermedades mortales. En cuanto sea posible no bebas tampoco vinos licorosos; porque hay pocos que lo sean naturalmente, y aun cuando lo sean, su demasiada fuerza y ardor no pueden dejar de ser dañosos. No bebas asimismo de aquellos licores en que domina el espíritu de vino ó el aguardiente; porque no conviene ni á tu salud ni á tu secso.

En órden al té, café y chocolate, opino que el primero es el menos mal sano; y que si unos y otros producen algun buen efecto, debe atribuirse en parte al agua caliente que entra en tales bebidas. El agua caliente es de un uso antiquísimo. Entre los Griegos y los Romanos habia lugares señalados en que se vendia públicamente. Ateneo dice que es bueno beberla así en el invierno y la primavera, y fría en el verano. Los pueblos del Japon beben el agua casi hirviendo. El agua tibia, bebida en ayunas, limpia el estómago y afloja el vientre: con todo no ha de usarse con mucha frecuencia, porque debilita el disolvente del estómago. Cuando se bebe caliente en un grado mayor, cura algunas veces el cólico y los flatos.

No comas muy de prisa y como quien engu-

lle; porque no es saludable ni decente. Procura que entre la comida y el sueño medie un tiempo suficiente, para que la digestion haya podido hacerse. Sea tu sueño moderado. El dormir demasiado es tan dañoso como el dormir muy poco. Acuéstate temprano, á fin de poder levantarte algo de mañana. Si he de juzgarlo por mi propia experiencia, creo que esto es muy útil para la salud. Acostúmbrate á ello desde jóven; el hábito se forma en poco tiempo y llega despues á ser un placer.

Cuanto menos escesos hagas, menos tendrás necesidad de remedios. No te sirvas de ellos sino tan raras veces como puedas. No deseches los mas simples, porque en muchas ocasiones son los mas eficaces. Usa sobre todo de los que sirven para purificar y adelgazar la sangre, y raramente de los que refrescan mucho. Estos suelen espesar los humores, retardar la circulacion de la sangre, é impedir la traspiracion, que es un remedio natural, del cual tenemos continua necesidad para preservarnos de una infinidad de males.

Elige los médicos mas prudentes y experimentados, y que conozcan tu temperamento; y haz de manera que tu liberalidad los empeñe á observar con atencion todas las circunstancias de tu mal. Cuando te sientas atacada de alguna pe-

ligrosa enfermedad , no te amedrentes , ni desfallezca tu ánimo por la tristeza. Desde que nacemos debemos prepararnos para morir. Aprovecha todos los instantes para entrar en aquellas disposiciones que quisieras tener cuando llegue tu última hora. Prepáralo todo de antemano para aquel tiempo. No lo guardes para la estreñidad, cuando la debilidad del cuerpo disminuye el vigor del espíritu, y nos hace incapaces de trabajar útilmente en el único negocio para que hemos venido á este mundo.

En tales ocasiones , deja á tus parientes y allegados el cuidado de la salud corporal , y parte el de la espiritual con algun piadoso eclesiástico , hablando con él de Dios y de los tesoros infinitos de su misericordia , en cuanto lo permitan su comodidad y tus males. Si no has olvidado á Dios durante tu vida , él no te abandonará en la hora de tu muerte. Vendrá entónces á socorrerte ; te consolará ; y este paso tan terrible para las almas mundanas , tu le mirarás como el fin de todos tus males , como el principio de una verdadera felicidad , como un dichoso libramiento de la esclavitud del pecado , como el cambio de una vida mortal y desgraciada con una vida eternamente feliz , y morirás de este modo pacíficamente en los brazos del Señor.

Procura sobre todo , que una humilde y per-

fecta sumision á las disposiciones de Dios mantenga siempre la tranquilidad en tu alma, la pureza en tu conciencia y el contento en tu corazon. Nada contribuye tanto á la conservacion de la salud y á impedir los progresos de nuestros males. Pero sea cual fuere el écsito del cuidado que emplees en la conservacion de tu salud, mírala siempre como un bien fragilísimo, y no pongas en ella tu confianza, sino en Dios solamente. *Desfallecerán los jóvenes*, dice el profeta Isaias, *y se fatigarán y los mancebos caerán de flaqueza: mas los que esperan en el Señor hallarán nuevas fuerzas, tomarán alas como águilas, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán* (1). Es decir, hija mia, que si pones toda tu confianza en Dios, él te sostendrá con su gracia, y no te faltarán las fuerzas, si él es tu apoyo y tu protector. Ilustrada con sus divinas luces, conocerás cuanto mas estimables son los bienes futuros que los presentes; tomarás alas y volarás como las águilas, elevándote por tu piedad y por tu fè sobre todos los objetos lisonjeros y engañosos de la tierra; caminarás por las sendas del Señor, y aun correrás por ellas, haciendo notables progresos sin cansarte, porque Dios será tu fortaleza.

1) Profecia de Isaias, cap. XL, v. 30 y 31.

INDICE

De las materias contenidas en este tomo.



	pág.
Dedicatoria.	v
Prefacio del autor.	i
Introduccion.	9
CAP. I. Del conocimiento de Dios. .	23
CAP. II. De la grandeza y del poder de Dios.	25
CAP. III. De la bondad y del amor de Dios hácia á los hombres. .	34
CAP. IV. Del temor de Dios.	40
CAP. V. De la sabiduría.	46
CAP. VI. Del amor que se debe á Dios. .	52
CAP. VII. De la observancia de la ley de Dios y motivos que nos obligan á ello.	65
CAP. VIII. Del amor del prójimo. . . .	78
CAP. IX. De la limosna.	85
CAP. X. De la soberbia. . . ,	97
CAP. XI. De la cólera.	110
CAP. XII. De la intemperancia de la	

	pág.
lengua.	115
CAP. XIII. De la mumuracion.	121
CAP. XIV. De los chismes.	127
CAP. XV. De la mentira y de la hipocresía.	133
CAP. XVI. De la demasía en el hablar.	139
CAP. XVII. De los juramentos y de la calumnia.	143
CAP. XVIII. De la docilidad con que han de recibirse la enseñanza y las amonestaciones.	146
CAP. XIX. Idea general de lo que una jóven cristiana debe hacer todos los dias por Dios, por el prójimo y por sí misma.	156
CAP. XX. De las ocupaciones necesarias.	176
CAP. XXI. De la estimacion del público y de la reputacion.	177
CAP. XXII. Del mérito personal.	183
CAP. XXIII. De los bienes temporales.	288
CAP. XXIV. De los accidentes de la vida.	301
CAP. XXV. De la salud	214

INSTRUCCION

DE

UN PADRE A SU HIJA,

SOBRE

LAS MATERIAS MAS IMPORTANTES

DE LA RELIGION, COSTUMBRES Y MODO DE PORTARSE
EN EL MUNDO.

SACADA PRINCIPALMENTE DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Por Du-Puy.

TRADUCIDA

POR UNA MADRE DE FAMILIA.

TOMO II.

BARCELONA,

IMPR. DE A. BERNES Y C.ª, CALLE DE ESCUDELLERS, 13.

(CON LICENCIA DE 1830.)

1831.

1877

11111 11111 11111 11111 11111

11111

INSTRUCCION
DE UN PADRE A SU HIJA.

CAPITULO XXVI.

DE LAS OCUPACIONES UTILES.

Son ocupaciones útiles aquellas por cuyo medio adquirimos ciertos conocimientos y habilidades, que sin ser absolutamente necesarias, nos concilian el afecto de las gentes de mayor gusto y discernimiento. Hacer todas las cosas con aquella gracia que es con relacion al cuerpo, lo que la recta razon en órden al alma; saber bien su idioma, hablarle correctamente, y decirlo todo de un modo gracioso y natural; escribir tan bien como se habla, y hacer ambas cosas con facilidad y sin afectacion; saber la historia del mundo en general, la del propio reino en particular, y la Mitología en cuanto es necesaria para la inteligencia de nuestros poetas, y para poder

decir algo en una conversacion; no ignorar la Geografia, á lo menos en órden á las principales partes de los dos hemisferios que la componen: las diferencias de los climas, los estados principales, los rios mas caudalosos, el nombre y la situacion de los lugares célebres por sus grandes acacimientos, las ciudades mas famosas y lo que las hace recomendables, el número de los soberanos de mayor nombre, y la religion dominante en sus estados; conocer sobre todo el pais de nuestro domicilio, el genio de la nacion, y particularmente el de las gentes con quienes vivimos; poner mucho cuidado en no faltar á las leyes de la urbanidad y cortesia; no dejar ver en las conversaciones, ni un sobrado flujo de hablar, ni una ridicula afectacion de callar; no censurar, ni hacer mas perceptibles las necesidades de otro; dejar gozar á cada uno de la buena opinion que tenga de sí mismo, y que los otros puedan tener de él; alejarse igualmente de una vil complacencia que de una importuna delicadeza; distinguir lo que conviene á las conversaciones serias; no ostentar un aire de tristeza ó de gravedad, donde reina una inocente alegría; contribuir al placer de los otros con modales blandos y alagüenos, con una conversacion agradable y con los entretenimientos honestos. He aquí, hija mia, á corta diferencia,

los objetos á que han de dirigirse tus ocupaciones útiles.

Se necesita á la verdad mucho tiempo para aprender tantas y tan diversas obligaciones, y hacerse capaz de cumplirlas; de lo que puedes inferir que es mas dificultoso contentar á los hombres que á Dios. Este Señor queda satisfecho con nuestra buena voluntad: solo nos pide nuestro corazon, cuyos movimientos mas secretos é imperceptibles conoce, siendo así que para nada nos necesita, y que nada podemos añadir á su eterna felicidad. Los hombres, al contrario, nunca hacen cuenta de nuestras buenas intenciones, ni aun llegan á creerlas, á menos que les convenza el concurso de todas las apariencias. Los unos necesitan de los otros, y estas necesidades mutuas forman los vínculos de la sociedad. Cada uno busca en los otros señales y demostraciones de aprecio que le sirvan de apoyo á la buena opinion que tiene de sí propio: opinion que el íntimo conocimiento de sus defectos desquicia continuamente, por mas que haga el hombre para distraerse y engañarse á sí mismo. Los unos buscan la sociedad para hallar en ella un consuelo en sus pesares; los otros para satisfacer su curiosidad é instruirse en lo que ignoran; muchos para hacer una vana ostentacion de lo que saben, y todos para hallar aquel pla-

cer y diversion de que estan ansiosos, y que necesitan para su propia satisfaccion. Los hombres no se ven, no se tratan, sino por necesidad. Te he dicho ya que la sociedad es una especie de comercio, en que cada uno debe contribuir con alguna cosa para no ser gravoso a los otros. Considera el cuerpo humano, en que no hay parte alguna que no sea útil y no ejerza sus funciones propias para el bien del todo: esta misma subordinacion, esta harmonia misma debe ecsistir entre las personas que componen una sociedad. Si no quieres ser mirada en ella como un miembro inútil, es preciso que hagas algun esfuerso, y te esmeres en adquirir aquellos conocimientos y talentos de que acabo de hablarte. Como lo quieras firmemente, no desconfies de lograrlo con el tiempo.

Para este fin, habitúate á usar de las mejores voces en tus conversaciones, aun las mas familiares, sin descuidarte nunca sobre este punto. Procura explicarte en pocas palabras. La conversacion con las gentes que hablan bien, y la lectura atenta de los libros mas bien escritos en nuestro idioma, te servirán mucho para esto. Cuando hayas oido hablar de algun suceso digno de atencion, diviértete en referirlo aunque no sea mas que á un criado, y observa entónces si lo relatas fielmente, si incides en repeticiones

viciosas, y si las voces de que te sirves son propias, y nobles las espresiones. Alguna vez podrás hacer estos ensayos en presencia de personas prudentes y capaces de notar tus faltas, á quienes pedirás te hagan el favor de advertirlas.

En órden á la Mitología, la Historia y la Geografía, yo mismo me tomaré el cuidado de guiarte por el camino mas corto y mas plausible, sin exigir de ti mas que lo que conviene á las personas de tu sesso. Las reglas de la civilidad y cortesía te las enseñará la gente de probidad del mundo, que son para esto los mejores maestros. No hay dia en que no se te presente ocasion de aprovecharte de sus lecciones. Observa con cuidado todo lo que pasa en él, y confórmate á los mejores modelos.

Me queda que hablarte todavía de la música, del baile y del arte de tañer algun instrumento. Te he dado maestros para todas estas cosas, y por consiguiente queda en tu mano el adelantar en su estudio y adquisicion. Te he hecho empezar temprano para economizar el tiempo que es precioso.

Los mas antiguos patriarcas fueron los inventores de la música. Asi parece de un pasage del Eclesiástico, en que se lee una hermosa pintura de la virtud de aquellos varones gloriosos. *Con*

su habilidad, dice el autor de aquel libro (1) hallaron tonos musicales y dictaron los cánticos de las Escrituras. Hombres ricos en virtud, solícitos del decoro, pacíficos en sus casas. Todos estos alcanzaron gloria en las edades de su naci6n, y en sus dias son celebrados: su gloria no será abandonada, y el nombre de ellos vive en generacion y generacion. He aquí, hija mia, un bello modelo que puedes imitar. Tu ves que aquellos santos hombres, aunque tan llenos del espíritu de Dios, no miraron la música como indigna de su atencion y de su estudio.

No ignoro que la música de aquellos tiempos era mas varonil y mas casta que la de ahora; y que no se conocian ent6nces aquellos tonos lánguidos y afeminados, que se han inventado despues, y han nacido en algun modo del lujo y de la abundancia. Sé tambien la impresion que hacen en los corazones estos tonos blandos y afectuosos. Uno de los gentiles mas ilustrados de la antigüedad (1), que sin duda conocia perfectamente el poder que ejercen sobre nuestra alma las diversas armonías de la música, decia que todas las mutaciones que suceden en ella, influyen muy sensiblemente en las que sufren las costumbres, las leyes y aun la suerte misma de

1) Cap. XLIV, v. 5, 6, 7, 13 y 14.

1) Platon, en el lib. 4 de la Republica.

los estados. Concluye de aquí, hija mía, que debes abstenerte de toda cancion cuyas palabras ofendan la pureza de las costumbres. Ordinariamente los hombres voluptuosos imaginan para esta especie de canciones los tonos mas melosos y tiernos; y esta relacion del tono con las palabras es muy temible para la virtud.

Acontece en la música lo mismo que en la elocuencia. Muchos se sirven de esta para hacer triunfar el vicio: sin embargo, esto no impide que la empleen otros muy útilmente en defensa de la virtud, y para confusion del error. Si los viciosos se sirven de la música para encender en el corazon el fuego de las pasiones desarregladas, ¿por qué los virtuosos no podrán servirse de ella, ó como de una diversion que nada tiene de malo en sí misma, ó para escitar en su alma aquellos santos afectos que decia San Agustín sentia en su interior, cuando oia cantar los Psalmos? ¿Qué cosa hay en el mundo de que no pueda abusar un corazon corrompido? *Para los limpios, dice San Pablo, todas las cosas son limpias; mas para los impuros é infieles nada hay limpio: antes estan contaminados sus ánimos y su conciencia* (1).

Puedes pues, hija mía, aplicarte al estudio de

1) Carta á Tito, cap. 1, v. 15.

la música y al de tañer algun instrumento. Sirvete de ella para tu recreacion y la de tus amigas; pero no emplees en su ejercicio el tiempo que debes dar á ocupaciones mas importantes. Mírala como una diversion útil, y como un remedio siempre á la mano contra el tedio y contra la ociosidad. Si tienes un verdadero gusto por la música, no desperdiciarás el tiempo en la lectura de novelas, llenas por lo comun de acontecimientos fabulosos, y siempre fundadas sobre principios opuestos á las buenas costumbres.

En órden á la danza; nunca será sobrada tu circunspeccion y modestia. Cuando he dispuesto que aprendieses á bailar, mi principal intencion y á la que debes conformarte, ha sido la de procurarte la robustez del cuerpo, y facilitarte un modo de andar firme, un porte garboso y una gracia sin afectacion en todos los movimientos de tu cuerpo. No pretendo con eso prohibirte que bailes alguna vez; deseo solo que tengas siempre muy presente, que no conviene á una jóven cristiana el bailar en reuniones en que reine la menor licencia. Un autor gentil, Salustio, hablando de una dama romana, dice que bailaba con mas gracia, exactitud y finura, de lo que conviene á una muger de estimacion. De aquí puedes conocer, hija mia, como aun los paganos gustaban de la honestidad y de la mo-

destia en las mugeres, hasta en aquellas ocasiones que parecian dispensarlas de las leyes de una exacta decencia. Y siendo esto así, ¿los cristianos que sobre este punto no tienen la misma delicadeza, serán dignos del nombre que los distingue?

Hija mia, en todas tus acciones ten siempre la mira de agradar á Dios. No te aventures á cosa alguna que pueda esponerte á quebrantar su ley.

No imites á aquellos hijos rebeldes, de quienes dice el Señor por boca de Isaías: *¡Ay de los hijos que desiertan para formar designios, y no de mí: y urdir una tela y no por mi espíritu; para añadir pecado sobre pecado!* (1) Aleja de tu imaginacion todo lo que pueda prestar ocasion á tu espíritu de tropezar en el error, y á tu corazon de sentir los afectos desordenados. Solídate sobre buenos principios, y no los pierdas jamás de vista. Sean ellos continuamente la regla de tu conducta; pero regla que nunca dejes torcer por los seductores artificios de tus pasiones. Acostúmbrate á la privacion de aquellos placeres á que te sientas inclinada con sobrado ardor. Ama el retiro como un puerto seguro, en que se halla el alma al abrigo de las tormentas y peligros á que estamos continuamente espuestos en este mundo.

1. Profecía de Isías, cap. XXX, v. 1.

CAPITULO XXVII.



DE LA RECREACION.

EL espíritu no puede estar siempre fuertemente ocupado: es preciso concederle algun descanso; porque sin este, se enerva y entorpece, sobreviene el tedio, el fuego de la imaginacion se debilita, y peligra la salud. Tu, hija mia, procura sacar algun provecho hasta del tiempo mismo que destines á la recreacion. Te he dicho en el principio de esta obra, que la música, el baile y los instrumentos, cuyo estudio mirabas como penoso, y te ha costado tanto trabajo, podrian despues servirte de diversion. Empieza desde ahora á formarte un placer de su ejercicio, y emplea en esto el tiempo concedido al descanso del espíritu. No te digo esto, para que lo mires como una ley inviolable. No es mi ánimo impedirte que emplees aquellos ratos en otras diversiones. Solo deseo que busques y prefieras aquellas que puedan traerte alguna utilidad. Dejo á tu alvedrío la eleccion; pero te exhorto á que en todas tus diversiones hagas que reine la modestia y la inocencia.

Parece este un lugar á propósito para hablarte de los espectáculos. Tal vez seria mejor no hablarte absolutamente sobre este punto; porque cuanto menos conocemos el mal, tanto menos culpables somos cayendo en él. ¿Tendrás valor, hija mia, para resistir al torrente, á las impresiones del ejemplo? ¿Pero podria yo verte correr al precipicio, sin advertirte á lo menos el peligro que te amenaza? ¿Quién está mas obligado que yo á desengañarte, y á quitar de tus ojos la venda que te impide ver la ponzoña que el mundo te presenta como una copa de oro, y bajo el aspecto de un licor agradable? ¡Ojalá, hija mia, que no corrieses riesgo alguno en seguir un uso generalmente establecido! No es mi ánimo sembrar espinas en el camino que quiero que sigas, ni pintarte la virtud con un semblante esquivo, ceñudo y fastidioso. No pretendo privarte de todos los placeres; antes bien dejo á tu arbitrio todos los que puedas gozar sin peligro de tu inocencia. No creas tampoco que sea un espíritu de severidad escesiva, lo que me obliga á decirte que te abstengas de ciertos espectáculos, en los que no se observan las reglas de la honestidad y de la decencia cristiana.

En efecto, la virtud no puede dejar de peligrar en tales parages. Allí reina el mundo con todas sus pompas, con todas sus vanidades,

con todas sus falsas máximas. Allí jamas parecen los vicios tan feos y abominables como realmente son : al contrario ; despojados de todo lo que tienen de grosero , pintados con arte , auxiliados con los embelesos del canto ó de la declaracion , favorecidos con los aplausos del público , con la ternura de las espresiones y ademanes , con la delicadeza de los pensamientos , y con la ingeniosa conducta de ciertas intrigas que derraman en el corazon un veneno agradable , aunque mortal , autorizados por fin en algun modo por el número y la distincion de los espectadores , los vicios son capaces de sorprender allí los sufragios aun de los mas celosos partidarios de la virtud. Allí triunfan siempre las pasiones. Allí todo las lisongea , todo les da pábulo , todo las enciende , las aviva y las eccalta. Allí se ostenta el lujo con todo su brillo. Allí , por último , está Dios enteramente olvidado. ¿ Cómo seria posible , hija mia , que en tales lugares no padeciesen un funesto naufragio la sencillez de las costumbres , la rectitud del corazon , el recato , la modestia y todos los buenos sentimientos que con tanto desvelo he procurado inspirarte ?

Te dirán algunos que yo te pinto el peligro mayor de lo que es. Pretenderán con argumentos fundados en la política y respetos humanos ,

superar en tí las verdades de la religion. Quizás tendrán tambien la osadía de proponerte con bellas palabras la alianza monstruosa de los preceptos de Jesucristo con las máximas mas perniciosas del mundo. Hija mia, todas estas proposiciones deben ser sospechosas. Ellas son otros tantos lazos que el demonio tiende á las almas temerosas de Dios. Estas redes son tanto mas temibles, cuanto son mas sutiles y delicadas. Conserva tu virtud en toda su pureza; y aun cuando te vieses con fuerzas para sostenerte entre estos peligros, atiende á no esponer la flaqueza de aquellos á quienes tal vez tu ejemplo podrá arrastrar y ser causa de su ruina. La virtud mas firme solo se conserva por medio de muchísimo cuidado, de una desconfianza continua de nosotros mismos, del favor que nos presta el retiro, y del trato con personas virtuosas: todos los hombres convienen en esta verdad, á menos que no tengan idea alguna de la virtud ó no la hayan practicado jamas, ó no quieran seguir otra guia que la de sus propias pasiones.

Pero ¿cómo es posible vivir en el mundo, dirá tal vez alguno, sin asistir á los espectáculos? Advierte, hija mia, que yo no repruebo sino los que ofenden las buenas costumbres; y solo á estos te digo que reuses asistir por mas que te diga

el mundo y por mas instancias que te haga. Si hay algunos en que solo se disfrutan placeres inocentes, no intento prohibírtelos. Quiero que procures de tiempo en tiempo divertirte y alegrarte, buscando alguna honesta distraccion. No gustaria que vivieses en un continuo retiro, porque este género de vida podria tener tambien sus inconvenientes. Puedes reir, bailar, cantar, tañer instrumentos, hallarte en tertulias decentes y divertidas, y aun asistir á los espectáculos serios ó cómicos, mientras estes segura de que no hay en ellos cosa alguna que se oponga á la mas exacta decencia. Teniendo á manos tantos medios de diversion inocente, ¿por qué solo se han de desear con ardor aquellos en que la virtud se ve oprimida por la licencia, y espuesta á todo lo que tiene de mas peligroso el vicio?

En todo el curso de tu vida experimentarás mas ó menos dificultades en la práctica de la virtud, segun que las personas con quienes trates sean mas ó menos virtuosas. *El que anda con sabios, dice Salomon, sabio será: el amigo de los necios tal se hará como ellos (1).* Tu serás santo con el santo, dice el rey David, y con el varon inocente serás inocente. Con el escogido, escogido serás, y con el torcido te torcerás (2). Por esta

1) Libro de los Proverbios, cap., XIII, v. 20.

2) Salmo XVII, v. 26 y 27.

razon voy á hablarte ahora de la atencion y cuidado con que has de buscar la compañía de las mugeres virtuosas, y alejarte de las que viven olvidadas del temor de Dios. Espondré á tus ojos la pintura de unas y otras, sacada de la Escritura Santa, á fin de que á su vista se incline tu corazon á las virtuosas y se aparte con horror de las que no siguen los caminos de Dios.



CAPITULO XXVIII.



DE LA COMPAÑIA DE LAS MUGERES VIRTUOSAS
DE LAS QUE NO LO SON.

Hija mia, frecuenta cuanto puedas la compañía de las mugeres virtuosas. Su ejemplo te servirá de un gran socorro para que no te arrastre el tropel por aquel camino ancho y espacioso que conduce á la perdicion. Si amas á Dios, si deseas sinceramente guardar su ley, si estás verdaderamente penetrada de su grandeza y de su poder, no te costará trabajo el seguir mi consejo. Para empeñarte mas eficazmente á seguirle, he creído que debia servirme de los grandes elogios que hace el Señor de las mugeres que viven en su temor santo, y de las maldiciones que pronuncia contra aquellos que tienen la desgracia de vivir desordenadamente. Vas á oír como habla Dios de unas y otras.

La muger buena es la parte buena, la parte de los que temen á Dios, que se dará al varon por sus buenas obras. Ya sea rico, ya pobre, estará de buen corazon: el rostro de ellos estará alegre en todo tiempo. La gracia de la muger diligente deleitará á su marido, y engrasará los huesos de él. La buena crianza de ella es don de Dios. Mu-

ser cuerda y callada; no tiene trueque esta alma sabia: no hay precio alguno con que pueda pagarse. Gracia sobre gracia la muger santa y punzonosa: pues no hay peso que se compare con una alma continente. Lo que el sol al nacer en las alturas de Dios es para el mundo, es la gentileza de la muger buena para el adorno de su casa. Cimientos eternos sobre piedra sólida son los mandamientos de Dios en el corazon de la muger santa (1). Quien buena muger halla, halla un bien, y recibirá contentamiento del Señor (2). ¿Muger fuerte quién la hallará? Lejos, y de los últimos confines de la tierra su precio. Confía en ella el corazon de su esposo, y de despojos no tendrá necesidad:: Buscó lana y lino, y lo trabajó con la industria de sus manos::; y se levantó de noche:: Abrió su mano al desvalido, y estendió sus palmas al pobre:: Fortaleza y decoro el vestido de ella y estará risueña en el día último (3).

¿Cuáles han de ser, hija mia, tus reflexiones sobre lo que acabas de leer? Paréceme que hay cuatro que merecen tu atencion. La primera es, que esto son otras tantas lecciones que Dios te da en sus Libros Santos, para enseñarte que si quieres ser agradable á sus ojos, debes ser solícita,

1) Libro del Eclesiástico, cap. xxvi, v. 3, 4, 16 y sig.

2) Libro de los Proverbios, cap. xviii, v. 22.

3) En el mismo libro, cap. xxi, v. 10 y sig.

cuidadosa, amiga del silencio, llena de pudor, casta, modesta y atenta águardar sus mandamientos; que debes dedicarte al trabajo de manos; levantarte temprano, aliviar á los pobres, y hermanar la fuerza con la belleza, es decir, distinguerte de aquellas mugeres débiles que se esmeran mas en agradar á los hombres con sus gracias corporales que á Dios con su virtud. La segunda refleccion es, que una muger virtuosa, una muger buena, una muger fuerte es una cosa difícil de encontrarse, y que por consiguiente debes caminar con una extrema circunspeccion en el mundo, donde el vicio se disfraza frecuentemente con el exterior de la virtud. La tercera refleccion que debes hacer, es, que presentándose Dios la virtud de las mugeres acompañada de tan grandes ventajas, y rodeada de tanta gloria y honor, ha querido convidarte á practicarla, y á mirarla como un bien mucho mas apreciable que todo lo que el mundo puede prometterte de mas grato y lisongero. La cuarta refleccion en fin, es que debes mirar como un placer, como un honor y como una obligacion el frecuentar el trato de las mugeres virtuosas, de aquellas mugeres que son el ornamento de su casa, y una fuente de vida para sus maridos. Las piadosas conversaciones que tendrás con ellas, te fortificarán contra las falsas razones y pala-

bras seductoras de los hijos del siglo, de los hijos de la incredulidad, de los hombres sin esperanza, que no miran á los bienes eternos é infinitos, ó que segun la espresion del apóstol San Pablo, *dicen que conocen á Dios, mas le niegan con los hechos; siendo abominables y rebeldes, y reprobados para toda obra buena* (1).

Cuando en la Santa Escritura se habla de las mugeres que viven olvidadas de Dios, es con voces y espresiones capaces de aterrar el alma de los pecadores mas endurecidos. Atiende como habla Salomon de la muger que se ha abandonado á sus malos deseos. *La casa de ella, dice, inclina á la muerte, y sus sendas á los infiernos* (2). *Son panal que destila miel los labios de la ramera, y mas lustrosa que el aceite su garganta: mas los deijos de ella son amargos como el ajenjo y agudos como espada de dos filos. Sus pies descienden á la muerte:: vagos son sus pasos é investigables* (3).

Pon, hija mia, el mayor cuidado en no trabar amistad con mugeres de este carácter. La menor accion inmodesta debe horrorizarte. No solamente has de huir la compañía de tales mugeres, sino tambien la de aquellas que adviertas no tienen por sus maridos todo el afecto y res-

1) Carta á Tito, cap. 1, v. 16.

2) Libro de los Proverbios, cap. 11, v. 18.

3) En el mismo libro, cap. v, v. 3 y sig

peto que le deben. Aleja de tu vista todo lo que pueda habituarte al mal. El ejemplo forma insensiblemente el hábito, y es una especie de demostracion para los sentidos, los que inclinándose á lo que se les presenta, arrastran al espíritu sin que lo advierta. En vano se procurará convencerle de las verdades fundamentales de la religion, si el hábito de aplicarse solamente á lo que lisonjea los sentidos, le impida que tenga presentes en la ocasion estas verdades. Es preciso procurar en cuanto sea posible, que todo lo que se ofrece á nuestros sentidos, apoye y fortifique la conviccion de nuestro espíritu. Esta es la ventaja que lograrás con el trato y compañía de las mugeres virtuosas.

Huye, hija mia, de aquellas mugeres mundanas, que muy lejos de ser un manantial de gozo y alegría para sus maridos, los abandonan y se abandonan á sí mismas á las pasiones mas detestables. ¿Quieres saber con que ojos miraban la infidelidad de una muger casada los dos pueblos mas famosos de la antigüedad, aunque preocupados con los errores del paganismo? Consulta á Plutarco. Este autor, despues de haber dicho que Licurgo desterró de la ciudad de Esparta todos los joyeros y otros tenderos de galas y afeites mugeriles, añade : « Era tan grande en aquel tiempo la honestidad y pudicicia de

las mugeres, que se reputaba el adulterio por un crimen imposible; por cuyo motivo Licurgo no habia hecho ley alguna contra este delito (1).» En el mismo parage dice tambien Plutarco, que habiendo un extranjero preguntado á un anciano Esparciata, llamado Geradatas, que castigo se imponia á los adúlteros en Esparta, le respondió: «Entre nosotros no hay adulterios. ¿Pero si los hubiese? replicó el otro: y el anciano le dió siempre la misma respuesta, añadiendo: «Como puede haber adulterios en Esparta, puesto que las riquezas, las delicias, los afeytes, las galas, y todos los adornos y atavios exteriores se miran con desprecio y deshonor?»

Las leyes romanas permitieron por algun tiempo á los maridos el matar á su muger sorprendida en adulterio (2): y este delito es aun castigado con la muerte en Alemania. Con todo, este crimen tan detestado de Dios, y opuesto á las leyes de todas las naciones, se comete con un atrevimiento incomprensible.

Parece que no sea ya un pecado vergonzoso y que no merezca la pena de ocultarlo á la vista de los hombres. El desórden ha subido al mayor punto, y lo digo con harto dolor, parece que

1) En sus *Morales*, pág. 220.

2) *Augustinus*, lib. x, cap. 23.

las mugeres quieren aventajar á los hombres en el libertinage. La inmodestia se deja ver en casi todas sus acciones. El recato, la vergüenza, la moderacion, estan desterrados de sus personas, de sus casas, de sus festines, de sus conversaciones y tertulias (1).

Cualquiera que sea tu destino, acuérdate siempre, hija mia, de evitar la compañía de las mugeres poco temerosas de Dios. Es esencial la obligacion de hacerlo así; sin que pueda autorizarte á faltar á ella motivo alguno de interés, ó de política, ó de respeto humano. Si te unes en amistad con tales mugeres, tu ruina será inevitable. No tardarás á seguir sus opiniones, y á entrar en el mismo camino de perdicion que ellas siguen; y cuando quieras apartarte de él, ¿crees por ventura que podrás lograrlo fácilmente? Tendrás que sostener en este caso muchos y fuertes combates; y aun con eso te será muy dificultoso el borrar enteramente la impresion que habran hecho en tu corazon las máximas corrompidas de semejantes mugeres.

Enagenadas y como embriagadas con su felicidad presente, temen ver á las claras los precipicios que las rodean. Ellas son como aquellos

1) Sea lo que fuere del pais donde escribió el autor, lo cierto es que en España, por la misericordia del Señor, no está tan generalizado este desorden.

impíos, que segun la espresion de Isaías, dicen á los que ven: No veais; y á los que miran: No mireis para nosotros las cosas que son rectas: habladnos cosas que nos gusten, ved para nosotros cosas falsas: apartad de mi el camino, desviad de mi la senda, que vosotros como profetas y ministros de la verdad enseñais á seguir: cese de nuestra presencia el Santo de Israel: no se nos haga presente su justicia, cuyo temor puede aguar nuestras delicias (1). Tal es tambien el language de las mugeres entregadas al vicio. Es preciso que atropellando las máximas mas sagradas de la Religion, se esfuerzen á apartar sus ojos de aquel Dios que hará llover un dia torrentes de males sobre sus cabezas. Porque ¿como podrian disfrutar tranquilamente de sus placeres, si tuviesen presente á aquel Dios vengador, fuerte y celoso, de quien dice, Isaías (2), que no dará su gloria á otro, ni á los ídolos las alabanzas y homenages que le son debidos?

En vano se lisonjean de hallar una completa satisfaccion en su vida sensual. Su pretendida felicidad estriba precisamente en las gracias del cuerpo, en la salud, y en el capricho de los

1) Profecía de Isaías, cap. XXX, v. 10 y 11, anotados por el P. Scio.

2) Cap. XLII, v. 3.

hombres: ¿y qué hay menos estable que estas cosas?

No hay proporcion alguna entre los placeres que disfrutan y los tormentos que padecen por los remordimientos de su conciencia, por sus inquietudes sobre lo venidero, y por el desprecio que les atraca su mala conducta.

Estas mugeres no solo te incitarán con su ejemplo á llevar como ellas una vida licenciosa; si que tambien emplearán todas las gracias; toda la suavidad y dulzura de sus palabras para disuadirti de que te entregues al ejercicio de la virtud. Apenas te permitirán proferir su nombre. Te dirán que el pudor es una falsa vergüenza; la castidad, simpleza; la frugalidad, ignorancia de los verdaderos gustos; el amor al retiro, insípida indolencia; la compasion, pequeñez de espíritu; la devocion, odio ridiculo de sí mismo. Vamos, te dirán, gocemos del tiempo presente: pasemos la primavera de nuestra vida entre los placeres: los años de la juventud no vuelven: no nos privemos de satisfaccion alguna; suspendamos para otra ocasion el cuidado de nuestras almas. Tiempo habrá para pensar en esto, cuando nuestros hechizos y el amor que inspiran hayan pasado. Entónces el retiro será nuestro recurso.

Hija mia, para responder á tales razonamien-

los, que por desgracia son sobradamente comunes en el mundo, haz dos reflexiones. La primera es, que las que hablan así, son criaturas débiles; mortales como tu, sujetas al error, y que tienen el intento de apartarte del camino recto que te ha mandado seguir el Señor, que es inmortal, que es la verdad misma, y en cuya mano está la fortaleza y el único poder independiente. Puesta entre los malos consejos de las criaturas, y los preceptos del Criador, ¿le dirás á este como aquellos impíos de que habla Job: *apártate de nosotros, que no queremos la ciencia de tus caminos* (1)? La segunda reflexion es que nada hay mas incierto que nuestra vida. Esta incertidumbre es suficiente para reconocer toda la extravagancia de los razonamientos que acabas de leer. Ni la juventud, ni las gracias, ni los juegos, ni los placeres impiden que la muerte corte sin piedad el hilo de nuestra vida.

Tu te diste y consagraste á Dios en el bautismo; y por consiguiente eres suya, y no puedes ya darte al mundo: todo lo que mas puedes es prestarte á las diversas necesidades de la vida; pero siempre estando unida á Dios. Dios hizo tu corazon, y tu corazon, hija mia, no lo dudes, estará siempre inquieto y agitado hasta que des-

1) Libro de Job, cap. XXI, v. 14.

canse en Dios. Cuando te hallares en el mundo, piensa en el Señor, así como te sucede muchas veces, que estando con el Señor piensas en el mundo. No te será esto muy difícil, si amas al Criador como se suelen amar las criaturas.

No te dejes pues sorprender por las seductoras palabras de las mugeres enemigas de la virtud. La perversidad de algunas llegará á tanto, que procurarán persuadirte que la Religion es una fantasma, una invencion humana para tener sujetos y dependientes á los espíritus débiles y crédulos; y aun la atacarán á tus ojos en sus verdades mas esenciales. Siempre dispuestas á ecsagerar el mérito que puedas tener, estas mugeres no faltarán á insinuarte que los que cuidan de tí y velan sobre tu conducta, son unas gentes inquietas, inútiles, molestas y fastidiosas, que quieren privarte de los placeres de que ellos ya no pueden gozar. Este es el lenguaje de las pasiones, hija mia. ¿Le prestarías el oído, mas bien que al de la razon? Esta nos enseña que hay un Dios: todas las criaturas sensibles son otras tantas voces poderosas y elocuentes que nos anuncian la ecsistencia del Criador. Él mismo se ha hecho sensible á los hombres: les ha hablado; les ha hecho conocer su voluntad, y les ha dado su ley. Desde el principio del mundo, los mayores personajes, los hombres

mas sabios é ilustrados han adorado á este Dios, han respetado sus mandamientos, y los han observado con temor y con temblor. ¿Darás tu fe á aquellas mugeres, quando te digan que todo esto es una vana ilusion?

Encontrarás igualmente hombres infectados con los mismos principios de error y de irreligion, pretendidos espíritus fuertes, que solo caminan guiados por la engañosa luz de sus pasiones, que no tienen respeto alguno á las verdades santas, que desprecian todo lo que no entienden, que en materia de costumbres y de religion se erigen en jueces soberanos, que no creen haya alguno mas sabio que ellos, y que muy lejos de gemir sobre su error y estravío, emplean todo su conato en inducir á error y estraviar á los otros. Quando te sucediere oir á tales hombres, tapa fuertemente tus oidos, cércalos con un muro de abrojos y espinas, para que no puedan entrar en ellos sus venenosas palabras; manifiesta con el aire de tu semblante que sus discursos te horrorizan, y sobre todo alejate prontamente de su presencia; porque de tales ataques mas bien saldrás victoriosa huyendo que combatiendo. *Si te alagaren los pecadores*, dice Salomon, *no condesciendas con ellos* (1).

1 Libro de los Proverbios, cap. 1, v. 10.

Evita el encontrarte en compañía de gentes que no conozcas. Vive en una desconfianza continua de tí misma, y de todos aquellos que podrían emprender alguna cosa contra la pureza de tus costumbres y de tus opiniones. No te detengas jamas bajo pretesto alguno en los lugares en que pueda peligrar tu alma. Imita la conducta del piadoso rey David, que decia de sí mismo: *Aborrezco la sociedad de los malignos, y con los impíos no me sentaré* (1). Sigue á la letra esta regla de no sentarte en compañía de personas que puedan inspirarte máximas contrarias á las que Dios te manda seguir. Una muger que no teme á Dios, es capaz de pervertir á una ciudad entera, así como una porcion de levadura agria toda la masa.

En todas tus inclinaciones y amistades ten á Dios siempre presente. Acuérdate tambien de que á cada momento puede arrebatarte la muerte aquellas personas á quienes ames con mas ternura. Si tus amigas no tienen por ti todo el afecto que tu quisieras, no te has de afligir por eso, si es verdadera tu amistad para con ellas; porque así como nadie debe ser tu fin, tampoco debes serlo tu de nadie. A cada momento puedes tu misma perecer; y entónces seria tanto

1) Salmo xxv, v. 5.

mas amargo para ellas el dolor de perderte, cuanto habria sido mas vivo y tierno su afecto para contigo.

Como nada te asegurará y preservará mas contra los ataques de los mundanos, que la modestia, voy á hablarte de ella seguidamente. La modestia es como el estandarte y la señal de la virtud.



CAPITULO XXXI.

DE LA MODESTIA.

La modestia ha de reinar en tu corazon, en tus palabras, en tu vestido, en tu rostro y en toda tu conducta. Seria inútil que se dejase ver en tu exterior, si no residiese como reina en tu corazon. El temor de Dios ha de ser el trono en que se apoye: la inclinacion á la virtud, y la aversion del vicio han de ser sus fieles compañeras.

La modestia ha sido venerada por casi todas las naciones del mundo, aun por aquellas que no tenian conocimiento alguno del verdadero Dios. Ella es tal vez la virtud á quien mas ha perdonado en apariencia la corrupcion general de las costumbres; siendo así que entre los pueblos sepultados en las tinieblas del paganismo, no se conocia mas que la sombra de la verdadera modestia. En nuestro siglo casi no existe ya sino en los páramos y en las cabañas rústicas. Allí es donde el lujo y la disolucion la han obligado á retirarse. Sin embargo, existen todavia algunas almas generosas y bastante firmes para

sostenerse contra el torrente, almas virtuosas á quienes el ejemplo de la multitud no ha podido pervertir. Hija mia, escógelas por modelo, y sígue con exactitud sus huellas. Una virtud tan amable como la modestia, merece justamente que se empleen todos los medios para conservarla; porque raras veces la recobra el que ha tenido la desgracia de perderla. La prudencia exige que no nos arriesguemos á caminar sin escolta en un pais enemigo, ni aun en aquellos lugares en que parece que nada hay que temer. La misma prudencia exige que la virtud de una muger vaya en alguna manera escoltada por la modestia, en toda edad y en todos lugares.

La modestia ha de lucir tambien en tus palabras. Estas son intérpretes de los sentimientos del corazon. La modestia no es como las demas virtudes, que es preciso á veces ocultar á los ojos de los hombres; al contrario seria una especie de delito el ocultarla. Ella puede muy bien gustar del retiro y de la soledad: pero cuando se manifiesta en público, no debe cubrirla velo alguno. El apóstol S. Pablo, en su carta á los Efesios, te enseña, que debes desterrar de tus conversaciones toda palabra inmodesta que pueda ofender la pureza. *Toda impureza:::, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene á Santos: ni palabras torpes, ni necias, ni chanzas que son*

impertinentes, sino antes acciones de gracias, por los beneficios que incesantemente estamos recibiendo de la liberalidad divina. Ninguno os engañe con palabras vanas; pues por esto viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad, contumaces y rebeldes á la verdad y á la ley divina (1). En otro parage dice tambien el mismo Apóstol: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (2).

Nada debe haber tampoco en tu modo de vestir que se oponga á la modestia. Las mugeres, dice Tertuliano, no necesitan para agradar, del brillo y de la magnificencia de sus vestidos y atavíos. Sus gracias y atractivos no eran menos poderosos antes que se hubiese abierto el seno de la tierra para estraer de ella el oro; antes que se hubiese hallado el arte de emplearle en la tela; antes que se usasen las pedrerías, antes que ciertos pueblos hubiesen imaginado el medio de manufacturar la seda y otros el de teñirla, y otras cosas semejantes, cuyo mérito consiste en su rareza y en la distancia de los paises de que provienen.

Es verdad que puede haber magnificencia sin inmodestia; pero es muy raro hermanar la mo-

1) Cap. v, v. 3, 4 y 6, anotados por el P. Scio.

2) Carta primera á los Corintios, cap. xv, v. 33.

destia con el lujo en el vestir. Por eso el Señor te escorta por boca de San Pablo á no buscar tu gloria en la riqueza de los vestidos. *Oren las mugeres*, dice el Apóstol, *en trage honesto, ataviándose con modestia y sobriedad, y no con cabellos encrespados, ó con oro, ó perlas ó vestidos costosos* (1). Observando lo que el Señor te prescribe por sus Escritores sagrados, en cuya boca nada ha puesto que no sea para nuestra instruccion, no solamente serás agradable á sus divinos ojos, si que tambien aun los hombres mas desareglados no podrán dejar de elogiar tu conducta: y si alguno esteriormente la vitupera, no creas que interiormente la desapruebe.

La mayor parte de las mugeres son como los niños, que se enamoran de todo lo que ven. No seas tu, hija mia, una de ellas. Haz que se vea en tus vestidos un buen gusto y una noble sencillez; pero no des jamas en la idea de querer distinguirte por su novedad ó por su magnificencia. La reputacion de una sabia conducta, un carácter juicioso, un humor placentero, y una noble atencion á todo lo que pueda complacer á los otros, te conciliará mas honor, y una distincion mucho mas gloriosa en el mundo, que la mayor riqueza de tu trage. En orden á este, has de aten-

1. Carta primera á Timoteo, cap. II, v. 9.

der tambien á lo que convenga á tu edad, á tu nacimiento, y á tus facultades. En cuanto á las modas, no hay inconveniente que te conformes al uso, mientras no sea contrario á la modestia. Estas frecuentes mutaciones en la forma de los vestidos, manifiestan demasiado la ligereza de nuestra nacion (*); pero seria tal vez poca prudencia el emprender oponerse á una cosa que en sí misma es indiferente, suponiendo que no sea directamente opuesta á la virtud. Antes de seguir una nueva moda, espera que la haya abrazado el mayor número.

La modestia debe resplandecer tambien en tu rostro. Asi como la aurora nos advierte que el sol no está muy lejos, así la modestia del rostro es la señal menos equívoca de la pureza del corazon. La modestia ha de ser simple y natural; porque si es estudiada, es una verdadera desvergüenza. El Señor nos enseña por el Eclesiástico que la modestia y vergüenza de una muger sensata y buena, es mas preciosa que el oro; y que la gracia precede siempre al rostro modesto de un jó-

2) Si el vestir influye algo en el carácter y en las costumbres de las naciones, lo que dice el autor de la suya ¿no podria ahora decirse tambien de la nuestra, distinguida antes por su entereza y laudable gravedad? La rapidísima sucesion de las modas entre nosotros, casi no da lugar á que pueda fijarse, ni su número, ni la época de cada una.

ven que se grangea por su rubor la estimacion y agrado de todos (1). Esta gracia de la modestia resplandece mucho mas en las mugeres, porque se halla acompañada en ellas de la dulzura y de ciertos atractivos que no se hallan en los hombres. Lo que principalmente has de procurar, hija mia, es que nada tengan de inmodesto tus miradas. Si es de una gran consecuencia el refrenar la lengua, no lo es menos el contener los ojos dentro los límites de la modestia; porque por ellos *la concupiscencia se enciende como fuego* (2). *Si tu ojo derecho, dice Jesucristo, te sirve de escándalo, sácale y échale de ti; porque te conviene perder uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno* (3). El Señor no podia esplicar de un modo mas enérgico la importancia de no fijar la vista sobre toda suerte de objetos, que diciéndonos que si nuestro ojo derecho nos es una ocasion de ruina ó de pecado, debemos arrancarlo y echarle de nosotros. Esto te enseña que has de desprenderte de cualquier objeto que pueda inducirte á la culpa, y arrojarlo lejos de ti, aunque le amaras tanto como á tu ojo derecho.

1) Cap. VII, v. 21, y cap. XXXII, v. 14.

2) En el mismo libro, cap. IX, v. 9.

3) En el Evangelio de San Mateo, cap. V, v. 29.

Nada es mas opuesto á la modestia que debe parecer en el rostro, que el añadir á sus colores naturales, los postizos que emplean las mugeres de un modo que choca á la vista, y que muy lejos de realzar sus gracias las deslucen, y acarreen en la flor de su edad las arrugas de la vejez: asi es que tales mugeres hallan su castigo en lo mismo con que ofenden al Señor. Tertuliano, hablando de estas mugeres, dice: La imágen de Dios les desagrada, y ellas tienen la temeridad de emprender hacerlo mejor que el Artífice de todo el universo (1). Tu, hija mia, respeta las obras de Dios en todas las cosas. Conserva tus gracias naturales por medios inocentes, con un buen régimen de vida, evitando las vigiliass y los escesos. Sean tus gracias simples y naturales, y nada le pidas prestado al arte. Emplea asimismo el menor tiempo que puedas en ataviarte.

Tertuliano dice tambien que las mugeres no han de procurar agradar por su belleza; y que este deseo jamas proviene de una conciencia pura. Proponte para ejemplo de tu conducta la de Rebeca sobre este punto. La Escritura Santa nos refiere (2) que estando ya otorgada por esposa de Isaac, emprendió su viage desde Mes-

1) En el libro de los Adornos de las mugeres.

2) En el libro del Génesis, cap. xxiv, v. 60 y sig.

potamia para ir á la tierra de Canaan, en casa de Abraham su suegro, y al llegar cerca de ella, viendo venir de lejos á Isaac, preguntó quien era aquel hombre, y habiéndole respondido su conductor, que era el esposo que el Señor la habia destinado, se cubrió inmediatamente el rostro con su manto. En la misma Santa Escritura (1), se advierte que Rebeca era una jóven sumamente agraciada, y una vírgen hermosísima, con todo ella oculta bajo el velo todos sus hechizos, así que percibe á su esposo Isaac. ¡Que bella leccion para las mugeres! Ella les enseña que han de procurar hacerse agradables á sus maridos mas bien por la modestia y el recato, que por su hermosura y demas gracias corporales. La hermosura, como ya te lo he dicho otra vez, es semejante á una flor que se marchita de la noche á la mañana; pero la virtud es duradera y nos acompaña hasta mas allá del sepulcro.

Por último, hija mia, la modestia se ha de manifestar en toda tu conducta, en tus modales, en tu porte; cuando estes sola, y cuando te halles en compañía; en tus ocupaciones serias, y en tus diversiones; en todo tiempo, en todo lugar y en toda edad.

Como es mi intencion que halles en esta obri-

1) En el citado libro y cap., v. 16.

ta los consejos necesarios para toda la conducta de tu vida, voy á darte algunas instrucciones para las diversas circunstancias y estados en que puedes hallarte.



CAPITULO XXX.



DE LAS CONVERSACIONES A SOLAS Y DEL CUCHICHEO.

El apóstol San Pablo sentia dentro de sí dos leyes reciprocamente muy opuestas; la ley del cuerpo y la ley del espíritu. Nuestra vida es una continua sucesion de combates entre estas dos leyes. Cuanto el espíritu es mas escelente que el cuerpo, tanto la ley del cuerpo deberia estar sujeta á la ley del espíritu. Esta justa subordinacion se hallaba en Adan cuando salió de las manos del criador. Pecó Adan; y desde aquel momento perdió el imperio que su espíritu habia tenido sobre su cuerpo, y dejó de ser pacífico observador de sí mismo. Nosotros como hijos suyos, somos partícipes del mismo pecado, y por consiguiente llevamos la misma pena.

Esta ley del cuerpo, hija mia, es la que trastorna aquellos propósitos que formas con frecuencia de ser apacible, dócil, sobria y cesacta en el cumplimiento de tus obligaciones. Ella es la que te impide á veces hacer aquello cuya importancia y necesidad tu misma conoces, y que quisieras despues haber hecho. Puedes inferir de aquí, que desde

nuestra infancia estamos obligados á combatir contra esta ley; por lo que es menester que te acostumbres temprano á sostenerte contra sus ataques y no sujetarte á su yugo. Cada momento acrecienta sus fuerzas; y cuanto mas fuerte y vigoroso es el cuerpo, tanto mas temible es esta ley. Vive siempre alerta contra sus empresas y pelea con ella, disputándole hasta las menores ventajas. Sin esta precaucion, te seria muy difícil, por no decir imposible, el conservar la castidad; esta virtud preciosa que hace vivir al hombre sobre la tierra con tanta pureza como viven los ángeles en el cielo; esta virtud que colmó de gloria al patriarca José, y mereció á la virgen María que fuese elegida entre todas las mugeres para ser Madre del Hijo de Dios; esta virtud á la cual naciones enteras, aunque gentiles, han consagrado templos y erigido estátuas; y á quien los Romanos tenian en tan singular veneracion, que no creyeron deber confiar la custodia del Fuego sagrado, sino á doncellas de una castidad reconocida, á quienes aun los cónsules cedian el paso, y las que gozaban el alto privilegio de librar á los delincuentes, siempre que sucedia encontrarse con ellos en el camino; esta virtud en fin tan apreciable aun para aquellos que menos la practican, que se ven todavía medallas en que emperatrices romanas po-

co castas, se hicieron figurar con el nombre de la diosa Vesta, á fin de ocultar á la posteridad el desprecio que habian hecho de esta virtud con su conducta desarreglada.

Si tu, hija mia, no resistes con todas tus fuerzas á esta ley del cuerpo, los deleites sensuales llegarán á ser tu ídolo, ó por mejor decir, un tirano, bajo cuya dominacion gemirás, sin poder casi salir de ella. Mira pues á esta ley como un enemigo con quien jamas has de hacer treguas. Por mas que parezca concederte algun reposo, vive siempre alerta, y guárdate de las acechanzas de este enemigo. Cierra con cuidado todas las avenidas por donde pueda entrar en tu corazon, y dominarle. Él es temible por sí solo; pero lo es aun mas cuando se ve auxiliado; y como nada le es mas favorable que las conversaciones á solas, por eso paso á instruirte de las poderosas razones que han de empeñarte á evitarlas, igualmente que los secretos al oido de que tambien te hablaré despues. Estos son dos escollos en que peligran dar al través aun los mas cautos y prudentes.

Entiendo por conversacion á solas, toda conversacion secreta y sin testigos, de una jóven, sea doncella ó casada, con un hombre sea jóven ó viejo, cuando no es esta conversacion indispensablemente necesaria; y estas son las que yo re-

pruebo, y tu, hija mia, has de procurar evitar como muy perjudiciales á la virtud. En efecto, de tales conversaciones, como lo advierte el autor del Eclesiástico, así á los hombres como á las mugeres, procede comunmente la corrupcion y la ruina de las almas (1).

Si te sucediere hallarte sola en ocasion que venga á verte algun hombre cuyas circunstancias cesijan imperiosamente que no te niegues á recibirle, haz que esté en la pieza en que le recibas alguno de tu familia, poniéndote tu á tal distancia de la persona que te visita, que nada pueda decirte sin que lo oiga aquel criado. No le quites á la virtud el apoyo que encuentra para sostenerse en el desco que naturalmente tenemos todos de parecer virtuosos á los ojos de los demás. Hay pocos hombres valientes sin testigos; y hay asi mismo pocas mugeres perfectamente castas, cuando no tienen mas testigo de su honestidad y recato, que aquel mismo que trabaja en derribar su virtud con las palabras mas lisonjeras y seductoras. ¿Qué crees tu que piensa un hombre de una jóven de cualquier estado que sea, que le permite estar y conversar á solas con ella? Se lisonjea que esto es un paso que se ha adelantado á favor suyo, y como le pesaria despues no haber sacado de él toda la ventaja posi-

1) Cap. XLII, v. 12.

ble, esto mismo le alienta y le da mas osadía. Cien visitas en presencia de gentes, no dan tanto atrevimiento á un hombre, como una hora de conversacion á solas.

El vicio teme á los testigos; pero la virtud los ama y debe amarlos, no para sacar de ellos una gloria vana, sino para que le sirvan de amparo contra los peligros que la rodean. Desconfia siempre de ti misma, teniendo presente el dicho de San Pablo: *El que piensa que está en pie, mire no caiga* (1). Un hombre rico y amante de sus tesoros, evita hallarse solo con cualquier otro por poco sospechoso que pueda serle de querer atentar contra ellos. ¿Cuántas precauciones no toma para conservarlos? ¿Porqué no serias tu igualmente solícita de la conservacion de tu virtud, que es un bien infinitamente mas precioso que todas las riquezas del mundo? Mira con que atencion las mugeres idólatras de su belleza evitan aquellos lugares en que creen haya el menor rastro de viruelas, como temen el encuentro de quien venga de tales lugares; como se precavan con los mejores preservativos. Pues lo que estas mugeres hacen por su hermosura, hazlo tu, hija mia, por tu virtud.

No te engañes á ti propia creyendo que por

1) Carta primera a los Corintios, cap. x, v. 12.

ser el hombre de una edad muy avanzada, podrán ser sus visitas sin consecuencia. Hija mía, hay locos de todas edades. ¿Ignoras por ventura la historia de la cista Susana? Tampoco ha de servirte de pretesto para conversar á solas con un hombre, el respeto que creas deber á su condicion y gerarquía. Los grandes honores deberian ser la recompensa de las grandes virtudes; pero muy amenudo no son mas que el fruto de un diestro manejo en que entra mas habilidad, por no decir otra cosa peor que mérito verdadero. Un hombre que no debe su elevacion á la virtud, raras veces sigue su partido. Guárdate con especialidad de estos hombres, que suelen ser menos circunspectos y mas atrevidos, porque creen que su condicion les da el derecho de desmesurarse. Los favores que han recibido de la fortuna, les hacen mas esclavos de sus propias pasiones. Si olvidada de tu obligacion, permites que hable á solas contigo un hombre de este carácter, puedes contar seguramente que el respeto que tu habrás tenido por él, le dará lugar á que él falte al que te debe. Las atenciones que le manifiestes por su dignidad, las creará dirigidas á su mérito personal; y si despues te ves precisada á desengañarle, y tomas el partido de una resistencia mas viva, ¿qué no dirá de ella, si no puede vencerla? Quedará para tí la victo-

ria; pero te costará muy cara. Su propio despecho ó bien la mala opinion que le habrá dado de ti tu demasiada facilidad en recibirle, le harán hablar con poco miramiento de tu conducta, y aun espareir voces muy injuriosas y perjudiciales á tu buen nombre. Habrás sido fiel á las obligaciones mas esenciales que te impone la virtud; pero tendrás que sufrir en el mundo los mismos disgustos que si hubieses faltado á ellas.

Mas yo quiero suponer que este hombre, á quien por un respeto mal entendido habrás franqueado la entrada en tu casa, conserve siempre contigo aquellos sentimientos que en nada ofenden la honestidad; que nunca te hable sino de cosas indiferentes; y aun quiero suponer tambien que sea hombre de un mérito realmente sólido, y que solo tenga contigo conversaciones muy útiles. Pero ¿qué quieres que diga el mundo de sus visitas? No quieras adularle y engañarte tu misma, hija mia. Los hombres, acostumbrados á juzgar que lo que sucede comunmente, sucede siempre, creerán sin reparo que un hombre muy superior á ti ó por su nacimiento, ó por el puesto que ocupa, no tratará contigo sino aquellos puntos en que puede interesarse tu honor.

Ves por consiguiente, hija mia, que las consideraciones y respetos debidos á la cuna ó á la

dignidad de un hombre, no pueden autorizarte para tener con él aquellas conversaciones á solas que te prohibo. Tampoco has de tenerlas con tus iguales, y mucho menos con los de inferior condicion á la tuya, sin razones muy poderosas. De esta regla no has de esceptuar á persona alguna; ni aun á aquellas que pasan plaza de muy prudentes y virtuosas. Muchas veces lo son menos aquellos que lo parecen mas, y que la voz comun designa por tales. En efecto; ¿es ser prudente y virtuoso, esponerse al peligro de dejar de serlo?

Una jóven casada ó doncella, que sin una absoluta necesidad se halla sola con un hombre, está espuesta á perder su pudor que es el mayor ornamento de tu sexo. El pudor es una delicada repugnancia que tienen las almas inocentes y castas por todo aquello que puede manchar en algun modo su honestidad. San Bernardo le llama guarda del honor. En el momento que se ve ofendido, esparce en todo el rostro un honesto y agradable desórden, que contiene á su agresor infundiéndole moderacion y respeto al mismo tiempo que acrecienta y da un nuevo realce á la belleza. La familiaridad que engendran las conversaciones á solas, es sumamente contraria á este apreciable pudor. Se turba al principio, á la vista de un hombre solo; pero se calma poco á poco su timidez y aprension, y como es un seu-

timiento finísimo se disipa fácilmente. Es como la segunda flor que viene recién cogidos los nuevos frutos, que por su estremada delicadeza necesita de mucha atencion y cuidado para no perecer.

Vela continuamente sobre tí, hija mia, y considera con mucha atencion lo que haces. Una sola conversacion de las que te hablo, es capaz de hacer que tu misma no te conozcas despues. Recólate siempre de los ingeniosos artificios de los hombres, que son muy hábiles en disfrazar sus perniciosos proyectos. Muchas veces toman el camino mas largo y de mas rodeos, para llegar mas seguramente al término que se han propuesto. Guian directamente al vicio, cuando parecen conducir á la virtud. Dan el nombre de diversiones y pasatiempos inocentes, á lo que es una verdadera disposicion para el mal. Inspiran insensiblemente el deseo de agradar, no menos que otras ideas muy diversas de las que ha infundido una educacion cristiana. Emplean para sus fines las promesas, las lisonjas, las esageraciones. Si se ha de dar fe á sus palabras, solo ven en la muger que quieren seducir, gracias y embelesos divinos. No se cansan de admirar sus perfecciones, y de decirlo con la lengua, con los ojos y con el gesto. De este modo hacen nacer en un corazon todavía inocente, los mo-

vimientos de una naturaleza corrompida. Entónces el vicio, ausiliado del ardor del temperamento, de la fuerza del ejemplo y de las inquietudes de una culpable curiosidad, estimulado por las vivas y continuas sollicitaciones de un hombre al parecer digno de estimacion, y fortificado por último con todos los socorros que le prestan la naturaleza y la artificiosa seducion, casi nunca deja de triunfar de la mas rigida virtud. Un hábil seductor observa y estudia todas las circunstancias, y asegurado ya de los progresos que ha hecho, se esplica atrevidamente. Ya no hay entónces valor en la muger para reprenderle su osadia, porque se ha acostumbrado insensiblemente á su language, y se ha familiarizado en algun modo con el vicio disfrazado con la máscara de la virtud. El vicio, precedido de las gracias, y acompañado de ciertos movimientos dulces y suaves que alagan los sentidos, se insinua fácilmente en el corazon, lisonjea y fomenta la inclinacion natural que todos tenemos al mal, y despierta con mucha viveza y actividad el amor de los placeres. Huye de él, hija mia, y no te fies ni en sus promesas, ni en sus atractivos. Sus principios son dulces y agradables; pero debajo de una dulzura aparente, está oculta una verdadera amargura; y nada pasa mas rápidamente que sus

gustos. Busca, pues, solamente los que son propios de una vida inocente y sin mancha.

Me he detenido un poco sobre esta materia, porque me parece ser de suma importancia, y porque estoy persuadido de que los consejos que te doy relativamente á las conversaciones á solas, son el medio mas seguro de conservar tu inocencia; y aun me adelantaré á decir, que sin su observancia, es casi imposible preservarte de la corrupcion del siglo, la que solo podrás evitar huyendo las ocasiones. La conclusion de todo lo dicho, es que jamas has de hallarte sola con hombre alguno, ni en coche, ni en el paseo, ni en casa, ni en las visitas, ni en cualquier otro parage en que pueda hablarte sin testigos que lo oigan. Para este fin imponte una ley de no ir á parte alguna sin la compañía de tu madre, ó de otra persona respetable de tu sexo, que pueda hacer sus veces.

Me queda que hablarte todavía del cuchicheo ó palabras al oído en presencia de otros. La buena crianza no permite ni decirlas ni escucharlas. Esta es una incivilidad que ofende casi siempre á los circunstantes, mayormente si se sigue despues alguna sonrisa misteriosa, ó se fija la vista sobre alguno de ellos. Si alguna señora de superior gerarquía quiere hablarte al oído, y tu crees que el respeto debido á sus circunstancias

te obliga á permitirlo , escúchala : pero siempre con la precaucion de que no se te escape gesto alguno que indique ser aquel secreto relativo á alguna de las personas presentes. Si es un hombre el que quiera hablarte así , niégate á su deseo con todo el comedimiento posible ; y sobre todo si es un jóven , ó alguno de aquellos sobornadores de profesion , que hacen consistir toda su gloria en deslucir la de las mugeres. Niégate redondamente á escuchar á unos y otros , y gradúa su procedimiento como un insulto público que hacen á tu virtud. ¿Porqué han de tener el atrevimiento de querer decirte al oido , espresiones que no se atreven á decir en alta voz ? Esto es indicio de que hacen menos estimacion de tí que de las otras. Esto es significar que te creen menos adicta al cumplimiento de tus obligaciones , mas crédula , y mas fácil.

Si no puedes contener su demasia con tu silencio , toma desde luego el partido de retirarte ó de mudar de lugar , si hay ocasion para ello sin hacer una publicidad , la que harás bien de evitar cuanto puedas. La virtud no ha de hacerte adusta é intratable , sino benigna , afable y atenta para con todos. Una muger verdaderamente virtuosa , se resiente del agravio hecho á su virtud ; pero solo lo dá á conocer á su autor. Procura dejarle confuso y avergonzado de su

procedimiento; pero lo hace de modo que se concilia casi siempre su estimacion sin atraerse nunca el aborrecimiento.

Pero si te asegura uno de estos hombres que tiene que hablar cosas de mucha importancia, y que no puede comunicarlas mas que á tí sola. ¿Le prestarás el oído? Guárdate, hija mia, de caer en este lazo, y en cualquier otro que pueda tenderte la artificiosa malicia. Para este fin, mira como una ley inviolable el no conversar jamás con hombre alguno, sin que los circunstancias puedan oír y entender lo que él te diga. Mientras te halles como ahora sin estado, sea tu madre la única depositaria de tus secretos, y dirige á ella todos aquellos hombres que digan tienen que comunicarte algo. Si la divina Providencia te colocare despues en el matrimonio, dá á tu esposo el mismo lugar en tu confianza, que al presente ha de ocupar tu madre.

Te lo digo con todo el amor y ternura que cabe en el corazon de un padre por su hija: evita con escrupulosa exactitud todo lo que sea contrario á la honestidad, y en particular toda conversacion poco decorosa con los hombres. Sobre este punto, aun la nimiedad es laudable en la muger. *No te deleites, dice Salomon, en las sendas de los impíos, ni te agrade el camino de los malos. Huye de él, y no pases por él; des-*

ciate, y abandónalo. Porque no duermen si antes no han hecho mal, y el sueño es arrebatado de ellos, si no han armado alguna zancadilla (1).

El veneno que sale de las bocas impuras es muy sutil y penetrante, y se entra desde luego en el corazon, donde produce una especie de gangrena, que con mas facilidad puede prevenirse que curarse. Aléjate, pues, de las ocasiones, y ten presente, que lo que al principio parece cosa leve, llega á ser muy pronto grave y criminal. Una piedra que se deja caer de un derrumbadero, tiene al principio un movimiento casi imperceptible; pero se hace tan rápido en un momento, que seria sumamente difícil detener su ímpetu. Tal es el corazon humano, cuando se deja llevar de su inclinacion natural á los deleites sensuales. No escuches la voz de las pasiones. Esta voz es suave y agradable; pero su embeleso es engañoso y funesto. Es como el canto de las Sirenas, que hace inevitable la perdicion de quien le escucha.

1) Libro de los Proverbios, cap. iv, v. 14, 15 y 16.

CAPITULO XXXI.



DE LA LECTURA Y EN ESPECIAL DE LAS NOVELAS.

Si tus oídos no han de prestarse á escuchar cosas deshonestas, tus ojos no han de ser menos castos. No los emplees jamas en leer libros nocivos, porque la lectura es una especie de conversacion á sola que no ecsige menos circunspeccion que las de que acabo de hablarte. Cuanto es útil y provechosa la lectura de buenos libros, tanto es perjudicial á la virtud la de los malos. El motivo principal de la impresion que hacen las conversaciones á solas, es porque en ellas el espiritu está mas recogido y atento, y no se hace casi diversion alguna, ó contra el vicio, ó contra la virtud. Esto mismo sucede en la lectura: y como somos naturalmente mas inclinados al mal que al bien, se sigue de aquí, que no nos es tan provechosa la lectura de los buenos libros, como nos es dañosa la de los malos.

Aun se estiende á mas mi modo de pensar sobre este punto: pues juzgo que un libro malo es mas peligroso y temible para una doncella ó

casada jóven, que una conversacion á solas. Voy á decir en que fundo esta mi opinion. Por poco que sea el pudor y delicadeza de una jóven que se halla sola conversando con un hombre, con dificultad puede sostener sus miradas; siente en su interior una secreta confusion, que se descubre en su vergonzoso rubor; procura hacer visible su virtud al mismo que desearia ó no hallarla en ella, ó poder vencerla; teme el escándalo que puede causar en su casa; y en fin se halla agitada de diversos pensamientos que pueden impedirle el fijar toda su atencion en lo que se la dice. Nada casi de lo dicho acontece en la lectura. La jóven que está leyendo en un libro espresiones y máximas nada dignas de la virtud, se halla sin testigos; no la cerca temor alguno; apenas se le hace perceptible á ella misma el rubor; bebe el veneno como agua; se oculta á sí propia la iniquidad, y se esfuerza á persuadirse que su gusto por esta especie de libros es solo por el ingenio y agudeza con que estan escritos. Esto mismo, hija mia, es lo que los hace mas peligrosos. Por mas bella que fuese y agradable á la vista una flor ó la olerias, si tuvieses la menor sospecha de que hay en ella un veneno oculto, que puede quitarte la vida?

Nunca leas novelas; pues su único objeto parece ser el de mover el corazon, escitar las pa-

siones y alagar nuestras inclinaciones naturales. Semejantes escritos son mirados con desprecio, siempre que no causan estas impresiones; y estas impresiones, hija mia, son muy perniciosas. Se objetará tal vez que la virtud se ve siempre triunfante en las novelas; y yo digo que esto mismo hace peligrosa su lectura. En ellas se halla comunmente la virtud espuesta á las mas fuertes tentativas. A la verdad, la heroína de la novela sale de su apuro sin detrimento de la virtud; pero esto es solo en la imaginacion del autor; y este triunfo imaginario sirve á las jóvenes crédulas, que miran como verdadero lo que leen, para disminuir su desconfianza y circunspeccion en los peligros reales en que pueden hallarse. Autorizadas con el ejemplo de aquellas pretendidas heroínas, temen tanto menos esponerse á los mismos riesgos, cuanto se lisonjean que saldrán tambien victoriosas como aquellas. Esta es una falsa seguridad, una peligrosa confianza, capaz de dar al través con la mas pura inocencia; siendo cierto que esta inocencia solo se conserva con el temor continuo de perderla. Tu, hija mia, muy lejos de confiar que resistirás á los mayores peligros, teme hasta los menores: huye de ellos, y resiste valerosamente á la inclinacion que podria inducirte á no temerlos. La consideracion y el temor de la terrible amargura que les sub-

sigue, te hará vencer seguramente el atractivo del placer que les precede.

La virtud en las mugeres no es como el valor en los hombres. Este se acredita mas, con esponerse el hombre á las ocasiones mas peligrosas; pero esta esposicion produce un efecto contrario en la muger haciendo dudosa su virtud. La muger que lleva una vida retirada, que descubre su modestia, y manifiesta una sabia retentiva en sus palabras y acciones, dá con esto solo una prueba nada equívoca de la limpieza de su alma.

Lee siempre libros buenos. Entre ellos hay tambien muchos, en que hallarás una diversion inocente, y cuyo estilo puede satisfacer el gusto mas fino y delicado. Dedícate á la frecuente lectura de libros de piedad y de sana moral, de los que sacarás una fuerza maravillosa contra la inconstancia y ligereza del corazon humano, que pasa tan fácilmente de las sendas de la virtud á las del vicio. En ellos encontrarás tambien un antidoto que te preservará del contagio de las perniciosas máximas del siglo. No hallarás en ellos que se repruebe la conservacion de tus gracias naturales; pero aprenderás el cuidado que puedes tener y el uso que debes hacer de ellas. Verás que puedes cuidar del aseo y limpieza de tu cuerpo; pero no para mancharte con alguna impudicia, sino para que sea como una imágen

de la pureza de tu alma. De este modo en un cuerpo material vivirás espiritualmente, como debe hacerlo todo cristiano. *Los que son segun la carne, dice el apóstol San Pablo, gustan de las cosas de la carne: mas los que son segun el espíritu, perciben las cosas que son del espíritu: añadiendo seguidamente que la prudencia de la carne es muerte: mas la prudencia del espíritu es vida y paz (1).* Así tambien podrás ofrecer á Dios tu cuerpo en hostia viva, santa y agradable á sus divinos ojos conforme el mismo Santo Apóstol te aconseja que lo hagas, y aun te lo ruega por la misericordia de Dios (2).

1) Carta á los Romanos, cap. viii, v. 5 y 6.

2) En la misma carta, cap. xii, v. 1.



CAPITULO XXXII.



DE LAS CARTAS Y DE LOS PRESENTES.

AUN cuando evitases las conversaciones á solas, los secretos al oído y la lectura de malos libros, no quedaria enteramente á cubierto tu virtud y reputacion, si escribieses á algun hombre ó recibieses sus cartas, sin guardar todas las precauciones necesarias. Si un hombre con quien no tienes negocio alguno que tratar, se toma la libertad de escribirte, recibe cortesmente su carta, y no la leas; si escribe segunda vez, niégate á recibirla, y cuando despues le veas no le hables ni de una ni de otra. No es necesario advertirte, porque tu misma lo conoces ya, que no has de contestar en manera alguna á tales cartas.

Nunca será sobrada la circunspeccion de las mugeres, tratándose de escribir á un hombre; lo que no deben hacer sino por motivos muy serios y graves. Cuando una muger llega á escribir; es preciso que sea de un modo muy cortes y gracioso; y hay pocos hombres á quienes pueda escribir de este modo, sin esponerse á grandes in-

convenientes. El decir que se responde á un hombre solo para echarle en rostro su procedimiento, es una mala y débil razon. Para este fin, el silencio es mucho mas fuerte y eficaz que las mas severas reprensiones.

Debo prevenirte tambien en materia de cartas, que en todas las que escribas, sea por urbanidad, ó por amistad, ó por algun negocio, no adelantes ni aventuras palabra alguna que pueda perjudicarte en lo sucesivo, si llega á faltar la buena inteligencia con aquella persona, lo que es muy ordinario en el mundo, aun entre los mayores amigos. Si escribes á tus superiores, emplea todas las espresiones del respeto; si á tus iguales, las del aprecio; si á tus inferiores, las de un buen afecto; y si á tus amigas (*), las del mas vivo y tierno cariño. En las cartas de cumplimiento, ha de divisarse una juiciosa atencion á la dignidad y carácter de las personas á quienes se dirigen. En las cartas de negocios, nada debe olvidarse de esencial, asi como nada se ha de poner de superfluo. En las de amistad,

*) Esta voz debe entenderse aquí, no segun la acepcion comun, sino en su rigoroso sentido; porque aquellas personas cuya amistad no esta cimentada en la virtud, no son dignas, ni de tan respetable nombre, ni de que las trate con mucho cariño y confianza una jóven honesta, que podria hallar en esto mismo la ruina de su virtud.

ha de reinar una libertad honesta y decente, que las haga semejantes á una conversacion. Las cartas, de cualquier género que sean, han de ser breves, sin ser oscuras; su estilo conciso y terso; sus frases naturales y fáciles; no ha de lucir en ellas una falsa brillantez, ni ha de haber voz alguna arriesgada, ni espresion tirada como por los cabellos, ó fuera de sazón. En una palabra, se ha de ver en una carta el juicio, igualmente que el ingenio de quien la ha escrito.

No aceptes jamas presentes de parte de hombre alguno, cuya edad, ó cuyo carácter pueda hacer sospechar que quiere por este medio insinuarse en tu espíritu, y facilitarse el acceso cerca de tí. Si recibieres públicamente los tales presentes, el mundo pensará mal de tí, lo que debes evitar con sumo cuidado: si los recibieres en secreto, te empeñarás por grados en una mayor correspondencia y gratitud. Con esta especie de misterio darás lugar á ciertas libertades por las cuales nunca es sobrada la aversion de una muger; y lo que es todavía mas temible, no advertirás tu misma el descuido y relajacion que esto producirá insensiblemente en tu conducta. *No serás aceptador :: de dádivas dice el Señor, etc.*, en el Deuteronomio, *porque las dádivas ciegan los ojos de las sabios, y trastornan*

las palabras de los justos (1). En el Exodo repite el Señor esta misma regla, diciendo casi en iguales palabras: *No recibirás presentes, que ciegan aun á los avisados, y trastornan las palabras de los justos (2).* Podrás admitir algun presente de tus amigas: y aun hay ciertos casos en que seria una incivilidad el reusarlos, como por ejemplo, los que se dignen hacerte las señoras de una esfera muy superior á la tuya.

Generalmente hablando, nunca has de hacer presentes á las personas mas ricas que tu. A los mas acomodados les pertenece hacerlos á los que lo son menos, y á estos el aceptarlos con gratitud; pero no mendigarlos en ocasion alguna. Tampoco los admitas nunca de parte de tus iguales, si no te hallas con facultades de recompensar el que te hagan, con otro superior, ó por lo menos de casi igual valor. Para evitar esta especie de gastos, reusa con toda atencion y civildad posible los dones que se te hagan. Muchos no dan sino para recibir; y miran los presentes como una especie de comercio, del que esperan sacar alguna ganancia, y por consiguiente quedan descontentos, si lo que reciben no vale mas que lo que han dado. En orden á tus inferiores,

1) Cap. XVI, v. 19.

2) Cap. XXIII, v. 8.

si alguno de ellos quisiere hacerte algun presente, manifiéstale con mucha afabilidad que eres muy sensible á los afectos de su buen corazon, pero no admitas su regalo, á menos que sea cosa de muy poca monta, procurando siempre retribuir mas de lo que recibas. En muy pocos casos has de aceptar presentes por los servicios que hayas hecho, á menos que estos sean muy considerables, y que los sujetos favorecidos no puedan sin incomodarse manifestarte de otro modo su gratitud. El portarte de otra manera, seria no hacer servicios, sino venderlos; lo que es indigno de un alma bien nacida.

El modo de hacer un presente ha de ser mas precioso todavia, y mas agradable que el presente mismo. Este es un talento que poseen pocas personas, y que se halla ordinariamente en las almas generosas, bienhechoras, y que nada hacen por ostentacion. Si quieres hacer un regalo á una amiga, procura averiguar con destreza que es lo que mas podria gustarle y convenirle, sin darle el mas remoto indicio de tu designio, para proporcionarle así el placer de la sorpresa. Si tu misma presentas personalmente tu dádiva, acompaña esta accion con las espressiones mas cariñosas, con un semblante alegre y risueño, y con todo lo demas que pueda persuadir á tu amiga que seria mayor tu satisfaccion

si tus facultades te permitiesen ofrecerle otro don mas precioso. No tengas en tu vida, hija mia, el ridiculo y vil procedimiento de hablar de los regalos que hayas hecho. Guarda sobre este punto un profundo silencio así con la persona que los ha recibido, como con cualquier otra.

Si quieres evitar, conforme lo exige tu obligacion, las instancias que se te pudieran hacer para la admision de ciertos presentes, ten mucho cuidado de que no se descubra en tí una sobrada curiosidad acerca de algun objeto, y mucho menos el mas leve indicio de que desees poseerle. El apetecer todo lo que se ve es una verdadera pequeñez de espíritu. Trata de ser muy rígida y severa sobre este artículo: nada pidas, nada recibas, y nunca des ocasion alguna de pensar, que desees tener lo que no debes pedir ni aceptar.

Hija mia, si menosprecias los saludables consejos que te doy en este libro, vivirás en una continua agitacion y desasosiego: porque la verdadera tranquilidad del espíritu solo puede darla la inocencia de las costumbres. Mira pues como un placer, como una gloria digna de todo tu anelo, la conservacion de la pureza, así en tus pensamientos, como en tus inclinaciones y en toda la conducta de tu vida. ¡Cuan dichosa se-

rás , si al fin de tu carrera mereces que se diga de ti , lo que la Santa Escritura afirma de la virtuosa Judith, que *tenia muy grande reputacion entre todos, porque tenia mucho al Señor y no habia quien hablase de ella una mala palabra* (1).

1) Libro de Judith, cap. VIII, v. 8.



CAPITULO XXXIII.



DE LAS OBLIGACIONES DE LOS HIJOS PARA CON SUS PADRES

El que teme al Señor, dice el autor del Eclesiástico, honra á los padres, y servirá como á señores á aquellos que le engendraron. ::: La bendicion del padre afirma las casas de los hijos, y la maldicion de la madre les desarraiga los cimientos. ::: Hijo, ampara la vejez de tu padre, y no le contristes en su vida: y si le faltare el sentido, perdónalo; si se debilitase su espíritu y chocheare, toléralo con paciencia, y no le desprecies: porque la limosna del padre, la beneficencia, y oficios de piedad y caridad que habrás usado con él, no quedará en olvido (1). Hijos, dice el apóstol San Pablo, obedeced á vuestros padres en el Señor; porque esto es justo. Honra á tu padre y á tu madre, que es el primer mandamiento con promesa, que hizo Dios de recompensar su observancia en esta y en la

(1) Cap. iii, v. 8 y sig. con la esposicion del P. Scio.

otra vida , para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra (1).

Se reducen pues , hija mia , tus obligaciones sobre este punto , á amar á tus padres , á respetarlos , á obedecerles , y á tolerar con paciencia sus achaques y fragilidades , propias de la vejez. Les debes primeramente tu amor , porque lo tiene bien merecido su entrañable y cariñosa ternura para contigo , porque la ley general que te obliga á amar al prójimo como á tí misma , comprende con mas particularidad á tus padres , y porque ha de estar siempre fijo en tu memoria y en tu corazon el oficioso cuidado que desde tus mas tiernos años han tenido de tí , ya para procurarte todos los placeres posibles , ya para tu adelantamiento en la virtud. Debes , en segundo lugar , respetar y honrar á tus padres , porque de ellos has recibido la vida y esperas recibirlos bienes temporales , y porque tienen mas luces y mas experiencia que tu.

Lo tercero que debes á tus padres es la obediencia , pues que son tus superiores y tus señores. Esta superioridad que tienen sobre ti , les pertenece por derecho natural y divino. La primera de todas las sociedades es la de los padres

1) Carta á los Efesios , cap. vi , v. 1 y sig. , anotados por el P. Scio.

con sus hijos; y es cierto que no puede haber alguna sin subordinacion. ¿Hay acaso otra mas bien fundada y mas justa, que la que somete los hijos á la autoridad paterna? En todos tiempos y entre todas las naciones, los vencidos han reconocido la ley de obedecer al vencedor: esta es la ley de las armas. Lo que obra en aquellos la fuerza, han de obrarlo en ti la naturaleza y la razon. Honra y obedece á Dios en la persona de tus padres, porque el poder y autoridad que estos tienen la han recibido del Señor. Estás por último obligada á sufrir con inalterable paciencia sus achaques, sus antojos, su mal humor, su chochez y las demas incomodidades que lleva consigo la vejez. Refleciona, hija mia, con cuanta paciencia y amor han sufrido tus padres las muchas incomodidades de tu infancia, tus niñeces, tus voluntariedades, tus fogosidades, y los demas disgustos que les has costado hasta la edad de discrecion en que te hallas. Has de mirar como una dicha para ti el poder emplear con los autores de tu vida, aquellos servicios y cuidados que puedan avivarles la dulce memoria de los que ellos emplearon contigo. La naturaleza te estimula á hacerlo así; Dios te lo manda, la razon te lo enseña, el buen orden lo pide, la gratitud lo exige, y por fin tu propio interes te empeña á lo mismo. Hará Dios que tus hijos se

porten un día contigo, como tu te habrás portado con tus padres.

Habrás advertido seguramente en las antecedentes palabras de San Pablo, que á los hijos que cumplen con lo que deben á sus padres, el Señor les promete que les *irá bien*, que serán felices. No entiendas, hija mia, por esta felicidad la que es visible á los ojos de los hombres. No te limites á esta dicha transitoria, que consiste en los bienes de la tierra, de los que estan privados muchas veces los justos, mientras que segun dice Job (1), se hallan con abundancia en las tiendas de los pecadores. Eleva á mas alto punto tus miras: aspira á una felicidad mucho mas sólida; á la paz que dá una buena conciencia; al gozo de que llena Dios el corazon de los que guardan fielmente su ley; al torrente de delicias que prepara el Señor para sus amados, que no ceden á los impulsos de una naturaleza corrompida.

Tambien habrás notado en las referidas palabras del Apóstol, que los hijos buenos *serán de larga vida sobre la tierra*. Aprende, hija mia, del rey Salomon, de que modo has de entender estas palabras, para que no juzgues que aquellos á quienes por disposicion divina arrebató una

(1) Cap. XII, v. 6.

temprana muerte, hayan faltado á la obligacion esencial de que te hablo. Aquel Santo rey te enseña con las siguientes palabras, en que consiste la verdadera vejez, y la conducta admirable que tiene Dios con sus escogidos. *La vejez venerable, dice, no es la duradera, ni la computada por número de años: pues las canas del hombre son sus sentimientos, y la edad de la vejez, es la vida sin mancilla. El que agradaba á Dios, fué amado de él, y viviendo entre los pecadores, fué trasladado. Fué arrebatado para que la malicia no alterase su entendimiento, ó para que lo aparente no sedujera su alma. :: Consumado en breve, llenó muchos tiempos: de manera que no dejó vacío alguno en los pocos años que vivió; habiendo conseguido aquella perfeccion que otros no alcanzan sino en muchos (1).*

Estas palabras te hacen ver que una vida corta es algunas veces una gracia particular de Dios, que previene misericordiosamente la alteracion que la corrupcion del siglo podria causar en la piedad de los justos. Los hombres carnales no examinan ni conciben esta economía divina, llena de bondad y de amor, y solo fijan su atencion en los bienes sensibles y perecederos de la vida presente. Por eso el mismo rey

1) Libro de la Sabiduría, cap. iv, v. 8 y sig. con la exposicion del P. Scio.

Salomon, hablando de estos hombres sensuales, que ven y no entienden la muerte prematura de los justos, dice: *Verán el fin del sabio, y no entenderán que haya pensado Dios de él y porque le haya asegurado el Señor, sacándole prontamente del peligroso mar de este siglo maligno, y llevándole á la seguridad del puerto eterno* (1).

1) En el mismo libro y cap., v. 17, esposicion del P. Scio.



CAPITULO XXXIV.



DEL RESPETO DEBIDO A LOS ANCIANOS, Y DE LO
QUE DEBEN LAS MUCERES DE MAYOR EDAD A
LAS JÓVENES.

Levántate delante de cabeza cana y honra la persona del anciano, y teme al Señor tu Dios (1). Tal es entre otros el precepto que por medio de Moyses impuso Dios á su pueblo elegido. El apóstol San Pablo, instruyendo á su discípulo Timoteo en el modo de gobernar la iglesia que Dios habia puesto á su cuidado, le dice: *No increpes al anciano: mas amonéstale como á padre; á los jóvenes como á hermanos; á las ancianas como á madres: y á las jovencitas como á hermanas (2).* Si un pastor de la grey de Jesucristo no ha de reprender agriamente á las personas de mayor edad, sino amonestarles como á sus padres, se sigue naturalmente que te incumbe á ti la precisa obligacion de tener por ellas mucho

1) Libro del Levítico, cap. XIX, v. 32.

2) Carta primera á Timoteo, cap. v, v. 1 y 2.

respeto y dulzura. El verdadero carácter de la caridad es ser paciente, y si se halla en la necesidad de increpar hacerlo sin aspereza.

Con mucha mayor razon estás obligada á no hacer la menor burla de los ancianos, por razon de los males é imbecilidades que regularmente acompañan á la vejez. Al contrario haz de estos mismos achaques el objeto de tus reflexiones, considerando con cuanta rapidez pasa la flor de nuestra vida. Tu misma caminas aceleradamente hácia aquellas incomodidades que ahora te parecen tan insufribles en los ancianos. Dentro de muy poco tiempo tendrás tu igualmente que ellos ahora, un rostro arrugado unos ojos empañados y amortecidos, un cuerpo vacilante, una voz quebrada y trémula, un humor melancólico, un espíritu debilitado, y una sangre casi helada en las venas. Entónces tu misma necesitarás de ausilios; y los consuelos que tu habrás dado á los que debes mirar como padres, el Señor te los volverá con creces en aquella triste edad, en que puede decirse que no se gozan ni el descanso de la muerte, ni las ventajas de la vida. Hay ancianos que pueden llamarse ofortunados; pero son pocos. Algunos sin tener en el cuerpo aquel vigor propio de la juventud, gozan no obstante de una salud completa, y conservan toda la fuerza de la razon, toda la jovialidad, la

misma complacencia y las mismas atenciones de que es capaz una persona en la flor de su edad. He conocido octogenarios de ambos sexos, de un trato muy agradable, muy apacible y muy útil. Seguramente que nunca pueden respetarse demasiado unas personas á quienes parece que respeta el tiempo mismo que todo lo destruye. Su sociedad es deseable, para aprovechar las luces que les da su grande experiencia.

El mismo Apóstol que nos encarga el respeto á los ancianos, exhorta tambien á las mugeres de mayor edad á que den ejemplos de virtud á las jóvenes. Es conveniente que sepas lo que dice sobre este punto, porque aunque ahora eres muchacha, puede conservarte el Señor para otro estado y otra edad mas crecida, y aun quizás para la mas avanzada; y por consiguiente te importa saber las obligaciones de los diferentes estados de tu vida, y echar desde ahora, los cimientos de aquella piedad que Dios exige de las mugeres en todas edades. Escribe el Apóstol á su discípulo Tito, y le dice que enseñe segun la doctrina sana, á los ancianos, que sean sobrios, honestos, prudentes, sanos en la fé, en la caridad, en la paciencia. Las ancianas á sí mismo en un porte santo, no calumniadoras, no dadas á mucho vino, maestras de lo bueno: que enseñen prudencia á las mugeres jóvenes, á que

amen á sus maridos, y quieran á sus hijos, que sean prudentes, castas, templadas, que tengan cuidado de la casa, benignas, obedientes á sus maridos (1).

¿Donde estan las mugeres ancianas que prediquen así con su ejemplo la virtud? ¿Donde las jóvenes que se conformen al modelo que propone San Pablo? Casi nadie arregla su conducta sobre la religion que profesa. La mayor parte de los cristianos se resentiria de que se les dijera que llevan falsamente este nombre, que no creen en Jesucristo ni en su Evangelio, que no esperan la resurreccion de los muertos ni la vida eterna; y con todo hay pocos que no den lugar á que se les pueda decir todo esto. Honramos á Dios con los labios, y nuestro corazon está lejos de él. ¿Y de donde proviene esta contradiccion? De que no nos tomamos el trabajo de aprender nuestras obligaciones, y los poderosos motivos que nos empeñan á cumplirlas; de que no procuramos edificarnos y sostenernos con los buenos ejemplos que se presentan á nuestra vista; de que no alimentamos y fortificamos nuestra alma con la lectura de los libros sagrados; y por último, que el mundo con su tumulto, sus honores, su pompa, sus engañosas apariencias y

(1) Carta á Tito, cap. II, v. 23 y sig.

sus placeres lisonjeros nos seduce , nos pone una venda en los ojos , y nos lleva como encadenados y como adormecidos á la perdicion ; y nosotros sin oponer resistencia alguna , caminamos á ella como las ovejas al matadero.



CAPITULO XXXV.



DE LAS OBLIGACIONES DE LAS MUGERES EN ORDEN A SUS MARIDOS.

Las mugeres, dice el apóstol San Pablo; esten sujetas á sus maridos como al Señor: porque el marido es cabeza de la muger, como Cristo es cabeza de la Iglesia, de la que el mismo es Salvador, como de su cuerpo: y así como la Iglesia está sometida á Cristo, así lo esten las mugeres á sus maridos en todo. Vosotros, maridos, amad á vuestras mugeres, como Cristo amó también á la Iglesia y se entregó á sí mismo por ella (1). En otro lugar dice el mismo apóstol: Casadas, estad sujetas á vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad á vuestras mugeres, y no seáis desabridos con ellas (2). Mi amado para mí, y yo para él: dice la esposa en el Cántico de los Cánticos (3). Tal debe ser el amor conyugal para agradar á Dios y conciliarse la estimacion de los hombres.

1) Carta á los Efesios, cap. v, v. 22 y sig.

2) Carta á los Colosenses, cap. III, v. 18 y 19.

3) Cap. II, v. 16.

El apóstol San Pedro concluye la pintura de la union que debe reinar entre el marido y la muger, con estas palabras: *Así mismo las mugeres sean obedientes á sus maridos: no sea el adorno de estas exterior, ó cabellera rizada, ó atavíos de oro, ó gala de vestidos; sino el hombre interior del corazon, en incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto, que es rico delante de Dios. Porque así tambien se ataviaban las santas mugeres que esperaban en Dios, estando sujetas á sus propios maridos: como Sara obedecia á Abraham, llamándole Señor. Y los maridos así mismo habitando con ellas segun ciencia, es decir con prudencia y discrecion, tratándolas con honor como á vaso mugeril mas flaco, y como á herederas con vosotros de la gracia de la vida. Y finalmente sed todos de un mismo corazon, compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes (1). Hija mia, si sigues las máximas que el Señor te enseña por boca de estos Santos, en caso que su divina Providencia te llame al estado del matrimonio, la paz reinará siempre en tu casa, y su bondad infinita derramará sus bendiciones sobre ti y sobre tus hijos.*

Las mugeres que no tienen todo el respeto

1) Carta primera de San Pedro, cap. III, v. 1 y sig.

debido á la religion, claman en gran manera contra la severidad de la ley que les impone San Pablo: sobre lo que han de hacerse dos reflexiones. La primera es, que en todas las sociedades es indispensablemente necesaria la subordinacion. Y siendo esto así, ¿qué subordinacion ha de haber en la sociedad conjugal? ¿Será el hombre el que obedezca á la muger, el fuerte al débil, la cabeza á los miembros? Seguramente que no; pues ésto seria invertir el órden que Dios mismo ha establecido: *Porque, dice San Pablo, no fué hecho el varon de la muger, sino la muger del varon; porque no fué criado el varon por causa de la muger, sino la muger por causa del varon* (1). Todo esto que dice aquí el Santo se halla claramente espreso en el libro del Génesis.

Lo segundo que debe reflexionarse es la poca razon que tienen las mugeres de lamentarse de su suerte. Los hombres pagan bien cara la autoridad que tienen. Si hacen la ley, tienen tambien el penoso trabajo de hacerla observar; y si son la cabeza de sus familias, pesa tambien sobre ellos el cargo de procurarles la subsistencia, y la solicitud de su conservacion. A ellos es á quienes toca el arrostrar los peligros, el sentir

1) Carta primera a los Corintios, cap. XI, v. 8 y 9.

las mas penosas inquietudes , y el aguantar todo el peso de los negocios. Semejantes á aquellos artifices que separan el oro del mineral , ó á los que pulen las piedras preciosas , parece que los hombres trabajan y se esmeran en solidar su autoridad , para tener el gusto de desprenderse de ella en favor de las mugeres , despues que la han depurado de todas las inquietudes y dificultades que lleva consigo. De manera que puede decirse en general , que las mugeres que se quejan de la demasiada autoridad de sus maridos , deben imputarse á sí mismas la dureza con que estos se la hagan sentir. La mayor parte de ellas estan envanecidas de su beldad , y alguna vez de su pretendida virtud , y quieren obtener por medio de altiveces y desdenes , unas atenciones y respetos que solo pueden prometerse de aquella apacibilidad y dulzura que se concilia los corazones.

Si el cielo dispone que te halles algun dia colocada en matrimonio , hija mia , evita con sumo cuidado este espíritu de vanidad. Mírale como el mas peligroso enemigo de tu reposo , y como el mayor obstáculo para aquella union que el apóstol San Pedro recomienda con tan enérgicas palabras. No cuentes mucho con la hermosura. Esta prenda , sin la virtud , es como una flor , cuyos bellos coloridos encantan la vista , pero que

despide de sí un mal olor. Ten siempre presente que la humildad es el fundamento de todas las virtudes. Ella te hará mas plausible y gustosa la dependencia que la autoridad absoluta.

No hay duda que la eleccion de un hombre para marido , es un negocio muy delicado , en el cual ordinariamente se mira menos á las cualidades personales que á los bienes de fortuna. Si procuras vivir siempre ajustada á lo que manda la ley de Dios, este Señor no permitirá que te toque en suerte un marido desordenado: y si lo permite, te dará la fuerza suficiente para tolerar con paciencia sus defectos. El apóstol San Pablo dice, *que si una muger fiel tiene marido infiel, y él consiente morar con ella, no deje al marido; porque el marido infiel es santificado por la muger fiel* (1). De aquí puedes inferir, cuanto puede el ejemplo de una muger animada por el espíritu de la caridad, para obligar á un hombre á que entre de nuevo en el camino de la virtud que habia abandonado.

Las mugeres se persuaden fácilmente, que los maridos de las otras son mas apacibles, mas atentos y condescendientes que los suyos. Este error, que es tambien común á muchos hombres

1) Carta primera a los Corintios, cap. vii, v. 13 y 14.

relativamente á sus mugeres , proviene de que unos y otros son semejantes á un viajador, que no habiendo visto un país sino en la primavera, se figura que aquella alegre estacion dura allí todo el año. Así los hombres como las mugeres, en presencia del mundo, representan un papel muy diferente del que ejecutan en lo interior de sus casas. Tal hombre á vista de las gentes se muestra cariñoso con su muger; y tal muger acaricia á su marido , que maldita la gana que tienen de hacerlo ni uno ni otro. Los leones se disfrazan con la piel de raposa , y los lobos con la de cordero. Las bocas llenas de hiel, destilan muchas veces palabras melosas. Mas apénas ha representado cada uno su papel y se ha bajado el telon, se quitan y arrojan los vestidos de teatro , y vuelven á su ser natural. Para juzgar bien á los hombres, seria menester contemplarlos bajo este punto de vista. No emplees pues tu ingenio en hallar tu suerte mas desgraciada de lo que es en sí: al contrario, sírvete de él para mirarla siempre por el aspecto mas risueño y favorable. Nunca olvides que es inútil, y aun á veces ridiculo, el quejarse de un mal de que se ríen la mayor parte de las gentes, y que nadie puede curar mas fácilmente que tu.

Si tienes un marido jugador, emplea tu dulzura, tus halagos, tu terneza, y un sumo cui-

dado del aseo y buen gobierno de la casa , á fin de que su estancia le sea mas agradable , y salga menos de ella. Represéntale cuando venga á propósito , y con toda la circunspeccion posible, los desórdenes que el juego ha causado en las familias mas ilustres. Prívate alguna vez de las cosas mas necesarias , y hazle entender con prudencia , que te abstienes de ellas con gusto por amor suyo , y porque temes que no se halle en algun apuro. Cuando haya perdido su dinero, ofrécele el tuyo si lo tienes , y aun tus joyas ; pero aprovecha estos momentos preciosos para pintarle vivamente y con mucho cariño , cuanta seria tu satisfaccion , si pudieses verle libre de esta pasion funesta. Una muger en quien su marido descubre un amor sincero y una sólida virtud, puede curarle de los hábitos mas inveterados. Esmérate en hacerlo así , y verás logrados tus rectos fines. Trabaja para ello desde el principio , y continua sin cesar ; pero sobre todo aparta de tus avisos y de tus mas justas representaciones la menor sombra de aspereza.

La avaricia es entre todos los vicios el que mas dificultosamente se cura. El tiempo , que debilita los otros , parece que á este le fortifica. Si te hallares casada con un hombre avaro , no desconfies llevarle poco á poco al uso razonable de los bienes de este mundo ; lo que lograrás mas

fácilmente con alguna condescendencia, y no oponiéndote siempre á su dictámen. Si en todo lo que emprendas no tienes otras miras que las que dicta la prudencia y la religion, no dudes que ganarás insensiblemente la confianza de tu marido, y que aunque persista tal vez en ser avaro con los demas, llegará á ser pródigo contigo. En todo caso puede servirte de consuelo la consideracion de los terribles desastres que nacen de la falta de economía en las casas; y mientras que con tus prudentes atenciones y juicioso manejo saques de tu marido lo necesario para ti y para tu familia, es menos lamentable tu suerte que la de un hombre como él.

Un marido celozo es realmente incómodo. Aun quando reina la mayor calma, hace vivir á la muger en un continuo sobresalto de que sobrevengan improvisamente todos los horrores de una furiosa tormenta. Turba los mas inocentes placeres: todo lo echa á mala parte: las caricias le son sospechosas: para él la circunspeccion es indiferencia: la seriedad le parece estudiada: las gracias de un genio festivo le pouen de mal humor. Sin embargo, un cariño verdadero, un grande amor al retiro, y un cuidado vigilante en cumplir con todas aquellas atenciones finas y delicadas que esige la debilidad de semejante marido, superan al fin todas las dificultades:

sobre todo, cuando Dios no falta á favorecer con sus ausilios los esfuerzos de una muger virtuosa, y realmente animada del deseo de hacer reinar la paz y la buena inteligencia en su casa.

Hija mia, si sabes que tu marido tiene alguna inclinacion contraria al cariño que te debe, ni se lo eches en rostro con denuestos, ni te lamentes de su conducta aun con tus mejores amigas. Lo primero, solo serviria para agriar mas á tu esposo, para irritar su pasion, para acabar de romper los últimos vínculos de su amor para contigo, para obligarle á renovar su atencion y sus ingeniosos ardidés á fin de ocultarte sus desórdenes, y para confirmarle mas y mas en su desvío. De lo segundo, no sacarias otro fruto que el de desacreditarle inútilmente, y hacerte á tí y á él la fábula del mundo. La delicadeza propia de una muger honrada, igualmente que la piedad cristiana, exigen que en semejantes lances no emplees otras armas que el silencio, la moderacion, la prudencia, un tierno amor para con tus hijos, una constante ternura para con él, y un extremo cuidado en hacer todo lo posible para darle gusto. Seria preciso que fuese una especie de mónstruo, si esta conducta generosa no le obligase á mudar la suya, y volver otra vez á tu amor. ¡Que gloria para tí, si con estos medios consigues retirar á tu marido de su

sujeccion á la mas imperiosa de todas las pasiones! ¡Cuanta y cuan dulce satisfaccion derramará esta gloriosa victoria sobre todo el curso de tu vida! Hija mia, fija en tu memoria esta sentencia del Espíritu Santo: *Dolor de corazon y llanto es la muger zelosa: su lengua es un azote que se comunica á todos* (1).

Un hombre dado al vino es un terrible flagelo para una familia. Confieso ingenuamente que si te cabe en suerte un marido que tenga este defecto, necesitarás de una perfecta paciencia. En ese caso emplea todos los medios posibles para inspirarle el gusto de estar en casa; para lo que seria á la verdad muy impropio el manifestarle siempre disgusto y severidad. Esfuérzate á presentarle un semblante risueño y alegre, aun cuando tengas mayores motivos para estar triste. Trabaja en apartarle poco á poco de la compañía de aquellos que conozcas le inclinan y acompañan en este vicio; y procura hacerle entrar en trato con aquellas personas cuyo ejemplo pueda con el tiempo hacerle amar la sobriedad. Como no es posible que los excesos en el beber dejen de causar frecuentes alteraciones en la salud, cuando tu marido se halle enfermo por esta causa, dale entónces mismo las mayores pruebas

1) Libro del Eclesiastico, cap. xxvi, v. 8 y 9.

de tu cariño y de tu paciencia; á nada perdonés para su alivio; haz por él aun mas de lo que debes; y en aquellos movimientos de gratitud que seguramente no podrá negar á tu juiciosa conducta, represéntale con voces dulces y afectuosas, cuanto te aflige ver el daño que él mismo causa á su salud. Yo no dudo que si sigues estos consejos, lograrás ver el fruto de tu noble paciencia. Este fruto será á la verdad algo tardío; pero los males de esta naturaleza solo se curan con el tiempo y con remedios suaves.

En órden á un marido colérico, la dulzura es tambien el remedio mas escelente. Los hombres de este carácter, tienen ó mucha soberbia, ó una gran debilidad de espíritu, ó un temperamento muy ardiente. Alguna vez todas tres circunstancias se encuentran reunidas en una misma persona, y entónces se puede decir que el mal es casi incurable. A mas de la dulzura, la regla mas cierta que se ha de seguir para con un marido iracundo, es la de observar que es lo que mas fácilmente enciende en él esta tumultuosa passion. Todos creen irritarse con justa causa, y cada uno tiene ciertas ideas, ciertas opiniones favoritas que sostiene con mas ó menos viveza y ardor, segun que es mayor ó menor su altivez, ó la debilidad de su espíritu, ó el fuego de su sangre. Procura, hija mia, evitar cuanto te sea dable

toda contienda con tu marido, principalmente sobre aquellos puntos por los que hayas notado que tiene esta viva sensibilidad. No porfies contra él con tenacidad, y mucho menos en tales ocasiones. No quieras parecerte á aquellas mugeres tercas y cabezudas, enemigas en algun modo de su quietud, que luchan toda su vida contra los mismos obstáculos, y van á topar siempre contra los mismos escollos, sin que una larga experiencia haya podido hacerlas mas cautas y prudentes. Los vientos mas impetuosos no causan daño á los árboles que se doblegan y ceden á su furor; pero quebrantan á los que resisten, y parece que su violencia se irrita mas contra ellos: esta es una imagen de la ira. Una respuesta suave contiene sus ímpetus mas violentos, los que van amortiguándose insensiblemente, á corta diferencia como las olas del mar sobre una playa lisa y de poco declive.

El mal humor de sus maridos es el asunto ordinario de las quejas de las mugeres. Sus lamentos, sus murmuraciones y su impaciencia, muy lejos de disminuir el mal, suelen aumentarlo, porque esto produce una mala inteligencia, que degenera luego en una guerra abierta cuyas consecuencias son funestas. Si te toca un marido mal humorado, examina primeramente, si lo es por temperamento ó por razon. Si lo es por ra-

zon de algun contratiempo ú otro disgusto fundado, no hay para que quejarte; al contrario, tu debes partir con él su pesar; y buscar cuidadosamente todos los medios de hacérselo mas llevadero. No le abandones en los momentos mas penosos; consuélale, anímale, y verás que su mal humor cederá luego con el lenitivo de tus tiernos cuidados. Estos darán tambien una nueva fuerza al amor que mutuamente deben tenerse los casados; de suerte que las penas mas amargas no alterarán despues tu tranquilidad ni la de tu marido. A mi me parece que es ejercer una especie de tiranía sobre un hombre, el esigir de él que tenga la misma complacencia y alegría, cuando está contento y cuando tiene motivos para no estarlo. ¿Donde se halla en el mundo esta constante igualdad? El sol tiene sus nubes, y las estaciones sus intemperies. Solo Dios es el mismo eternamente.

Pero si el mal humor de tu marido proviene de su complecsion, súfrelo con tanta mayor paciencia quanto le es mas difícil el desterrarle de sí y corregirse. Mira en él este mal lo mismo que una calentura ó cualquier otra enfermedad que padeciese, sin quejarte de él mas por lo uno que por lo otro: y para que sufras tu misma menos incomodidades, esmérate en minorarle quanto puedas las molestias de su achaque. So-

bre esta materia es menester advertir tambien, que el estado de nuestro humor, depende mucho de nuestras ocupaciones ordinarias. Así por ejemplo, de un magistrado que dedica todo su tiempo á defender la verdad contra los artificios de la mentira, y á sostener la magestad de las leyes con la prudencia de sus decisiones, no ha de esperarse el mismo humor que de un hombre que nada tiene que hacer, digámoslo así, mas que pasear la capa, y hacer ostension de su garbo y gentileza, ó de otro cuyas funciones no cesigen aquella gravedad y aquella aplicacion continua y propia de un juez.

La Divina Providencia nos ha dado á cada uno nuestra cruz, y quiere que la llevemos con paciencia. Quiere así mismo que nos ayudemos mutuamente á llevarla, ausiliando cada uno á los otros, á proporcion de las fuerzas y de los talentos que ha recibido. No nos quejemos de que es demasiada nuestra carga: porque ¿somos por ventura nosotros mas sabios que la misma Sabiduría que nos la ha impuesto?

Dios ha hecho todas las cosas con peso, número y medida; y en la desigualdad aparente de condiciones se encuentra una perfecta igualdad de bienes y de males, de felicidad y de desdicha. Sométete, pues, hija mia, sin murmurar, á las disposiciones de este supremo Señor del uni-

verso, y como Job, recibe de su mano igualmente lo próspero que lo adverso.

Haz tambien alguna reflexion sobre tus propios defectos, y esto te dará mas fortaleza para llevar mejor los de tu marido. Esto hará tambien que se abrigue en tu corazon aquella bondad compasiva y aquella atencion cariñosa de que habla el apóstol San Pedro en el pasage que te he citado al principio de este capítulo.

Tu necesitarás de la indulgencia de tu marido así como él de la tuya. Si al principio no hay en esto una igual proporcion, es muy factible que la haya despues. Has de contar, hija mia, con que las enfermedades, los cuidados y los demas males que nos acompañan en esta vida, te irán robando insensiblemente todas tus gracias y atractivos, desminuirán mucho tu alegría y tu buen humor, y te harán tambien incómoda y molesta. Estas enfermedades y males no estan muy léjos de tí; porque ordinariamente estan cercanos á la edad en que te hallas, y tu caminas rápidamente hácia ellos, sin que te sea posible evitarlos.

Los obsequios, las atenciones, los respetos que regularmente prodiga el hombre á la muger antes del matrimonio, son débiles fiadores de la conducta que tendrá despues de casado. No esperes que en tu marido deje de suceder la misma

mudanza á corta diferencia que en los demas. Por lo comun así el hombre como la muger antes de casarse, muestran un genio mas dulce y apacible, mayor complacencia, y mas mérito del que realmente tienen. Muy léjos de querellarte de esta mudanza, mírala antes bien como un mal necesario que puede evitar otras incomodidades. Si el marido y la muger tuviesen que estar alerta toda su vida para ocultarse mutuamente sus defectos, ¿qué tormento tan penoso, que sujecion tan molesta no seria esta continua vigilancia? Yo dudo, que aun cuando alguno lo emprendiese pudiese conseguir su fin.

Recibe cortesmente á los amigos de tu marido, sin esceptuar ni aun á los que conozcas que vienen á visitarle por asuntos que tu repruebas con razon. Trabaja secretamente en alejar á los de esta clase; pero anda en ello con muchísimo tiento y cautela, porque de otra suerte ellos procurarian perderte en el ánimo de tu marido. Le inspirarian la idea de que no es dueño en su casa; le representarian que tu eres un observador inquieto y peligroso, cuya vista no pueden sufrir; emplearian en fin todos los medios que sugiere la malicia para indisponerle contigo, y en vez de conseguir tu buena intencion de llevarle á la virtud, le verias alejarse mas de ella.

Sucede con frecuencia el encapricharse los

hombres á favor de algun criado, de manera que este tema llega hasta el punto de dejarse gobernar en todo por él. Si tu marido cae en esta flaqueza, no emprendas de golpe triunfar sobre un tal competidor: este es un asunto que requiere mucha prudencia y circunspeccion. No pienses llevarlo al cabo con facilidad. Aun yo seria de parecer que desistieses de la empresa, si median razones poderosas para creer que la confianza de tu marido está bien fundada; y en este caso, lejos de trabajar para destruirla, será bueno que la apruebes en todas las ocasiones que se presenten. Este es tal vez el medio mas seguro, para que tu marido la divida entre tí y aquel criado fiel, y aun para que tu conserves en su corazon el lugar preferente que se te debe. Para asegurar mejor el buen óesito de tan justa pretension, no pongas tu confianza en tus gracias exteriores que pasan instantáneamente, y aun con mas rapidez á los ojos de un marido que á los de los otros hombres. Procura granjearle su estimacion y su afecto con tu virtud, con un genio apacible é indulgente, con un procedimiento ingenuo, sin malicia ni doblez, y con una atencion continua á todo aquello que pueda ser útil á tu familia.

Algunas mugeres viven en su casa como si fuesen estrañas de ella, sin examinar por me-

nor lo perteneciente á su direccion y gobierno; y en esto faltan á una de sus obligaciones esenciales. Tu, hija mia, no desprecies en la tuya las mas pequeñas menudencias; atiende á todo, y ten economía, en el vestir, en los muebles, en la mesa y en los demas gastos, así comunes como extraordinarios. Cuida de que nada falte de lo necesario á tus hijos y criados; pero cercena todo lo supérfluo. Haz que reine en tu casa el orden, el silencio y el temor de Dios; y cree que tu marido no te negará aquellas prerogativas y distinciones debidas á una muger, que hace consistir su principal gloria en el cumplimiento exacto de todas sus obligaciones.

Lo que acabo de decirte sobre la conducta que ha de tener una muger en orden á su marido, y la paciencia con que está obligada á sufrir sus mayores defectos, puede hacerte comprender cuanta razon tenia San Pablo, de preferir el celibato al matrimonio. Este Santo dice que el no casarse *es bueno á causa de la necesidad que apremia á sufrir los cargos del matrimonio*: que los que se casan *quebranto tendrán de la carne*, por las incomodidades y disgustos que trae consigo el estado: que *la muger soltera y la virgen, piensa en las cosas del Señor, para ser santa de cuerpo y de alma*; mas *la muger casada piensa en las cosas que son del mundo*,

y como agradar al marido (1). Creia, pues, este grande apóstol que el estado de una vírgen que consagra á Dios su cuerpo y su corazon, es mas perfecto, mas dichoso, y mas libre de los cuidados é inquietudes de esta vida, que el de una casada; pero cuanto mas perfecto es este estado, tanto mas peligroso es empeñarse en él temerariamente. Es preciso consultar antes con toda la atencion posible, las inclinaciones que mas dominan en el corazon, y escuchar la voz del Señor que se hace sentir en las almas que acuden á él con toda verdad y sinceridad. Guárdate mucho, hija mia, de que ó un celo indiscreto, ó algun descontento particular, ó el temor de los reveses, oposiciones y penas que se han de sufrir en este mundo, ó los intereses de familia, ú otra mira temporal, te hagan abrazar un estado en el que los que entran sin ser llamados del Señor, no encuentren sino abrojos, espinas y miserias espantosas. Cada uno, dice San Pablo, tiene de Dios su propio don: el uno de una manera, y el otro de otra. Digo tambien á los solteros, ::: que les es bueno si permanecen así. ::: Mas si no tienen don de continencia: cásense: porque: mas vale casarse que abrasarse (1).

1) Carta primera á los Corintios, cap. vii, v. 26, 28 y 34.

2) En la misma Carta y capitulo, v. 7, 8 y 9.

Si el Señor te llamare al matrimonio, considéralo en algun modo como un remedio para tu flaqueza, y saca de esta consideracion un nuevo aumento de humildad. Nadie comunmente se sirve de los medicamentos sino con una suerte de aversion, por la sola necesidad, y con prudencia. De este modo ecsige la piedad que se porten los Cristianos en órden al matrimonio. Acuérdate que su institucion es divina, que sus vínculos son sagrados é indisolubles, y por consiguiente, en la eleccion que hicieres de marido, guárdate de seguir los consejos de un amor ciego, ó de una ambicion desmesurada, ó de un vil interes. El matrimonio es un sacramento cuya santidad debes respetar. No lo hagas servir para un vergonzoso libertinage; y bajo los estandartes de Jesucristo no peles por el demonio y por el mundo. El apóstol San Pablo, esortando á los Hebreos á varios ejercicios de virtud, les dice tambien: *Sea honesto en todos el matrimonio y el lecho sin mancilla; porque Dios juzgará á los fornicarios y á los adúlteros* (1).

1) Carta á los Hebreos, cap. XIII, v. 4.



CAPITULO XXXVI.

DE LA APACIBILIDAD.

Hija mía, en todas tus palabras y acciones manifiesta un genio dulce, mucha apacibilidad. Nunca se puede cultivar demasiado una virtud que San Pablo recomienda tanto en muchos pasajes de sus cartas, y que Jesucristo apreció y practicó particularmente mientras vivió sobre la tierra. *Aprended de mí*, dice este Señor, *que soy manso y humilde de corazon; y hallareis reposo para vuestras almas* (1). Advierte en estas palabras, que Jesucristo junta la apacibilidad con la humildad, porque son verdaderamente dos virtudes inseparables. Quiere que moren ambas en nuestro corazon; porque lo contrario es hipocresía, es impostura, es parecerse á aquellas frutas imitadas al natural, que sorprenden á primera vista nuestra credulidad, pero cuyo artificio reconocemos un momento despues. Promete, por último, á los que son dulces y humildes de corazon el reposo de sus al-

1) En el Evangelio de San Mateo, cap. xi, v. 29.

mas. ¿Qué mayor recompensa podia prometer-
nos? ¿No es este reposo lo que todos anhelamos?
En otro parage nos dice el mismo Señor, que
si no nos hiciéremos semejantes á los niños, no
entraremos en el reino de los cielos (1). ¿Y qué
hace mas apreciables á los niños que la manse-
dumbre y dulzura de genio? San Juan Bau-
tista, *mirando á Jesus que pasaba, dijo: He
aquí el cordero de Dios* (2). Nadie ignora que el
cordero es símbolo de la apacibilidad.

Esfuérzate pues, hija mia, á adquirir la po-
sesion de una virtud tan amable. Se dice que
la mayor parte de las mugeres se muestran mas
apacibles fuera de su casa que dentro de ella.
Podria añadirse, que la apacibilidad de tales
mugeres no es mas que aparente: porque la
verdadera, no se manifiesta menos en lo inte-
rior de la casa con un marido enfadoso, y con
unos hijos traviesos é indóciles, que en el
mundo, y entre aquellas personas cuya estima-
cion se desea ganar. Sé dulce y benigna en todo
tiempo; en la fortuna próspera y en la adversa;
en la alegría y en la afliccion; cuando se te
hable en términos obsequiosos y corteses, y
cuando con acedia y aspereza; sea que las cosas

1) En el mismo Evangelio, cap. XVIII, v. 3.

2) Evanhelio de San Juan, cap. I, v. 36.

vayan segun tu deseo ó de un modo opuesto; sea por último en las ocasiones de esplendor, ó en las de poca importancia. No te dejes llevar por los caprichos del mal humor. Si solo eres apacible cuando tu genio te inclina á serlo, ó en aquellos lances en que tu propio interes no te permite manifestarte áspera ¿que harás en esto que no lo hagan tambien todos aquellos que viven mas desviados de las máximas del Evangelio.

No se ve en la naturaleza que un mismo árbol produzca parte de frutos dulces y parte de amargos; porque todos participan igualmente del mismo jugo que circula en él: así todas las palabras y acciones de una persona verdaderamente apacible llevan consigo el carácter de la apacibilidad. Esta es la señal menos equívoca de la caridad. Por ella, si el Señor te llamare al estado del matrimonio, llevarás con benigna paciencia los defectos de tu marido, cualesquiera que sean; quitarás la mayor parte de su amargura á las necesidades de la vida presente, á aquellas aflicciones que sienten los casados: y las mismâs cosas que son para los demas ocasion de ruina, te servirán á tí para ganar el reino de los cielos.

CAPITULO XXXVII.



DE LA CONDUCTA DE UNA MADRE DE FAMILIA EN ORDEN A SUS HIJOS.

Si entrases en el estado del matrimonio y Dios te diere hijos, dedica todos tus cuidados á su educacion. Aplícate con desvelo, y desde sus mas tiernos años, á inspirarles el santo temor de Dios, el horror al vicio, el amor á la virtud, la caridad para con los pobres, la inclinacion al trabajo, mucha moderacion, mucha dulzura y mucha modestia. No te muestres sensible á sus cariños, si no van acompañados del respeto. Acostúmbrales á reparar en tí un rostro severo siempre que han faltado á su obligacion, y á juzgar por tus miradas y por el tono de tu voz, mas bien que por tus palabras, que estás descontenta de su conducta. Tu semblante severo ó festivo, es el castigo ó el premio de que te has de valer mas amenudo con ellos.

No les des á conocer que reparas todas sus faltas, sino procura á buscar y conocer el principio de ellas, para destruirle poco á poco. No se te fije la idea de hacerlos perfectos en poco

tiempo. Los progresos de los unos serán mas rápidos, y los de los otros mas lentos. Esto depende principalmente de la disposicion del hombre al nacer, de su mayor ó menor vivacidad, y de la inclinacion ó aversion que tiene cada uno á lo que se les hace aplicar. Así ves algunos árboles que producen sus frutos precoces desde la primavera, y otros mas tardíos, que no los dan hasta el verano y el otoño. Manifiesta á todos tus hijos una dulzura igual. Si por desgracia no te fuere libre dejar de querer á uno de ellos mas que á los otros, no muestres jamas al exterior esta predileccion. De ella dimanar muchas veces, como de su verdadero principio, divisiones funestas en las familias.

Guárdate mucho de desalentarlos con castigos demasiado frecuentes; porque se habituarían á ellos y se harían protervos. No pases repentinamente de las correcciones á las caricias, sino deja que medie entre uno y otro un intervalo razonable. Tu enojo contra ellos no ha de pasar como un relámpago, á fin de que teman tanto mas el dar lugar á él, cuanto conozcan que es mas difícil el aplacarle. En toda tu conducta para con ellos, guíate siempre por las luces de la razon, y nunca por los impulsos del mal humor ó del ardor del temperamento.

Enséñales á ser obedientes y dóciles. Reúsa-

les de tiempo en tiempo alguna cosa de las que pidieren; porque sino, cuando te hallases en el caso de no poder satisfacerles, por pedirte alguna cosa ó imposible ó perniciosa para ellos mismos, mirarian tu denegacion como una injusticia, ó como una falta de cariño: en vez de que si les habituas temprano á sentir su dependencia, no tomarán á mal el que no accedas á todos sus deseos, y recibirán como una gracia, aun aquello que no podrias con justicia negarles. La enseñanza de esta sumision has de comenzarla desde que estan todavía en mantillas.

Ama de corazon á tus hijos. La ternura materna hace siempre honor á una muger. Mas este amor no te haga hablar de ellos sin discrecion en la sociedad. Nada es tan ridiculo, como el bablar continuamente á las gentes de cosas que no les interesan, y que muy amenudo no merecen atencion alguna. Usa de mucha circunspeccion en las caricias que les hagas; porque estas son un veneno para la mayor parte de los niños. Te he dicho que no manifiestes mas amor á uno que á otro. Si obrares contra mi consejo, sembrarás entre ellos las semillas de los celos, y de una aversion que tal vez producirá un dia efectos muy perjudiciales.

Aplicate á estudiar con cuidado las inclinaciones de cada uno desde muy niños; porque

como lo advierte Salomon, *por sus inclinaciones se conoce en el niño, si sus obras serán limpias y rectas* (1). Sobre el conocimiento que te dé este estudio, has de arreglar tu conducta para con ellos, y resolverte á destinarlos á ciertas cosas mas bien que á otras. Es necesario, cuanto sea posible, hacerles dedicar temprano á lo que han de hacer toda su vida. El tiempo es corto y precioso; y así cuanto mas pronto empiece el hombre á utilizarse de sus ventajas, tanto mejor partido sacará de él. Mas en esto, hija mia, toma los consejos de personas sabias, ilustradas y de sana intencion.

Emplea con ellos la dulzura y la paciencia; alguna vez un semblante severo; pero nunca la familiaridad. En ninguna ocasion te has de servir de voces ásperas y duras; para darles á conocer tu descontento. No los reprendas fuera de sazón; porque sino tendrían menos confianza en ti, y creerían que les riñes sin razon aun cuando la tuvieses para hacerlo. No los eduques por medio del temor. Por este medio solo lograrás que hagan de mala gana cuanto les mandes, y que miren con aversion cuanto quieras que aprendan. El temor les apocará el espíritu, y los criará melancólicos, taciturnos, molestos, des-

1) Libro de los Proverbios, cap. xx, v. 11.

corteses, intratables, y apasionados solamente á los vanos pasatiempos. Siempre tu severidad ha de andar acompañada con la ternura materna.

Cuando te halles en la precisión de corregirlos, convénceles primeramente de su falta. No basta que sean culpables á tus ojos; es menester que lo sean tambien á los suyos: de otro modo, murmurarian en su interior de tu injusticia, y el castigo solo serviria para hacerlos mas indóciles. Los niños tienen cierta sensibilidad, la cual bien manejada puede ser un gran recurso para conseguir de ellos lo que se quiera. Si con frecuencia hablas de ellos con desprecio en presencia de las gentes, destruirás esta sensibilidad. Repréndeles á solas y con amor; y cuando te creas obligada á hablarles con un tono fuerte y severo, mezcla sin embargo entre las expresiones de tu rigor algunas voces afectuosas, que les dejen ver como por un resquicio tu ternura. De este modo se harán mas sensibles á tu indignacion, y quedarán mas mortificados siempre que hayan dado lugar á ella.

Por poca que sea su edad, nunca andarás bastante mirada en su presencia. Tu ejemplo puede serles muy ventajoso ó nocivo, segun que sea bueno ó malo. Como no tienen todavía hábitos bien formados, los niños se inclinan natu-

ralmente á imitar aquello que ven hacer á los otros, y mayormente á sus padres. De aquí es que aprenden insensiblemente la lengua que oyen hablar con mas frecuencia sin que parezca que pongan en ello la menor atencion.

Mira con mucha consideracion y respeto á las personas á quienes confiarás el cuidado de la educacion de tus hijos. Mas antes de determinarte en la eleccion que has de hacer de ellas, infórmate muy ecsactamente de su carácter, de su capacidad, de su genio, de sus modales, y con especialidad de sus costumbres. Si les das un maestro bronco, colérico, perezoso, grosero é incivil, puedes esperar que muy pronto serán tus hijos unas perfectas copias de semejante original.

Enseña á tus hijas á ser modestas, dóciles, apacibles y corteses; á ser amigas del orden y del aseo; á hablar poco y modestamente; á hacer todas las cosas con gracia; á no mentir jamas; á ser piadosas y benéficas, y á huir la ociosidad. Sobre todo atiende mucho á no darles ni maestros, ni maestras, ni criados, que puedan inspirarles otros sentimientos, sea con sus palabras ó con su ejemplo.

Tendria mucho mas que decirte sobre este punto, pero esto me llevaria demasiado lejos. Añadiré solamente, que no has de decidir por

ti sola la eleccion de un estado para tus hijos. Se ha de consultar antes , primeramente á Dios, y en segundo lugar las inclinaciones de cada uno. Si los formas segun la piedad , ellos no emprenderán cosa alguna sin el Señor ; y si te dedicas á observarlos con cuidado , conocerás tambien para que estado son mas propios. De este modo , obrando de concierto con ellos , y no segun tu gusto y tus miras particulares , tendrás el consuelo de verlos entrar en el camino que Dios les haya señalado.



CAPITULO XXXVIII.



DEL MODO DE PORTARSE CON LOS CRIADOS.

Tus criados son hermanos tuyos en Jesucristo. Dios quiere que los mires como á tales; que seas benigna con ellos, y que los trates con humanidad. El apóstol San Pablo, despues de haber dicho: *Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y con respeto, en sencillez de vuestro corazon, como á Cristo : ::: sirviendo con buena voluntad, ::: sabiendo que cada uno recibirá del Señor aquel bien ó mal que hiciere, ya sea siervo ya libre ;* añade luego: *Y vosotros los Señores, haced eso mismo con ellos, dándoles lo que la equidad y justicia eesigen, dejando las amenazas ; sabiendo que el Señor de ellos y el vuestro está en los cielos, y que no hay escep- cion de personas para con él (1).* Habla el santo Job de su humanidad para con quien se ve reducido á servir, y dice: *¿Por ventura el que en la madre me hizo á mí, no le hizo á él tambien,*

1) Carta á los Efesios, cap. vi, v. 5 y sig., anotado por el P. Scio.

¿ y no fué uno el que nos formó en la matriz ? (1)

Se vé en la persona de Onesimo, esclavo de Filemon, la caridad de San Pablo aun para esta clase de hombres, los mas despreciados á los ojos del mundo. Este Onesimo se escapó de la casa de su señor, y se fué á Roma á encontrar á San Pablo, que se hallaba preso y encarcelado en aquella ciudad por la defensa de la Fé. Este Santo apóstol, despues de haberle convertido, le envió otra vez con una carta en su favor á Filemon, en que le decia: *Te ruego por mi hijo Onesimo, el que yo he engendrado para Jesu-cristo en las prisiones, haciéndole cristiano por medio de mi ecsortacion; el que en algun tiempo te fué inútil, mas ahora es útil para tí, y para mi: el que te he vuelto á enviar: y tu recíbelo como á mis entrañas (1)*. Esta ternura del Apóstol por un esclavo, condundirá un dia la dureza y la barbarie de ciertos amos, que miran á sus criados como hombres de una naturaleza diversa de la suya, que nunca les hablan sino con fieros, amenazas y palabras injuriosas, y que por las menores faltas les tratan del modo mas indigno.

1) Libro de Job, cap. xxxi, v. 15.

2) Carta á Filemon, v. 10. Este Filemon habia sido convertido á la Fé por la predicacion de S. Pablo.

Tu , hija mia , no procedas jamas de un modo tan opuesto al amor que Dios nos manda tener á nuestro prójimo. Ecsigé de tus criados el cumplimiento de las obligaciones á que se han ligado ; pero endulza cuanto puedas la desgracia de su condicion , muy léjos de aumentarla con modales duros y desdeñosos. Imponte una ley inviolable de pagarles ecsactamente su salario , que no puedes reusarles sin una extrema injusticia. *Quien quita el pan del sudor , dice el Eclesiástico , es como el que mata á su prójimo. Quien derrama sangre , y quien defrauda al jornalero , hermanos son* (1). Corren parejas en su iniquo proceder los que así se portan.

Ama á tus criados , trátalos con afabilidad , favorécelos en la ocasion ; pero conténlos siempre en la línea del respeto. Nada digas ni hagas en su presencia , que puedan interpretar siniestramente. No hables tampoco de tus negocios delante de ellos ; porque ordinariamente los secretos de las familias se hacen públicos por su conducto. Hoy te sirven á tí , y puede que dentro de pocos dias sirvan á otro ; lo que puede suceder ó por tu falta ó por la suya. Míralos como censores perpetuos de tus palabras y acciones , sin que por eso les quieras mal. Razonablemente

1) Libro del Eclesiástico , cap. xxxiv , v. 26

no puedes esperar otra cosa de unas gentes por lo comun sin nacimiento, sin educacion, descontentos de su fortuna, envidiosos de la agena, casi siempre ociosos, y mas aplicados á estudiar los defectos de sus amos, que los medios de grangearse su benevolencia.



CAPITULO XXXIX.



DE LAS REGLAS QUE DEBEN OBSERVARSE PARA FORMAR JUICIO DEL PRÓJIMO.

ARREGLA tu estimacion sobre el mérito y la virtud. Esto solo es lo que ha de entrar en la balanza. *No quieras despreciar al hombre justo pobre, ni quieras engrandecer al hombre pecador rico* (1). No contemples las dichas ó desgracias particulares de los otros, como señales sensibles de los juicios de Dios, ó para castigar sus delitos ó para galardonar sus virtudes. Los designios de Dios son impenetrables; y nuestra vista no es bastante perspicaz para discernir entre las señales de su misericordia y las de su justicia, que con frecuencia se parecen unas á otras.

No juzgues temerariamente; porque la virtud se halla oculta muchas veces bajo las apariencias del vicio, y este se cubre á menudo con el velo de la virtud. Se necesita algun tiempo para reconocer á esta, y para descubrir los artificios

1) Libro del Eclesiástico, cap. x, v. 26.

de aquel ; y la precipitacion en juzgar ordinariamente hace que nos engañemos. *A nadie vituperes antes de informarte, y cuando ya hubieres preguntado reprende justamente* (1). *No seguirás la muchedumbre para hacer mal : ni en juicio te acomodarás al parecer de los demas, de modo que te desvies de la verdad* (2).

Nunca puede ser demasiada la circunspeccion cuando se trata de formar juicio del prójimo. Es preciso, si lo esige la verdad, tener bastante firmeza y resolucion para hacerle justicia, aunque se haya de arrostrar una preocupacion casi general. Tal es injusto hoy, que mañana puede ser justo, y el justo puede caer de un momento para otro. Abstente, hija mia, de juzgar á los otros, y cuando no puedas dispensarte de hacerlo, inclínate siempre á la parte de la indulgencia; porque, dice Jesucristo: *No queráis juzgar para que no seáis juzgados, pues con el juicio con que juzgareis sereis juzgados, y con la medida que midiereis, os volverán á medir* (3).


Hay algunos que por falta de atencion, de destreza ó de fortuna, parecen mas culpables de lo que realmente son. Nosotros no vemos las

1) Libro del Eclesiástico, cap. xi, v. 7.

2) Libro del Exodo, cap. xxiii, v. 2.

3) Evangelio de S. Mateo, cap. vii, v. 1 y 2.

cosas, digámoslo así, sino con los ojos de la carne: esto es por su superficie, y sin penetrar en lo interior. Por esto se sustraen á nuestra vista los verdaderos motivos de muchas acciones humanas, y las causas así remotas como inmediatas que las producen. Hay entre los hombres una infinidad de modos de obrar, ridículos en la apariencia; pero cuyos principios son muy prudentes y muy sólidos.



CAPITULO XL,



DE LA MORTIFICACION DE LOS SENTIMIENTOS.

HABITUATE, hija mia, á mortificar tus deseos, no menos que tu cuerpo. *No vayas en pos de tus concupiscencias, y apártate de tu propia voluntad* (1). *Castigo mi cuerpo, decia el apóstol San Pablo, y lo pongo en servidumbre, porque no acontezca que habiendo predicado á otros me haga yo mismo reprobado* (2). Con estas palabras te enseña el Apóstol á sujetar el cuerpo á la obediencia que debe tener al espíritu, y á sostener con todas tus fuerzas el imperio que este debe ejercer sobre aquel. Este imperio consiste en ser modesta en tus miradas, circunspecta en tus palabras, decente en tus acciones, sobria en tu comida, paciente en los males que Dios te envíe, y benéfica hasta con tus enemigos; en huir la ociosidad y todo lo que halaga los sentidos, y en luchar continuamente contra los apetitos desordenados de la carne. Rompe

1) Libro del Eclesiastico, cap. XVIII, v. 30.

2) Carta primera a los Corintios, cap. IX, v. 27

los proyectos que el demonio mancomunado con ella podria formar, al parecer para tu deleite; pero en la realidad para tu ruina y perdicion. Este es el mejor medio de mortificar tu cuerpo y reducirlo á la sujecion.

Ayuna; pero con las disposiciones que el mismo Dios te enseña en los libros santos. *¿Porque ayunamos, y no lo miraste, humillamos nuestras almas y te desentendiste?* El profeta Isaias, suponiendo esta objecion como hecha á Dios por los Israelitas, les responde por mandato y en nombre del mismo Señor: *He aquí que en el dia de vuestro ayuno se descubre vuestra voluntad, y repetis contra todos vuestros deudores. Haced lo que quereis, y no lo que Dios quiere. ¿De que sirven vuestros ayunos, si en ese mismo dia que ayunais, no haceis otra cosa que seguir y satisfacer en todo vuestros apetitos y pasiones, y no atendeis á la ley que os manda no ser severos con vuestros hermanos? He aquí que ayunais para pleitos y contiendas, y heris con el puño sin piedad; maltratando de palabra y de obra á vuestro prójimo. No ayuneis como hasta este dia, para que vuestro clamor sea oido en lo alto. El ayuno que yo escogí ¿consiste acaso en que un hombre aflija su alma por un dia, ¿ó que tuerza su cabeza como círculo, encorvándose y fingiendo flaqueza y que haga cama de saco y de*

ceniza? ¿Por ventura llamarás este ayuno y día aceptable al Señor? ¿Por ventura el ayuno que yo escogí, no es antes bien este? Rompe las ataduras de impiedad, desata los hazecillos que deprimen, despacha libres á aquellos que estan quebrantados, y rompe toda carga que oprime al prójimo. Parte con el hambriento tu pan, y á los pobres y peregrinos mételos en tu casa: cuando vieres al desnudo, cúbrelo, y no desprecies tu carne, cual lo es la de tu pobre hermano. Entónces tu lumbre saldrá como la mañana, resplandecerá para tí como una hermosa aurora la luz de la divina gracia; y tu justicia irá delante de tu cara, es decir que la justa misericordia que usares con los pobres te precederá como una antorcha luminosa que alumbrará tus pasos para que sigas sin tropiezo el camino recto, y te recogerá la gloria del Señor. Entónces invocads al Señor; y te oirá: clamarás, y dirá aquí estoy (1).

Hija mia, no hay mérito alguno en ayunar del modo que ayunaban los Israelitas de quienes habla el profeta Isaías. De nada sirve el humillar su alma por un día, el vestirse de saco y cubrirse de ceniza, si en medio de estos aparatos de mortificacion, está el corazon lleno de afec-

1) Profecía de Isaías, cap. LVIII, v. 3 y siguientes, anotados por el P. Scio.

tos desordenados, y no ecsiste en él la caridad para con el prójimo. Si quieres, pues, que tu ayuno y mortificacion sea agradable al Señor, empieza por romper las cadenas de la impiedad, es decir, todos los vínculos que te tengan ligada al mundo y apartada de Dios. Depon la carga de los pecados que te opriman. Suelta y echa de tí los malos hábitos. Despréndete de tu propia voluntad. Socorre y alivia á los pobres, y á los quebrantados por la afliccion.

CAPÍTULO XLI.

DEL RESPETO A LOS TEMPLOS Y DE LA VERDADERA PIEDAD.

MI solicitud por ti no debe olvidarse, hija mia, de recomendarte estrechamente el respeto debido á los templos del Señor. Mira que no te pervierta el ejemplo. Nunca te avergüenzes de servir á Dios, y de estar con mucha compostura y reverencia ante el trono de este Señor, á cuya vista hasta los ángeles estan con un temor respetuoso. *Guarda tu pie al entrar en la casa de Dios*; dice Salomon (1). Mira con que disposiciones entras y te mantienes en ella. Seria incomparable tu desgracia, si en el dia de la venganza te dirigiese el Señor en particular aquellas palabras que dijo con tanto ceño á los que encontró ocupados en vender y comprar en el templo de Jerusalem: *Escrito está: Mi casa, casa de oracion será llamada: mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones* (2). Está notado en el Evangelio, que J. C. derribó y arrojó por

1) Libro del Ecclesiastico, cap. 18, v. 17.

2) Evangelio de S. Mateo, cap. xxi, v. 13.

el suelo las mesas de los cambistas, y los asientos de los que vendian palomas. Esta es la única ocasion que en todo el curso de su vida se le vió servirse de su soberana autoridad: y con todo, hija mia, aquel templo no era mas que el tipo ó figura de nuestras iglesias. No puede dudarse, pues, que Dios castigará muy severamente á los que con su inmodestia profanan su templo santo.

Los Cristianos de estos tiempos estan muy distantes de la piedad de los primitivos, de quienes se dice en los hechos de los Apóstoles: *Y diariamente perseveraban undnimamente en el templo* (1).

La fé está de tal modo adormecida, que son pocos los que aun en los dias festivos dan al Señor un cuarto de hora para adorarle é implorar sus gracias con sencillez de corazon. Al ver el modo con que la mayor parte de los hombres y mugeres estan en las iglesias, casi podria juzgarse que no creen estar en la presencia del Señor del universo, del Rey de los reyes, del Juez soberano que ha de juzgar un dia á todas las naciones. El respeto que te recomiendo, no consiste en que puesta en el templo, estés continuamente levantando los ojos al cielo, ó que

1) Cap. ii, v. 46.

parezcas como arrobada, ó que ores al Señor con una voz tan ínteligible que puedan oírte los que estan al rededor de tí, y no puedan orar ellos mismos. Lo que quiero decirte es, que adores á Dios en lo interior de tu alma, y que tu cuerpo se mantenga tranquilo en una postura naturalmente mesurada.

Si te vieres empeñada en el estado del matrimonio, y precisada á vivir en el mundo, retírate de tiempo en tiempo de los embarazos terrenos, absteniéndote voluntariamente de las cosas permitidas, para aplicar tu espíritu al santo ejercicio de la oracion. Este es un consejo del apóstol San Pablo. No des en el capricho de una austeridad escesiva que repruebe hasta los mas inocentes placeres. La piedad no destruye los sentimientos de la naturaleza, aunque sirva para contenerlos dentro de los límites que les prescribe la Religion. Ella es un auxilio, un freno contra la violencia de nuestros apetitos desordenados, una luz que nos preserva de las tinieblas del error, y un manantial de verdaderos deleites: el buscar otros, es no tener gusto ni discernimiento, es caminar á oscuras. Muy léjos de sujetarnos, la piedad nos eleva sobre nosotros mismos, y nos liberta de la tiranía de las pasiones. Lo que ella nos propone, vale infinitamente mas que todo lo que podemos esperar

del mundo: porque desapegándonos de las criaturas nos une á Dios, y alejándonos de las grandezas perecederas, nos hace aspirar á otras que no han de tener fin, á la felicidad eterna.

Los niños que empiezan á andar solos, caen casi siempre que quieren apresurarse. Lo mismo nos sucede cuando queremos precipitar nuestros pasos en el camino de la virtud; cuando emprendemos cosas sobradamente difíciles, cuando queremos correr, pudiendo apénas caminar, y cuando con alas todavía débiles queremos remontarnos muy alto. Fortificate primero, hija mia, en el hábito de obrar bien: camina pausadamente á la perfeccion: no imites á aquellos viajeros imprudentes, que hacen al principio de su viage largas jornadas, y luego se ven precisados á pararse, ganándoles con esto la delantera aquellos á quienes habian dejado muy atrás. La verdadera piedad no ha de ser como una especie de calentura, que tiene sus accesos; sino que ha de parecerse á los rios que aumentan el caudal de sus aguas á proporcion que se acercan á dar su fin en el mar.



CAPITULO XLII.



DEL MUNDO. *Lo que es el mundo.*

El mundo está lleno de escollos, no solo para la salud del alma, sino tambien para la fortuna, para la reputacion, para la amistad, cosas todas muy dificiles de adquirir, y aun mas de conservar: pues el menor capricho puede hacer que las perdamos. Puedes muy bien, hija mia, hacerte digna del aprecio del mundo, sin aflojar un punto de tu virtud; y aun te aseguraré que este es el medio mas propio para echar un candado á la boca de la envidia y de la murmuracion, y para fijar la incertidumbre de los juicios humanos. En general, son estimados en el mundo todos aquellos que no siguen el alcance de los otros para adelantarse á ellos; que se mantienen tranquilos en su estado; que á nadie miran con desprecio; que hablan raras veces de sí mismos, y si lo hacen, es con la mayor modestia; que son veraces é ingenuos en sus palabras; en sus modales y en sus acciones; que son apacibles, complacientes, justos, razonables, sin preocupacion, afables en la prosperidad, nunca pesados en la desgracia,

pacientes en sus males, y sensibles á los del prójimo. Un verdadero cristiano es todo esto y aun mas.

Encontrarás en el mundo las mas bellas apariencias de sinceridad, y bajo la corteza de la buena fé, una disimulacion casi impenetrable: mucha alegría y contento al exterior, y casi ninguna satisfaccion interior; muchos y grandes placeres en la imaginacion, que pasarán como un sueño, y que las mas veces serán seguidos de un tedio y tristeza, cuya verdadera causa no podrás distinguir: mucho oropel y poca realidad: las mas especiosas demostraciones de afecto y de estimacion, y muy pocas pruebas verdaderas de uno y otro. Verás al pobre abatido y despreciado, y aplaudido el rico elevado sobre sus solas riquezas. Verás en fin un trastorno general y continuo de las grandes verdades que hasta aquí te he enseñado. ¿Feliz tu, si como el Santo Loth te conservas pura en medio de las llamas de la impureza, si como este Patriarca eres justa en tu vista y en tu oído (1), no acostumbrándote á ver y oír sin desagrado las iniquidades de los mundanos, y si te aplicas á meditar todos los dias sobre tu último fin, y sobre el galardón que te aguarda en el término de tu carrera.

1) Carta segunda de S. Pedro, cap. 11, v. 7 y 8.

Si no te portas en el mundo con mucha reserva, no podrá tu inocencia sola ponerte á cubierto de los malos juicios. El defecto de circunspeccion es tan nocivo en él como la falta de virtud. Hallarás muchas gentes de tal suerte inclinadas á pensar mal, que les bastan para ello las mas ligeras apariencias. Las mugeres, y principalmente aquellas cuya conducta no es muy regular, nada te perdonarán porque gustan de poder apoyarse sobre ejemplos que al parecer hagan mas excusables sus vicios; y cuando se les presenta ocasion de hablar contra las que son tenidas por virtuosas, nada se les escapa, y procuran sacar ventaja de todo. De no proceder en el mundo con el recato de que te hablo, á mas del inconveniente que acabas de oir, nacerá tambien el que algunos hombres crean poderse arriesgar á hablarte de lo que no debieran. Aunque el suceso de su conversacion no corresponda á su esperanza no dejarán de referirlo despues de un modo que puede ser nocivo á tu reputacion. Advierte bien lo que te digo, y sirva para tu precaucion; los hombres estan siempre dispuestos á lisonjearse, y las mugeres inclinadas á observarse mutuamente y hablar mal unas de otras. Aunque escenta de crimen, no dejarás de ser reprehensible, siempre que no sigas los consejos que te doy. Anda con mucho tiento en tus

miradas y en tus palabras. Sé tratable y cortés; pero sólo con prudencia y circunspeccion, y no olvides jamas, que supuesto el carácter de la mayor parte de los hombres, el trabar con ellos una larga conversacion de aquellas que solo giran sobre materias frívolas y vanas, es darles aso, y prestarles cómoda ocasion para burlarse de tí y chancearse de tu facilidad. Aunque te hayas defendido de los ataques de sus peligrosos discursos, con toda la firmeza, cordura y honestidad posible, de la duracion misma del combate se sacarán consecuencias en detrimento de tu virtud. En semejantes encuentros, procura menos hacer alarde de tu ingenio, que manifestar aquellos sentimientos que inspiran respeto y moderacion.

Los hombres comunmente no hablan sino de aprecio y estimacion á las mugeres que creen prudentes y recatadas. Continuamente sale de su boca la voz del respeto, y continuamente estan faltando á él. Con estos modales revestidos de un exterior respetuoso, pretenden desarmar á la virtud, adormecer á la razon, é impedir que repare la muger el precipicio á que se han propuesto conducirla. Se sirven de este artificio, como de un cebo muy atractivo, y como de un lazo casi imperceptible, para sorprender su crédula vanidad. ¿Quiéres, hija mia, ser mas diestra que

ellos y triunfar de sus ardides? Fíjate en la cabeza la idea de que sus palabras estan llenas de ficcion y que sus intenciones son siempre injuriosas á tu gloria.

Por poco que te introduzcas en el mundo, conocerás desde luego que es un uso general entre los hombres el ponderar y ensalzar las gracias de las mugeres. Siempre tienen prevenido alguno de estos lisonjeros discursos para la primera que se presente. Cada una le toma como hecho de propósito para ella, y como si no hubiese servido para otras. ¡Dañosa credulidad, tanto mas difícil de evitar, cuanto halaga al amor propio! No solamente se complacen las mugeres y reciben con agrado estos obsequios de los hombres cuando estos dicen la verdad, sino tambien cuando faltan á ella. Si una muger es hermosa, ¿qué necesidad hay de decirse-lo? ¿Acaso no lo sabe? ¿No se lo dice mejor su espejo que los mas elocuentes discursos? ¿Es esto para ella algun nuevo descubrimiento, cuya noticia deba agradecer al que se la dá? Seguramente seria este un reconocimiento muy mal empleado. Alabar á una muger por la belleza que realmente tenga, y pretender hacerse un mérito con ella, es creerla muy boba; alabarla por la hermosura y gracias que no hay en ella, es un verdadero insulto, es como decirle á una

tuerta ó á una vizca, que tiene dos ojos como dos soles.

Las mugeres deberian ofenderse de los elogios que rinden los hombres á su sola hermosura; mas ya que esto no suceda, deberian por lo menos dar á conocer claramente que hacen de ellos el poco ó ningun aprecio que se merecen. Si las jóvenes nunca viesan cerca de sí mas que hombres enmascarados, seguramente no creerian en sus dichos, y harian muy poca impresion en su espíritu todas las ternezas y elogios que oirian de su boca. Pues ellas pueden contar con que se hallan en una situacion que ecsige todavía mayor desconfianza; porque si los hombres que las requiebran no llevan una máscara que oculte las facciones de su rostro, llevan otra que cubre y disfraza todos los sentimientos de su corazon.

Uno de los personajes que saben remedar los seductores, y el mas peligroso tal vez para una jóven, es el de un hombre sincero y sin doblez. Se revisten entónces de todo lo que se halla de mas elocuente y persuasivo en una persona ingenua; y á favor de estas engañosas apariencias de sinceridad, se facilitan el camino de llegar á la confianza de la muger. Tienen la sagacidad de convenir en que se hallan en ella algunos defectillos de poca consideracion; y esta fingida in-

genuidad los autoriza á hablar mas libremente de las buenas cualidades de que la creen mas prendada. Si temen que alabando la belleza del rostro ha de ser desechado su elogio, celebran entónces la gallardía del cuerpo, el donaire, el porte noble, el talle bien cortado, los ademanes graciosos, la suavidad de la voz, la delicadeza y penetracion del espíritu, ó en fin aquella prenda cuyo encomio conozcan ha de ser bien admitido. Hija mia, no te dejes engañar fácilmente por estos maliciosos artificios, que solo se dirigen á la seducccion. Si te aplicas al estudio de ti misma para conocerte bien, si formas una idea justa de lo que eres, de lo que vales, del mérito que tienes, sea en órden al cuerpo, ó con relacion al espíritu, si no pierdes jamas de vista el verdadero principio de todo lo bueno que hay en ti, los hombres se fatigarán en vano para prenderte con este lazo; todas sus astutas alabanzas solo servirán para acrecentar tu reconocimiento por aquel Señor de quien has recibido el ser y todo lo que tienes. De este modo no sacarán otro fruto de su artificio, que la confusion de ver frustrados sus inicuos proyectos. Fórmate una resolucion firme y constante de escuchar á los que te requiebren y galanteen, ensalzando con espresiones lisonjeras tus atractivos, del mismo modo que los hombres juiciosos, constituidos en alguna digni-

dad ó puesto eminente, escuchan á los aduladores, sabiendo que lo que les dicen es muy diverso de lo que piensan.

No sufras jamas las menores palabras ó acciones libres; en cuyo caso defiéndete con ánimo noble. No emplees para ello un aire altivo y desdenoso. La mayor parte de las mugeres en tales lances solo dejan ver su orgullo: tu no las imites en esto. Cuando un hombre se tome contigo alguna libertad, será porque dudará de tu virtud; pues en este caso, haz que ella sola se presente á desempeñarle y defenderte. No te defiendas, pues, poniendo un rostro ceñudo y colérico y mucho menos con palabras soberbias y ultrajosas; porque esto seria deshonar á la virtud, que en todo es amable, moderada y paciente. Un aire de severidad, acompañado de la dulzura y de la modestia, le sienta mejor que los modales altaneros y un desprecio injurioso. Con solas estas armas de la virtud, añadiendo á ellas un cierto embarazo ó turbacion que nace del pudor ofendido, y da á conocer cuan altamente se desaprueba un mal proceder, obligarás á un hombre, por poco sentimiento de honor que le quede, á entrar otra vez y contenerse dentro de los limites de la decencia y del respeto.

Conozco, hija mia, los escollos del mundo. Cuando entres en él, te rodearán por todas par-

tes, y tu cuidado en evitarles nunca será demasiado. Tiemblo por tí, hija mia, cuando considero su número y el velo que los oculta á tus ojos. ¡Ojalá pudiera yo formarte un corazon en algun modo insensible á los males que no dejan mas que una impresion pasagera, igualmente que á los placeres imperfectos! ¡Ojalá pudiera darte un corazon siempre ardiente por los deleites que nacen de la calma de una conciencia pura, que son los únicos verdaderos; un corazon sabiamente ambicioso de los objetos dignos de la nobleza del alma, y lleno de desprecio por los que nos engañan con su oropel! ¡Ojalá, en fin, pudiera infundirte un espíritu de discernimiento, para distinguir á fondo todas las cosas de esta vida, para formar la idea que debes tener, y conocer el uso que debes hacer de todas ellas! Preparada de esta suerte, podrias entrar y estar con seguridad en el mundo, y podrias frecuentarle con menor riesgo, á manera de los que van á parages contagiados, despues de haberse prevenido con escelentes y eficaces preservativos.

Yo mismo, hija mia, he hecho una triste experiencia de la estraordinaria mudanza que las pasiones y la pompa del mundo causan en nosotros. En ciertos momentos, te hallarás perfectamente convencida de la verdad é importancia

de las máximas cristianas con que he procurado educarte. Entónces saldrá de tu razon una luz pura y brillante; y si no vives con sumo recelo y vigilancia para conservarla, esta luz quedará repentinamente como apagada, y no la verás casi lucir. Así en uno de los dias mas hermosos, el sol se oculta á nuestros ojos, ó por las nieblas que suben de la tierra, ó por las nubes que se forman sobre nuestras cabezas. Cuando tu quieres decidir de la belleza y de la finura de alguna labor, no escoges para ecsaminarla un lugar oscuro sino un parage donde dé la luz. Haz lo mismo con respecto á las cosas de este mundo. No juzgues de ellas en aquellos momentos siniestros en que las pasiones ecsalan un vapor denso, que nos impide distinguir la verdad. Suspende entónces tu juicio y resiste á las primeras sollicitaciones del placer. Aguarda para decidierte, que la luz de la razon y de la gracia haya disipado aquel vapor, y esparza sus rayos en tu espíritu. Corre al retiro: este es tu asilo, y el lugar donde encontrarás esta luz. Dirija ella sola todas tus inclinaciones y afectos.

La virtud es estimada en el mundo. La revolucion y trastorno en lo moral no ha llegado hasta el punto de despreciarla; pero como se deja de ver en él raras veces, la mayor parte de los hombres no conocen sus verdaderos ca-

raeres, y dificultan reconocer en los otros lo que no ven en sí mismos. Conviene fácilmente en que la virtud es estimable; pero se necesitan títulos incontestables para reducirlos á confesar que se halla en estas ó en aquellas personas. ¿Qué no dicen, que no alegan, para levantar la pretendida máscara con que imaginan que las tales personas andan disfrazadas? Ya dicen que es una virtud de temperamento, ya que es un arte de ocultar su interior: ahora que es una ambición de singularizarse para llamar la atención, ahora que es la imposibilidad de sostener otro papel mas brillante. ¿Pero qué importa? Hija mia, deja que digan las gentes lo que gustaren: tu no te desvies del camino de la verdad, y persevera en él con valor y constancia. Se han visto filósofos gentiles despreciar semejantes habladurías, y aun las persecuciones mas violentas: ¿y los cristianos, animados con mas poderosos motivos, no tendríamos á lo menos tanta firmeza como ellos? Todas estas contradicciones del mundo no duran mas que algun tiempo. Las saetas de la envidia son penetrantes; pero al fin se embotan. El vicio no cesa de mirar á la virtud con desprecio; pero al último el vicio rinde homenaje á la virtud.

Nosotros estamos en este mundo, como soldados en campaña, que tienen el enemigo á la

vista. Nuestros enemigos son el mundo, el demonio y nosotros mismos: nuestros gefes son la fé y la razon: hemos de combatir con brio bajo sus banderas. Hija mia, no te acobardes, aunque pierdas tus riquezas, tus placeres, todas las satisfacciones humanas. Contempla todas estas cosas como un equipage mas bien embarazoso que útil para el viage á la eternidad, y para los combates que hemos de dar contra los enemigos que nos salen al paso. No te aflija la pérdida de los bienes y contentos de este mundo: la virtud se basta á sí propia. Sobre todo, hija mia, no te dejes deslumbrar, ni por la brillantez de los vestidos, ni por el aparato magnífico de la casa, ni por el lujo de los coches y libreas, ni por la grandeza de los títulos, ni por todas aquellas decoraciones exteriores, hácia las cuales es sobradamente sensible el comun de las mugeres. El hacer juicio de los hombres por todas estas cosas, que no suponen en ellos mayor bondad de corazon, es una grande imprudencia, y un principio de muchos engaños y desaciertos. Fija tu atencion, mas bien que en aquellas vanas fruslerias, en las cualidades del alma, y en los sentimientos de honra y de probidad cristiana.

No estés jamás ociosa. Teme á Dios y guarda su ley con amor. Sé humilde, apacible y mo-

desta. Frecuenta el trato de las personas virtuosas y cuerdas, y huye de las imprudentes y viciosas. Complace á tus amigas : dales tantos gustos y evítales tantos disgustos como te sea dable. Sé amiga por eleccion y discernimiento; y nunca por capricho. A nadie adules. Mira con severidad tus faltas , y con indulgencia las ajenas. Procura conservar siempre un humor igual. Forma el panegírico de la virtud, mas bien con tu ejemplo , que con tus razonamientos. Evita toda conversacion que ofenda á la decencia y pudor. Huye con extremo cuidado de todas las ocasiones que pueden inducirte al vicio ; porque ordinariamente se opina mal de la virtud de una jóven que no teme esponerse al peligro de perderla.



CAPITULO XLIII.



DE LA CORTESIA.

CIERTOS usos y ciertas reglas establecidas entre personas bien educadas, forman lo que se llama cortesía ó civilidad. Estas reglas se reducen á no hacer ni decir cosa alguna que pueda desagradar á los otros, y hacerles pensar que ignoramos las atenciones y respetos que se deben recíprocamente los hombres. Un juicio sano y una seria observacion de lo que se practica entre la gente decente y comedida, sirven de mucho para hacer algun progreso en la ciencia de la cortesía. Esta ciencia es necesaria en todas las edades, en todos los estados y casi en todos los momentos de la vida. La civilidad encierra una infinidad de menudencias, de que el tiempo no me permite tratar; por lo que reduciré mi instruccion sobre este punto á algunas máximas generales, esperando que el uso del mundo y el trato con las gentes políticas te enseñarán lo restante.

No solamente has de ser muy cortes en tus palabras y acciones cuando te halles en un gran

concurso; si no tambien debes tener la misma atencion en lo interior de tu casa y con tus amigas mas familiares. Aun cuando te halles sola, observa el mismo cuidado, por si acaso sobreviniere alguien inopinadamente. Puedes á la verdad estar menos ataviada en tu retiro; pero siempre en estado que puedas presentarte. Esta escrupulosidad contigo misma á solas te hará mas exacta cuando estés á la vista de otros. Anda muy circunspecta, en particular con tus iguales, no soltando palabra, ni haciendo ademán alguno que pueda hacerles creer que afectas alguna mayoría sobre ellos, sea por el estado, ó por el nacimiento, ó por el ingenio, ó por el buen gusto en el vestir, ó por cualquier otra cosa. En orden á los grandes, te he dicho ya en otro lugar, del modo que debes portarte con ellos. Si te hacen cumplimiento, corresponde á él con pocas palabras y con una profunda reverencia.

Segun las leyes de la buena crianza, el parecer culpable es serlo realmente. Así, una doncella que sin refleccion fija muchas veces la vista en un hombre, y una ama de casa, que en presencia de una persona á quien debe repetir, ríe á algun criado, ó le está hablando largó tiempo, faltan ambas á la buena crianza, aunque no tenga la primera algun fin particular, y la

otra tenga justo motivo de quejarse de su criado ó alguna cosa importante que decirle. Se ha de evitar con cuidado todo aquello á que se le puede dar una siniestra interpretacion, ó tomarse á mala parte. Confórmate estrechamente con esta mácsima, y experimentarás sus buenos efectos. No basta saber obrar bien; es preciso asimismo saberse abstener de cuanto tiene la menor apariencia de mal.

Si una persona de superior condición á la tuya te habla con alguna descortesía, dale á conocer con un semblante lleno de respeto, y de una noble gravedad y firmeza, que te ha desazonado mucho su proceder: retírate luego, y no pidas esplicacion alguna. Los grandes pueden conocer alguna vez que han faltado, pero casi nunca sucede que quieran confesarlo; y quizás el mejor modo de hacerles la corte, es el de dejarles pensar que los demas creen les asiste la razon, cuando se alejan mas de ella.

Las personas de una imaginacion muy viva, estan sujetas á hablar antes de haber pensado lo que van á decir: y de aquí nacen una infinidad de faltas contra la cortesía. Habla pausadamente, pero sin afectacion, y nunca prevengas con tono decisivo el juicio que se merezca lo que vas á decir; antes bien deja á los otros la libertad de juzgarlo despues que lo ha-

van oído. Si lo que dices te parece chistoso, no seas la primera en reírte; porque podría suceder, que por malicia, ó por razon, te dejasen reír sola.

En ninguna visita ú otra reunion afectes ocupar los mejores puestos: procura mas bien la comodidad de los otros, haciendo á cada uno toda la honra que se merece; y recogerás multiplicado el fruto de tu complacencia y urbanidad. No estés tampoco en tales lugares con un aire encogido y turbado. Por muy bella que te parezca alguna cosa, no hagas exclamacion alguna de sorpresa. Admira poco, apruébalo todo, y no mires con desprecio sino al vicio. Al entrar en una pieza donde haya concurrencia, echa modestamente una mirada sobre todos los que la componen; y si no los conoces bastante para saber que asiento has de ocupar, espera que el señor ó la señora de la casa te lo digan, ó toma uno de los menores. Si crees no se te guarda toda la atencion debida, no hagas semblante de repararlo, y atribúyelo á ciertas distracciones á que estan sujetas aun las personas mas ecsactas: nunca pienses que sea un designio premeditado de mortificarte. Si alguien te dirige alguna espresion equívoca, tómala siempre por la buena parte; y ten presente que un genio ágrío y un humor quisquilloso, nos ha-

cen caer muy á menudo en alguna falta contra la politica y urbanidad.

No entres con rostro alegre y risueño en una asamblea de gentes afligidas. En cualquier otra ocasion, preséntate con un rostro de contento, y con un continente noble y modesto. El verdadero y principal medio de adquirir este noble continente, es la paz interior que nace de una buena y sabia conducta. Aunque te cause tedio alguna conversacion, ten la condescendencia de prestar tu atencion á lo que se dice; y abstente de todo aquello que pueda indicar tu impaciencia, y el deseo de ausentarte de allí. Nada descubre tanto nuestro tedio, como el bostezar, el estar uno distraido, el ponerse como pensativo, el volver la cabeza ahora de un lado ahora de otro, el preguntar que hora es, ó que tiempo hace, y el tener un semblante serio cuando todos rien. Mira siempre modestamente al rostro de la persona que te hable; y cuando tu hables en presencia de muchos, mira con mas frecuencia á la persona mas calificada, y alguna vez á cada uno de los otros á proporcion de su dignidad, haciendo todo esto sin que parezca estudiado, y de un modo sencillo y natural.

Si cuando tengas gente en tu casa viniere alguno á visitarte, despues de los primeros cum-

plimientos has de volver á tomar el hilo de la conversacion con la persona que estaba contigo, si fuere de una condicion superior á la que llegó últimamente, á la cual sin embargo tendrás el cuidado de dirigir alguna vez la palabra. Es una mácsima general, que, por numerosa que sea la tertulia que tiene uno en su casa, se han de reservar los mayores respetos y atenciones para la persona de mas alto carácter que se halle en ella; hablarle mucho mas á menudo que á los otros; tomar con preferencia su parecer sobre las partidas que se propongan, ó de juego, ó de paseo, ó de cualquier otra cosa; salir á recibirle cuando entra; y acompañarle cuando sale; bien que en esta ocasion deba hacerse algun cumplimiento á la demas compañía que se deja. Si fueres en coche y alguna persona de distincion te saludare, hazle una inclinacion profunda, y baja prontamente el cristal, si estuviese levantado.

Nunca hagas alarde de tu nobleza y de tus talentos; antes bien procura adquirir el de ser grata á todos, haciendo valer el mérito ageno. No le está bien á una jóven el preguntar mucho; y así, hija mia, sé muy reservada sobre este punto, y en particular con los grandes. No les hagas pregunta alguna, á menos que sea sobre algunas cosas que pueden darles placer ú honor.

A nadie preguntes por un mero motivo de curiosidad. Habla bastante alto para que puedan entenderte los circunstantes, y no mas. Es impolítica el hacer repetir dos veces una misma cosa: esto puede hacerse raramente con los iguales, y se ha de evitar siempre con los superiores. Tus espresiones han de ser sencillas, correctas, nobles y modestas. No adelantes jamas palabra alguna con doble sentido ni voces propias de gente soez.

Suceden á veces en las familias ciertos accidentes, que interesan su honor ó su fortuna. En tales lances, guárdate mucho de hacer preguntas sobre aquella materia, á nadie que pueda ser interesado en ella, directa ó indirectamente. No hables de joroba ni de cojera, ni de otros defectos corporales, en presencia de gentes que los padezcan. Por lo comun las personas contrahechas llevan tantas ventajas á los otros por la parte del talento, que pueden muy bien contrapesar en nuestro concepto lo defectuoso de su cuerpo. No des en la injusta preocupacion de que los contrahechos son malos. Los hay malos, y los hay buenos, como entre los demas hombres. No tengas espíritu de contradiccion, ni sostengas tus opiniones con demasiada porfia: defiéndelas en todo caso sin alteracion en tu rostro y en el tono de tu voz, y con suavidad

en tus espresiones y moderacion en tus gestos. Guárdate de estimarte en mas que los otros, y mucho menos de darlo á conocer; porque lo primero es necedad, y lo segundo una estravagancia excesiva.

Nunca quieras ser árbitro en las contiendas ó riñas que pueden sobrevenir entre tus conocidos, sean ó no amigos tuyos. Si lo son, te pones en peligro de perder su amistad, y si solo son indiferentes, te arriesgas á hacerlos tus enemigos; porque es muy difícil tener la balanza tan justa, que la prevencion, la amistad, ú otro respeto humano no influyan algo en la resolucion que se toma. Mas aun cuando tu juicio fuese el mas justo y equitativo, raras veces las partes lo son tanto, que accedan sin algun disgusto y resentimiento á una decision, que no puede justificar á la una de ellas, sin condenar á la otra. Se puede á la verdad dorar la píldora: hay ciertos medios y rodeos propios para endulzar el desagrado que causa regularmente la imputacion de la culpa; pero hay casos en que esto es imposible; y aun cuando no lo sea, se necesita tanto arte y tanta prudencia para ello, que temo no fueses capaz de una empresa tan delicada. Por eso, aunque te pidan tu mediacion, lo mejor será que no te mezcles en las contiendas ajenas, motivando tu denegacion con los pre-

testos mas especiosos que puedas. Mas si se trata de personas igualmente amigas tuyas y que lo eran tambien entre sí antes de su contienda, entónces nada perdones para lograr su reconciliacion: deja obrar á tu amistad, infórmate bien de las razones de unos y otros: emplea las súplicas, las instancias, los modos mas afectuosos y persuasivos: muestra tu afliccion cuando topes con obstáculos que no puedas superar: y haz que conozcan unos y otros por la actividad de tus cuidados, que su reconciliacion te diera tanta alegría, cuanta pesadumbre te causa su desunion. Ten presente, que las aversiones y riñas en las mugeres nacen muy á menudo de lo que se ha hablado de su conducta; pues siendo poco cuidadosas á veces de tenerla regular, se irritan si se dice que no lo es.

Nunca te dejes llevar por la curiosidad á querer saber ciertas aventuras, que no pueden examinarse á fondo sin ofensa del pudor y de la honestidad. No hagas pregunta alguna sobre esas cosas, y mucho menos á los hombres. No has de estar ansiosa de saber lo que puedes ignorar sin inconveniente, y que la decencia y modestia ecsigen que no aprendas. Piensa seriamente en la enmienda de tus faltas y en desarraigar los malos hábitos: dedícate á conocerlos bien; y no te adules á tí misma: de esta suerte

te librarás de la escesiva y reprehensible curiosidad de querer averiguar las faltas ajenas; y cuando no puedas dejar de saberlas te limitarás á compadecer la persona, al mismo tiempo que condenes su vicio. Nunca hables de las faltas ajenas, ni tampoco de su virtud. Esta ha de manifestarse solamente con las obras, y aun cubierta siempre con el velo de la modestia, y sostenida continuamente por el desprecio de tí misma y por la desconfianza de tus propias fuerzas.

No solo debes abstenerte de hablar mal de otro, sino tambien de decir bien de él, sino conoces las disposiciones interiores de los circunstantes en órden á la persona que quieras alabar. Si conoces que estas disposiciones no son favorables á la tal persona, guarda todavía mayor silencio; porque así lo ecsige la conveniencia de unos y otros. Es conveniente á la persona por quien te interesas, para no dar á sus enemigos ocasion de calumniarla; y lo ecsige tambien tu propia satisfaccion, para ahorrarte el disgusto de que zahiera en tu presencia á una persona que aprecias.

El remedar la voz, el gesto, el modo de andar y las maneras ridículas de otro, sea quien fuere, es una cosa indecente y opuesta á la buena crianza. Este papel es propio de los bufones; y

tu no debes hacerlo nunca, aunque estuvieses cierta de hacerlo bien. A nadie provoques, ni groseramente, ni con una pretendida delicadeza y finura. Las ofensas que nada tienen de equivoco y saltan á la vista de todos, producen ruidos repentinos que puedan remediarse en el momento mismo, ó á lo menos advierten lo que se puede esperar del resentimiento de la persona ofendida. Pero las saetas cuya aguda punta solo perciben aquellos contra quienes se dirigen, producen un afecto tanto mas peligroso, cuanto al principio lo parece menos. Estas ofensas se hacen algunas veces con designio premeditado, y otras por haber soltado alguna palabra inconsideradamente y sin mala intencion; pero aunque su principio sea diferente, sus consecuencias son las mismas: el ofendido disimula su resentimiento, y aprovecha la primera ocasion de vengarse sordamente. Por lo que, hija mia, sé muy circunspecta en tus conversaciones, sobre todo con las personas cuyo carácter no conoces. No hagas descripciones ó pinturas de personas, para quitar la ocasion de que los otros imaginen en ellas ciertas relaciones y semejanzas, en las que tu ni siquiera habrás soñado.

En fin, hija mia, no te atraigas la enemistad, ni pierdas el favor de nadie, sea por tu mal proceder, ó por distraccion, ó por algun movi-

miento de mal humor. Rinde á cada uno los honores que se le deben. Nunca temas ser escesiva sobre este punto, sino cuando no observando ciertas reglas entre las personas de condicion diferente, las mas elevadas podrian quejarse de que faltas á la distincion que les es debida, y las menos calificadas podrian imaginar que tu sobrado respeto es por irrision. Haz todas las cosas con discrecion, y pórtate bien con todos, con los grandes, con tus iguales, con los inferiores, con los ignorantes y con los instruidos; con los pobres y con los ricos, con los buenos y con los malos. Sé afable sin bajeza, benéfica con discernimiento, respetuosa con nobleza, franca con prudencia, y regular sin afectacion. Dedicate á estudiar todo lo que esige la política con relacion á tu edad, á tu estado y á tu sexo, y á dar á cada uno lo que se le debe por cualquier título que sea. Nos quejamos injustamente de que se nos falta al respeto, cuando nosotros faltamos al que debemos á los demas. ¿Podrá esperar una cosecha de buen grano, el que solo ha sembrado cizaña?

En cualquier banquete que te halles, come moderadamente. Es un uso general el instar á las gentes que coman, tal vez mas de lo que esige el apetito; es decir, que se ha imaginado como un acto de cortesía el precisar á los con-

vidados á que enfermen. A ti no te toca el corregir un abuso establecido: corresponde con civilidad á estas instancias; pero no te apartes jamas de lo que la decencia y tu salud exigen de ti en tales ocasiones. Todavía has de ser mas cuidadosa en órden al beber. No hagas el menor exceso sobre este punto, aun cuando te inciten á ello las personas mas calificadas. En este particular has de ser inflexible, no traspasando en caso alguno los límites de una exacta sobriedad. Deja que hablen como gusten de tu poca condescendencia; porque peor hablarían aun si cedieses á sus sollicitaciones, y sucumbieses al exceso: en tal caso quedaria mancillado tu honor. ¿El verdadero pudor que te obliga á desviarte del mal, tendria menos poder sobre tí, que la falsa vergüenza de no atreverte á obrar bien? Para no esponerte á tales tentativas, no aceptes convite alguno, que no sea con personas cuya regularidad tengas bien conocida.



CAPITULO XLIV.



DEL MODO DE OBRAR OPORTUNAMENTE Y SIN PRECIPITACION.

Es mucha prudencia el hacer cada cosa á su tiempo. Hija mia , no obres jamas por humor, por capricho y sin refleccion. Un acto de civilidad fuera de sazon , degenera en impolítica. Por ejemplo : si notas que dos estan hablando al parecer de asuntos importantes , no te acerques á ellos para hacerles un cumplimiento ; porque por mas gracioso que este fuese , no cumplirias con la cortesía : un simple acatamiento en tal ocasion será mas bien recibido. Si aquellas personas , por política ó por consideracion , quisieren obligarte á que te detengas , no abuses de su cortesanía , y retírate lo mas pronto que puedas. En esto , el mas ó menos , depende de las circunstancias. Si estás sobre tí , y estudias el efecto que produce tu presencia , conocerás luego el momento en que incomodes , y aun le prevendrás. Si una amiga te ha hecho un encargo con reserva , y despues de haber practi-

cado lo conveniente , tu le das cuenta en presencia de otros , caerás en la falta de obrar sin oportunidad. No habrás hecho sino una parte de lo que ella te habia pedido , y habrás faltado á lo mas esencial, que es el secreto recomendado, perdiendo con ello el mérito de tu obra.

Para evitar semejantes faltas , nada hagas por ostentacion : sirve á tus amigas por ellas mismas, acomodándote á su gusto, aunque sea este muy extraordinario. ¿ Quieren misterio en asuntos que no lo necesitan ? No importa ; contentárlas. En la eleccion de los medios que se emplean para obligar á otro, debemos preferir siempre aquellos que pueden serles mas agradables, quando podemos hacerlo sin faltar á nuestra obligacion , y sin perjuicio de sus propios intereses. No solo has de evitar el decir ó hacer cosa alguna que pueda desagradar, sino tambien tener presente , que lo que gusta en un tiempo disgusta en otro. Son muy pocos los que estan siempre de un temperamento igual. Se ha de observar con cuidado la situacion presente de cada uno : sin cuyo estudio es fácil incidir en alguna incongruencia.

Nada es mas digno de elogio que la verdadera amistad ; nada mas glorioso que el cumplir puntualmente lo que ella esige. Con todo, hija mia, cometerias una falta muy grosera, si

en presencia de una persona que hubiese faltado recientemente á su amigo en una ocasion esencial, te metieses á discurrir sobre las leyes de la amistad, é hicieses una pintura muy viva de la gloria que alcanza el que las observa igualmente, que de la ignominia en que incurren los que se niegan al socorro de sus amigos. En este caso no se reprobarian tus sentimientos; pero se condenaria la aplicacion de ellos hecha fuera de sazón.

No te des prisa á decir lo que piensas. Considera antes las circunstancias: mira si lo permiten ó si se oponen á ello el carácter de las personas con quienes te halles, tu edad, tu condicion, tu propio interes ó el ageno. Tal vez me objetarás, que si es preciso portarte con tan delicada circunspeccion, te verás reducida casi siempre al silencio. En ese caso, hija mia, el inconveniente no seria muy grande. El silencio que proviene de un fondo de razon, y de un gran cuidado de no ofender á nadie, es siempre honorífico; pero nunca lo es el hablar fuera de propósito. Si quieres contar alguna cosa, hazlo sencillamente, con naturalidad, y sin ecsagerar cosa alguna. Sobre todo no emplees en tu narracion, ni adornos enemigos de la verdad, ni voces equívocas, ni minucias fastidiosas, ni tampoco ciertos gestos y tono de voz, que pue-

dan infundir sospechas de que te pavoneas por tu gracia en el hablar.

Cuando hayas incurrido en alguna accion intempestiva, es menester que sepas tomar prontamente tu partido. Algunas de estas acciones no pueden casi evitarse; pero en tales casos, la presencia de espíritu sirve de mucho. Te haré mas sensible lo que te digo, con un ejemplo. Supongo que tienes algun asunto urgente y de la mayor importancia, para cuyo buen écsito necesitas el favor de una persona, que tienes fundados motivos para creer que te aprecia y quiere tu bien. Vas á encontrarla para este fin, y al presentarte, observas en ella un semblante apesarado, y notas que te recibe de un modo menos gracioso de lo que podias prometerte de su buen afecto. Tu diligencia queda á medio hacer, pero no te adelantes á mas. No esplices el motivo de tu visita; porque obrarías intempestivamente, y tus intereses podrian sufrir algun quebranto por el acceso de su mal humor. Deja que se mitigue su pesadumbre, y calme la tormenta.

El aire apresurado es un defecto de las personas mal educadas, ó novicias en el trato del mundo. Entiendo por aire apresurado aquella sobrada actividad ó precipitacion con que se ejerce algun acto de cortesía, como el presen-

tar una silla, un abanico, ó una pantalla para el fuego, ó cualquier otra cosa, sea que se haga por temor de que se anticipen otros, ó por motivo diferente. Estos pequeños servicios han de hacerse con viveza, pero sin atolondramiento; con gracia, pero no inconsideradamente. Si no pusieres en esto mucho cuidado, podria sucederte algun sinsabor. Por otra parte, queriendo ser civil con una persona, te espondrias á ser impolítica con otra mas calificada, ó bien te adelantarias tal vez á hacer lo que pertenece á otra de una condicion superior.



CAPITULO XLV.



DE LAS AMIGAS.

NADA contribuye tanto á nuestra felicidad en esta vida como la amistad, quando es sincera. *El amigo fiel*, dice el autor del Eclesiástico, *es una defensa fuerte: y quien lo halló, halló un tesoro* (1). Si llegas pues, hija mia, á tener una buena amiga, serás feliz; mas la dificultad está en encontrarla. Muchas te dirán que te quieren, pero tu no creas en las apariencias mas lisonjeras: al contrario, estas mismas han de servirte para que camines con mas precaucion. No te apresures, y tómate algun tiempo para conocer la verdad. La esperiencia te enseñará sobradamente, que la mayor parte de las mugeres abriga un corazon doble, y que hay muy pocas cuya ligereza ó cuya envidia no sea temible. Pórtate de modo con ellas, que les impidas en lo posible causarte algun perjuicio. Vive en paz con ellas, y sé exacta en rendirles todos los respetos y hacerles todas las caricias que el uso ha

1) Cap. VI, v. 14.

establecido; pero no les entregues fácilmente tu corazón. Guárdate de sus confianzas, porque pueden hacértelas falsas para empeñarte á que tu se las hagas verdaderas.

Ten paz con muchos, dice el citado autor del Eclesiástico, *y sea tu consejero uno de mil. Si te haces con un amigo, haste con él en la prueba; y no te fies en él fácilmente: Porque hay amigo segun su tiempo, y no durará este en el tiempo de la tribulacion. El amigo, si fuere firme, será para tí como un igual, y obrará con confianza en tus cosas domésticas* (1). Hija mia, esto que dice el Señor con respecto á un amigo, debes observarlo tu en órden á una amiga. *El que teme á Dios, igualmente tendrá buena amistad; porque conforme á él será su amigo* (2). Estas palabras te enseñan, que una buena amiga es un don de Dios, y que solo tu fidelidad en servir á este Señor puede hacerte digna de encontrar una amiga que te sea fiel y te ame sinceramente, portándose contigo como tu te portes con Dios.

Lo primero que has de atender en las personas con quienes quieras trabar una estrecha amistad, es su conducta para con el Señor, sus costumbres, y el espíritu que reine en su con-

1) Cap. vi, v. 6, 7, 8 y 11.

2) En el mismo cap., v. 17.

versacion. Si no reside en ellas el temor de Dios, trátalas con mucha reserva. Cuanto mas amables sean, tanto menos has de frecuentarlas; porque su amistad nunca llegará á ser sólida, y su compañía será siempre peligrosa para ti. Los principios serán dulces como la miel, pero el fin mas amargo que el ajenjo. *No quieras ser amigo del hombre iracundo*, dice Salomon, *ni andes con el hombre furioso* (1). *Con aquel que descubre los secretos, y anda con solapa, y abre mucho sus labios*, hablando con demasía y como fanfarron, *no te mezcles* (2). Con estas bellas máximas te enseña aquel sabio rey, que has de poner una estrema atencion en la eleccion de una amiga, que has de observar su temperamento y su carácter, y huir purticularmente de aquellas que estan sujetas á la ira, que hablan y obran con rebozo, que descubren los secretos agenos, y que son parleras. Estas personas no solo son indignas de ser escogidas por amigas, sino que merecen tambien ser desterradas de la sociedad. Las grutas y las cavernas deberian ser su morada.

De aquí puedes inferir, hija mia, la obliga-

1) Libro de los Proverbios, cap. xxii, v. 24.

2) En el mismo libro, cap. xx, v. 19, con la anotacion del P. Scío.

cion que tienes de guardar inviolablemente los secretos de tus amigas, aunque sean sobre materias de poca importancia. El autor del Eclesiástico, dice: *El que descubre los secretos del amigo, pierde el crédito, y no hallará amigo segun su deseo* (1). En efecto, violar el secreto es romper los vínculos mas sagrados de la amistad; es despojarla del mayor consuelo que ofrece, que es el desahogo del corazon, asi en el gozo, como en la angustia.

En todo tiempo ama el que es amigo: dice Salomon, y el hermano se experimenta en las angustias (2). El Eclesiástico dice tambien: *No olvides en tu corazon á tu amigo, y en tus riquezas acuérdate de él* (2). En efecto, el amigo y la amiga se prueban en la afliccion, como el oro en el fuego. Son pocos los que resistan á esta prueba. Su conducta en tales ocasiones desmiente ordinariamente sus halagüeñas palabras. Estos son semejantes á aquellos fanfarrones, que lejos del enemigo ostentan mucho valor y denuesto, y volviendo las espaldas al menor peligro, echan á correr precipitadamente: ó bien se parecen á aquellas aves pasajeras que solo se

1) Cap. XXVII, v. 17.

2) Libro de los Proverbios, cap. XVII, x. 17.

3) Cap. XXXVII, v. 6.

dejan ver en el buen tiempo, y se retiran al acercarse los hielos y escarchas.

Dá á la amistad el tiempo de formarse y de echar profundas raíces. Las plantas que crecen con mucha presteza nunca son tan duraderas como las otras. Cuando hayas encontrado una persona digna de tu amistad, cuando la hayas probado de todos modos, la hayas hallado fiel, y conozcas que te ama sinceramente, ten la mano siempre abierta para socorrerla en sus necesidades, y aun prevenlas con una tierna solicitud. Acuérdate de ella en tu prosperidad, y hazla partícipe de tu dicha.

Nunca jamas creas á tu enemigo; porque como vaso de cobre cria cardenillo su malicia; y si va humilde y cabizbajo, es decir, aunque se te muestre manso, obsequioso y rendido, está alerta y guárdate de él (1). Por una verdadera reconciliacion, hay mil de ellas fingidas. Perdona á tus enemigos; el Señor te lo manda: hazles todo el bien posible; no hables mal de ellos; ámalos; pero vive con ellos con cautela; guárdate de sus asechanzas, y no te dejes engañar por su sumision. Yo no sé si se necesita mas

1) Libro del Eclesiástico, cap. XII, v. 10 y 11, con la anotacion del P. Scio.

tiempo para asegurarnos de que un enemigo no conserva ya resentimiento alguno contra nosotros , que para adquirir un verdadero amigo.



CAPITULO XLVI.



DE LOS CONSEJOS.

Las personas jóvenes tienen el defecto ordinario de querer conducirse por sí solas luego que empiezan á entrar en el mundo. La autoridad de sus padres se les hace importuna. Entran en una tierra desconocida, y quieren caminar por ella sin guia y sin experiencia, lisonjeándose que evitarán los precipicios en que caen despeñados muchas veces los mas sabios y experimentados.

Hija mia, no quieras tu portarte con tanta imprudencia. Los niños que empiezan á andar solos, miran continuamente si hay alguien que los sostenga, ó á lo menos esté tan cerca que pueda alargárles la mano. Imítalos en esto, hija mia, no dando un paso en el mundo sin tus padres, ó á lo menos sin alguno que vele sobre ti. Camina siempre con tiento, no solo en tu juventud, sino tambien en todo el curso de tu vida. Tu temor será sostenido al principio por la prudencia y sabiduría de las personas encargadas de tu educacion, y despues por la que tu

misma adquirirás. Con todo , no seas jamas presuntuosa , ni te fies en tus propias luces.

Hijo , dice el autor del Eclesiástico , no hagas cosa alguna sin consejo , y despues de hecha no te arrepentirás. No vayas por camino resbaladizo , y no tropezarás en las piedras : ni te entregues á camino trabajoso , no sea caso que pongas tropiezo á tu alma (1). Si el Señor te concediere una verdadera amiga , toma sus consejos y síguelos ; no dudando que como tu miras con interes sus cosas , ella mirará con el mismo las tuyas. Si sus consejos se opusieren á tu inclinacion y miras particulares , acuérdate de lo que dice Salomon : mejores son las heridas , las correcciones y avisos aunque severos del que ama , que los ósculos fraudulentos , la adulacion engañosa , los obsequios disimulados del que aborrece (2). El enemigo halaga , dice San Agustin , pero para perder ; el amigo hiere , pero para salvar (3). El citado rey dice tambien : El alma se endulza con los buenos consejos de un amigo (4).

El Señor te dá en el libro del Eclesiástico un

1) Cap. xxxix , v. 24 y sig.

2) Libro de los Proverbios , cap. xxvii , v. 6 , anotado por el P. Scio.

3) En su carta á Vincencio.

4) Libro de los Proverbios , cap. xxvii , v. 9.

aviso de los mas importantes, y digno de toda tu atencion. *Todo aquel que es consultado, dice, da su consejo ; mas hay consejero para su provecho* (1). Hay quien en el consejo que da, solamente atiende á lo que le es útil. Cuanto mas adelantes en edad, tanto mas debes guardarte de las gentes de este carácter. Si no estás bien segura de la sinceridad y de las luces de quien te aconseje, no sigas su dictámen con mucha precipitacion. Ecsamina ántes si son útiles para ti los consejos que recibas, y desconfia de los que se te den sin haberlos pedido; pero no des la menor muestra de tu desconfianza. Escucha á todos con agrado y cortesía, y sirvete de tu discrecion y de las luces de tus mejores amigas, para hacer una buena eleccion y seguir el mejor partido.

Abstente cuanto puedas de dar consejo ; pero no los reuses jamás á tus verdaderas amigas, cuando puedas dárselos útiles, y en ese caso no atiendas mas que á su propia ventaja, olvidándote en algun modo de ti misma. Emplea todos tus talentos y cuidados en determinarlas á seguir el partido mas conveniente. No sin razon dijo uno de los mas célebres filósofos de la antigüedad, que el consejo es una cosa sagrada;

1) Cap. xxxvii, v. 8.

queriéndonos dar á entender con esto, que es preciso darlo con mucha atencion y cordura. Del buen consejo pueden nacer grandes ventajas; el malo, puede producir daños muy graves. El que aconseja, se hace en algun modo fiador del suceso. Esto solo, hija mia, puede manifestarte cuan arriesgado es el aconsejar: sobre todo si consideras la incertitud de casi todo lo de esta vida.

Luis XII, rey de Francia, respondió á los que querian persuadirle que la reina su esposa se arrogaba demasiada autoridad: *mucho se puede disimular á una muger casta y fiel*. Asimismo, hija mia, le has de pasar mucho á una amiga verdadera, sufriendo sus defectos con una dulce paciencia. Si estos son de tal clase, que tengas esperanza de corregirla, sírrete para este fin de todos los privilegios que concede la amistad, y de todos los medios y ardides que un afecto ingenioso te inspire. Si los defectos de tu amiga son naturales y sin remedio, vive siempre dispuesta á tolerarlos con dulzura, y á portarte de modo, que nunca se vea en tu semblante ni en tus gestos la menor muestra de desagrado.

CAPITULO XLVII.



DE LOS CUMPLIMIENTOS.

EL uso de los cumplimientos está ya tan establecido, que se mira como descortés y grosero al que no sabe hacerlos. ¿Qué podré decirte, hija mia, para instruirte sobre esta materia, cuando depende absolutamente de las circunstancias, que varían á cada momento, y de la diferencia de las condiciones, de las edades y del sexo? He aquí el extracto de lo que juiciosamente dice un poeta sobre esta materia. «No es menester hablar mucho; pero se ha de espresar en el semblante el idioma del corazón. Un corto razonamiento, sazonado con la sal de festivas expresiones, tiene su mérito y puede agradar; pero la dificultad consiste en hacerlo bien, y con arreglo á las circunstancias del momento, de la persona y del modo. Su buen éxito depende de la combinacion de todas estas circunstancias. Los cortesanos son comunmente los mejores retóricos, y la corte la mejor escuela para aprender el arte de hablar bien, etc. El mejor con-

sejo que da este poeta es el de evitar la difusion en los cumplimientos. Di en pocas palabras lo que tengas que decir, y dilo de un modo simple y natural. Si quisieres usar de grandes circunloquios y frases pomposas, ó te quedarás cortada á medio decir, ó incidirás en un estilo afectado, lo que debes evitar cuidadosamente. Deja que la ternura explique á tus verdaderas amigas los sentimientos de tu corazon, y que hable el respeto acompañado de una noble firmeza, cuando tengas que hacer un cumplimento á tus superiores. Procura que en todos casos reine siempre la discrecion en tus espresiones.

Cualquiera accion ó demostracion de cortesía que quieras emplear, ha de ser fácil, cómoda y no importuna, como lo seria por ejemplo, si fuese preciso insistir mucho y repetir á cada momento las instancias, ó para ocupar cierto asiento, ó para admitir un presente que puede recibirse sin inconveniente alguno, ó para preceder en la entrada del coche, ó en el paso de una puerta, ú otras cosas semejantes. En todas estas ocasiones, despues de los primeros cumplimientos, despues de haber dado á conocer que sientes todo el honor que se te hace, y que le reconoces mayor del que se te debe, admítetele y cede á las instancias. Los cumplimientos excesivos degeneran muchas veces en ostentacion

incivil; y algunos queriendo dar á conocer su cortesía, hacen juzgar que ignoran sus verdaderas reglas.

Si algun señor de una condicion eminente quiere hacerte honor, ó mostrarte alguna distincion, el medio de manifestarle tu gratitud, es responder á su primer cumplimiento con una profunda reverencia: puedes responder del mismo modo al segundo; mas si persiste en querer que aceptes aquella muestra de distincion, cede y obedece á sus instancias. Las insinuaciones de la voluntad de los grandes, son preceptos. Ningun hombre, por elevado que sea su nacimiento ó su condicion, está dispensado de ciertos respetos que se deben á una señorita; y estos respetos consisten en no decirle cosa alguna que pueda ofender su virtud. Sucede, sin embargo, con bastante frecuencia, que algunos, -al favor de un cumplimiento que la política permite, se toman la libertad de aventurar ciertas espresiones menos honestas. Este es el mayor insulto que puede hacerse á una señora. Esto es lo mismo que sospechar de cobarde á un caballero, y darle á conocer á él mismo la sospecha. En tales ocasiones, hija mia, aléjate inmediatamente si puedes. No te diré el semblante que debes poner á tales osadías; no necesitas para esto de estudio alguno, deja obrar á tu virtud; porque si la

amas ella espresará mejor tu descontento y enojo, que cuanto yo podria decirte. Con todo, ten siempre presente, que las mejores armas de una muger son la mansedumbre y la modestia.

A las espresiones graciosas que te diga una señora de condicion mas distinguida, sea tu primera respuesta una profunda reverencia; y si le quieres decir alguna cosa, sea en muy pocas palabras. Acuérdate tambien de que no se ha de sazonar con la sal del chiste lo que se dice á una persona á quien se debe respeto. En tal caso todas tus palabras han de ser muy respetuosas; y es difícil aliar el respeto con el gracejo. Puedes ser menos reservada con tus iguales; pero no piques jamas de ser la última. Nada es mas ridículo que aquellos cumplimientos que nunca se acaban, y que muchas veces disgustan en extremo á los que se creen obligados á responder á ellos. La duracion y viveza de aquellos largos diálogos es tal á veces, que parece la discusion de un pleito en que cada parte procura hacer triunfar sus razones. Los que tienen esa manía de hacer muchos y difusos cumplimientos, eligen por lo comun para este fin, ó una puerta, ó una escalera, ú otro lugar de tránsito. No hay cierzo tan penetrante que pueda abreviar su ceremonial. ¿No seria mejor que entrasen otra vez, y se sentasen de nuevo para acabar sus largos razonamientos?

El hecho no fuera menos ridículo, pero á lo menos satisfarian su inclinacion mas cómodamente.

No tengas por tus mejores amigas á las que dicen serlo, y te lo dicen del modo mas elegante y afectuoso. No te decidas solo por estas lisonjeras apariencias. Muchas veces lo que dicen es muy diferente de lo que tienen en el corazon. Manifiéstate sensible á las protestas de su cariño; pero no concedas tu confianza sino á la realidad, y despues de reiteradas esperiencias, si no quieres quedar engañada por tu propia facilidad. En tus tratos particulares prefiere siempre á aquellas personas que por una larga serie de años te hayan manifestado constantemente su afecto y el deseo de tu bien; y no cuentes jamas con aquellas amigas que te dicen cada dia que lo son, y nunca dan prueba de serlo.



CAPITULO XLVIII.



DE LAS VISITAS.

LAS visitas son ciertos deberes que han establecido la policía de las costumbres y la buena crianza, y cuyo primer motivo era el conservar y fomentar la mutua union y buena correspondencia. Al presente han degenerado mucho de su objeto, y casi ya no sirven sino para sembrar la discordia, la murmuracion y los chismes. Las mugeres por lo comun hacen mas visitas que los hombres, porque les sobra mas tiempo para ellas, ó por otros motivos. Emplean en ellas una gran parte de su vida; por cuya razon me parece muy importante para tí, saber el modo con que debes portarte en ellas.

No hablo de los visitas de negocios ó intereses. En órden á estas, mira principalmente á hacer comprensibles tus razones en pocas palabras. Escucha con mucha atencion las dificultades que se te propongan, respondiendo á ellas con dulzura y apacibilidad, y haciendo de modo que la pasion ó el interes no te impidan reconocer la verdad, y aun mucho menos el abrazarla y se-

guirla despues de haberla reconocido. Sobre este punto te advierto como de paso, que no te empeñes en pleitos, y que hagas todo lo posible para cortarlos ó terminarlos amistosamente. Sacrifica á los intereses de la caridad una parte de los tuyos. *Cierto, decia San Pablo, hay ya culpa en vosotros, en traer pleitos los unos con los otros. ¿Por qué no sufris antes la injuria? ¿por qué no tolerais ántes el daño?* (1) Pero si de ningun modo puedes evitar el pleito, límitate únicamente á lo que sea esencial para la defensa de tu derecho. Sírrete de los abogados mas hábiles y justos; y cualquiera que sea el perjuicio que pretenda hacerte la parte adversa, no emplees contra ella palabras ásperas y ofensivas, sino razones sólidas y convincentes; dejando á los jueces que te destine la providencia, el cuidado de asegurarte lo que sea tuyo.

Mi intencion es la de instruirte principalmente en las reglas que debes observar, y en las precauciones que has de tomar en las visitas de civilidad ó de mero pasatiempo. Haz de estas las menos que puedas, sin faltar á las leyes de la amistad y de la sociedad. *El pic del necio, dice el autor del Eclesiástico, es fácil á meterse en la casa del vecino; mas el hombre experimentado,*

1) Primera carta á los Corintios, cap. vi, v. 7.

tendrá empacho de la persona del poderoso (1). En este pasage se te recomienda no solo el que te vayas á la mano en entrar en la casa ajena, sino tambien la circunspeccion con que has de visitar á tus superiores. Se ha de cumplir ecsactamente con ellos, rindiéndoles todos los honores y respetos que se les deben. Con todo, la prudencia ecsige que no busques demasiado la compañía de los grandes. Aunque te den muchas muestras de su afecto anda siempre con mucho tiento en su trato. Pocos de ellos guardan con sus inferiores las reglas de una ecsacta equidad. *El rico*, dice el mismo autor del Eclesiástico, *hizo una injusticia, y bramará, mas el pobre maltratado callará* (2).

El mismo autor te da tambien una de las reglas que has de observar en la conversacion. *Antes que oigas, dice, no respondas palabra; y en medio del razonamiento no te metas á hablar* (3). Escuchar bien y responder bien, es una de las mayores perfecciones que puede manifestar una persona en la conversacion. Así en las visitas que hagas como en las que recibas, ten mucho cuidado en no decir cosa alguna que no sea verdadera ó muy verosímil. Te he dicho ya en

1) Cap. XXI, v. 25.

2) Cap. XIII, v. 4.

3) Cap. XI, v. 8.

otro lugar que conviene algunas veces en el mundo, dejar que gozen los demas de la buena opinion que tienen de sí mismos. Desengañar á un hombre preocupado de su mérito, es hacerle tan mal tercio, como el que se hizo á aquel loco de Atenas, que creia le pertenecian todos los buques que entraban en el puerto.

El guardar silencio en una conversacion, conviene particularmente á los que no poseen el talento de esplicarse bien. Querer hablar mucho sin tener las cualidades necesarias para hacerlo conforme, y aun mas sin precisa necesidad, juzgo que es un solemne despropósito. Nada da mejor idea de una señora, en cualquier estado en que se halle, que la reserva y la circunspeccion en sus conversaciones, y aquel pulso delicado, aquel discernimiento, que le hace conocer cuando ha de hablar, y cuando ha de dejar que hablen los demas, lo que es conveniente decir, y lo que es preciso callar.

Con tres suertes de personas ecsige la prudencia que se hable poco ó nada: con los grandes, con los ancianos y con los mentecatos. Este es el parecer del autor del Ecclesiástico. *En medio de los magnates, dice, no presumas, y donde hay ancianos no hables mucho* (1). *Entre los in-*

1) Cap. XXXII, v. 13.

sesatos guarda la palabra para su tiempo, en que aproveche á otros que no lo sean: mas está de continuo entre los que piensan, con reflexión y madurez (1). En muchas cosas hazte del ignorante, y oye callando y tambien preguntando (2). De este modo, hija mia, se da á conocer que se desea mas bien aprender que enseñar. Si este sabio consejo fuese mas seguido no oiriamos á tantos en el mundo hablar de las cosas que ignoran con un tono tan decisivo, como si estuviesen muy versados é instruidos en ellas, y atraerse así el desprecio y la confusion, en vez de la estimacion y buen concepto que quieren captarse.

Paso á darte otras reglas que debes observar en todas tus visitas, y con toda clase de personas sin escepcion. No salgas jamas de la esfera de tu carácter natural. Evita todos modos y tonos afectados y ridiculos. Reflecsiona sobre tí misma y sobre los demas: y conocerás que una persona nunca se hace tan ridicula por los defectos que tenga, como cuando quiere aparentar las buenas prendas que no tiene. Coadyuva á que los otros esten satisfechos de sí mismos, y lo estarán tambien de tí. Por lo comun, juz-

1) Cap. XXVII, v. 13. anotado por el P. Scio.

2) Cap. XXXII, v. 12.

gamos ser personas de talento, aquellas que dan lugar á que se advierta el nuestro. Ten siempre presente, que una espresion mediana dicha á propósito, es mas apreciable y aplaudida que otras mucho mejores, pero fuera de sazón.

No pretendas penetrar aquellos secretos que presumas se te quieren ocultar. Tu discrecion no podria acarrear tanto honor, cuanto perjuicio te causaria una escesiva curiosidad. Nadie está bien con los que todo quieren saberlo. Todos les temen, evitan su trato, y los miran con aversion.

Nunca te rias de las necesidades ajenas, ni de un cumplimiento mal hecho, ni de un vestido de mal gusto, ni de un aire rudo ó turbado, ni de una voz impropia, ni de los modales afectados ó menos pulidos; ni de un bajo equívoco, ni de una chanza insípida, ni de un tono de voz que te parezca ridículo, ni de una vana ostentacion de nobleza, de habilidad, de hermosura ó de cualquier otra ventaja. Deja que los otros se tomen la pena de notar y hacer reparables esta especie de defectos. No faltarán fisgones que lo hagan. Tu, hija mia, no te burles de los defectos de nadie. Una alma bien nacida no puede hallar placer en causar pena á los otros: al contrario, la vista de los defectos ajenos solo le sirve para acordarse de los suyos,

y redoblar su cuidado y vigilancia en enmen-darlos. La caridad cristiana, la sana razon y la ciencia del mundo se aunan para prescribirte sobre este punto unas mismas leyes.

Si se habla en tu presencia de algun suceso que tu sabes á fondo, y adviertes que se alteran en relacion circunstancias esenciales, que le hacen variar de aspecto, no te des prisa á contradecir, á menos que se trate de defender el honor y la reputacion de alguno, que se haya injustamente vulnerado, ó estés muy segura que será recibido sin disgusto lo que tu digas sin pasion contra lo que se haya referido. Para contradecir á alguno, sin que pueda tener ocasion de resentirse, no creas que basten ciertas frases que suelen emplearse para suavizar y endulzar lo amargo de la contradiccion, y que son de sobrado uso en el mundo. Las precauciones de esta naturaleza son como una moneda falsa, mal acuñada y de mal sonido, que solo la reciben por buena los tontos.

Cuanto es graciosa una risa moderada, tanto es chocante y opuesta á la buena crianza la risa descompuesta. Tampoco está bien el reir, solo por dejar ver una bella dentadura; es menester que haya motivo para ello, y que la risa sea proporcionada al motivo y á la ocasion.

Es una empresa temeraria, aun para los in-

genios mas felices, el querer brillar en todas materias. Esto es correr el riesgo de confundirse en sus discursos, de soltar conceptos pueriles por pensamientos finos y delicados, de hacer ininteligible lo mas fácil de concebir, y de parecerse á los torrentes, que por algunos instantes ostentan mucho caudal de aguas y luego despues se quedan casi en seco: pero las personas de un carácter juicioso, se parecen á los rios mayores, que corriendo casi siempre con igualdad, son el principal ornamento de los lugares por donde pasan. Dedícate particularmente á seguir el dictámen de la sana razon. El ingenio, las agudezas, las flores de la elocuencia, la eleccion de las voces y la energía de las expresiones, nada de todo esto ha de ser ni violento ni afectado. Todas estas cosas han de hallarse tan naturalmente en las conversaciones familiares, como los modales graciosos en una persona que agrada generalmente sin intencion de agradar. En fin, la conversacion ha de ser, digámoslo así, como aquellos vestidos sencillos, pero de gusto, que vestimos para todos los dias, y no cómo aquellos que solo sirven para un dia de ceremonia.

Si en las visitas que hagas te viene á mano algun libro, no le abras, sea que te halles sola por un rato ó acompañada. Te encargo mucho

esta circunspeccion, aun para con tus amigas mas familiares. No abundes en tu sentido, ni hables jamas en tono decisivo, si no quieres tener el disgusto de ver, que en lugar de atraer á todos á tu opinion, todos hallen placer en apartarse de ella, por tener el de contradecirte. Esmérate en dar á tu espíritu un grado de flexibilidad conveniente. Este temple del espíritu, si así puede llamarse, es el fundamento mas sólido de la conversacion y de la sociedad. Este es el medio mas seguro de grangearse la estimacion, aun con un mérito mediocre.

Procura ser justa con todos, dando á cada uno lo que se le debe. Destierra de tus conversaciones la murmuracion y los chismes. Te he dicho ya en otro lugar lo conveniente sobre este punto. Nunca hables de tus enemigas ó de tus enemigos, si los tienes, y si es preciso hacerlo, manifiesta en tus palabras mas moderacion que resentimiento. Abstente con mucho cuidado de zumar á nadie. La chanza mas inocente puede causar disensiones y contiendas ruidosas. Hay gentes que son intratables sobre este artículo, y se arman de invectivas al menor ataque. No sigas, hija mia, su ejemplo, sino toma todas las cosas en buen sentido. Pero si se llevase tan adelante la chanza, que no pudieses responder á ella sin alejarte del carácter de apacibilidad y

de modestia tan apreciable en tu sesso, defíendete solamente con el silencio *Echa fuera al escarnecedor*, dice Salomon, *y saldrá con él la reyerta, y cesarán los pleytos y agravios* (1). No te burles tampoco de los defectos corporales de otro. El Señor te lo manda por boca de Moysés. diciendo: *No maldecirás al sordo*, esto es, no le burlarás, no le injuriarás, *ni pondrás tropezio delante del ciego*, para hacerle caer y reírte de él (2).

En cualquier compañía que te halles, guárdate mucho de alabarte, y de caer en las zancadillas que te armen para empañarte á hacerlo; El que se alaba, pierde la flor del mérito mas sólido que puede tener. Las alabanzas en boca propia, despiertan la malicia de los hombres, y los inclinan á reusarnos aun aquellas de que nos creen merecedores. *Alábetse el ageno y no tu boca*, dice Salomon, *el estraño y no tus labios* (3). No se te escape palabra ni mirada alguna que dé á conocer tu deseo de ser aplaudida, y que te crees digna de serlo. Un poeta italiano, hablando de una jóven cristiana, igualmente her-

1) Libro de los Proverbios, cap. xxii, v. 10.

2) Libro del Livítico, cap. xix, v. 14, anotado por el P.^o Scio.

3) Libro de los Proverbios, cap. xxvii, v. 2.

mosa que modesta, y que no hacia reflexion alguna sobre sus bellas cualidades, dijo *que no pensaba en ocultar su mérito ni en dejarle ver.* He aquí, hija mia, el modelo que propongo á tu imitacion. Jamas alabes sino lo que merece ser alabado. Obrar de otra manera, es baja de alma. Aplaudes con moderacion y propósito. Los elogios escesivos ó mal aplicados, no hacen honor ni á quien los dá ni á quien los recibe.

Te encargo por último, que tus visitas no sean sobradamente largas; porque no hay motivo de que te espongas á incomodar á quien vas á ver ó por política ó por amistad. Tu propia experiencia te enseñará cuanto incomodan las visitas demasiado largas, con lo que evitarás sin duda caer en un defecto que tu misma no podrás dejar de reprobar en los otros. Las gentes que conocen el mundo, disimulan su disgusto en tales ocasiones, ocultándole bajo el velo de modales graciosos; pero no se ha de abusar de su moderacion. Procura ser discreta en todas tus palabras y acciones. Incomodamos en efecto muchas veces, á los que creemos que nunca podemos incomodar.

CAPITULO XLIX.



DEL JUEGO.

Si se te propone alguna partida de juego, puedes entrar en ella, pero con las precauciones que voy á indicarte. Nunca juegues sino con personas cuyo trato y conversacion nada tenga que ofenda á las buenas costumbres. El juego no ha de ser de mucho interes; porque de otro modo ya no es juego ó diversion, sino una ocupacion penosa, capaz de arruinar tu hacienda, tu salud y tus mejores sentimientos. No has de emplear en el juego demasiado tiempo: y no podrias seguir con seguridad esta regla, si el juego fuese crecido. Por mas que te prescribieses ciertos límites, el sentimiento de la persona ofendida, ó el anelo de la ganancia, te obligarian casi siempre á escederlos.

Tampoco debes jugar á deshora. ¿Es decente y conforme á las buenas costumbres, el ver mugeres, que abandonando el cuidado de su casa y familia, pasen las noches enteras jugando? El juego, hija mia, no ha de ser un hábito. El tiempo es demasiado precioso para prodigarle

en semejante ocupacion. Hay tantas otras diversiones mas inocentes, en que el espíritu puede hallar el descanso y recreo necesario, que muy lejos de apasionarnos por el juego, deberíamos mirarle como una ocupacion insípida y fastidiosa, y en la que un vil interes parece tener en suspension á nuestra alma con todas sus potencias y sentidos. Si por desgracia te dejases dominar por la pasion del juego, te costaria mucho trabajo el desprenderte de ella, y pretendieras en vano la reputacion de sabia y virtuosa. Una muger jugadora, es en el mundo, como un bajel malo en el mar.



CAPITULO I.



DE LA CREDULIDAD Y DE LAS PROMESAS.

No seas escresivamente crédula, hija mia. La nimia credulidad es un defecto casi general en tu sejo. Como agrade á las mugeres lo que se les dice, lo creen desde luego sin reparo. Poco atentas á la refinada disimulacion que reina en el mundo, á aquel comercio de cumplimientos, en los que casi nunca se dice lo que se piensa, á aquellos elogios, requiebros y protestas de estimacion que se prostituyen, digámoslo así, á toda clase de mugeres, ellas conservan este defecto hasta la última vejez, sin que haya bastado para abrirles los ojos su propia experiencia y la ajena. Entónces el descaecimiento de su espíritu, ó el hábito que han contraido de no advertir en lo ridículo de las mas groseras lisonjas, dá seguridad al hombre para decirlas aun casi lo mismo, que al abrigo de su ligera credulidad se las decia en la edad de quince años.

El sencillo, dice Salomon, cree á toda palabra: el cauto considera sus pasos (1). Si tu, hija

1) Libro de los Proverbios, cap. xiv, v. 15.

mia, abrigas en tu corazon la humildad que debe tener toda jóven cristiana : si ecsaminas y penetras bien todas tus imperfecciones , y la fragilidad de todas las prendas naturales , así del espíritu como del cuerpo; si nunca olvidas que debes referir á Dios la gloria de todo lo bueno que hay en tí; seguramente mirarás con desagrado á todos aquellos , que con sus discursos vanos y engañosos intenten destruir en tí unos sentimientos tan justos , y tan necesarios para la tranquilidad de tu alma y para tu salvacion. Todas tus empresas solo servirian para su confusion , y para avivar y consolidar mas y mas tu virtud.

En cualesquiera circunstancias que te halles , y sea lo que fuere lo que intenten persuadirte los hombres , acuérdate del aviso con que nos enseña Salomon , que es una extrema imprudencia el creer todo lo que se nos dice , y que el hombre sabio y prudente considera todos sus pasos , es decir , que se porta en todo con la mayor circunspeccion. Es dificultoso el discernir la verdad de la mentira , cuando esta favorece la buena opinion que tenemos de nosotros mismos. De aquí proviene que muy pocas mugeres distingan los verdaderos motivos y fines de las graciosas espresiones que se les dirigen ; por eso reciben con agrado aun aquello de que deberian ofenderse. Se lisonjean con la esperanza

de una vana felicidad , cuando solo se les preparan verdaderos disgustos. Creen ser amadas, cuando el hombre está mas dispuesto á sacrificarlas á una pasion irracional. Quieren ser estimadas , y se ponen ellas mismas en el peligro de perder lo que las hace estimables. Van costeando sin temor , y como si estuviesen muy seguras, el mas horrible y espantoso de todos los escollos ; cuya falsa seguridad proviene, en la mayor parte de las mugeres, de la vanidad que las ciega , y en muchas del poco amor que tienen á la virtud.

Creerás, tal vez con dificultad, que haya personas tan faltas de razon, que puedan tener una conducta tan deplorable. Con todo , ello es así, hija mia, y la esperiencia del mundo te lo manifestará sobradamente. ¡ Ojalá que el Señor te preserve de un mal que es como la fuente de muchísimos otros males! Observarás fácilmente, que todos los requiebros y lisonjas que dicen los hombres á las mugeres, versan principalmente sobre sus gracias y atractivos. Te he enseñado ya la opinion que has de tener de la hermosura; y espero que en la ocasion oportuna tendrás presente mi enseñanza. Si aprecias los saludables consejos de tu padre, cuando alguno te diga alguna lisonja sobre tu belleza, aunque esta sea cierta, he aquí como has de hablar

contigo misma: Aunque yo sea realmente hermosa, ¿que mérito es este para mí? ¿Debo creermeme digna de aprecio, por poseer una cosa que yo no me he adquirido, que puedo perder en un momento por un fatal accidente, y que aun cuando esto no sea, es cierto que me la han de quitar los años? ¿Miraré con agrado á quien me habla con tanta ponderacion de un bien tan frágil y contingente? Al contrario: ¿no he de mirar á los hombres que me hablen de este modo, ó como falaces que para su propia satisfaccion dan grandes elogios que estiman poco ó como necios que estiman en mucho lo que vale tan poco? Mas, puesto que valga mucho esta pretendida belleza, ¿de quien la tengo? ¿Me la he hecho yo misma? ¿No la he recibido de Dios? ¿Y no debo dar á este Señor una estrecha cuenta del uso que de ella hiciere? Si en la sociedad humana se mira con horror y abominacion á los que pagan con agravios los beneficios recibidos, ¿no seria una ingratitud monstruosa, si habiéndome Dios dispensado mas dones que á otras, fuese yo menos eesacta en hacer su voluntad? Y si la hermosura es realmente una cosa muy estimable, ¿no pierde la parte mas preciosa de su gracia y de su mérito, cuando no va acompañada con la virtud?

Otro de los medios, hija mia, que pueden

conciliarte alguna consideracion en el mundo, es el de no dar palabra alguna sin cumplirla puntualmente. *Nubes y viento*, dice Salomon, *d que no se sigue la lluvia, es el varon jactancioso y que no cumple lo prometido* (1). Por esto promete poco, y solamente aquello que tengas seguridad de poder cumplir. Resérvate siempre mas tiempo del que necesites, y procura aumentar el precio del favor que hagas, por medio de una agradable sorpresa, haciéndolo antes del tiempo señalado. Siempre que sirvas á alguno, hazlo secretamente y sin propalarlo jamas. Si has favorecido á una persona ingrata, lo que acontece con mucha frecuencia en el mundo, sufre con paciencia su ingratitud, y obra de modo que el sacrificio de tu justo resentimiento sea un segundo favor que le hagas. Así como nada has de prometer, que no quieras ó no puedas cumplir, y el obrar al contrario es injusticia y mala fé; así tambien es una extrema imprudencia el contar seguramente con las promesas de otros; porque las mas veces se hacen por complacencia, por vanidad ó por ligereza, y raramente con poder y con sincera voluntad.

1) Libro de los Proverbios, cap. xxv, v. 14.

CAPITULO LI.



DE LOS HOROSCOPOS Y OTRAS SUPERSTICIONES.

No creas, hija mia, ni en los sueños, ni en las predicciones de los astrólogos, ni en los anuncios de los que levantan horóscopos. No formes juicio ni saques consecuencia alguna de un salero revuelto, ó de cuchillos cruzados, ó de un espejo roto, ó del encuentro de un entierro, ó de un cuervo que atraviesa el camino que sigues. No creas que haya dias, números ni nombres, mas venturosos ó mas aciagos unos que otros, y una infinidad de otras cosas semejantes que no pueden creerse sin supersticion, y cuya extravagancia se conoce claramente por poco que se atienda á la voz de la razon sana y libre de preocupaciones.

La adivinacion del error, dice el autor del Eclesiástico, y los agüeros falsos, y los sueños de los malhechores, son vanidad. Y tu corazon como de muger que está de parto, padece imaginaciones: y es lo mismo que decir, que la verdad que se cree divisar en tales cosas, es un mero efecto de la fantasía, como lo son los antojos de las

mugeres embarazadas. *Si el Altísimo no te visita con tales visiones, no pongas en ellas tu corazón: porque á muchos hicieron errar los sueños, y cayeron por haber esperado en ellos* (1). Los que se meten á adivinar lo futuro, usurpan las prerogativas y los derechos de Dios mismo. El profeta Isaías hablando con los dioses de la gentilidad, dice: *Anunciad lo que ha de ser en lo venidero, y sabremos que vosotros sois dioses* (2). Con razon hablaba así el profeta; porque, como advierte Tertuliano (3) «la verdad de las profecías es una prueba indubitable de la Divinidad.»

Yo soy, dice el Señor, el que anulo las señales de los adivinos y enloquezo á los agoreros, que hago tornar atras á los sabios y entontezco su ciencia (4). *Hombre ó muger en quienes hubiere espíritu pitónico ó de adivinacion, mueran de muerte: los matarán d pedradas: su sangre sea sobre ellos.* Esta es la ley del Señor, publicada en el Levítico (5). Estas gentes tienen la temeridad de asegurar á uno que llegará á tal edad, ó que morirá en tal tiempo. Jesucristo,

1) Cap. xxxiv, v. 5, 6 y sig.

2) Cap. xli, v. 23.

3) En su Apología, cap. 20.

4) Profecía de Isaías, cap. xlii, v. 25.

5) Cap. xi, v. 27.

que es la verdad infalible, nos asegura que es incierta la hora de la muerte; diciendo: *Velad pues, porque no sabéis á que hora ha de venir vuestro Señor* (1). ¿Como pueden, hija mia, unirse ambos extremos? Como puede concordar lo que aseguran los adivinos y agoreros, con lo que asegura Jesucristo? Dios ha querido ocultarnos la hora de nuestra muerte para que viviésemos siempre vigilantes, y para que esta incertitud sea en nosotros como un freno que contenga nuestras pasiones. Pero aquellos emisarios del espíritu malo quieren quitarnos un socorro tan necesario, pretenden inspirarnos una falsa seguridad, y animarnos á soltar la rienda á nuestras pasiones, persuadiéndonos que tendremos tiempo para todo, para nuestros placeres y para nuestra salvacion. Si ellos mismos cuando se acuestan no saben si verán brillar el dia siguiente, ¿como pueden prometer á los otros muchos años de vida?

Dios solo, por la inmensidad de su inteligencia, conoce igualmente lo pasado, lo presente y lo venidero. Él vé todas las cosas como en un punto; y este es un carácter esencial de su divinidad, y una prueba incontestable de ella. Dar la vista á los ciegos, el oído á los sordos,

1) Evangelio de S. Mateo, cap. xxiv, v. 42.

la palabra á los mudos y la vida á los muertos, no prueban tanto el poder infinito de Dios como el conocimiento de lo que está por venir. Si no crees que sean capaces los hombres de hacer hablar á los mudos, y resucitar á los muertos, con mucha mayor razon no has de creer que alguno de ellos pueda anunciar lo futuro *.

Ni las estrellas, ni los planetas, ni los diferentes aspectos de las constelaciones arreglan nuestro destino. *Los bienes y los males*, dice el autor del Eclesiástico, *la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios* (1). ¿Estos adivinos, han entrado acaso en el consejo del Señor, ó han examinado y profundizado sus designios impenetrables? *No aprendais segun los caminos de las gentes*, decia el Señor á su pueblo escogido, *y no temais las señales del cielo á las que temen las naciones: porque las leyes, las ceremonias y supersticiones paganas de los pueblos, vanas son* (2).

*) Esto no impide el que Dios pueda conceder esta oracion, y que efectivamente la haya comunicado á algunos de los mortales, como lo vemos verificado por un don particular en los profetas de la antigua ley, y lo leemos en varios santos de la ley de gracia.

1) Cap. xi, v. 14.

2) Profecía de Jeremias, cap. x, v. 2 y 3, anotados por el P. Scio.

¿Quieres saber porque gozan algun crédito en el mundo aquellos que tienen la osadía de asegurar que levantarán el velo que nos oculta el conocimiento de las cosas venideras? Es porque, como lo dice un autor moderno, los hombres gustan ser engañados por los que les adulan y lisonjean sus pasiones. Olvidan fácilmente los yerros y equivocaciones de los astrólogos, y solo tienen presentes aquellos casos en que sus predicciones han pasado por verdaderas. Los astrólogos y gente de la misma laya, habian anunciado en muchas y distintas ocasiones la muerte de Enrique el Grande, sobre lo que dijo un dia este príncipe: alguna vez por fin lo acertarán, y el público se acordará mucho mas de la sola vez en que su predicción habrá salido cierta, que de las otras muchas que ha sido falsa.

Ni aun el espíritu malo, aunque mucho mas penetrante que los hombres mas sabios, puede conocer lo que está por venir, sino por medio de conjeturas que saca del conocimiento que tiene de lo pasado y de lo presente: y con todo vemos en las historias, que en circunstancias en que le era de la mayor importancia el decir la verdad, para solidar mas su imperio sobre las naciones, ha vaticinado muchísimas veces lo contrario de lo que ha sucedido despues. Crespo,

rey de Lidia (1), consultó al oráculo de Delfos para saber si vencería á los Persas. El oráculo le aseguró la victoria. Creso ofreció y dió al templo magníficos presentes, y los Persas triunfaron de él. Pidió entónces á Ciro, su vencedor, le permitiese enviar al templo para quejarse del oráculo que le habia engañado: y el oráculo le respondió, que ni aun á Dios mismo le era posible evitar la suerte dictada por el destino. Semejante respuesta digna realmente de aquel á quien Jesucristo llama *padre de la mentira* (2), debia haber desacreditado enteramente aquel oráculo; pero la avaricia y ardid de sus ministros, la credulidad del pueblo, y el deseo inmoderado de saber lo venidero, que anima particularmente á las personas mas distinguidas, suplian á la falta de luces y conocimiento del espíritu malo.

Aquellos famosos mágicos, Jannés y Mambrés, á quienes segun San Pablo (3) el ángel de iniquidad dió fuerza para resistir á Moises, no pudieron prever y vaticinar á Faraon que dentro de pocos dias quedaria sumergido con todo su ejército en las aguas del mar Rojo; en vez

1) Herodoto, lib. 1.

2) En el Evangelio de S. Juan, cap. viii, v. 44.

3) En la Carta segunda á Timoteo, cap. iii, v. 8.

de que Moises predijo el nacimiento del Salvador mas de quince siglos antes que sucediese. En todos tiempos los hombres han contribuido á que el enemigo infernal los engañase. Las gentes aprendian de memoria los oráculos de Del-fos que salian verdaderos y hablaban de ellos encareciéndolos por todas partes; pero pasaban en silencio los que habian salido falsos. Un as-trólogo de la Suiza, habiendo observado en el año 1661 que un cometa, pasando por el signo del águila, (esta es una constelacion á la que se ha dado este nombre, como pudiera habersele dado cualquier otro con igual fundamento), ha-bia venido á eclipsarse al pie de él, aseguró que esto presagiaba la ruina del imperio Turco por el de Alemania. El écsito correspondió tan ca-balmente á este pronóstico, como que dos años despues los Turcos se apoderaron de casi toda la Hungría, y hubieran probablemente invadido todos los estados hereditarios de la casa de Aus-tria, si los socorros que envió el rey de Francia al emperador, no le hubiesen facilitado la con-clusion de la paz con la Puerta Otomana.

Sobre cualquier fundamento que quieran apo-yar su ciencia aquellos que te prometan reve-larte los acontecimientos venideros de tu vida, sea sobre el aspecto de las constelaciones, ó so-bre las rayas de las manos ó de los pies, ó sobre

la combinacion de ciertos números, mirales siempre como impios que se jactan de un conocimiento que solo pertenece á Dios , ó como impostores que quieren enseñarte lo que ellos mismos ignoran , y que solo buscan enriquecerse á espensas ajenas, y con el favor de una simple y necia credulidad. Este es el juicio que de tales gentes formaba San Agustin. Este Santo Doctor nos dice (1), que cuando los astrólogos adivinan , es por acaso y no por ciencia , y que á fuerza de hablar de muchas cosas , es difícil que no acierten alguna.

He creido , hija mia , que debia hablarte con alguna estension sobre esta materia, porque sé que un gran número de gentes de todas condiciones , dan sobrado crédito á tales imposturas , y no quisiera que fueses tu de este número. Con esto concluyo aquí esta pequeña obra , mas difusa sin embargo de lo que yo me habia propuesto hacerla. Mi ternura para contigo ha arrebatado mi pluma; y con todo me parece que no quedo aun satisfecho, y que me falta mucho que decirte. Si pudiese lisonjearme de que hallases tanto placer en conocer tus obligaciones, como yo lo tengo en enseñártelas , no me detendria en lo que hasta aquí llevo dicho ; pero veo

1) En el libro cuarto de sus Confesiones, cap. 7.

que no se puede exigir mucho de las personas de tu edad y de tu sexo; porque las mejores cosas las fastidian fácilmente, cuando se necesita para ellas mucha aplicacion. Mas ¿por qué no he de abrirte mi corazon para lo demas que me falta decir? Hija mia, has llegado ya á una edad que te hace capaz de toda la atencion necesaria para aprovecharte de ello. Por lo que, recapitulando tus principales obligaciones resumidamente, voy á añadir algunas reflexiones á las que has visto hasta aquí.





RECAPITULACION

Y NUEVAS REFLECSIONES SOBRE LOS

CAPITULOS ANTECEDENTES.



HAY en el mundo diferentes sociedades : tu procura temprano elegir las mejores ; porque la felicidad de todo el curso de tu vida depende de esta eleccion.

Habítuate á no quedar satisfecha con haber obrado bien , cuando esté absolutamente en tu mano el obrar mejor.

Usa con modestia de tus talentos , ya sean adquiridos , ya naturales : esta virtud semejante á un harniz , da lustre á los mas medianos , asegurando y preservando juntamente á los demas.

Distingue siempre lo que es obligacion , de lo que es simple cortesía : cumple lo primero con una ecsactitud la mas rigurosa , y sazona lo segundo con la naturalidad y con un modo afable.

Piensa primeramente en agradar á Dios : y despues , en no hacer cosa alguna que pueda disgustar al prójimo.

Echa una mirada sobre las maravillas de la naturaleza, sobre la estension inmensa del universo, sobre los movimientos admirables de los cielos, sobre el resplandor del astro que nos ilumina, sobre la fecundidad de la tierra, á fin de que tu espíritu se ocupe continuamente en la contemplacion de la grandeza de Dios.

Saca de las Santas Escrituras sentimientos de temor, de amor y de reconocimiento por el Ser Supremo.

No mires con aversion ni con desden á tu prójimo, porque sea de un nacimiento, ó de una condicion, ó de un mérito inferior al tuyo.

Tolera los defectos ajenos, y no pienses sino en enmendarte de los propios. Es ya tener uno y muy grande, el hallar mas en los otros que en nosotros mismos.

Sé tierna y compasiva con tu prójimo, si quieres que Dios te consuele en tus aflicciones. El Señor se hace sordo á los clamores de quien no escucha los de sus semejantes.

El orgullo, hija mia, es un olvido de la infinita grandeza de Dios y de nuestra propia miseria.

Todas las cosas han tenido su principio. Dios ha criado todo lo que existe. No te limites á esta idea general; sino figúrate alguna vez que te hallas presente á la grande obra de la crea-

cion del universo. Contempla á Dios ejecutando en el tiempo el plan que habia formado desde la eternidad en el seno de su sabiduría.

Verás, hija mia, como por su palabra desaparece la nada, y se llena el vacío eterno con la inmensidad divina. Verás que, con mas velocidad que el rayo hiende la nube, todas las cosas criadas se apresuran á tomar el lugar que su omnipotencia les ha destinado.

Verás crear por aquel Ser eterno la luz que hace visible aquello que no lo era; hermosear los cielos con un número infinito de astros, cuya grandeza y resplandor son incomprensibles; llenar el aire de aves y el mar de peces; cubrir la tierra de plantas y de animales de todas especies; arreglar las estaciones; dar la vida, el movimiento, la forma y las propiedades convenientes á cada cosa, y poner todas las partes de este vasto universo en una armonía perfecta.

¡Que espectáculo! Mírale, hija mia, con atención. Respecto del poder de Dios, todas las potestades de la tierra son como un átomo ligero que el viento arrebatara, sin que se pueda saber lo que ha sido de él.

Penetrada de la omnipotencia de Dios y de sus infinitas perfecciones, y bien convencida de las miserias y flaquezas humanas, ¿cómo podría entrar en tu corazón el menor sentimiento de

soberbia? Si se halla en tí algun bien, no olvidarás que es un don del cielo, y un talento de que se te pedirá cuenta.

El hombre no es mas estimable porque posea grandes riquezas ó bien ocupe puestos eminentes. La juventud, la beldad, las gracias, no son un título para pretender la estimacion, que solo se debe á la virtud. Ella sola es un bien estable y permanente. Ella no depende del capricho de los hombres; reside en la parte mas noble de nosotros mismos; se mantiene en la fortuna próspera y en la adversa; es de todos los tiempos, de todas las edades y de todas las condiciones: ella sola tiene un esplendor sólido, en parangon del cual toda la pompa mundana desaparece como un ligero vapor: por la sola virtud, en fin, se verifica que nosotros somos la imágen de Dios. Sé virtuosa, hija mia: esto basta: lo demas, ó Dios te lo concederá, ó te dará la gracia de que no eches menos su falta.

El dejarse arrebatarse fácilmente de la cólera, es prueba, ó de un entendimiento muy limitado, ó de una escesiva presuncion.

Un entendimiento limitado se irrita, se agria por las menores bagatelas, por un acatamiento que le parezca menos profundo, ó por un cumplimiento cuyas espresiones no sean conformes á la buena opinion que tiene de sí propio. Si

alguno pasa sin saludarle , si se le hace menos agasajo que á otro , una escofieta mal lavada , una cinta no colocada al último gusto , y una infinidad de otras cosas igualmente frívolas , hacen perder á un entendimiento limitado toda su tranquilidad.

El que tiene mucha presuncion , 'quiere dar el tono á los demas , habla magistralmente , decide y sostiene con arrogancia su opinion. Cree deber á los otros mucho menos de lo que se les debe , y ecsige de ellos mucho mas de lo que tiene derecho de ecsigir. Hija mia , evita con cuidado estos dos escollos , y te ahorrarás muchas trabacuentas.

Las personas de esta clase tienen raras veces un carácter sostenido é igual : afables , corteses , condescendientes en un tiempo , y un momento despues , ásperas , inciviles é intratables.

No seas orgullosa , y vivirás en paz con todos. Darás á cada uno lo que le toca , y contenta con no dar á nadie motivo de queja , te será mas fácil no quejarte de los demas. Como aprenderás por tu propia esperiencia cuanto cuesta el portarse á gusto de todos , no te admirarás ni disgustarás cuando no halles en los demas una atencion igual á la tuya ; y te harás cargo de que es mas glorioso y humano el mirar con indulgencia , mas bien que con severi-

dad, aquellas faltas en que es muy fácil caer, y que con dificultad se pueden evitar.

La ira es un movimiento del alma, que la enajena de sí propia, turba la razon y suspende su uso. Entre las pasiones, esta es la mas imperiosa y comun. Procura, hija mia, estar siempre sobre tí, para que no te sorprenda. Sé indulgente por las faltas ajenas. Advierte que si tu espíritu fuere inclinado á echar las cosas á mala parte, se verá agitado mas amenudo que el mar mas borrascoso. Porque en fin, hija mia, el mundo rebosa de necios, de indiscretos, de impertinentes, de gentes ó maliciosas, ó inespertas, ó ignorantes. El que quisiera hacer mucho caso y apesadumbrarse de todo lo que hay de desplaciente, enojoso é irregular en la sociedad humana, sea que se hallase solo ó en compañía, estaria siempre de mal humor. Puesto que nuestras propias faltas no nos irritan; ¿por qué no hemos de mirar con la misma indulgencia las ajenas?

El filósofo Heráclito, mirando con ojos de compasion los malos procedimientos de los hombres, no podia contener sus lágrimas. Demócrito, tambien filósofo, lo hacia todo al contrario. Se le soltaba siempre la risa, al ver que los hombres, aun los mas sabios, nada hacian con arreglo á la sabiduría y a la recta razon. Tu, hija

mia, no imites al uno ni al otro. Ni llores ni rias por las necesidades ajenas: lo primero es flaqueza, lo segundo inhumanidad. Súfrelo todo con paciencia. Nuestra condicion es de tal suerte, que no hay hombre alguno perfecto. No tengas tampoco un genio inclinado á la sospecha; porque esto presta ocasion de cometer una infinidad de faltas, y hace al hombre de un trato difícil.

Sé circumspecta en el hablar, haciendo que la razon y la humanidad acompañen tus palabras. No solo es estravagancia sino tambien bajeza de alma, el ponerse á riesgo de perder por una sátira ú otro dicho malicioso, la estimacion de los buenos, para grangearse la de aquellos cuyo gusto consiste en disgustar á los demas. Gobierna tu lengua con prudencia; ella puede servirte para conciliarte amigas, igualmente que para atraerte enemigas. ¿En esta alternativa, puede titubear sobre la eleccion una jóven, no digo enseñada por la religion de Jesucristo, sino solamente dirigida por la razon? Sin embargo, hija mia, nada hay de que se abuse tanto en el mundo como de la lengua. Para gobernarla bien, es preciso sujetar y rectificar el amor propio, casi siempre ciego en órden á sus verdaderos intereses. El amor propio lo refiere todo á sí mismo, y por este camino muy amenudo lo pierde todo. Él se apropia desde luego y de un

modo imperioso, todo lo que le lisonjea, sin reflexionar si aquello mismo puede dañar á alguno.

El filósofo Xanto, amo de Esopo, le mandó un dia comprar lo que hubiese de mejor en la plaza. Esopo no compró mas que lenguas, que hizo guisar de diferentes modos. Xanto habia convidado á comer á algunos amigos, y enojado de regalarlos tan mal, ¿no te he mandado, le dijo á Esopo, que compraras lo mejor que hubiese? ¿Y qué cosa hay mejor, replicó Esopo, que la lengua? É hizo inmediatamente el elogio de ella. pues bien, dijo Xanto, mañana me comprarás lo peor que halles; advirtiéndote que tendré los mismos convidados. Esopo al otro dia no compró ni sirvió tampoco en la mesa mas que lenguas. Xanto se encolerizó; pero Esopo le apaciguó, probándole que no hay en el mundo peor cosa que la lengua. Así que; hija mia, la lengua aprovecha ó daña, segun el buen ó mal uso que se hace de ella.

Otro maestro infinitamente mayor que Esopo, nos enseña cuan difícil es el gobernar bien la lengua. Este maestro es Dios mismo, quien, por boca del apóstol San Jayme, nos dice: *El que no tropieza en palabra*, esto es, el que á nadie ofende con su lengua, *Este es varon perfecto* (1). Habiendo recibido de Dios la lengua

1) Carta Católica, cap. III, v. 2.

para defender al inocente, para escusar al culpable, para consolar al afligido, para dar buenos consejos, para inspirar en los otros un espíritu de paz, para edificarles con la modestia y circunspeccion en las palabras, seria justo, hija mia, que convirtieses esta lengua en órgano de la envidia, de los celos y de la injusticia? ¿No seria delito emponzoñar una fuente, de cuyo caño puedes á tu arbitrio hacer manar aguas puras y saludables?

La caridad nos permite apénas creer el mal donde le vemos; la maligna murmuracion engendra siempre malas sospechas á la menor ocasion que se le presenta.

El que quiere amar la vida, dice el apóstol San Pedro, el que desea la paz en esta vida y en la otra la gloria, y ver los dias buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño; esto es, no ofenda á su prójimo con él ni con la maledicencia (1).

¿Cómo podrian ser felices los dias de un maldiciente? Por medio de su malicia y de la indiscrecion de sus palabras, levanta continuamente alguna discordia; mas el pesar que causa á los otros, recae casi siempre sobre él mismo.

1) Carta primera de S. Pedro, cap. III, v. 10, con la anotacion del P. Scio.

¿Cómo es posible que conserve la tranquilidad que destruye en los demas? ¿Cómo puede acallar ni sofocar el clamor de su conciencia, que le aqueja sin cesar, reprendiéndole una conducta tanto mas reprobable, cuanto las leyes no han establecido penas para castigarla? Hija mia, si se murmura de tí no uses de represalias. ¡Cuánta grandeza de alma supone el correr un velo sobre los defectos de aquellos, que, ó no perdonan los nuestros, ó los hacen parecer mayores de lo que son! El ahogar todo sentimiento de disgusto y de venganza contra los que divulgan nuestras faltas, es merecer que se nos disimulen y perdonen. El no hallar á mal que estas nos reprendan, aunque alguna vez sea esto con poca precaucion y miramiento, es una disposicion prócsima á corregirnos.

Si tu virtud se ve atacada, si tus enemigos procuran alterar la estimacion y destruir la buena reputacion que has conseguido, ¡qué ocasion tan bella es esta para confundirlos! Hija mia, no dudes que tu modestia, tu prudencia, tu apacibilidad y dulzura en tales casos, te harán triunfar siempre de todos tus contrarios.

Se conocerá que aborreces y detestas la murmuracion, si eres exacta en retirarte luego que oigas murmurar, ó si tienes la loable costum-

bre de rechazar ó de amortiguar cuanto esté en tu mano las agudas saetas que se lanzan y dirigen contra tu prójimo.

Vale mas callar, que hablar para murmurar ó para zaherir á otro. Mejor es que arriesgues ser tenida por de pocos alcances, que dar ocasion para que se crea que te sobra malicia.

Ni la edad, ni la condicion de los maldicientes, ni el interes que tengas en obsequiarlos, ni una culpable vergüenza de oponerte al torrente, deben disminuir en tí el odio contra la murmuracion. La pérdida que se sufre en obsequio de la humanidad, de la justicia y de la caridad, es una pérdida gloriosa y provechosa.

Sea tu espíritu pacífico, dulce y conciliador. Teme todo lo que pueda alterar la armonía y buena inteligencia, sea entre tus amigas, sea entre los que mires con indiferencia. Procura reunir todos los votos en favor de tu amor á la paz. No refieras sino lo que sea ventajoso á tu prójimo, y aun para esto aprovecha un tiempo oportuno. Cuida de que para dar gusto á unos, no causes pesar á otros. Nada digas con ligereza, y sin haberlo pensado bien de antemano. No te aquietes con la sola rectitud de tus intenciones, antes bien procura ponerte á cubierto de toda interpretacion maliciosa.

Atiende, hija mia, á que si has logrado la re-

putacion de ser incapaz de murmurar, esta reputacion misma te empeña á la mas fina y delicada circunspeccion. Una sola palabra tuya que presente un sentido poco favorable para alguno, hará mas impresion que un dilatado razonamiento de otra persona reputada por maldiciente y detractora.

Cuando el mar está en mayor calma, se ve súbitamente agitado por vientos impetuosos. Lo que los vientos en el mar, producen los chismes en la sociedad. ¡Cuanta confusion, cuantas enemistades, cuantas escenas trágicas no causan!

Si no estamos seguros de caer en faltas, hablando poco, ¡cuán raro será que no cometamos alguna, hablando mucho! Hay circunstancias en que el silencio es mas prudente y persuasivo que los mas elocuentes discursos. Pensamos que nada hemos dicho, porque solo hemos proferido una palabra, y muchas veces esta palabra sola es una flecha mortal. Otras veces un prolongado silencio causa mas daño que un largo discurso, por mas ágrío é insultante que este sea.

Siempre se habla demasiado cuando se habla contra el prójimo. La suma prudencia consiste en hablar á propósito y en sazón: estensamente, cuando se necesitan largos razonamientos, y lacónicamente, cuando las circunstancias lo ecsi-

gen. El callar cuando es ocasion de hablar, y el hablar cuando se ha de callar, son dos escollos que las personas juiciosas procuran evitar.

Se habla tambien con los ojos, con un movimiento de cabeza, con una sonrisa, con un semblante ó contento ó disgustado; y todas estas esplicaciones mudas, son inocentes ó criminales, segun que producen algun daño ó provecho.

El hablar demasiado es fuente de una infinidad de imprudencias, de desatinos, de murmuraciones, de malsinerias, de disensiones y de arrepentimientos.

¿Quieres, hija mia, tener un título incontestable para ser creida en cuanto digas? Sé sincera, y manifiestese tu sinceridad y candor en tus palabras, en tus acciones y en todo tu porte. Nunca hables por pasion; y en defensa de la verdad, no emplees sino la verdad misma.

Siendo los hombres naturalmente ignorantes é imperfectos, el medio mas seguro para disipar nuestra ignorancia, y librarnos de nuestras preocupaciones y defectos, es, hija mia, el de ser dóciles á la instruccion y á las correcciones. Los genios indóciles envejecen en sus malos hábitos, y todos los dias van contrayendo otros nuevos, que fortifican los antiguos. Las correcciones mortifican nuestra soberbia: aplicate tu á persuadirte mucho que este vicio es el veneno

que inficiona todas las virtudes, y vencerás de este modo el mayor obstáculo que se opone á la docilidad.

Si Dios te diere hijos, edúcalos con dulzura y con paciencia. Abstente de toda fogosidad, y no te portes con ellos de un modo áspero y colérico. Preséntales la virtud como muy amable, y no los llesves á ella de repente y con dureza, sino con la persuasion y con tu ejemplo. La blandura, el cariño y la insinuacion es lo que comunmente has de emplear para con ellos. Una gran severidad solo conviene en ciertos casos, y aun entónces es necesario que tengas cuidado de dejarles entrever alguna señal de tu ternura. Es una gran desgracia, hija mia, cuando un hijo mira con aversion á su madre; pero lo es aun mayor cuando ella le dá ocasion para menospreciarla.

Supongamos que tus hijos sean indóciles. Díme: ¿no lo has sido tu nunca cuando niña? ¿Y en una edad mas crecida, tienes bastante imperio sobre tí misma para no faltar jamas á la docilidad? ¿Sigues siempre los buenos consejos que se te dan, ó los que tu propia razon te sugiere?

Si tus hijos nó hicieren todo lo que tu cesijas de ellos, tómalos con paciencia. Despues de servir á Dios, el primero y mas importante nego-

cio de una madre es el de la educacion de sus hijos; proposicion dura, pero verdadera. Estudia con cuidado el natural de los tuyos. Ni ec-sijas de ellos mas de lo que puedan hacer, ni pretendas que adelanten tan aceleradamente como tu quisieras. ¿Seria bueno que te impacientases contra un árbol tierno, cuyos frutos no madurasen fuera de su propia estacion? Los entendimientos tienen la suya como los frutos. Lo que importa es darles una buena cultura.

Consulta menos tu voluntad, que sus fuerzas y sus disposiciones. Cuidado que en vez de criarles como una madre tierna, sábia y prudente, no los trates como madrastra, ó como madre orgullosa que se irrita contra sus hijos, porque estos no cooperan segun su fantasía á los deseos de su amor propio.

Si Dios te diere hijas, aplica todos tus conatos, todos tus talentos y toda tu piedad á su buena educacion. Acuérdate que Dios les ha dado un modelo, y que este modelo eres tu misma. Pórtate en su presencia de tal modo, que no puedan notar en tí cosa alguna, que no sea digna de ser imitada. Haz que nunca te vean dura para con los pobres, falsa en tus palabras, viva por los placeres de que debes abstenerte, fogosa é injusta con tus dependientes, mal humorada y puntillosa con tu marido, altiva, picante, mur-

muradora, encaprichada por las últimas modas, demasiado entregada á tu atavio y al desco de agradar; en una palabra, procura que tus hijas te vean siempre del mismo modo que quieras sean ellas.

Por lo general se atiende bastante á dar educacion á las hijas; pero la que se les da no es buena. La sociedad tiene mucho interes en que se reformen sobre esto muchos abusos. Es un refran antiguo, que las mugeres componen la mitad del mundo; y esta mitad no es la que influye menos sobre nuestras costumbres. El cuidado de nuestros primeros años está confiado á las mugeres; los primeros lineamientos de nuestro carácter son de su mano; ellas forman el primer bosquejo, y este bosquejo, segun que es bueno ó malo auxilia ó retarda los progresos de la educacion que se nos da despues.

De aquí puedes inferir, hija mia, cuanta es la obligacion que te incumbe de velar sobre tus hijas. Si tu sabes inspirarles los verdaderos sentimientos de piedad, de recogimiento, de modestia, y si con esto no descuidas las cualidades necesarias para la sociedad, como son la urbanidad, la condescendencia, la igualdad de genio, la afabilidad y otras, tus hijas serán un dia el honor, el apoyo y el adorno de las casas en que entraren por su colocacion.

No permitas á tus hijas vestido ú adorno alguno que tenga el menor aire de afectacion, ó presuncion de parecer bien. La muger que no teme parecer vana y presumida, lo es realmente. Las apariencias son causa de nuestros juicios, y el norte por el que arreglan los hombres sus pasos y sus empresas.

Creerás tal vez, hija mía, que esijo demasiado, y que para esto seria preciso renunciar á todo, para ocuparte únicamente en el solo cuidado de invigilar sobre tus hijas. Esto no es absolutamente necesario. Establece un buen orden y arreglo en tu casa, y hallarás tiempo para todo. Solo los principios son dificultosos: procura que tus hijas sean virtuosas por conviccion y sentimiento, y verás que luego que hayan llegado á este punto, seguirán la virtud y se entregarán al bien por sí mismas, y sobre todo si tu las animas y fortaleces con tu ejemplo.

Mas, aun cuando te vieses precisada á abstenerte de toda diversion y á renunciar á una parte de tus adornos, para tener eso de mas con que acudir á los gastos que te causará la buena educacion de tus hijas, ¿podrias tu reusarles este sacrificio que Dios y la naturaleza esigen de tí? Para animarte á esto solo te propondré el ejemplo de una señora romana, tan célebre por su virtud como por su elevado nacimiento.

Esta fué Cornelia, madre de los Gracos. Vino otra señora á alojarse en su casa, y desde luego empezó á hacer ostentacion de sus joyas y adornos, que eran ciertamente lo mejor que habia en aquel tiempo. Cornelia hizo entónces venir á sus hijos, y presentándoselos, le dijo : He aquí todos mis atavíos y preséas (1). Aquellas mugeres que se hacen voluntariamente esclavas de las opiniones del mundo, gloriense enhorabuena de llevar aquellos frívolos adornos en sus cabezas, en sus gargantas y en sus manos; resplandezcan enhorabuena sus vestidos con el brillo de las piedras mas preciosas : una muger verdaderamente virtuosa las oscurecerá á todas. Tú, hija mia, á ejemplo de aquella ilustre Romana, ciñe toda tu ambicion y todos tus deseos á la buena educacion de tus hijos y sobre todo de tus hijas : esta es para tí una obligacion personal. Será muy grande tu felicidad y la suya, si presentándolas puedes decir con verdad : estas son todas mis joyas y galas.

Dios, el prójimo y tu misma, son, hija mia, tres objetos en que debes pensar todos los dias de tu vida : en Dios, para amarle y servirle; en tu prójimo para no ofenderle; y en ti misma, para corregirte de tus defectos.

1) Valerio Máximo, libro 1v, cap. 4.

Huye el ocio; pero esto no basta. Es menester tambien que todas tus ocupaciones sirvan al provecho de tus virtudes, y á la estirpacion de tus imperfecciones: de modo que al fin de la jornada puedas gustar una sólida satisfaccion cuando hagas un severo ecsámen de toda tu conducta. El bien que puedas hacer hoy, no lo difieras para otro tiempo. Nadie puede prometerse con seguridad el dia de mañana. Por mas buena que sea la salud, esta es una proposicion ecsactamente verdadera en orden á todos. No somos dueños sino del presente, y este no es mas que un momento: el pasado ya no ecsiste, y el porvenir es incierto. Mira hija mia, si hallas en esto motivo ó razon alguna para tranquilizarnos, y para no inquietarnos por la pérdida de aquellos momentos preciosos, que con su continuo trascurso abrevian sin cesar nuestros dias, y nos acercan á nuestro fin con una rapidez tanto mas temible, cuanto ni nosotros la sentimos, ni hay cosa capaz de contenerla.

Haz, hija mia, algunas reflexiones sobre esta materia tan importante; ellas te servirán de consuelo en tus trabajos, y de remedio contra el olvido de Dios y de ti misma en la prosperidad; ellas te preservarán del engañoso encanto de los placeres, de los honores y de las riquezas, ellas en fin te impedirán que mires con desprecio á los

pobres y á los desgraciados. Conocerás que en las cosas esenciales tu no les llevas ventaja alguna. El tiempo se desliza con igual celeridad para todos. No hay escepcion alguna de esta ley, por cuya esencia aun los reyes no dudarian abandonar su corona, pues que no son mas dueños de prolongar sus dias que el mas ínfimo de sus vasallos.

Tus ocupaciones han de estar subordinadas unas á otras, y la Religion y la sana razon han de arreglar su órden y su tiempo. Cumple con los deberes de la urbanidad, pero estréchalos cuanto te sea dable para que no te cuesten demasiado tiempo. Economízalo mucho, y prodiga mas bien cualquier otra cosa que un tesoro tan precioso. ¿Por qué dar con tanta facilidad lo que nadie puede volverte, y lo que tu misma puedes emplear continuamente con tanta ventaja?

Te he dicho en el curso de esta obra que hay tres suertes de ocupaciones: las necesarias, las útiles y las que solo sirven para recreacion y descanso del espíritu. Nunca confundas las unas con las otras.

Señala un tiempo fijo á estas diversas ocupaciones. Fórmate un plan y síguele regularmente, pero sin afectar aire alguno de severidad ó de singularidad. Acomódate á los tiempos y á las

circunstancias , y cualquiera que sea el orden que establezcas en tu conducta , no te erijas en juez de los demas , acordándote siempre , que si cumples cuanto te es posible con lo que debes á Dios , al prójimo y á ti misma , nada haces de mas de lo que estás obligada á hacer indispensablemente.

Las ocupaciones necesarias tienen diversos objetos : Dios es el primero de todos. Desde que despiertas , debes ofrecerle todas tus acciones : Dime : ¿ le ofrecerias sentimientos de ambicion , ó de envidia ó de aborrecimiento , conversaciones poco regulares , compañías peligrosas para tu virtud ó para tu reputacion , y otras cosas semejantes ?

El segundo objeto de las ocupaciones necesarias es concerniente al cuidado con que debes conservar la estimacion pública , tu hacienda y tu salud. Desea la estimacion del público ; el renunciar á ella es hacerse digno del mayor desprecio , así como el pretenderla sin mérito es una injusticia. Hazte digna de ella , hija mia , con tu virtud , y con todas las consideraciones y respetos que esta te permita. Si pierdes esta estimacion por la malicia de los hombres , ó por la envidia siempre enemiga de la virtud sincera y verdadera , no te aflijas. Cuenta que la única pérdida real y sensible es la de aquellos senti-

mientos que pueden esponerse á la vista de todos ó conservarse en el fondo del corazon, sin temor de incurrir en la desaprobacion de las gentes de bien, ó de esponerse á los remordimientos de la conciencia. Como puedas salvar estos sentimientos, hija mia, nada habrás perdido.

Si miras la virtud como el único fundamento del verdadero mérito, no te deslumbrará el que se aprecia tanto en el mundo, y que, propiamente hablando, no es mas que el triunfo de vanidad. Su exterior seduce con su brillante oropel: la muchedumbre le sigue y le admira, y aun reputa por insensatos á los que le menosprecian. Tu, hija mia, témele, desconfia de él, y no te dejes llevar por la corriente. Por mas bello y adornado que sea un edificio, si se sabe que flaquean ó estriban en falso sus cimientos, todo el mundo se aleja de él.

Mide tu gasto con tus haberes, y nada emprendas que esceda tus fuerzas. Los rios mas caudalosos se quedan en seco, si se les sangra por muchas partes; y los pequeños arroyos y fuentes se mantienen si se saca con discrecion el caudal de sus aguas.

Reserva alguna parte de tus bienes para las urgencias imprevistas que pueden sobrevenir; pero sobre todo atiende á separar un sobrante

para aliviar con él á los indigentes ; y aun quisiera yo que en los casos mas precisos y apurados, tuvieses el valor de sacrificarles una porcion de lo necesario. ¡Que bella accion es la de saber sufrir alguna incomodidad para acudir al socorro de quien está para rendirse al peso de la indigencia ! No seas negligente en alargar tu mano á tales desgraciados. En estas ocasiones críticas, olvida en algun modo los consejos de la prudencia humana. Dios justo y benéfico , que escudriña los corazones , reparará con mano liberal las brechas que para este fin hayas hecho en tu hacienda. Cuando tantos necios se arruinan para sostener sus gastos escesivos é imprudentes ; ¿por qué temerías tu disminuir un poco el tren ordinario de tu casa para socorrer á tu prójimo ? La caridad es tan generosa , que obliga algunas veces á hacer los mayores sacrificios : el mundo los condena : ¿pero qué importa ? Dios te los pasará en cuenta.

Si te sobreviene alguna afliccion, cualquiera que esta sea , no te abandones al llanto , que es siempre inútil para el remedio , y llega á ser criminal si dura demasiado. Debemos un tributo de dolor á todas las pérdidas considerables que sufrimos : la naturaleza tiene sus derechos incontestables , que le hemos de pagar sin dilacion. Sintamos amargamente la muerte de aque-

llas personas que amamos ; pero la misma naturaleza que en tales casos nos pide nuestras lágrimas , esije igualmente que no corran siempre de nuestros ojos. Nuestra conservacion no le interesa menos que la de las personas que hemos perdido. Estas son ahora el objeto de nuestra afliccion, y nosotros lo seremos despues de la de aquellos amigos que nos sobrevivan. ¿Quisiéramos que estos muriesen por la pena de habernos perdido? Este modo de pensar tendria ciertamente algo de inhumano. Aunque deseemos que nuestros amigos sientan nuestra muerte , no hemos de esigir que sean víctimas de su dolor ; no hemos de querer que dejen de vivir porque nosotros ya no vivamos. Nuestra muerte seria mucho mas terrible y dolorosa , si mirásemos la de aquellas personas que amamos mas entrañablemente , como una consecuencia necesaria de la nuestra.

En órden á la pérdida de las riquezas , de los empleos y de los demas presentes de la fortuna que escitan nuestros deseos y nunca los satisfacen , es pusilanimidad el dejarse abatir por un accidente que vemos todos los dias cojer á otros. Yo deseo, hija mia , que si has de pasar por tales pruebas , las sostengas con valor y magnanimidad. ¿ No es injuriar á la naturaleza humana , el creernos desgraciados por la pérdida

de estos bienes , que abundan comunmente entre quienes los merecen menos? Basta un fuego no muy grande para derretir el plomo ; mas el oro y la plata , como metales mas puros y sólidos , resisten mas tiempo á su actividad , y se purifican mas con ella. Tal ha de ser tu alma en las grandes adversidades.

¿Serias tu la única á quien la naturaleza hubiese tratado mal? El mundo está lleno de catástrofes que toda la prudencia humana no podria prevenir. Se han visto Reyes grandes perecer en un cadalso ; otros desterrados de sus estados y reducidos á buscar su subsistencia en los paises vecinos. Se han visto Reinas pasar sus dias en la mas horrorosa indigencia. Se han visto generales famosos , cuyo celo patriótico y cuyas proezas admiramos todavía , desterrados de su patria. A injusticias tan grandes y á tantas desgracias , ¿qué opusieron estos hombres tan ilustres? Un valor todavía mas grande. Reducidos al solo testimonio de su conciencia , que en nada les reprendia , se consolaron con su virtud. Hija mia , no busques jamas otro consuelo.

Pero obra todavía mejor que ellos : sufre los contratiempos y tribulaciones que te acometan con una perfecta resignacion á la voluntad de Dios. Tal vez permite que nos falten todos los

apoyos de la tierra, para reducirnos á la dichosa necesidad de no buscarlos sino en su Divina Magestad. Vive siempre sujeta á sus disposiciones. Él te consolará á proporcion de tu obediencia; mas si resistes, agravará su mano sobre tí. Por mas inocente que seas, no eres sin mancilla á sus ojos. Cree, que si te castiga, es para corregirte. Sé dócil. Con estas disposiciones, en todo evento conservarás tu alma en una perfecta tranquilidad.

Nadie puede negar que la salud es un bien preciosísimo. ¿Qué no hacen para perderla los que la gozan? ¿Y qué no hacen por recobrala los que la han perdido? ¡Que contrariedad! Abstente, hija mia, de todo lo que pueda alterar tu salud; pero no te ocupe continuamente el cuidado de su conservacion. Es á la verdad una desgracia el perderla; pero lo es todavía mayor el temer á cada instante su pérdida. Los cuidados escesivos son capaces de dañar al mejor temperamento, y el descuido de lo que puede dañarle le destruye radicalmente. Desea la salud para poder mejor socorrer á los pobres, ser útil á tus amigas, entregarte al cuidado de los negocios domésticos, y cumplir con las obligaciones que prescribe la religion. Cuanto mas sano está el cuerpo, tanta mayor fuerza y libertad goza el espíritu.

El morir es necesario. Las enfermedades que nos dan tiempo para la reflexion en orden á las disposiciones con que todos hemos de pagar este tributo, son un favor que Dios nos concede. Guárdate pues de afligirte por tus males. No hay edad, no hay condicion ni mérito, que pueda excusarnos de ellos. Súfrellos con resignacion y paciencia; este es el solo medio de hacerlos mas ligeros. Cuando estes enferma, no seas dificultosa con los que te sirvan, y muéstrate reconocida á las personas que arriesgan su salud para procurar el recobro de la tuya.

Sobre todo, hija mia, no te dejes amedrentar por la idea de una muerte próxima. La muerte es cierta, pero el momento preciso de ella Dios solo le conoce, y los hombres le ignoran. Un enfermo que segun el parecer de los médicos no ha de vivir mas que pocas horas, recobra á veces su salud; y otro que acaba de recibir de los mismos las seguridades mas positivas de su curacion y restablecimiento, se ve dentro de pocas horas atacado por síntomas que acaban con su vida. En un negocio de tanta consecuencia como lo es el fin de tu carrera, no tomes tus medidas demasiado justas. Mejor es que te sobre tiempo que no que te falte.

Despues de haber atendido á las ocupaciones necesarias, piensa tambien en las útiles. Estas se

reducen á lo que pueda hacerte útilmente agradable á la sociedad. No seria justo exigir en los demas talentos convenientes para tu recreo, y descuidar tu misma el adquirirlos para recrear á los otros : la obligacion es recíproca : si no quieres que los otros te sean molestos, no lo seas tu para los otros. Pero ¿cómo adquirirás aquellos talentos que pueden hacer útil y agradable tu sociedad, y que son como el antídoto del tedio? Esto lo conseguirás por medio de la lectura de la Historia, de la fábula y de los buenos libros de todas clases. Todo esto puede hallar su lugar conveniente en las conversaciones ordinarias ; pero evita en su uso todo aire de afectacion.

Por dos títulos calífico de útiles esta especie de ocupaciones ; porque nos instruyen, y porque sirven para conciliarnos la estimacion y la benevolencia de los otros.

La historia es el cuadro de la vida humana, y la piedra de toque para discernir el verdadero mérito del falso. En ella la virtud recibe todos los homenajes y obsequios que le son debidos, y el vicio pierde todos los que le habian tributado la adulacion ó la depravacion de las costumbres. Contra la verdad no hay prescripcion : con el auxilio de la historia, ella reasume tarde ó temprano todos sus derechos.

La fábula es un conjunto de ficciones ingeniosas, que contienen lecciones muy instructivas para el ejercicio de las virtudes humanas; y si en algunos lugares se resienten de la impureza de su origen, es de un modo tan grosero, que choca claramente con el recto sentido, y por poco razonable que sea el hombre, percibe desde luego su ridiculez y extravagancia.

Cuanto á los libros buenos, que sean tales, así por las materias que tratan, como por el modo con que estan escritos; tu conoces ya su utilidad, sin que sea menester que yo te lo advierta.

Seria ecisigir de tí demasiado, el prescribirte que diceses todo tu tiempo á las solas ocupaciones precisamente necesarias ó útiles; por lo que no te prohibo, ni los juegos, ni los entretenimientos inocentes, pero te prevengo si, que uses de ellos con moderacion, y que vuelvas prontamente á lo que puede alimentar y fortificar tu virtud. Haz por tu alma lo que se hace comunmente por el cuerpo con los alimentos que conservan su salud y vigor. Se comen primeramente los manjares mas nutritivos; y solo se gustan los postres despues de haber satisfecho la primera necesidad del apetito.

Para aficionarte mas al cumplimiento de los consejos que te doy, ayúdate tu misma, hija

mia , con la fuerza del buen ejemplo. Elige buenos modelos para copiarlos en tu alma. Trata solo , con mugeres virtuosas , estudia su conducta é imítala ; sírvete de ellas como de brújula para tu direccion; sigue sus huellas ; arregla tu modo de vestir por el suyo ; trata con las personas que ellas traten ; aléjate de los placeres de que las veas alejarse , y procura que el espíritu que reina en sus conversaciones , reine tambien en las tuyas. Por este medio adquirirás el hábito dichoso de obrar bien por sentimiento.

No te persuadas que la compañía de las mugeres virtuosas sea una cosa poco importante para tu buena conducta , y que baste evitar el trato de las que tienen un carácter opuesto. Un soldado sostiene las duras fatigas de la guerra , porque le anima el ejemplo de sus compañeros que corren los mismos riesgos.

Si se considera el mundo á bulto ó como por mayor solo se ven en él corrupcion , mácsimas perniciosas y ejemplos perversos. Casi en todas partes se ve honrado el vicio , y la virtud en todas partes se oculta bajo el velo de la modestia : este es su asilo : ella tiene su asiento en el corazon , y huye del brillo y de la ostentacion que el mundo apetece. ¿Cómo resistiria de otra suerte al ímpetu de un torrente que arrastra consigo á los grandes y á los pequeños , á los

sabios y á los ignorantes? Estos se quedan sumergidos en el error por negligencia, y los sabios caen en él por presuncion: la virtud se halla reducida á sostenerse por sí misma; no hay emulacion para librarla de ser sacrificada á las lisonjeras y engañosas máximas del siglo. Esta emulacion, hija mia, solo la encontrarás en la compañía de mugeres virtuosas, y entre ellas gustarás el sólido consuelo de creer firmemente que el recto camino que sigues, es mucho mejor que aquel en que ves entrar apresuradamente al mayor número.

Tanto como has de amar la compañía de las mugeres virtuosas, debes mirar con horror y aversion á las libertinas. Honra, estimacion, reputacion, tranquilidad interior, todo lo puedes ganar con las primeras, así como todo lo puedes perder con las segundas. Si frecuentas la compañía de estas, te conciliarás su odio desde el momento en que observen que menosprecias lo que ellas mas estiman.

O te gusta el trato frecuente con tales mugeres, ó no. Si te complaces en su compañía estás espuesta á un gran riesgo, porque en muy poco tiempo aquel sentimiento de dulzura y de paz con que la virtud recompensa á sus verdaderos secuaces, solo producirá en tí una ligera impresion que no resistirá por muchos dias á los pla-

ceres vivos que harán brillar á tus ojos. El mayor número de gentes es de su partido; y este mayor número es muy temible cuando nos prestamos á escuchar sus insinuaciones, para empeñarnos en un camino que nos parece sembrado de lindas flores. Pero no dudo que el esortarte á evitar todo trato con tales personas, que cifran su felicidad en no negar cosa alguna á sus malas inclinaciones, es en algun modo ofender tu virtud. Si por otra parte su conversacion te inspira el desagrado y el desprecio que se merece, ¿porqué has de buscar tales compañías? ¿Porqué dar á mugeres de este carácter, la satisfaccion de que pueden decir que tu las visitas, y que las admites en tu casa? Esto seria autorizar su vicio, y dar lugar á que se dudase de tu virtud.

Si es muy peligrosa para tí la sociedad de las mugeres que anteponen el vicio á la virtud, no lo es menos la de los hombres del mismo carácter. Parece que la virtud ha de ser por sí misma fácil de ser practicada, ¿y porqué no habria de serlo? Ella tiene de su parte á la religion y á la razon. Ella nos procura una tranquilidad sólida, y nos pone á cubierto de los penetrantes aguijones de la conciencia, nos concilia casi siempre la estimacion del público; hace que nuestro trato sea fácil y agradable; nos empeña á que

contentos con nuestro estado, no envidiemos los bienes, la fortuna, ni los talentos ajenos; nos hace hallar un verdadero placer en socorrer á nuestros semejantes y en escusar sus faltas; nos enseña á callar y disimular nuestras buenas cualidades, y á reconocer y aplaudir las de los otros; ella se conforma con todo, se hace á todo y se contenta de todo; ella nos ayuda á sufrir nuestros males con paciencia; es para nosotros una guia prudente y fiel, así en la fortuna próspera, como en la adversa; nos contiene siempre en una razonable moderacion acerca del uso de los bienes de esta vida: la virtud sola finalmente nos enseña á sabernos aprovechar de lo presente, al mismo tiempo que disipa nuestras inquietudes sobre lo venidero.

A pesar de todas estas ventajas, hija mia, los partidarios de la virtud son muy pocos; y la mayor parte se escusa con la supuesta dificultad de practicarla. Es verdad que ella tiene que vencer diferentes obstáculos que se le oponen, así por parte de las pasiones violentas en lo interior, como en lo exterior por una muchedumbre increíble de malos ejemplos. Gracias al Señor, tu no tienes que combatir con grandes pasiones, pero son terribles para tí los malos ejemplos. Hay de ellos; y supuesto que son muy raros los hombres que no sean esclavos de sus

pasiones, evita toda conversacion particular con alguno de ellos, sea quien fuere. Tu conoces todo el valor de la virtud, para no esponerte al riesgo de perderla. Si la miras con todas las atenciones de que es digna, tu galardón será seguro y abundante.

Voy á concluir, hija mia. Al principio solo tuve la idea de hacer un resúmen de la instruccion que te he dado, y veo al presente que es una especie de suplemento. Paso por alto sobre muchos artículos, para llegar y detenerme algo en el que trata de las obligaciones de las mugeres en órden á sus maridos.

No es muy frecuente ver entre los casados aquella tierna union tan necesaria para la felicidad del matrimonio; y esto no siempre es efecto de causas poderosas. Como esta materia es de la mayor consecuencia, voy á añadir algunas reflexiones á lo que ya te he dicho sobre las obligaciones de la muger para con su marido.

He observado muchas veces, hija mia, que la mayor parte de las desavenencias que nacen entre los casados, son casi nada en su origen: muy amenudo es una ligera chispa lo que produce un grande incendio.

Una muger, pongo por ejemplo, quiere salir de casa para hacer una visita; se lo dice á su marido, y le nombra la persona que va á ver;

(supongo que esta visita es conforme á todas las reglas de la civilidad y de la decencia) mas sin embargo el marido se opone, únicamente porque tiene en aquel punto espíritu de contradecir. Nada le costaria á la muger el diferir su visita para otra ocasion: tan poca razon tiene ella para querer hacer su visita precisamente en aquel dia, como su marido para no querer que la haga. Sin embargo, una y otra parte se obstina; un momento antes se trataban con mucha ternura y agrado, y ya no queda vestigio alguno ni de uno ni de otro: es la imagen de una tempestad que sobreviene repentinamente á un tiempo sereno. El marido levanta la voz; la muger sostiene su tono; los espíritus se acaloran, y se encienden como el heno seco; no se guarda medida en los términos, dícense cosas duras, que no se creen, pero que no obstante dejan en el corazon una levadura, que va fermentando de modo, que á la primera ocasion basta la cosa mas frívola para desavenirse. De esta suerte se marchita y se seca poco á poco la primera flor del amor conyugal; ya no se miran recíprocamente con los ojos que antes, de lo que se siguen una multitud de inconvenientes; porque el amor no vuelve con la misma facilidad que se vá.

Yo mismo he presenciado la escena que voy á pintarte. Amiga, le dijo un marido á su muger

parece que estás algo triste: vámonos á paseo. Gracias, le dijo ella, yo me voy á una tertulia. Ven muger, replicó el marido, y te divertirás. Yo me sabré divertir sin eso, respondió ella. Escucha: dijo el marido, ¿gustarias mas de ir á la ópera? Si quieres iremos juntos. Vaya, respondió ella con un tono áspero y enojado, ¿no diria cualquiera que yo he nacido para sufrir todas las preguntas del señorito? ¿Que humor de muger! exclamó el marido: bastante se me habia dicho que eras caprichosa. Pues no casarse conmigo; replicó ella en el momento: por mí, yo te aseguro que si te hubiese conocido antes, no hubieras sido jamas mi marido. Estas últimas palabras fueron como la señal de un combate de injurias, tan estravagante cual nunca haya oido. Toda la casa resonó con los gritos: la locura me pareció igual por ambas partes. Desde aquel dia no han dejado de picotearse y han llegado al infeliz estado de no poderse sufrir.

Les era muy fácil, á estas dos mugeres el no descompadrar con sus maridos: la primera no tenia que hacer mas que no salir entónces; y la segunda tener la condescendencia de aceptar uno de los partidos que le proponia su marido ó excusarse á lo menos con atencion y comedimiento. Por otro lado, si es verdad que los hombres tengamos sobre las mugeres aquella superioridad

de razon que las leyes suponen que tenemos, me parece que los maridos de aquellas mugeres tenian todavía mas culpa que ellas. El uno no tenia que hacer mas que dejar salir á su muger, y el otro dejarla tranquila en casa.

Si Dios te destinare al estado del matrimonio, he aquí, hija mia, la conducta que has de guardar para conservar la union y la paz. Si tu opinion y la de tu esposo son diferentes en materias de alguna importancia, como de intereses de ambos, ó de los hijos, aunque lo que tu piensas te parezca claramente mejor que lo que piensa él, no emprendas reducirle á seguir tu parecer con la fuerza de tus razones, sino con la dulzura y por medio de la insinuacion. Escucha con atencion sus razones, y no presumas de tus luces; porque es preciso tener mucha seguridad de ellas para tomar las cosas sobre sí, y encargarse del buen écsito. Por esto te encargo que seas muy circunspecta, y que nada afirmes positivamente, sino diciendo que te parece, ó que tu te inclinas á creer esto ó aquello, ó valiéndote de otras espresiones semejantes. Espon despues tus razones simplemente y con modestia; ruégale que haga atencion á ellas, pero manifiéstate siempre dispuesta á conformarte con lo que él dispusiere.

Si á pesar de todo esto persiste tu marido en

su opinion, no te impacientes por eso; déjale ver tu afliccion, pero no tu enojo; haz los mayores esfuerzos para no disminuir un solo punto tu agrado y complacencia ordinaria para con él, y haz de modo que conozca, que el temor de perder su amistad tiene mas poder sobre tu corazon que los intereses mas considerables.

Si tu marido tuviere algun amigo de confianza, no repares en valerte de su mediacion; pero no le digas claramente que tu esposo no tiene razon, sino que presumes que á tí no te falta del todo; á cuyo fin, podrás esplicar con sencillez lo ocurrido y pedirle te diga su parecer, asegurándole que deferirás á él sin dificultad. Empéñale á que hable á tu marido, no de que tu estás perfectamente convencida de que te asiste la razon, sino de que temes tenerla, no de tu descontento porque él no atiende á tus representaciones, sino de tu perfecta sumision á su voluntad.

He aquí, hija mia, todo lo que puedes hacer en tales casos. Si por estos medios no puedes lograr que tu esposo mude de opinion, déjale obrar sin darte por sentida. Si el asunto despues no le saliere bien, guárdate mucho de echarle en rostro que él tiene la culpa, y aumentar de este modo su disgusto, en vez de disminuir como debes su amargura. Si antes de emprender el

negocio le encontraste terco en su parecer, sería muy posible que despues de su mal écsito le hallases agriado y disgustado, y se enojase realmente contra tí, si cometieses la imprudencia de decirle, ó darle á entender de otro modo, que á nadie puede imputar aquella mala resulta sino á sí propio.

Una muger juiciosa no ha de hablar jamas ni del bien que haya hecho á su marido, ni de los males de que le haya librado ó preservado; porque es muy temible que él lo tome, ó por una muestra de orgullo y de vanidad, ó como una idea de humillarle y mortificarle.

Si diere el caso que tuvieses alguna diferencia con tu marido sobre cosas de poca importancia cede al instante, y confórmate desde luego á su opinion y voluntad. ¿Para qué disputar y tomar un tono afirmativo por frioleras, puesto que nunca debes hacerlo, aun en las materias mas importantes? Convengo en que esto no es muy fácil, y que se necesita un gran fondo de juicio y de prudencia para aparentar que no tenemos razon, cuando esta realmente nos asiste: este es un sacrificio algo costoso; pero tambien es cierto que dá de sí alguna utilidad, pues que por su medio reina en la casa la concordia, se evitan muchos sinsabores, y la muger se concilia toda la ternura y aficion de su esposo, y la estimacion de todas las gentes.

Hija mia, lee amenudo este libro, y arréglate enteramente á las máximas que contiene. Atiende á la doctrina que nos dá el apóstol San Pablo, diciéndonos: *Hermanos, confortaos en el Señor y en el poder de su virtud: vestios la armadura de Dios, para que podais estar firmes contra las asechanzas del diablo* (1). He procurado hasta aquí enseñarte con el mayor esmero tus obligaciones: á tí te toca el desempeñarlas. Te he mostrado las sendas de la verdad: ¡ay de tí si las abandonases, para seguir los caminos del error y de la mentira! Te he dado á conocer los verdaderos bienes, las grandezas sólidas y las únicas delicias dignas de tí: si el funesto peso que nos inclina á todos al mal, prevaleciere á mis saludables consejos, vendrá un dia en que te sorprenderá súbitamente el brillo y hermosura de estos bienes verdaderos que habrás menospreciado, reconocerás el oropel y falsedad de los que habrás amado, y tu arrepentimiento será eterno.

Acuérdate, hija mia, de que *no hay paz para los impíos* (2); y de que *estos son como el mar*

1) Carta á los Ephesios, cap. vi, v. 10.

2) Profecía de Isaias, cap. xlviii, 22.

agitado que no puede estar en calma, y rebosan sus ondas para hollarse, y para lodo (1), que pisan todos. Conoces bastante mi tierno cariño para contigo; y de consiguiente no puedes dudar, que si yo supiese otro camino mas fácil que el que acabo de enseñarte para llegar á la perfecta felicidad, no te lo hubiera ocultado.

Haga el cielo piadoso, que nunca pierdas de vista las importantes verdades que acabo de enseñarte; que el desprecio con que las mira el mundo, no disminuya en tí el profundo respeto que se merecen, que la muchedumbre de objetos engañosos que se presentarán á tus ojos continuamente, no te haga abandonar jamas estas guías fieles y seguras; y que por último, te anime siempre aquel celo y amor por la ley de Dios con que estaba enardecido el corazon de Matatias. Este varon santo, mirando con desprecio los ofrecimientos que le hacia el rey Antioco, de colmarle á él y á sus hijos de honores y riquezas, si se determinaba á sacrificar á los ídolos, le respondió en alta voz; *Aunque todas las gentes obedezcan al rey Antioco, apartándose cada uno del yugo de la ley de sus padres, que recibieron del mismo Dios, y consintiendo en los mandamientos del rey, yo y mis hijos, y mis her-*

1) En la misma Profecía, cap. LVII, v. 20.

manos , obedeccrémos á la ley de nuestros padres. Dios nos ampare : no nos es conveniente abandonar la ley y los mandamientos de Dios. No daremos oído á las palabras del rey Antíoco , ni sacrificarémos traspasando los mandamientos de nuestra ley , de modo que sigamos otro camino (1).

Tal es, hija mia, el modo con que has de responder, sea al espíritu infernal que te solicite interiormente á apartarte de la ley santa del Señor, ó sea al mundo que te incite á lo mismo con su pernicioso ejemplo. Ten siempre presente, que esta vida es breve, incierta, y agitada continuamente por un número casi infinito de penas y de cuidados; que los honores y las riquezas pierden todo su atractivo pasados los primeros momentos de su posesion; que todo lo de este mundo es ilusion y vanidad; y que por último, Dios solo puede hacerte feliz; así en esta vida perecedera, como en la otra que no ha de tener fin. Considera amenudo aquellos torrentes de alegría, de satisfaccion y de delicias, con que Dios inundará las almas de aquellos que habrán sido fieles á su ley. Tu felicidad eterna será Dios mismo, aquel Ser Omnipotente que lo ha criado todo. Si meditas con frecuencia esta verdad im-

1) Libro primero de los Macabeos, cap. 11, v. 19 y sig.

portante, aun cuando vieses todas las naciones del orbe sepultadas en el tenebroso abismo del error, el ejemplo de todas ellas no será capaz de pervertir tu corazon, y asegurarás de este modo tu inviolable adhesion á la ley santa del Señor.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

De las materias contenidas en este tomo.

	Pág.
CAP. XXVI.	De las ocupaciones utiles. 1
CAP. XXVII.	De la recreacion. 10
CAP. XXVIII.	De la compañía de las mu- geres virtuosas y de las que no lo son. 16
CAP. XXIX.	De la modestia. 30
CAP. XXX.	De las conversaciones á solas y del cuchicheo. 39
CAP. XXXI.	De la lectura y en espe- cial de las novelas. 53
CAP. XXXII.	De las cartas y de los pre- sentes. 58
CAP. XXXIII.	De las obligaciones de los hijos para con sus pa- dres. 65
CAP. XXXIV.	Del respeto debido á los ancianos, y de lo que deben las mugeres de mayor edad á las jó-

	Pag.
venes.	71
CAP. XXXV. De las obligaciones de las mugeres en orden á sus maridos.	76
CAP. XXXVI. De la apacibilidad. . . .	96
CAP. XXXVII. Dela conducta de una ma- dre de familia en orden á sus hijos.	99
CAP. XXXVIII. Del modo de portarse con los criados.	106
CAP. XXXIX. De las reglas que deben observarse para formar juicio del prójimo. . .	110
CAP. XL. De la mortificacion de los sentimientos.	113
CAP. XLI. Del respeto á los templos y de la verdadera pie- dad.	117
CAP. XLII. Del mundo.	121
CAP. XLIII. De la cortesía.	134
CAP. XLIV. Del modo de obrar opor- tunamente y sin preci- pitacion.	147
CAP. XLV. De las amigas.	152
CAP. XLVI. De los consejos.	158
CAP. XLVII. De los cumplimientos. .	162
CAP. XLVIII. De las visitas.	167

INDICE.

241

Pág.

CAP. XLIX.	Del juego.	178
CAP. L.	De la credulidad y de las promesas.	180
CAP. LI.	De los horóscopos y otras. supersticiones.	185
Recapitulacion y nuevas reflexiones sobre los capítulos antecedentes.		195

FIN.

1. The first part of the report is a general introduction to the subject of the study. It discusses the importance of the problem and the objectives of the research.

2. The second part of the report is a detailed description of the methods used in the study. It includes a description of the experimental design, the data collection procedures, and the statistical methods used for data analysis.

3. The third part of the report is a presentation of the results of the study. It includes a description of the data, a discussion of the findings, and a comparison of the results with previous research.

4. The fourth part of the report is a conclusion and a discussion of the implications of the study. It includes a summary of the findings, a discussion of the limitations of the study, and a discussion of the implications of the results for future research.

The results of the study show that there is a significant difference between the two groups. The first group showed a higher level of performance than the second group. This difference was significant at the 5% level of significance.

The findings of the study suggest that there is a relationship between the variables studied. The results indicate that the first variable has a positive effect on the second variable.

The implications of the study are that the results can be used to inform future research and practice. The findings suggest that there is a need for further research in this area.

The study was limited by several factors. The sample size was small, and the study was conducted in a controlled environment. These limitations may have affected the generalizability of the results.

Despite these limitations, the study provides valuable information about the relationship between the variables studied. The results suggest that there is a need for further research in this area.

The study was conducted in a systematic and rigorous manner. The results are reliable and valid.

The study was conducted in a systematic and rigorous manner. The results are reliable and valid.

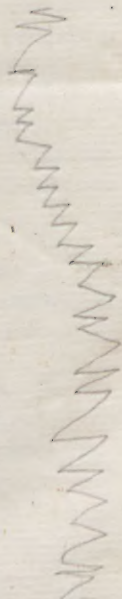
The study was conducted in a systematic and rigorous manner. The results are reliable and valid.

The study was conducted in a systematic and rigorous manner. The results are reliable and valid.



Handwritten scribbles and marks on the left side of the page.

Handwritten mark resembling a stylized 'M' or 'W'.



18511910



72

+ colorchecker classic



calibrite

mm